

ah

ANDALUCÍA
EN LA HISTORIA

DOSIER

Los jesuitas en Andalucía Devoción y poder

Una medida drástica

Causas oficiales y officosas de
la expulsión de los moriscos

Félix Lunar López

El revolucionario que luchó por
los derechos de mineros y jornaleros

DVD de regalo Triana, paraíso perdido



Luces y sombras de la Compañía



En 2008 se elegía nuevo Prepósito General de la Compañía de Jesús en la figura del español Adolfo Nicolás. En la prensa se subrayaron los paralelismos entre la trayectoria del nuevo Prepósito, su trabajo misionero durante más de 40 años en Japón, y el añorado Pedro de Arrupe, también misionero, testigo directo de los efectos de la bomba de Hiroshima y uno de los hombres clave, tras el Concilio Vaticano II, en la renovación del catolicismo, con un énfasis marcado en la justicia social que daría cobertura a la teología de la liberación.

La Compañía de Jesús nació en 1540 y en los siguientes 60 años conoció una expansión enorme, territorial y numérica, que se consolidó durante el siglo XVII gracias al prestigio alcanzado en su papel de confesores y educadores de las elites católicas europeas. La Compañía representó la modernidad por su impulso reevangelizador y reeducador de la Europa católica, ante el avance del protestantismo y las nuevas fronteras geográficas y culturales de Asia o América.

La Compañía tuvo detractores desde la misma cuna. Desde fines del siglo XVII se fue consolidando su imagen más negra: polilla de la soberanía, cáncer del Estado, Monarquía despótica gobernada por el Papa Negro... fueron calificativos presentes en el documento oficial que dio argumentos a la expulsión de

España y sus territorios en 1767. Estos apelativos se insertaron en un proceso histórico de largo alcance, el de la construcción del mito jesuita que, con tanta naturalidad, se insertó en el catálogo de mitos conspiracionistas de la historia de Occidente: el complot templario, el complot judío, el complot masónico. El mito jesuita se basó en acuñar la imagen de la Compañía como una maquinaria engrasada y despótica, orientada a instalar un orden nuevo, asentado en el dominio universal.

Hoy, la Compañía de Jesús sigue representando la modernidad dentro de la Iglesia Católica, pero ya no por la novedad de sus planteamientos sino por la exigencia de dar respuesta desde el cristianismo a los retos contemporáneos: desde la injusticia social a los desafíos de la bioética. Curiosamente, los jesuitas son una minoría, con sus 20.000 miembros, frente a las 87.000 personas del Opus Dei, los 70.000 legionarios de Cristo o las 40.000 comunidades del Camino Neocatecumenal. Una minoría significativa que, al menos, no ha ocultado la permanente contradicción de la Compañía desde su nacimiento, esa tesitura que tan bien definió el anterior Prepósito Kolvenbach: “no es fácil la solidaridad con los más pobres y la educación de la elite de mañana”.

MANUEL PEÑA DÍAZ
DIRECTOR DE ANDALUCÍA EN LA HISTORIA

Edita: Centro de Estudios Andaluces
Presidente: Gaspar Zarrías Arévalo
Director gerente: Demetrio Pérez Carretero
Subdirector: Eladio Garzón Serrano

Coordinación: Alicia Almárcogui Elduayen
Consejo de Redacción: Rafael Corpas Latorre, Eva de Uña Ibáñez, Esther García García

Director: Manuel Peña Díaz
Consejo Editorial: Carlos Arenas Posadas, Juan Luis Carriazo Rubio, José Luis Chicharro Chamorro, María José de la Pascua Sánchez, Encarnación Lemus López, Carlos Martínez Shaw, Teresa María Ortega López, Antonio Ramos Espejo, Valeriano Sánchez Ramos y José Luis Sanchidrián Torti.

Colaboran en este número: Ángeles González Fernández, Andrés Sánchez Picón, Julián José Lozano Navarro, María Amparo López Arandía, Cristina García Oviedo, Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz, Wenceslao Soto Artuñedo, Diego M. Molina, Juan Ignacio Carmona, Jose Luis Chicharro Chamorro, Manuel Peña Díaz, Amelina Correa Ramón, Pedro Fera Vázquez, Manuel Huertas González, Guadalupe Trigueros Gordillo, Félix Sancha Soria, Salvador Daza Palacios, Luis María Gutiérrez Soler, Antonio Malpica Cuello, Irene Seco Serra, Miguel Ángel del Arco Blanco, Charles Esdaile, Stefania Pastore, Soledad Gómez Navarro, Alberto Morña Macías, Clara Macías Sánchez, Verónica Serrano Serrano, Juan López Tabar.

Diseño y maquetación: SumaySigue Comunicación

Impresión: Escandón Impresores

Distribución: Distrimedios, SA y Rodríguez Santos, SL.

El Centro de Estudios Andaluces es una Fundación adscrita a la Consejería de la Presidencia de la Junta de Andalucía.

Centro de Estudios Andaluces

C/ Bailén, 50.

41001 Sevilla

Información y suscripciones: 954 78 70 01

pedidos@centrodeestudiosandaluces.es

Correo-e:

andaluciaenlahistoria@centrodeestudiosandaluces.es

URL: www.centrodeestudiosandaluces.es

Depósito legal: SE-3272-02

ISSN: 1695-1956

Imagen de cubierta: Detalle de la Iglesia San Luis de los Franceses (Sevilla). Fotografía de Antonio Pérez.



Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA

'Andalucía en la Historia' no se responsabiliza de las opiniones emitidas por los colaboradores y participantes de cada número de la revista. El consejo de redacción anima a los interesados a enviar artículos relacionados con el ámbito de la publicación que cumplan con los requisitos de rigor, veracidad y divulgación. El envío de los artículos no supone la publicación de los mismos, ya que deberán pasar una evaluación previa del consejo editorial.

Devoción y poder. Los jesuitas en Andalucía

8

Los Jesuitas han sido expulsados de España hasta en cinco ocasiones. La primera de ellas, decretada por Carlos III en 1767, castigó duramente a una Orden que no había dejado de crecer desde que se instaló en Andalucía a mediados del siglo XVI. Durante toda la Edad Moderna, la Compañía de Jesús difundió los nuevos postulados del Concilio de Trento; puso en marcha colegios; formó sacerdotes para alimentar las misiones; diseñó una sólida estrategia de acercamiento al poder político y económico y llevó al barroco a alcanzar cotas de suntuosidad que no se conocieron en lugares como la vecina Castilla. Los jesuitas regresaron a Andalucía en 1815 para reconstruir su red de fundaciones, al tiempo que promovieron nuevas iniciativas asistenciales y formativas dirigidas al proletariado. Coordinado por el profesor Julián José Lozano Navarro, el dossier recorre los cinco siglos de vida de una Orden que no dudó en reinventarse ante los cambiantes acontecimientos del siglo XX.

Púlpito y cátedra

10

María Amparo López Arandía

Una verdadera 'intelligentsia'

14

Julián José Lozano Navarro

A mayor gloria de Dios

20

Cristina García Oviedo

Camino del exilio

26

Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz

La promoción cultural de los trabajadores

32

Wenceslao Soto Artuñedo

Tiempo de cambios

36

Diego M. Molina

La muerte masiva

40

Los cementerios intramuros se quedaban pequeños ante los azotes de epidemias como la peste de 1649, que sólo en Sevilla mató a más de 60.000 personas. **Juan Ignacio Carmona**



Gaspar Becerra y el Renacimiento

46

El artista baezano introdujo en España los modelos pictóricos y escultóricos desarrollados en Italia por Miguel Ángel. **José Luis Chicharro Chamorro**

Motivos para una expulsión

52

Hace 400 años Felipe III decretó la expulsión de los moriscos. Una medida drástica que obedeció a motivos políticos. **Manuel Peña Díaz**

El centenario Sawa

56

Trasunto de Max Estrella, Sawa, bohemio impenitente, amigo de Verlaine y Rubén Darío, murió ciego y abandonado por casi todos. **Amelina Correa Ramón**





El Padre Villoslada entre un grupo de niños que acababan de hacer la Primera Comunión. Archivo SAFA



Rompiendo el silencio, la guerrilla antifranquista de Huelva 62

Las partidas guerrilleras de la sierra onubense llevaron a cabo una lucha desesperada durante la Guerra Civil y el primer franquismo que culminó con la derrota, la muerte, el exilio y el olvido. **Pedro Fera Vázquez**

Esturiones en el Guadalquivir, una muerte anunciada 68

La firma aceitera Ybarra comercializó desde los años 30 un manjar de reyes: el caviar andaluz cuya producción se apagó en 1970, por la construcción de la presa de Alcalá del Río, la pesca abusiva y la contaminación. **Manuel Huertas González**

Coeducación y laicismo en el Colegio Alemán de Sevilla 72

En el año 1956, el Colegio Alemán de Sevilla, que había sido clausurado tras la II Guerra Mundial, reabrió sus puertas y desarrolló novedosas propuestas educativas. **Guadalupe Trigueros Gordillo**



SECCIONES

VIENTO DEL OESTE, VIENTO DEL ESTE	6
TIEMPO PRESENTE	76
Entrevista con Bernard Vicent	
LOS ANDALUCES	84
Félix Lunar López	
DIRECCIÓN SUR	90
Andalucía según The Times	
LUGARES DE LA MEMORIA	94
Giribaile	
PATRIMONIO ANDALUZ	100
Castillos de Granada	
ANDALUCÍA EN SUS DOCUMENTOS	106
Carriazo y el Museo del Pueblo Español	
LIBROS	110

Actores o es

El papel del empresaria

Una responsabilidad colectiva

ÁNGELES GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Hace ya algunas décadas se imputaba al empresario la responsabilidad del atraso económico de Andalucía: carente de iniciativa y de espíritu de riesgo, la burguesía andaluza había optado por la compra de tierras y los gastos suntuarios en lugar de acometer la industrialización de la región.

Esa opinión, hoy día, no puede sostenerse y por varias razones. Quizás la más importante sea la ausencia de confianza. La confianza en que el riesgo que comporta la inversión tendría su premio en forma de obtención de beneficios. Dicho de otro modo, el empresario precisa de unas expectativas de negocio seguras. Y esas expectativas no existían o eran excesivamente frágiles en Andalucía para animar a la creación de empresas, salvo las destinadas a satisfacer las necesidades inmediatas de un mercado reducido, tanto en extensión como intensidad.

Naturalmente, no puede achacarse sin más la carencia de un tejido empresarial sólido y dinámico a la ausencia de un mercado suficiente, pero desde luego la baja capacidad adquisitiva de la mayor parte de la población andaluza no aseguraba una demanda adecuada. ¿El abaratamiento de los costes de producción hubiera podido estimular el desarrollo del mercado de tal forma que impulsara la producción y ésta a la inversión? Probablemente sí, pero esa secuencia requería una serie de condiciones previas. Podría citar en primer lugar la presencia de un sistema de valores que incentivara la figura y la actividad empresarial. Y en Andalucía, como en el conjunto del país, el beneficio no ha gozado de una consideración

positiva, sino todo lo contrario. Hasta hace pocos años el empresario ha sido identificado como el señor con puro y chistera, como capitalista explotador de los trabajadores y ha debido desenvolverse en un ambiente negativo e incluso, a veces, claramente hostil.

Otra razón de importancia radica en la carencia de un capital humano adecuado. Rasgo imputable, como es obvio, al propio empresario pero también a los trabajadores. No es suficiente la presencia de una mano de obra abundante y barata para estimular la creación de empresas, también debe tener un nivel de formación mínimo y las tasas históricas de analfabetismo andaluzas son suficientemente ilustrativas sobre este punto.

Tuvo también una influencia determinante la carencia de fuentes de energía baratas. Cierto es que disponía de yacimientos de carbón en Córdoba pero en este punto la ausencia de una red de ferrocarril temprana y eficaz imposibilitó su explotación a pleno rendimiento y en el momento oportuno. De hecho, hasta finales del pasado siglo Andalucía no ha contado con una red de comunicaciones que vertebrara el mercado regional y a éste con el resto de España. Una cuestión que nos remite directamente

al papel del Estado, pero ese es un tema que precisaría otro debate en profundidad.

En definitiva, el desarrollo, la dinamización de una sociedad es



una responsabilidad colectiva, no imputable en exclusiva a los hombres de negocios. El empresariado es una especie singular, necesita de un medio social adecuado y de unos estímulos económicos e institucionales, inexistentes o demasiado débiles en Andalucía. ■

spectadores do en el atraso andaluz

La comercialización, asignatura pendiente

ANDRÉS SÁNCHEZ PICÓN
UNIVERSIDAD DE ALMERÍA

La ausencia de verdaderos empresarios ha sido una de las ideas recogidas en el ca-

nio Domínguez Ortiz, a las ideas que bien resume en estas páginas Ángeles González Fernández al subrayar las pocas oportunidades de negocio que derivarían de la debilidad de la demanda de una población empobrecida. Las explicaciones se balancean entre las referencias al marco institucional y social, que no sostendría estímulos para la aventura empresarial, y la débil dotación de recursos productivos para el desarrollo industrial o agrícola. Estas dificultades se disiparían, andando el tiempo, cuando se alterarían condiciones tan adversas y algunas de las actividades económicas protagonistas de la oleada de modernización posterior a la Segunda Guerra Mundial arraigaran en Andalucía (turismo, agroindustria, construcción...), y mejoraran, mediando el éxodo rural, las condiciones de la demanda interna.

La cuestión es, no obstante, compleja y poliédrica ya que una rápida ojeada a la historia económica andaluza permite espigar, más allá de la mera anécdota, referencias a espléndidas oportunidades de negocio que han sido aprovechadas tanto por empresarios foráneos como autóctonos. Así, las derivadas del comercio colonial y del papel jugado por la región en la apertura al tráfico atlántico tras los descubrimientos. También las relacionadas con el

abastecimiento de materias primas minerales para las fábricas europeas de la primera industrialización. Otrosí, las exportaciones de la agroindustria andaluza del vino y del aceite también desde el Ochocientos. Por fin, la existencia de empresarios de las finanzas, en los ferrocarriles o en la implantación de servicios en las ciudades, también sin salirnos del siglo XIX. Aunque algunas de estas actividades dependían de la demanda exterior, no siempre estos negocios estuvieron controlados por empresas y empresarios extranjeros. Ni siquiera en la minería, donde finalmente impondría su hegemonía la gran empresa multinacional (Riotinto o Peñarroya) podemos olvidar una previa y significativa etapa de explotación local.

No obstante, en la mayoría de los casos señalados el empresariado local, protagonista destacado en el despliegue de procesos productivos, ha sido históricamente mucho más débil en el ámbito de la comercialización y la distribución. La incorporación de la incipiente clase empresarial andaluza al proceso de globalización tuvo un aspecto subalterno y lejano a los centros de decisión que controlaban los mercados. Un empresariado atento a impulsar las oportunidades para la especialización productiva derivadas de la dotación de recursos del país, pero que se encontró con unas infranqueables barreras de entrada en la conquista de los mercados internacionales, lo que le relegaría a una posición secundaria en la cadena de valor añadido.

Esta debilidad, con mucha historia detrás, ha pesado y pesa todavía en la definición del tejido empresarial andaluz. ■



Foto: Industrias Sombrereras Españolas, S.A.

tálogo de lacras que han postergado el desarrollo económico en Andalucía. Rentistas antes que empresarios, la elevada aversión al riesgo de las elites locales ha merecido unánime condena. Las explicaciones apuntadas a esta carencia tienen un amplio catálogo de argumentos: desde los prejuicios psicológicos, a los que se refiriera Anto-

Devoción Los jesuitas e

LA VANGUARDIA D
COORDINADO POR JULIÁN

AH
ABRIL
2009
8



C

uando Martín Lutero hizo públicas sus 95 tesis en 1517, muy pocos fueron conscientes de que se abría un nuevo capítulo en la historia de Europa. Pero lo cierto es que Occidente se di-

vidía irremediamente, a partir de entonces, en dos maneras de sentir el cristianismo que acabaron luchando entre sí, por la vía de las armas, durante un largo período que sólo finalizará tras el terrible conflicto que supuso la guerra de Treinta Años.

El Concilio que pudiera haber solucionado la división religiosa se hizo esperar demasiado y, cuando se convocó en 1545, era ya demasiado tarde. Trento consagrará la fractura, al no asistir los protestantes a ninguna de sus accidentadas reuniones; pero tendrá la virtud de fijar con firmeza la ortodoxia católica hasta el Concilio Vaticano II. El inicio de las sesiones tridentinas estará marcado por la presentación pública de un instituto religioso nuevo y con un carácter muy distinto al de los clásicos. Una Orden que, de manera fulgurante, se convertirá en la vanguardia del catolicismo renovado en su lucha contra la heterodoxia y en el auténtico símbolo de la Iglesia de época de la Contrarreforma: la Compañía de Jesús.

Desde su llegada a Andalucía, los jesuitas destacaron por ser los creadores de nuevas formas de devoción. Revolucionaron la enseñanza. Reinventaron la relación entre confesor y penitente. Diseñaron una eficaz pastoral orientada a las elites, dirigiendo la conciencia de buena parte de la nobleza andaluza. Sus afirmaciones teológicas fueron dignas de combatir los postulados de cualquier movimiento protestante. La propaganda de la Iglesia romana triunfante, cuyas sugestivas imágenes seducen aún hoy día al espectador que penetra en una iglesia barroca, debe mucho a las maneras de la Compañía. Puede parecer exa-

n y poder en Andalucía

DEL CATOLISCISMO
N JOSÉ LOZANO NAVARRO

gerado pero, desde el siglo XVI hasta casi nuestros días, ¿no es el jesuita el arquetipo de confesor? ¿No son sus colegios los colegios por antonomasia? La metodología ignaciana de la composición de lugar y la aplicación de sentidos, su aspiración a violentar los sentimientos para que el alma se dirija por el camino deseado, ¿no es la que asaltaba a las gentes desde los rompimientos celestiales de las cúpulas de sus iglesias, en la tensión que articula las construcciones, en el patetismo de sus imágenes devocionales, o en la catequesis de las representaciones teatrales de sus escolares?

La Compañía de Jesús será expulsada de Andalucía —como del resto de España y sus colonias— en 1767. El papa Clemente XIV, presionado por las Cortes borbónicas y Portugal, la suprimirá como Orden en 1773. En palabras del ilustrado don Gregorio Mayans y Siscar, era el fin de un instituto “que de bueno se hizo sabio, de sabio político, y de político nada”. Sin embargo, no será un adiós definitivo: la Compañía resucitará en 1814 de sus cenizas, precisamente cuando la Europa reaccionaria que aspiraba a reinventar el Antiguo Régimen vuelva a considerarla necesaria. Con la misma tenacidad que en el siglo XVI, los jesuitas reconstruirán paso a paso su red de colegios en el sur peninsular. Y, al mismo tiempo, recuperarán buena parte de su red clientelar, sus influencias políticas, su cercanía al poder, en definitiva. Con sus triunfos y sus fracasos, naturalmente. Pero conservando siempre su particular carisma. Más aún, la Compañía tendrá que reinventarse a sí misma ante los nuevos desafíos generados por el mundo moderno posterior a los años sesenta y setenta, especialmente durante el polémico generalato de Pedro Arrupe. Un proceso que, lejos de terminar, se replantea día a día con más fuerza respecto a cuestiones como su papel dentro de la Iglesia del futuro y dentro de la sociedad en su conjunto con las miras puestas en el siglo XXI. ■



AH
ABRIL
2009

Púlpito y cátedra

Colegios jesuíticos en la Andalucía moderna

MARÍA AMPARO LÓPEZ ARANDIA

UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

AH
ABRIL
2009
10

La Compañía de Jesús creó en 1554 una tercera demarcación en sus dominios de la Monarquía Hispánica, la provincia de Andalucía, que se sumó a otras dos preexistentes: Aragón y Castilla. Esta nueva provincia no sólo incluyó, en sus orígenes, a la actual Andalucía, sino que comprendió las casas que la orden religiosa mantenía en parte de Extremadura y, posteriormente, se hizo cargo de las abiertas en las Islas Canarias.

La específica situación de Andalucía, con una significativa población morisca, principalmente localizada en el antiguo reino de Granada, así como por la privilegiada posición de Sevilla, como centro del comercio con las Indias Occidentales, convirtieron esta demarcación en un lugar de enorme significación para la orden ignaciana.

Una realidad de la que dan buena cuenta las memorias redactadas en cada uno de los colegios jesuíticos, varias de las cuales se han conservado hasta nuestros días, así como en las obras de los padres Juan de Santibáñez y Martín de Roa, dedicadas a la Provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús.

PRIMEROS PASOS. Con anterioridad a enero de 1554 se produjeron algunos contactos esporádicos de los jesuitas con Andalucía, sobre todo tras los intentos de varios concejos y la nobleza local de núcleos como Jerez, Sevilla y

DEVOCIÓN Y PODER

La fundación en 1553 de un colegio de la Compañía de Jesús en la ciudad de Córdoba marcó el inicio de la presencia estable de la orden religiosa en Andalucía. La creación de una nueva provincia englobando dicho espacio, en enero de 1554, así como el impulso personal de

personajes como Francisco de Borja o Juan de Ávila supuso el punto de partida para la gran expansión de los jesuitas en ciudades y villas andaluzas, especialmente notoria hasta mediados del siglo XVII. Hasta un total de 47 centros llegaron a fundarse con anterioridad a la expulsión decretada por Carlos III en 1767, años en los que el apoyo de las elites locales aparece como un factor determinante.

Sanlúcar de Barrameda que intentaron favorecer la llegada de la orden jesuítica en la década de los años cuarenta, en 1546 y 1547.

Paralelamente, la propia Compañía de Jesús tenía especial interés por expandir sus redes en este territorio, por lo que el propio Francisco de Borja se dedicó personalmente a impulsar diversas conversaciones, iniciadas en 1546 y reactivadas a finales de 1553 e inicios de 1554, con el objetivo de promover la creación de algunos establecimientos, mostrando especial interés por abrir una casa en la ciudad de Sevilla. No obstante, a pesar de sus encuentros con diversos nobles de la ciudad, entre ellos con la marquesa de Priego o la duquesa de Medina Sidonia, doña Ana de Aragón, tía del duque de Gandía, el ansiado colegio no llegó a fundarse.

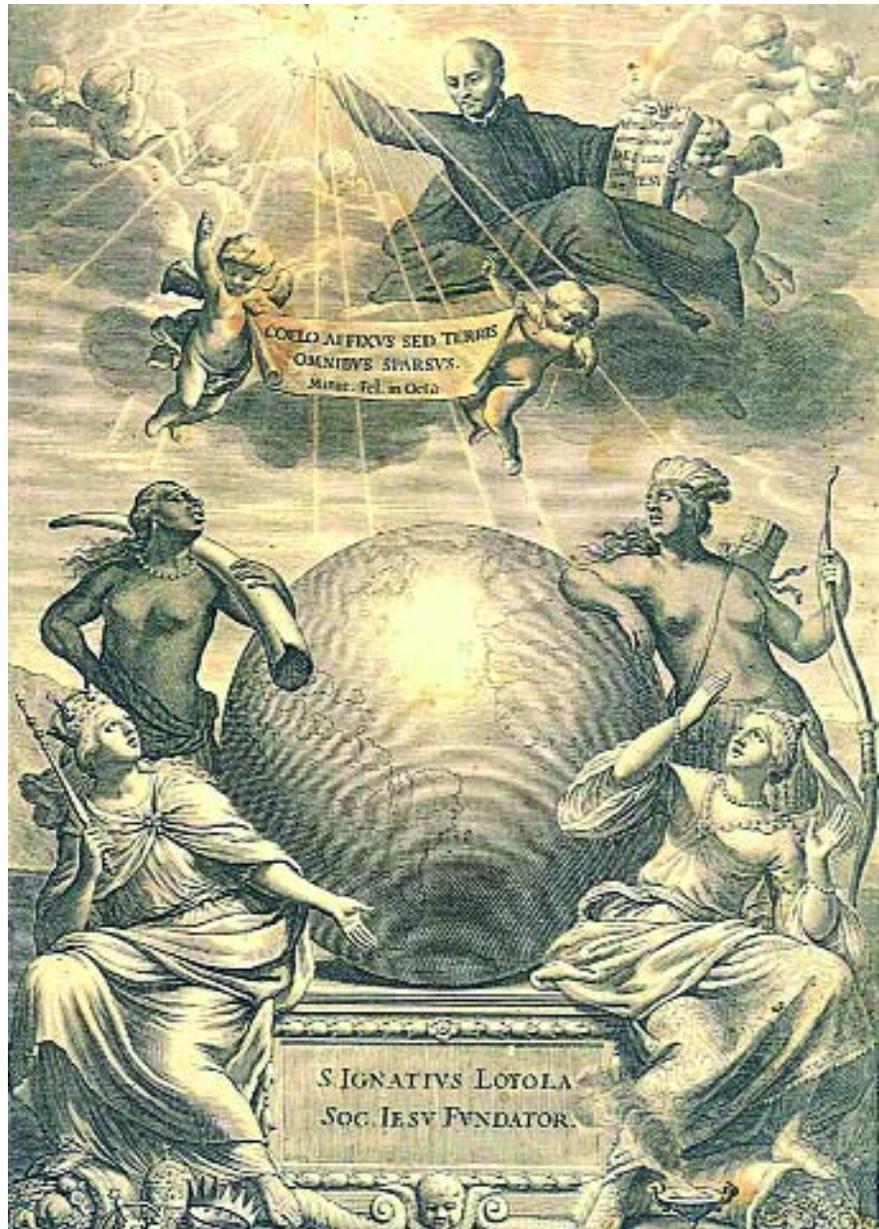
Con posterioridad a la creación de la provincia, sin embargo, la relación entre la orden religiosa y la nobleza local comenzó a ser cada vez más estrecha, fructificando en el impulso que en la segunda mitad del siglo XVI se produjo con la apertura de numerosos centros jesuíticos en toda Andalucía.

Junto a Francisco de Borja, un lugar decisivo en los primeros años de esta provincia jesuítica lo ocupó el clérigo Juan de Ávila, promotor de diversos centros educativos que al igual que los de la Compañía de Jesús, promovían una reforma espiritual a través de la formación del individuo, y que contaba con centros abiertos con anterioridad a 1554 en Granada, Montilla, Córdoba, Baeza, Osuna y Jerez. Ávila, advirtiendo una similitud entre sus objetivos y los principios defendidos por los jesuitas, determinó, incluso, en 1552 designar a la Compañía de Jesús



Localidades con fundaciones jesuíticas

■ Entre los siglos XVI y XVIII, la provincia de Andalucía de la Antigua Asistencia en España incluía no sólo las fundaciones existentes en la actual Andalucía, sino también las de Badajoz y Canarias. La Compañía tuvo así presencia estable en Andújar (desde 1621); Antequera (1594); Arcos de la Frontera (1663); Baena (el Colegio de Santiago se fundó en 1571 y el de San Ignacio en 1608); Cabra (1687-1691); Cádiz (1564); Carmona (1620); Cazorla (1594); Constantina (1702); Córdoba (el Colegio de Santa Catalina es de 1553 y el Seminario La Asunción de 1577); Écija (1583); El Puerto de Santa María (el Hospicio de Indias se fundó en 1670 y el Colegio en 1729); Fregenal de la Sierra (1599); Granada (el Colegio de San Pablo se fundó en 1554 y el de los Santos Apóstoles en 1701); Guadix (1591); Higuera la Real (1689); Jaén (1632); Jerez de la Frontera (1583); La Laguna (1727); La Oratava (1691); Las Palmas de Gran Canaria (1699); Loja (1729); Lucena (1621-1639); Málaga (1572); Marchena (1567); Montilla (1558); Morón de la Frontera (1625); Motril (1740); Osuna (1615); Sanlúcar de Barrameda (1554-6 y 1627); Sevilla (Colegio de San Hermenegildo en 1554; Oficio de Indias en 1566; Seminario La Asunción en 1577; Casa Profesa en 1580; Colegio de Los Ingleses en 1592; Noviciado en 1600; Seminario de Los Irlandeses en 1617 y Seminario de La Concepción en 1620); Trigueros (1560); Úbeda (1594) y Utrera (1625).



San Ignacio con la alegoría de los cuatro continentes. Grabado de Cornelis Bloemaert, 1659.

como heredera de sus discípulos y sus centros de enseñanza. Juan de Ávila participó también en los contactos entre los miembros de la orden ignaciana y la nobleza andaluza para concretar la apertura de establecimientos jesuitas, como consta para el caso de Córdoba, donde llegó a predicar coincidiendo con la toma de posesión, por parte de la Compañía, de unas casas e iglesia cedidas por don Juan Fernández de Córdoba, que servirían como colegio de la Orden.

LAS MISIONES POPULARES. Ignacio de Loyola fijó unas normas específicas que debían cumplirse para proceder a la apertura de una casa, estableciendo la necesidad de contar con dos bases sólidas, tanto en relación a los recursos humanos como a los económicos. Así, se fijó la existencia de un nú-

mero mínimo de individuos que cada casa debía mantener: doce individuos entre escolares y maestros y la existencia de una solvente dotación económica.

Aunque la falta de recursos humanos fue utilizada desde la Compañía de Jesús para ralentizar los procesos fundacionales de casas en Jerez y en Sanlúcar en la década de los cuarenta del siglo XVI, para la orden religiosa resultaba ante todo primordial que sus posibles casas tuviesen garantizada la solvencia económica antes de dar por aprobada su fundación, con el fin de evitar

los problemas de subsistencia que se habían advertido en algunos de sus centros en Italia.

Dicha situación motivó que en numerosas ocasiones se recurriese a realizar los primeros contactos con la población en la que existía interés de abrir un establecimiento a través de la fórmula de las misiones populares, durante cuyo transcurso se despertaba la devoción de las gentes, favoreciéndose el incremento de afectos a la causa jesuítica que con sus donaciones aseguraron la apertura de centros, de manera sólida y firme.

La provincia de Andalucía, fundada en 1554, incluía a la actual Andalucía y a las casas que los jesuitas poseían en parte de Extremadura, así como en las Islas Canarias



Alegoría de la Eucaristía con San Juan Evangelista y San Ignacio, óleo de Juan del Castillo.

Universidad de Sevilla. Facultad de Derecho.

AH
ABRIL
2009

12

Esta vía fue muy utilizada en los años inmediatos a la creación de casas en núcleos de media entidad en la provincia de Andalucía. Conocidos son los casos de Baza, donde una misión del padre Ramírez, desarrollada durante quince días en 1557, tuvo como resultado inmediato la entrega, por parte del abad de dicho lugar, del montante económico necesario para fundar un colegio; Úbeda, localidad en la que los padres Juan de Herrera, Gaspar de Salazar y el hermano Osuna predicaron y ejercieron sus ministerios bajo la fórmula de misión continua desde 1581, que les permitió atraer un buen número de afectos y simpatizantes que comenzaron a realizar legados y donaciones a su favor, permitiendo la apertura de un colegio; o en Cuadix, donde entre 1492 y 1497 tuvo lugar una misión que culminó también, como en los ejemplos citados, con la apertura de una casa. Algo muy similar ocurrió en Carmona, donde una misión dirigida desde Marchena en 1619 tuvo como resultado varias donaciones que permitieron la creación de un colegio.

Y es que desde Roma se prefería actuar sin precipitación ni improvisaciones.

APOYO DE LAS ELITES.

Las elites locales se convirtieron en las principales favorecedoras de la llegada de la Compañía de Jesús a muchas localidades andaluzas, tanto a título particular, como a través de los concejos municipales. La simbiosis elites-Compañía no resultaba

en ningún caso casual, y respondía a un mutuo interés, que se evidenció de manera elocuente en Andalucía.

Los jesuitas eran conscientes de la significación que representaría el contar con el apoyo de las elites locales en la promoción de establecimientos en distintos núcleos urbanos, al ser los grupos sociales que aportarían los mayores caudales. Pero al mismo tiempo, en una sociedad contrarreformista, la angustia por la muerte y la preocupación por la salvación del ánima hacía de la fundación de patronatos y obras pías un recurso muy atrayente para dichos grupos, que no dudaron en utilizar hábilmente estas mismas fundaciones, así como los espacios sagrados como medios para la exaltación de su poder.

Pero no sólo la Compañía de Jesús fue la que buscó el apoyo de las elites locales. Paralelamente, en diversos núcleos urbanos fueron las propias elites, tanto municipales como eclesiásticas, las que vieron en la labor de los jesuitas una solución a las carencias educativas de la población. Y es que los jesuitas no sólo ofrecían a las ciudades y villas en las que se establecían su atención espiritual y la dedicación a los sectores más desfavorecidos de la sociedad a través de sus congregaciones, sino que sus escuelas y colegios ofrecían enseñanza gratuita en doctrina cristiana, gramática, leer y escribir, pero también en materias como

latín, hebreo, teología, retórica y filosofía. La enseñanza de las ciencias, reservada para las universidades con exclusividad, se incluyó únicamente en el colegio abierto en Córdoba.

CABILDOS Y OBISPOS. Ilustrativo, en este sentido, resulta el caso de la ciudad de Jaén, donde el empeño del cabildo municipal, que desde finales del siglo XVI reiteró de manera insistente a los miembros de la orden ignaciana su deseo de contar con unas escuelas de la orden en la ciudad, unido al interés personal del obispo don Sancho Dávila y Toledo (1600-1615) propiciaron la decisión de la Compañía por establecer una pequeña residencia bajo el título de "misión continua" en 1614, el primer paso para la definitiva apertura de unas escuelas, en 1632, que recibieron el título de colegio finalmente en 1668. Un caso muy similar se reprodujo en Andújar, casi de forma paralela al de Jaén, protagonizado por su concejo.

Junto a las elites municipales, los obispos andaluces se erigieron en repetidas ocasiones en protectores y promotores de la apertura de centros jesuítos, actitud que más de una vez fue contemplada con recelo por el resto de órdenes religiosas. Los principios defendidos por la orden religiosa, totalmente en sintonía con aquellos emanados por el Concilio de Trento, la hacían especialmente atractiva para perseguir los principios reformistas que propugnaba la reforma.

El arzobispo Pedro Guerrero (1545-1576), quien había tenido una directa relación con los jesuitas Laínez y Salmerón en las sesiones del Concilio de Trento, se convirtió en el principal impulsor de la llegada de los jesuitas a la diócesis de Granada, promoviendo la fundación del colegio de San Pablo en 1554, y encomendando a la orden religiosa la enseñanza de hijos de moriscos, a imitación de un centro preexistente en Gandía, abierto en 1547.

Años más tarde, en la diócesis de Málaga, el obispo Francisco Blanco (1512-1581) actuó como firme impulsor de la fundación del colegio de San Sebastián, mientras que en el obispado de Jaén diversos prelados, como don Francisco de Sarmiento y Mendoza (1580-1595), el ya mencionado don Sancho Dávila, pero también don Baltasar Moscoso y Sandoval (1619-1646) apoyaron firmemente la labor de la orden religiosa, a la que no du-

A pesar del apoyo recibido, y de los ofrecimientos tanto por parte de Juan de Ávila como de algunos nobles, la orden ignaciana no consiguió abrir una universidad propia en Andalucía



daron en realizar numerosas donaciones económicas para consolidar su presencia en la diócesis.

LOS CENTROS DE ENSEÑANZA. A pesar de que la apertura de centros de enseñanza en la provincia de Andalucía comenzó más tarde que en las provincias de Aragón y Castilla, el ritmo de fundaciones fue paralelo al vivido en el resto de la Antigua Asistencia en España.

El colegio fundado en Córdoba, a finales de 1553, bajo el impulso de la marquesa de Priego y del deán de la catedral don Juan Fernández de Córdoba, apoyados por el cabildo municipal, se convirtió en la primera casa de probación y noviciado de la nueva provincia.

Desde 1554 hasta mediados del XVII tuvo lugar el mayor número de fundaciones, crecimiento notorio en la segunda mitad del siglo XVI, con la creación de 24 establecimientos en la provincia, ritmo que aunque importante descendió a diez en la primera mitad del siglo XVII. Con la segunda mitad de la cen-

turia se inaugura un período de estancamiento, coincidiendo con una disminución en el número de religiosos y, sobre todo, de las donaciones que favorecían la creación de centros, y cuyo signo más sintomático fue la quiebra sufrida por el colegio sevillano de San Hermenegildo en 1642. Así, en la segunda mitad del Seiscientos el número de nuevas fundaciones se redujo a seis, y al abrir sus puertas, éstas lo hicieron como residencias y no como colegios, en núcleos de mediana entidad, caso de Arcos de la Frontera (1692). En el siglo XVIII, y aún cuando en algunos colegios existentes se atravesaron situaciones críticas, como el de Jaén, se fundaron siete nuevos centros, alguno en fecha tan tardía como el de Motril en 1740, en unos instan-

tes en que las críticas hacia la orden religiosa en toda Europa habían cobrado un enorme auge.

En cuanto al tipo de centros educativos, a pesar del apoyo recibido, y de los ofrecimientos tanto por parte de Juan de Ávila como de algunos nobles, la orden ignaciana no consiguió abrir una universidad pro-

sobre todo en Sevilla, con cinco establecimientos, donde su actividad tuvo mayor peso.

Esta presencia en Sevilla, promovida con gran interés por Loyola, no es casual. El día a día de los colegios jesuíticos en Andalucía se encontró estrechamente ligado a la misión de la Compañía en las Indias Occidentales. Sevilla, siguiendo los deseos de Ignacio de Loyola, se convirtió en un medio clave para la consolidación de diversos centros de la orden religiosa en los territorios de ultramar, una unión que quedó fijada oficialmente a través de la formal adscripción del procurador de Indias al rector del colegio de San Hermenegildo. Junto a Sevilla, el Puerto de Santa María adquirió especial protagonismo en el XVIII, tras la creación en 1734 del hospicio de San Francisco Javier, dedicado a hospedar a misioneros que viajaban a Indias.

El ocaso de los colegios jesuíticos en Andalucía tuvo lugar en 1767, con la promulgación del decreto de expulsión de la Orden de los territorios de la Monarquía Hispánica. Hubo que esperar casi medio siglo para que los centros jesuíticos reabrieran sus puertas. ■



IHS (Jesus, Hominum, Salvator) es el monograma de Jesucristo adoptado por los jesuitas.

En Andalucía, ni en Baeza, donde el colegio fundado en 1538 por Rodrigo López, del entorno avilista, contaba con facultades superiores desde 1544, ni en Osuna, donde don Pedro Téllez-Girón, V conde y I duque de Osuna había realizado un directo ofrecimiento al propio Francisco de Borja al respecto en 1572, aunque tanto en una como en otra población la Compañía dispuso de centros de enseñanza.

Con todo, la presencia de la Compañía en determinados núcleos como Baeza, Córdoba, Granada y Sevilla resultó más que notable. En Baeza, los jesuitas disponían de dos centros abiertos ya a finales del siglo XVI, los colegios de Santiago y San Ignacio; en Granada rigieron los de San Bartolomé y Santiago; aunque fue

Más información

García Gutiérrez, F. (coord.)

El arte de la Compañía de Jesús en Andalucía (1554-2004).

Cajasur, Córdoba, 2004.

Lozano Navarro, Julián José

El pensamiento político de la Compañía de Jesús en la España de los siglos XVI y XVII y su relación con el poder local en Andalucía.

Un. de Granada, Granada, 2003.

de Roa, Martín

Historia de la Provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús (1553-1662).

Ayto. de Estepa, Estepa, 2005.

Soto Artuñedo, Wenceslao (ed.)

Los jesuitas en Andalucía.

Un. de Granada, Granada, 2007.

Sevilla se convirtió en un ámbito de enorme significación para la Compañía de Jesús por su privilegiada posición como centro del comercio con las Indias Occidentales

Una verdadera 'intelligentsia'

La Compañía de Jesús y el poder político

JULIÁN JOSÉ LOZANO NAVARRO

UNIVERSIDAD DE GRANADA

AH
ABRIL
2009

14

Fundada en 1540 por el noble español Ignacio de Loyola, la Compañía nació para defender a una Iglesia amenazada por las nuevas corrientes religiosas. Lejos de la imagen tradicional del monje o del fraile, los jesuitas se manifiestan como un grupo de “sacerdotes reformados” que añaden un cuarto voto —ir a cualquier parte donde los envíe el Papa— a los tres clásicos de obediencia, pobreza y castidad. Su organización interna, altamente jerarquizada, dispone que todos sus miembros queden sujetos a un superior que ejerce el cargo de forma vitalicia —el General—, a cuyo mandato han de obedecer “como si de Cristo nuestro Señor saliese”; que es elegido por una Congregación General de la que sólo pueden formar parte los padres de cada provincia que hubieran hecho la profesión solemne del cuarto voto —reservado a los miembros más cualificados de la orden—, verdaderos soldados de Dios “bajo el estandarte de la Cruz en nuestra Compañía”, en palabras del propio fundador.

Ignacio elabora, además, los Ejercicios Espirituales, destinados al común de los cristianos. Una obra capital que tenía la virtud de crear una relación, entre el director espiritual y quien los realizaba, similar a la de un maestro con su alumno, o incluso a la del sargento instructor con el recluta. Algo que inviste al primer general de la Compañía de un poder moral formidable, al erigirse en

DEVOCIÓN Y PODER

Desde su fundación en 1540 la Compañía de Jesús desarrolló una estrategia consciente de acercamiento al poder político como medio más idóneo de crear el adecuado contexto social en el que llevar a cabo sus postulados religiosos, los de la llamada Contrarreforma.

Durante los siglos XVI y XVII

los jesuitas crearon un complejo sistema de casas y colegios en la Provincia de Andalucía desde los que actuaron con dos armas de gran alcance: la educación y la confesión. Pronto, los hijos de San Ignacio consiguieron un enorme ascendiente sobre la más alta nobleza andaluza, caso de los duques de Arcos o el Conde-Duque de Olivares. Gracias a ello, lograron una influencia de primer nivel en la Corte española.

aquél que diseña el camino que deben recorrer “todos” los fieles que busquen la vida eterna.

Un hecho fundamental es que la primigenia estrategia espiritual de los jesuitas se complementa rápidamente con otra de acercamiento al poder. Y es que su aspiración a convertir a la humanidad y su lucha contra la herejía necesariamente debían llevarse a cabo a un nivel táctico y político, ya que no eran un ejército de masas. Para lograrlo, los jesuitas intentan convencer a la sociedad —especialmente a las elites, aquellos a los que el pueblo percibe como sus líderes— de que la Compañía es la llave de su salvación eterna. Cuentan desde sus comienzos con herramientas de gran alcance para ello: el control de las conciencias a través de una novedosa dirección espiritual diferente de la confesión tradicional; el manejo de negocios seculares al servicio de los poderosos como una forma más de ganar prestigio y hacerse indispensables para ellos; y, para educar y adoctrinar estas elites, un complejo tejido de casas y colegios, donde se formará —gracias a innovadoras y atractivas técnicas docentes que mezclaban lo académico y lo espiritual con la urbanidad, la educación física y el teatro— una verdadera *intelligentsia* católica, eclesial y laica, vinculada de por vida a los jesuitas.

RELACIONES CON LA CORTE. Pese a estas armas, los jesuitas corren un serio riesgo de fracasar en sus inicios. Son demasiado modernos, peligrosamente innovadores. Son observados, por ello, con desconfianza por muchos en la Europa de mediados del siglo XVI. Pero ganan adeptos a gran velocidad a





Alonso Sánchez Coello. Museo del Prado

Felipe II, el rey prudente, intentó sin éxito que la Compañía tuviera un superior español autónomo de Roma.

través de su peculiar forma de entender la dirección espiritual. Un medio éste por el que el confesor se transforma en la guía de su dirigido en todos los aspectos de su vida. La influencia que este director jesuita podía atesorar cuando su peniten-

te era un monarca, un valido, un ministro, un grande o un virrey podía ser, sencillamente, descomunal. Los poderosos fueron

atraídos a los confesionarios gracias a una moral hecha a su medida, en la que apenas había absolutos, en la que todo era matiza-

ble y casi todo perdonable, en la que cada caso de conciencia era un mundo. En un universo cortesano dominado por la in-

Los jesuitas corrieron un serio riesgo de fracasar en sus inicios. Eran peligrosamente innovadores. Fueron observados, por ello, con desconfianza por muchos en la Europa del XVI



La princesa jesuita doña Juana de Austria fue una de las tres únicas mujeres de la historia que intentaron ingresar en la Compañía, si bien bajo nombre masculino fingido.

triga, las traiciones de toda clase y los crímenes políticos, ¿a qué menos podían aspirar quienes gobernaban que a limpiar su conciencia a cualquier precio? No es por ello extraño que un importante sector de la nobleza europea se vinculara pronto a la Compañía, arrastrando con su ejemplo al resto de una sociedad, la del Antiguo Régimen, que la tiene como referente.

No es sólo la nobleza. Los soberanos del Imperio, Francia, Polonia, Portugal, los estados independientes de Italia o los Estados católicos no permanecen tampoco ajenos a lo que la Compañía tiene que ofrecerles. Con una salvedad: los reyes de España. Al menos en teoría. ¿Acaso los Austrias españoles son los únicos que se muestran inmunes a la seducción de la Compañía de Jesús? Ni mucho menos.

Es cierto que la Compañía no tuvo un buen comienzo con los soberanos his-

panos del siglo XVI. La nueva manera en que los jesuitas entienden el catolicismo no podía menos que provocar fricciones con un monarca como Carlos V que, desde los esquemas de pensamiento de una época que se está extinguiendo, la medieval, cree durante mucho tiempo en la posibilidad de llegar a un acuerdo con el protestantismo y alcanzar una solución negociada. Algo que, entre otras cosas, le permitiría salvaguardar su proyecto de convertir el Imperio en un verdadero Estado. Felipe II sí será ya un soberano de los nuevos tiempos, el martillo de la herejía; pero también tendrá sus colisiones con la Compañía, no ya por motivos espirituales, sino porque la completa y última supeditación de la orden al Papa estorba su visión de una Iglesia nacional integrada, como un *instrumentum regni* más, en la maquinaria del Estado. El rey prudente, en consecuencia, intentará transformar a la orden

ignaciana en una orden hispana pretendiendo, sin éxito, que tuviera un superior español autónomo de Roma.

Los monarcas del siglo XVII, por el contrario, se muestran cada vez más cercanos a la Compañía. Pese a lo cual mantienen la tradición y ninguno tiene confesor jesuita. No oficialmente, al menos. Pero tanto Felipe III como Felipe IV recurren a ellos, y es tremendamente significativo, en su lecho de muerte. Demostrando el éxito de la orden en lo que su percepción como llave del reino de los Cielos se refiere. Atenazado por remordimientos políticos de índole diversa, Felipe III sólo quiere a su lado al padre jesuita Jerónimo de Florencia, el único que consigue tranquilizar su conciencia; y llega al extremo de poner en duda públicamente la labor de su confesor oficial. Felipe IV no le va a la zaga: aunque ha tenido choques con el gobierno romano de la Compañía y pese a que intenta en su testamento bloquear el acceso al gobierno del padre Juan Everardo Nithard, el confesor de su esposa, no duda en recurrir a éste para que le ayude a bien morir. Y es que los pecados políticos de los que ambos se sentían culpables, según parece, sólo podían ser adecuadamente perdonados si la absolución llegaba de manos de un padre de la Compañía de Jesús.

MUJERES DE LA FAMILIA REAL. En el caso de las mujeres de la familia real, la cercanía es aún mayor. Es el caso de las hijas de Carlos V: la emperatriz María y la princesa Juana. Especialmente en el caso de la segunda, una de las tres únicas mujeres de la historia en ingresar en la Compañía, si bien bajo nombre masculino fingido. Si hablamos de las reinas consortes, tan sólo Isabel de Borbón, de entre las del siglo XVII, parece no tener a su lado un confesor jesuita. Todas las demás, desde Margarita de Austria a



Los jesuitas intentaron convencer a las elites de que la Compañía era la llave de su salvación eterna, a través de dos herramientas formidables: el control de las conciencias y la educación

Detalle de la puerta de Marchena, procedente del Palacio de los Duques de Arcos de dicha localidad. En la actualidad, se ubica en el Alcázar de Sevilla



Mariana de Neoburgo, son dirigidas por un hijo de san Ignacio. A los que, además, tratan de mantener a su lado con uñas y dientes, aun a costa de enfrentarse por ello con el duque de Lerma —en el caso de la esposa de Felipe III— o con la oposición política que se agrupa en torno a don Juan José de Austria —en el caso de la madre de Carlos II—; tan sólo Mariana de Neoburgo, siempre rapaz, se desvincula del suyo y de la Compañía cuando ambos estorban sus manejos políticos en el marco de la compleja sucesión del Hechizado.

EN ANDALUCÍA. Una vez establecidos sólidamente en tierras andaluzas, los jesuitas ocuparon pronto un lugar de preeminencia entre las demás órdenes religiosas debido tanto a sus éxitos en la educación y el confesionario como a su cercanía a los poderosos. Su sólida formación académica en general y teológica en particular les hará ser tremendamente apreciados como calificadores de la Inquisición. También tienen claras las particularidades del caso andaluz, adaptándose rápidamente a ellas. En primer lugar —habida cuenta de que Sevilla era la puerta privilegiada de las Indias— transforman la provincia en la base fundamental en la que formar individuos con que nutrir las misiones de ultramar.

El caso del reino de Granada era más peculiar, porque la mayoría de su población tan sólo era cristiana nominalmente; resistiéndose, además, a perder sus señas de identidad cultural y religiosa islámicas, rechazando las que los castellanos trataban de imponerles. Los jesuitas orientan sus esfuerzos con los moriscos en un sentido doctrinal, intentando convertirlos en verdaderos cristianos. Buena prueba de ello es la labor del colegio del Albaicín, fundado en 1556 y en el que los jesuitas intentaron formar a un grupo selecto de jóvenes moriscos para que, a su vez, pudieran predicar y convertir a su propio pueblo; entre ellos, destacó una figura fundamental: el padre Juan de Albo-

LOS DUQUES DE ARCOS. La fundación del colegio de la Anunciación de Marchena se sitúa en el contexto de los primeros pasos de la provincia Bética de la Compañía. La marquesa de Priego fue la principal impulsora de la nueva provincia jesuítica, debiéndose a su actividad las fundaciones de Montilla y Córdoba. Su hijo, el padre Antonio de Córdoba, uno de los primeros jesuitas andaluces, es otro de los pilares con que cuenta la Compañía en la provincia. Pues bien, estos personajes eran nada menos que la madre y el hermano de doña María de Toledo, esposa de don Luis Cristóbal Ponce de León, II duque de Arcos, pariente él mismo de Francisco de Borja. No es de extrañar, por tanto, que la duquesa, imbuida sin duda de la misma amistad hacia la Compañía de que hacían gala sus allegados, trate desde muy pronto de fundar un colegio jesuítico en Marchena, centro de su corte señorial y lugar de re-

sidencia habitual de su familia. Aparte de hacerse cargo de los gastos de construcción del colegio, la duquesa doña María le dona la quinta parte de su dote en su testamento. Una suma canjeada posteriormente por el pago de un censo anual de 348.216 maravedís situado sobre los estados ducales, censo que después se transforma en perpetuo y se amplía a 1.000 ducados anuales. La casa de Arcos se convierte, de esta forma, en patrona del colegio de la Compañía en Marchena, siguiendo así la tendencia clásica en la aristocracia castellana de asociar su linaje con lo sagrado y de monopolizar determinados y simbólicos espacios de culto.

El colegio de la Anunciación de Marchena, desde sus inicios, va a destacar poderosamente dentro del organigrama de centros de la naciente provincia jesuítica de Andalucía.

Como patrono del colegio de la Compañía en Marchena el duque de Arcos preside

La casa de Arcos se convierte en patrona del colegio de la Compañía en Marchena, siguiendo así la tendencia clásica en la aristocracia andaluza de asociar su linaje con lo sagrado



Retrato ecuestre del Conde-Duque, gran valedor de los jesuitas.

Velázquez. Museo del Prado

las celebraciones litúrgicas más importantes del año, y muy especialmente las de la Encarnación y las de la Semana Santa. La visualización del patronato de la Casa de Arcos sobre el colegio de la Compañía de Jesús en Marchena puede observarse muy especialmente en el ritual que se seguía a la muerte de cada duque. Su sucesor debía ir al colegio a tomar posesión de sus derechos como

descendiente de la fundadora. En la capilla mayor de la iglesia se le colocaba un sitial y, con toda la comunidad reunida, se preguntaba si reconocían al duque por patrono. A ello respondía el padre rector que sí, “con mucho honor y reconocimiento”.

Los diferentes duques esperan de la Compañía la mejor atención espiritual, no ya para sus súbditos, sino para ellos mismos. Desde el establecimiento de los jesuitas en su capital los jefes de la Casa de Arcos escogen como confesores a los distintos rectores del colegio. Es natural, por tanto, que el rector de Marchena nunca sea un jesuita cualquiera, sino un sujeto de reconocido prestigio intelectual o espiritual dentro de su orden.

También tienen que serlo otros padres del centro, encargados habitualmente de confesar a las duquesas y a los marqueses de Zahara. Lo que explica que los duques estén siempre pendientes de quiénes son los je-

suitas de más valía en la provincia y que no duden en pedir a los superiores de la Compañía que los manden como rectores al colegio de Marchena. La relación directa y privilegiada entre los jesuitas y la casa ducal de Arcos sólo decaerá cuando los duques

Olivares según el padre Baltasar Gracián

■ “El Gran Felipe IV de las Españas, porque lo es todo, ha tenido un ministro, digo un archiministro, el Excelentísimo D. Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares, eminente en todo, ministro grande de monarca grande. Verdaderamente gigante de cien brazos, de cien entendimientos, de cien prudencias. Que sin duda previno el Cielo para los mayores riesgos de esta Católica Monarquía los mayores hombres. Y el conjurarse todo el mundo contra ella no ha sido sino para que las reales y ducales prendas saliesen a la luz universal de todo el Orbe y de todos los siglos”.

abandonen Marchena para residir permanentemente en la Corte madrileña en 1673.

OLIVARES. La gran época de la influencia jesuítica en la Corte española puede situarse en torno a la primera mitad del siglo XVII. Coincidiendo, en su momento más álgido, con el protagonismo político de un noble andaluz que se convertirá en el verdadero referente del reinado de Felipe IV:

don Gaspar de Guzmán, el Conde-Duque de Olivares. Un noble perteneciente a un clan, el de los Guzmán-Zúñiga, caracterizado por su forma belicista y reputacionista de entender las relaciones internacionales. Opción política con la que la Compañía se alió, a finales del reinado de Felipe III, para hacer caer al duque de Lerma, cuyo pacifismo obligado por las carencias económicas nunca compartió al llevar aparejado dejar de lado la lucha contra el protestantismo en Europa.

Durante el valimiento del Conde-Duque, el gobierno romano de la Compañía de Jesús va a disponer de un cauce de comunicación privilegiado con el alcázar madrileño. Será el momento en el que, en tono satírico, se murmuraba que la mejor manera de medrar en la Corte era “oír siempre misa con la Compañía y dejarse ver con un rosario en las manos”. No era para menos cuando el personaje que gozaba de más poder junto al soberano se confesaba con padres jesuitas. En principio, con el padre Hernando Salazar. Éste, catedrático de teología en Murcia y Alcalá antes de trasladarse a Madrid, alcanzó pronto fama de ser la eminencia gris de don Gaspar. Olivares consideraba públicamente



Retrato de Velázquez. Colección Thyssen-Bornemisza



La reina Mariana de Austria protegió a la Compañía hasta su muerte en 1696.

a su director espiritual como el “religioso de España a quien más debo, y a mi corto juicio, sujeto de raras y aventajadas artes en virtud y letras”. Pronto, el valido cuenta con su confesor en numerosas juntas en las que el contenido doctrinal o teológico brilla por su ausencia. Especialmente se le reclama en cuestiones hacendísticas, pues se muestra dotado para el mundo de las finanzas. Ocupación que el propio

Salazar justifica afirmando que la falta de dinero es la principal causa de la debilidad exterior de España, y de los consiguientes avances de los herejes.

Salazar no se encuentra solo. Junto a él ejercen su influencia el padre Florencia, último confesor de Felipe III y director espiritual de los hermanos de su sucesor; el padre Gonzalo de Albornoz, confesor del duque de Alburquerque, presidente del Consejo de Italia; y el padre Francisco Pimentel, hijo del conde de Benavente y primo de Olivares. Lo que pretende conseguir el General de la Compañía a través de ellos es que utilicen su ascendiente espiritual sobre sus poderosos penitentes para lograr su apoyo en asuntos que, frecuentemente, poco tienen que ver con lo espiritual. Gracias a la actuación de estos padres, la Compañía adquiere el carácter de una especie de *ministerio periférico*, de oficina a la que los nobles de los territorios europeos de la Monarquía podían recurrir —siempre que tuvieran la relación adecuada con los jesuitas, claro está— para conseguir que sus aspiraciones en la lejána Corte madrileña encontraran la resonancia adecuada. Ayuda en pleitos, cargos, pensiones y mercedes de toda clase,

hábitos de órdenes militares... todo tenía su lugar en este verdadero tráfico de influencias. En 1632 el negociado jesuítico se renueva con la actuación del padre Francisco Aguado, el nuevo confesor del Conde-Duque.

Más información

Álvarez Rodríguez, J.R.

La casa de doctrina del Albaicín: la labor apostólica de la Compañía de Jesús con los moriscos.

Cuadernos de la Alhambra, 19-20, 1984, pp. 235-246.

Cortés Pena, A.L.

“La quiebra del colegio de San Hermenegildo”, Iglesia y cultura en la Andalucía moderna. Tendencias de la investigación, estado de las cuestiones.

Proyecto Sur, Granada, 1995, pp. 159-180.

Lozano Navarro, J.J.

La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias.

Cátedra, Madrid, 2005.

ECLIPSE. La situación privilegiada de los jesuitas en Madrid sufre un tremendo revés con la caída de Olivares en 1643. El padre Ripalda, su nuevo confesor, acompaña al ministro cesante en todo momento y, tras su muerte en su confinamiento en Toro —el rey no le permite retirarse a Andalucía—, continúa confesando a su viuda. El eclipse del poder de la Compañía se acentúa con el escándalo de la sonada bancarrota

del colegio de San Hermenegildo de Sevilla en 1645. El colegio se había involucrado en aventuras comerciales de alto riesgo que arruinaron a más de quinientas personas, lo que constituyó un serio baldón para el prestigio de la Compañía, que intentó cargar toda la culpa en el procurador Villar. En mayo de 1657, sin embargo, la justicia hizo responsable al colegio de la deuda y le obligó a vender la mayor parte de sus bienes para satisfacer a los acreedores.

Los jesuitas, no obstante este revés, recuperan su predicamento a partir de 1665, durante el breve valimiento del padre Juan Everardo Nithard, confesor de la reina regente Mariana de Austria. Nithard será enviado al exilio por don Juan José de Austria en 1669. Llegará a ser embajador de España en Roma y cardenal. Pese a esta salida poco airosa, la Compañía siempre contará con la protección de la reina Mariana hasta su muerte en 1696. Con la nueva dinastía borbónica, la orden reavivará su esplendor junto al poder. Lo hará, a partir de 1700, con la figura del padre Rávago, confesor de Felipe V. Así será casi hasta las vísperas de su expulsión por Carlos III en 1767. ■

A mayor gloria de Dios

Arte barroco en la Provincia de Andalucía

CRISTINA GARCÍA OVIEDO

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

AH
ABRIL
2009
20

La producción artística en Andalucía conoció un gran desarrollo a partir de la segunda mitad del siglo XVI y durante el llamado Siglo de Oro español. De él participó la Compañía de Jesús, que contó con 47 fundaciones en la Provincia de Andalucía. Este dato ya nos indica la dificultad de su estudio, incluso si nos refiriésemos sólo a las construcciones que hoy siguen en pie y que pertenecen a la Comunidad Autónoma de Andalucía; de ahí la conveniencia de acotar el estudio para hacerlo abarcable, y ofrecer una visión global de lo que supuso la presencia de los religiosos de San Ignacio de Loyola en Andalucía desde el punto de vista artístico.

Por este motivo, de manera sucinta se van a presentar algunos de los problemas que se tuvieron que afrontar para finalizar algunas de las iglesias jesuíticas más emblemáticas, desmitificando algunas creencias sobre la opulencia con la que se rodearon y construyeron iglesias los religiosos de San Ignacio. Además, y como rasgo definitorio de las peculiaridades artísticas andaluzas, se debe considerar la vital participación de la alta y potente nobleza y del alto clero en las construcciones jesuíticas por medio de sus generosas donaciones económicas.

MITO Y REALIDAD. El arte barroco es en su esencia un arte teatral: se buscó crear espacios que envolviesen al espectador y lo

DEVOCIÓN Y PODER

Andalucía, por la actividad de sus puertos y la presencia de una potente nobleza y un alto clero adinerado, entre otros condicionantes, pudo permitirse otros parámetros de lo que se consideraba suntuosidad, dando lugar a un arte barroco cuya fastuosidad fue completamente

desconocida en Castilla. Las iglesias pertenecientes a la Compañía de Jesús en la provincia, pese a no seguir un modelo propio estandarizado, se dotaron de una enorme originalidad gracias al uso de elementos como las cúpulas, la elevación de torres, las columnas salomónicas, la utilización del claroscuro y el encargo de grandes fachadas.

transportasen a otra realidad, en principio más mística, pero también más suntuosa. Algo que se consiguió magistralmente en las iglesias pertenecientes a los colegios de la Compañía de Jesús, donde la arquitectura, y con ella todas las demás artes, se subordinaron a lo que San Ignacio llamó composición de lugar. En ningún lugar como en una iglesia jesuítica se cuidaron con tanto detalle la acústica, la iluminación, la oratoria del oficiante, etc., que unido a unas ciertas características que hacen reconocible una iglesia jesuítica, han propiciado un fecundo debate sobre la existencia o no, de un estilo arquitectónico jesuítico, ideado para subyugar las conciencias de los fieles. Hoy día la teoría de la existencia de un estilo arquitectónico y artístico jesuítico propio —en el que las artes se aunaban para crear un espacio único envolvente, lujoso y, sobre todo, teatral— ha quedado completamente descartada, ya que, a tenor de la verdad, existieron y existen iglesias jesuíticas en otros estilos, más propios o familiarizados con los lugares donde se construía.

También fue así en la Andalucía del barroco. El problema para su estudio es que muchas de las iglesias jesuíticas con las que contó la Provincia de Andalucía no nos han llegado, bien porque fueron destruidas en diversos momentos históricos de revueltas, como es el caso de Sanlúcar de Barrameda; bien porque se construyó otro templo sobre el existente, como en Montilla y Cádiz; bien porque han pasado a ser utilizadas por otras órdenes religiosas, como ocurrió en Antequera y Cazorla, y obligatoriamente se han tenido que acomodar a ellas; por no hablar de las que hoy tienen usos laicos, conser-





Foto: Antonio Pérez

Interior de la iglesia de San Luis de los Franceses (Sevilla), paradigma de las cotas a las que llegó el barroco andaluz con los jesuitas.

vando el espacio arquitectónico, eso es cierto, pero desligándolo de la función esencial para la que fueron creadas, véanse los casos de Segura de la Sierra, el colegio de San Hermenegildo de Sevilla y el Noviciado de San Luis, también en la capital hispalense.

También se debe considerar como un mito transmitido en los estudios sobre este te-

La Compañía de Jesús creó un arte efímero, un arte total, en el que la música, la decoración y el espíritu teatral del barroco se pusieron al servicio de una idea propagandística

ma, aquel que indica que el modelo de todas las iglesias jesuíticas de época barroca fue la iglesia romana conocida como *il Gesù*.

Por consiguiente, la pregunta a responder sería ¿hasta qué punto se puede considerar una iglesia jesuítica como reflejo plas-

mado en piedra del espíritu ignaciano? Para responder a esta pregunta deberíamos estudiar por menorizadamente

una a una, comprobando hasta las últimas intenciones la voluntad de cada fundador, y en algunos casos será imposible llegar a ninguna conclusión, por la falta de la documentación específica, quedando abierta una parte importantísima de la historia de



Fachada de la antigua iglesia de la Compañía en Córdoba, con ladrillo y con revoco blanco.

cada edificio. Por otro lado, si atendemos a los comentarios que en su época escribieron los jesuitas, nos damos cuenta que en la mayoría de las provincias en las que se organizaba la Orden, y Andalucía no podía ser menos, existieron padres más propicios que otros a iniciar obras arquitectónicas, y aún así, es generalizado el miedo a edificar conjuntos colegiales con su preceptiva iglesia demasiados lujosos o suntuosos, puesto que con ello peligraban otras limosnas y aportaciones económicas siempre necesarias para el mantenimiento de los colegios.

ANDALUCÍA DIFERENTE A CASTILLA. Dicho esto, soy con todas las precauciones, partidaria de mantener un solo mito, que considero más bien una realidad vivida en la Andalucía desde finales del siglo XVI y es la diferenciación con respecto a Castilla, de la que se seguía hablando en el siglo XVII. Eso sí, traslademos esa diferenciación a la materia estrictamente artística, y entendamos que en Andalucía, por su situación geográfica, por la actividad de sus puertos y por la presencia de una potente nobleza y un alto clero adinerado, entre otros

condicionantes, pudo permitirse otros parámetros de lo que se consideraba suntuosidad, que fueron completamente desconocidos en Castilla. Así debe considerarse, por ejemplo, la iglesia del Noviciado de San Luis de los Franceses, cuya decoración, a base de pinturas al fresco, retablos sobredorados, el uso de la columna salomónica e incluso una llamativa azulejería, no tiene contestación en otros ámbitos más que en el andaluz.

Esta diferenciación, como decía, se debe a la confluencia de múltiples causas. No podemos pasar por alto que la Provincia jesuítica de Andalucía vio nacer un nutrido y valioso grupo de artistas, que abarcaron todos los campos, también en la arquitectura, como demuestra el caso del padre Bartolomé Bustamante (1501-1570), una figura clave para entender la arquitectura jesuítica andaluza, a pesar de que naciera en Alcalá de Henares.

Nombrado por Francisco de Borja secretario suyo y comisario para los asuntos de la Compañía en España, su relación con Andalucía comenzó con su nombramiento de máximo representante de la Provincia (1556-1560), y como tal participó en las fun-

daciones en Granada y Montilla. Después, trazará los planos para los colegios de Sevilla, Córdoba y Trigueros, y se encargará de la fundación en Cádiz. Con el intervalo que duró su viaje a Roma para asistir a la II Congregación General en la que participó como miembro de una comisión sobre construcción de los edificios, regresó a Andalucía como Visitador, teniendo la oportunidad de proyectar junto con el arquitecto Hernán Ruiz el joven la iglesia y colegio de Marchena. Hacia 1569 se encontraba de nuevo en Andalucía, en la obra del colegio de Segura de la Sierra, y un año después, moriría en su colegio de Trigueros.

IGLESIA COLEGIAL DE GRANADA. Precisamente en la obra de la iglesia colegial de Granada tenemos un ejemplo de la diferencia de las construcciones andaluzas de las castellanas, cuando consultado el maestro mayor de la catedral, Juan de Maeda, sobre lo que los jesuitas iban a levantar en Granada, afirmó que sería más económico construir en cantería con piedras de la Sierra de Alfacar que con tapial y ladrillo, como se construyó la casi coetánea iglesia de Córdoba. Aún así, su impresionante cúpula, al exterior tan solemne como la de la iglesia del Monasterio de El Escorial, permite rastrear la influencia cortesana tardo manierista, además de servir de ejemplo nuevamente, de esa suntuosidad arquitectónica existente en Andalucía en los albores del barroco. En las mismas fechas en la que se levantaba esta iglesia, en Castilla, las cúpulas eran falsas, de manera que al exterior no eran visibles y al interior no aportaban a los templos ese efecto teatral de iluminación cenital sobre el espacio destinado a altar.

La iglesia del colegio de Santa Catalina de Córdoba, hoy iglesia del Salvador y Santo Domingo de Silos, es más perceptible la in-

Fue generalizado el miedo a edificar conjuntos colegiales con su iglesia demasiado lujosos, puesto que con ello peligraban otras aportaciones económicas necesarias para el mantenimiento de los colegios

Iglesias de una gran originalidad



■ Podemos decir que, durante el último tercio del siglo XVI se comprobó que en Andalucía los jesuitas construyeron sin tener un modelo estandarizado, aunque las primeras iglesias respondían a una misma planta basilical, de una sola nave y capillas laterales abiertas entre los contrafuertes. Mientras los religiosos estaban más ocupados en solucionar problemas de otras índoles, el artístico parecía no importar demasiado, pues primero utilizaron para sus ministerios iglesias ya existentes, y cuando pudieron construir, empezaron primero por los colegios y cuando éstos estaban finalizados emprendían las obras de sus iglesias, siempre con la mirada atenta a la contención de los gastos. Pero a pesar del intento de moderación, sufrido algunas veces por los arquitectos e impuesto en otros casos por otros arquitectos, no evitaron que en Andalucía se levantasen iglesias de una enorme originalidad, con variaciones de plantas,

que fueron desde la basilical más típica, a las de cruz griega y elípticas. Además, como signo de diferenciación de las construcciones jesuíticas andaluzas, aparecen las cúpulas desde una fecha temprana, algo casi impensable en otros lugares, como en la Provincia jesuítica de Castilla, y con la implantación del barroco llegarían otras novedades, tales como el uso de torres, el empleo de la columna salomónica, la exuberancia decorativa, que finalmente vinieron a demostrar cómo en Andalucía se entendía de una manera más amplia del significado de la palabra arquitectura y de las posibilidades que ofrecía el barroco: yeserías, pinturas al fresco, grandes cuadros devocionales, el uso del oro, portadas con gran volumen, la búsqueda del claroscuro, esculturas, mobiliario de ricas maderas de las Indias... Todo ello, gracias a un mecenazgo muy potente, que supo cómo emplear su dinero, *A Mayor Gloria de Dios*.

fluencia de la iglesia jesuítica de Medina del Campo, también de mano de Bustamante, y en cuyo proyecto intervino activamente Francisco de Borja, posteriormente General de la Compañía. La impronta del templo de Medina del Campo queda patente desde que se entra en la iglesia cordobesa, que presenta en su construcción un cierto matiz italiano-escurialense, sobrepasando e incluso modernizando el ejemplo castellano, —pues en las cubiertas y en su interior no hay restos de un gótico tardío visible en las bóvedas de crucerías—, algo que puede deberse a la presencia en las obras del hermano Juan Bautista de Villalpando, arquitecto, escritor y teólogo jesuita nacido en Córdoba en 1552 y muerto en Roma en 1608, discípulo de Juan de Herrera, el arquitecto de Felipe II y de El Escorial. En esencia, con estos avales la iglesia cordobesa, además del valor de las obras de arte que alberga, podríamos añadirle el valor de servir como testimonio de que la Compañía de Jesús no quiso implantar en Andalucía un modelo estandarizado, porque sin duda, el modelo de la iglesia cordobesa se habría repetido hasta la saciedad y sin embargo, no fue así.

Observemos el ejemplo de la iglesia de Trigueros, la que pudo ser la obra más personal del arquitecto jesuita Bartolomé de Bustamante, con la financiación del clérigo Francisco de la Palma y de la condesa de Niebla, desde 1562. Los acuerdos de la fun-

dación especificaban que la renta debería aplicarse íntegramente en sustentar a veinte integrantes del colegio, y que las obras debían ser financiadas por la propia Compañía de Jesús. En esta situación, las peticiones de mesura y contención de gastos desde Roma fueron continuas, uniéndose a ellas el rector de Trigueros.

A pesar de las trabas puestas al arquitecto, el edificio se comenzó tres años después, siguiendo un novedosísimo plan centralizado de cruz griega, que no fue entendido por nadie más que por quien lo ideó, y que finalmente tuvo que modificarse y reconvertirse en otro proyecto de iglesia de una sola nave. De manera que a estos inconvenientes, sumados a las obligaciones de Bustamante que le mantenían lejos de Trigueros, a las reiteradas paralizaciones de la obra por falta de dinero y, finalmente, debido a la inesperada muerte del arquitecto y después del fundador hicieron inviable su proyecto tan novedoso para este colegio.

Muy interesante desde el punto de vista arquitectónico es el colegio de Montilla, en cuya construcción participaron Hernán Ruiz el joven y Bustamante. Se ha afirma-

do que en esta obra Ruiz empleó en modestas proporciones algunos de los elementos que emplearía posteriormente en el hospital de la Santa Sangre, considerada su obra maestra, y que en ella no ocultó la influencia que ejerció sobre él Andrés de Vandelvira y la catedral de Jaén. Pero de nuevo, ninguno de los dos arquitectos pudo seguir la continuación de las obras, que presentan como novedad las dos torres que flanquean la portada, de manera similar a las que presenta la iglesia madrileña de San Isidro, antiguo Colegio Imperial. En esta iglesia descansan los restos de San Juan de Ávila, el Apóstol de Andalucía.

VALERIANO VISITA ANDALUCÍA. Así llegamos a una fecha crucial, el año de 1577. Fue entonces, cuando el cuarto Prepósito General de la Compañía, Everardo Mercuriano, nombró un visitador para cada una de las cuatro provincias de España, siendo destinado a Andalucía el padre García de Alarcón, quien a su vez delegó todo lo concerniente en materia arquitectónica al hermano Giuseppe Valeriano, pintor y arquitecto italiano, que había realizado su novi-

La Compañía de Jesús no quiso implantar en Andalucía un modelo estandarizado, porque sin duda, el modelo de la iglesia cordobesa se habría repetido entonces hasta la saciedad y, sin embargo, no fue así

El falso mito de *Il Gesù*



■ La Iglesia jesuita romana de *Il Gesù* ha sido presentada en algunas ocasiones como la quintaesencia del llamado modo nostro, vocablo usado por los jesuitas y mal interpretado en ocasiones, que no hace referencia a un estilo arquitectónico, —que nunca existió—, sino a unas indicaciones de los jesuitas para la correcta distribución de los espacios dentro de un edificio que habitaría su Orden. De hecho, hasta existen estudios de especialistas italianos que inciden en el fuerte componente español del templo

romano, curiosamente cuando muchas iglesias españolas se miran con el tamiz italiano de la tan traída iglesia del *Gesù*. Es más, incluso, deberíamos tener en cuenta otro factor de vital importancia en la configuración artística de un templo jesuítico y este fue el papel condicionante de los fundadores o benefactores, genéricamente llamados mecenas, que financiaron las obras, ya no sólo y exclusivamente para el uso de los religiosos, sino para enterramiento propio, introduciendo un espacio ajeno al

espíritu ignaciano en los edificios, a veces, tiempo después de finalizadas las obras. De hecho, un ejemplo es la decoración interior tan fastuosa de la misma iglesia del *Gesù*, que nada tiene que ver con el templo financiado por el cardenal Farnesio, su fundador. Así las cosas, se debe considerar como un mito transmitido en los estudios sobre este tema, que la iglesia romana conocida como *il Gesù* fuese el modelo seguido por el resto de iglesias jesuitas del barroco.

ciado en la casa de probación de Medina del Campo entre los años 1574-1576 y que debía pasar la mayor parte tiempo entre Valladolid y Villagarcía de Campos. A Valeriano se le pidió que enjuiciase las construcciones iniciadas y, en la medida de lo posible, propusiese solución a los errores, y que indicase maneras de recortar costes. La visita de Valeriano por Andalucía fue un frac-

so, si atendemos al poco caso que se hizo de sus propuestas, y debemos preguntarnos por qué. Es posible, que el italiano no entendiese las peculiaridades andaluzas, ni cómo el barroco se estaba implantando en construcciones señeras de las ciudades andaluzas.

En 1578 Giuseppe Valeriano llegó a Trigueros. El italiano criticó duramente lo realizado por Bustamante, aunque no dejará nunca de ser curioso que la misma persona que criticó una iglesia de planta de cruz griega realizase años después un proyecto para la iglesia de San Ignacio de Cosenza, (Italia) de planta pentagonal.

Algo similar que lo dicho para Trigueros ocurrió en Sevilla, con la actual iglesia de la Anunciación, en la que Valeriano tuvo que trabajar sobre el diseño del padre Bartolomé de Bustamante, y por la que habían pasado varios maestros locales. En esta ocasión, el principal impedimento para que hoy se pueda valorar la categoría del italiano fue el por entonces rector sevillano, el padre Diego de Acosta, curiosamente, natural de Medina del Campo. Este padre Acosta, reconoció su interés por llevar adelante la fábrica, y esto es opinión mía, excediéndose en su celo cuando aparecieron los primeros signos de debilidad en la construcción.





Colegio de San Pablo de los jesuitas —hoy facultad de Derecho— de Granada.

Mandó llamar a un total de trece arquitectos para que valorasen la obra, y todos ellos, a excepción de Valeriano y después de Juan de Herrera, seguían opinando que la construcción era segura. El rector del colegio sevillano no vio con buenos ojos el binomio Valeriano-Herrera, tal vez, porque él había puesto al frente de la obra a un arquitecto de su confianza.

La segunda escala del viaje de Valeriano fue Granada, donde sentenció: “la iglesia no es capaz, ni fuerte, ni graciosa al modo que va”. Finalmente, Valeriano llegó a Córdoba, y a diferencia de las demás obras que había visitado, la cordobesa le causó una buena impresión. Tal vez, la experiencia más provechosa para Valeriano fue conocer al hermano arquitecto y cordobés, Juan Bautista de Villalpando, teniendo en común la amistad con Juan de Herrera y un seguimiento casi religioso por los dictámenes del arquitecto y tratadista romano Vitrubio (siglo I a. C.). Entre los dos estudiaron y analizaron los problemas y las necesidades de los colegios de Montilla, Marchena y Málaga, aunque por las pa-

labras de Valeriano, se pueda deducir que no se desplazó a esas localidades. Ambos volverían a encontrarse en Roma, a partir del año 1595, cuando Villalpando junto con el padre Jerónimo del Prado —natural de Baeza— trabajaron en la reconstrucción en dibujos del templo de Salomón según los textos bíblicos, una obra de gran valor para Felipe II, quien tantas veces ha sido llamado el nuevo Salomón, y quien llegó a poseer una maqueta realizada en oro de la ciu-

dad de Jerusalén. Debió ser un encuentro breve pero fructífero, más para el italiano que para la Provincia Andaluza, porque a diferencia de lo que ocurrió durante su estancia en España, el arquitecto italiano sí tuvo la oportunidad de dejar su huella palpable en las obras que los jesuitas estaban realizando en ciudades tan distantes como Génova y Nápoles, incluso la mencionada anteriormente de San Ignacio de Cosenza.

El empleo de plantas centralizadas para iglesias de la Compañía viene a demostrar que algo estaba cambiando en Andalucía, aunque de manera muy lenta fuera de ella. Aún así en Andalucía existen extraordinarios ejemplos, como la del colegio sevillano de San Hermenegildo, o el colegio de San Sebastián en Málaga, ambas diseñadas por el hermano Pedro Sánchez, a la que se sumaría el noviciado de San Luis de Sevilla, diseñada por Leonardo de Figueroa y Diego Antonio Díaz, para culminar este modelo en la gran iglesia circular que se levantó en Loyola cerca de la casa natal de San Ignacio. ■

Más información

- **Rodríguez Gutiérrez de Ceballos, A.** *Bartolomé de Bustamante y los orígenes de la arquitectura jesuítica en España.* IHSI. Roma, 1967.
- **Soto Artuñedo, W., (ed)** *Los jesuitas en Andalucía. Estudios conmemorativos del 450 aniversario de la Fundación de la Provincia.* Un. de Granada, Granada, 2007.

Camino del exilio

La primera expulsión de los jesuitas andaluces

MIGUEL LUIS LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ

UNIVERSIDAD DE GRANADA

AH
ABRIL
2009

26

El rey. En su real pecho quedaban reservadas las causas “gravísimas” para una decisión así. Una solución radical, como otras anteriores en la historia de España. La potestad “económica” del rey, que le permitía actuaciones drásticas y sumarias en la política doméstica, se cebaba con un nuevo colectivo. Primero fueron los judíos (1492), después los moriscos (1609) y finalmente los jesuitas (1767). Unos eran infieles, a otros se tachaba de insinceros, a los últimos, de ultramontanos. Se ha dicho que los jesuitas miraban más a Roma que a Madrid, pero lo cierto es que hasta pocos años antes de la expulsión habían gozado de un enorme influjo en la corte (cuyo final coincide con la caída de Ensenada y la salida del padre Rávago del confesionario regio) y eran estrechos colaboradores de la casi totalidad de los obispos españoles. El mismo Carlos III había confiado la educación del Príncipe de Asturias a sendos jesuitas andaluces, el p. Barba, natural de Carmona, fallecido en Madrid en 1763, y el p. Zacagnini, gaditano, que murió en el exilio en 1806, posiblemente ya secularizado.

LAS ACUSACIONES. Entonces, ¿cuál fue su pecado? La acusación —muy cuestionada por la historiografía— de instigar y participar en el motín de Esquilache... y mucho más. Cuerpo incómodo, “estado dentro del Estado”, se ha repetido hasta la saciedad. He aquí

DEVOCIÓN Y PODER

En 1815, tras el restablecimiento de la Compañía de Jesús, apenas quedaba una veintena de los jesuitas de la Provincia de Andalucía expulsados en tiempos de Carlos III. Habían salido más de setecientos en 1767. La de aquellos jesuitas andaluces es la historia de un exilio.

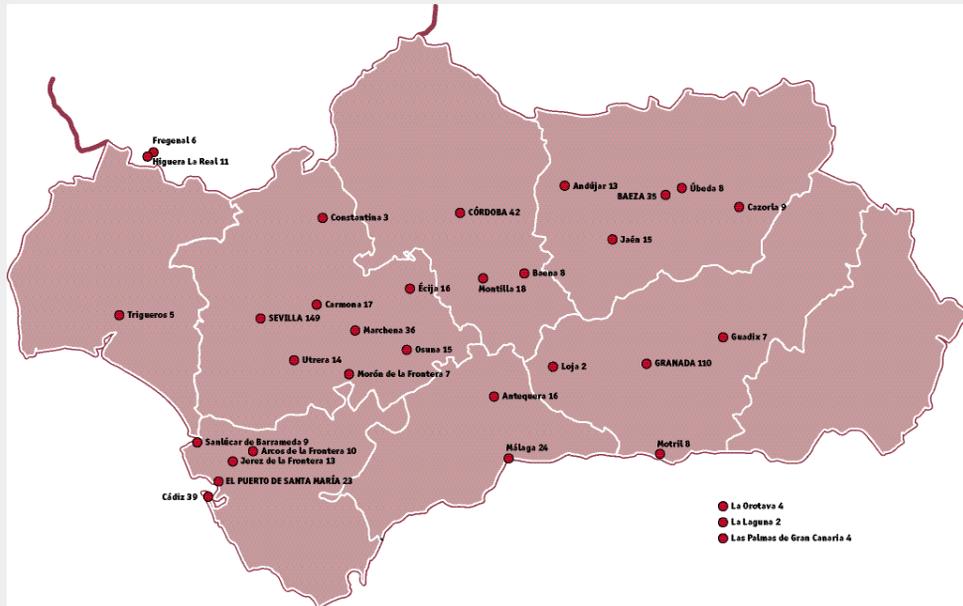
Lleno de sinsabores y peripecias, como todos los exilios. Cuenta una relación de 1769 que, cuando embarcaron en el puerto de Málaga, camino de un destierro incierto, el muelle “estaba completamente invadido por la gente. Muchas mujeres lloraban y algunos vecinos no ocultaban sus impresiones hostiles a la orden de Su Majestad, mientras otros clamaban al Rey”. En el otro extremo, por aquellos días predicaba un religioso en Cádiz: “¡Con que, al fin, cayó del cielo Lucifer con toda su compañía!”.

algunas acusaciones incriminatorias: el cacareado “cuarto voto” de obediencia al Papa, el casuismo y el laxismo de sus doctrinas morales, la formulación (aunque minoritaria) de la teoría del tiranicidio, el control de la enseñanza secundaria y de los colegios mayores, la acumulación de rentas y patrimonio, el control de la conciencia de las elites españolas, las “revolucionarias” propuestas de las misiones guaraníes, sus cuestionados métodos evangelizadores (ritos chinos y malabares)... Todo actuó en su contra. Así expresa T. Egido los motivos últimos de tan radical decisión: los ministros “tuvieron la habilidad de presentar a Carlos III una Sociedad monstruosa, un cuerpo poderosísimo, incompatible con el reino, con el rey asustado, cuya corona y cuya persona sólo podrían estar seguras deshaciéndose del enemigo formidable de los jesuitas”.

El regalismo se impuso en una pesquisa secreta ejecutada por fervientes antijesuitas, los miembros del llamado Consejo Extraordinario. El resultado estaba cantado. El 2 de abril de 1767, en una operación policial sin precedentes por su magnitud y sigilo, los jesuitas españoles fueron detenidos en sus respectivos colegios y residencias. Se mandó venir a los ausentes; éstos abundaban en el sevillano colegio de las Becas, residencia de afamados misioneros populares (a cuatro les sorprendió la orden estando fuera, en Palma, Almería y las Alpujarras). Los más enfermos quedaron depositados en hospitales y conventos de diversas órdenes religiosas. En los días siguientes se les condujo a los puertos de embarque; se consumaba el *extrañamiento*.



Distribución geográfica de los expulsos a finales de 1786



Junto al nombre se indica en número de jesuitas expulsados según el Catálogo de 1786. Las localidades con más de una casa de jesuitas aparecen en mayúsculas. Fuente: A.H.N., Jesuitas, leg. 777. Elaboración propia

PROVINCIA	Prófugo	Detenidos	Extranjeros	Depositados	Seculariz.	Fallecidos	Restan exilio	TOTAL:
Badajoz	—	—	—	1	1	8	7	17
Cádiz	—	—	3	3	16	30	42	94
Córdoba	—	—	—	1	9	24	34	68
Gran Canaria	—	—	—	—	—	3	1	4
Granada	1	—	2	—	24	33	67	124
Huelva	—	—	—	—	—	3	2	5
Jaén	—	1	—	1	13	33	32	80
Málaga	—	—	—	2	10	14	14	40
Sevilla	1	—	1	8	41	96	109	256
Tenerife	—	—	—	—	—	4	2	6
Sin especificar	—	—	—	—	—	1	4	5
TOTAL:	2	1	6	16	114	249	314	702

Desde sus respectivas casas viajaron detenidos a los puertos de Ferrol (jesuitas de la Provincia de Castilla), El Puerto de Santa María (Provincia de Andalucía) con escala en Málaga, Cartagena (Provincia de Toledo) y Salou (Provincia de Aragón) con parada en Palma de Mallorca. Desde allí, los navíos llegaron hasta las costas italianas con la intención de entregarlos a su protector natural, el papa Clemente XIII, que amargamente había exclamado: “¿El rey católico, a quien tanto amamos, viene ahora a colmar el

cáliz de nuestra amargura?”. Fueron recibidos con cajas destempladas en Civitavecchia y, tras negociaciones diplomáticas de última hora, se les desembarcó en la isla de Córcega —“aguardando que se encuentre algún rincón en el mundo, por malo que sea, en que tirarnos y arrojarlos”, escribirá Luengo—, disputada por genoveses y franceses, con una fuerte co-

rriente independentista, esto es, en medio de una guerra civil.

El padre Borja de Medina ofrece una estadística de los jesuitas de la provincia de Andalucía al tiempo de la expulsión: 333 sacerdotes, 104 escolares y 267 coadjutores. En total 704, con predominio de los residentes en Sevilla y provincia, seguidos de los de Granada y provincia, los gaditanos, los jiennenses, los cordobeses y los mala-

gueños. Había también colegios en las actuales provincias de Huelva, Badajoz, Tenerife y Gran Canaria.

Primero fueron los judíos (1492), después los moriscos (1609) y, finalmente, los jesuitas (1767). Unos eran infieles, a otros se les tachaba de insinceros y, a los últimos, de ultramontanos



El Papa Clemente XIII, protector natural de los jesuitas, retratado por A.R. Mengs.

Córcega: un destino inhóspito

■ “Es Algaiola una miserable plaza, distante como dos leguas de Calvi, fortificada con solo dos viejísimos bastiones, poco más que dos despreciables baterías; y toda la infeliz población se compone de solas 30 ó 40 casas arruinadas, donde no cabían ni aún en pie los 500 jesuitas de que constaba el convoy de la Provincia de Andalucía. Hallábase absolutamente desprovista de todo género de víveres y bastimentos, no habiendo los suficientes ni aún para el reducido paisanaje”.

Memorial del p. José Fco. de Isla, 1768

AH
ABRIL
2009

28

RELATOS DEL MALTRECHO VIAJE. El padre Manuel Luengo ha relatado con todo lujo de detalles la historia de este exilio. Justo al año de la expulsión escribía: “nos trabajan y oprimen sin caer en cuenta de que con ello persiguen a la Iglesia de Jesucristo y favorecen la herejía y la corrupción de las costumbres”. En clave providencialista leemos en sus páginas la amargura de la partida, tan sólo superada por el sello de malhechores que se impuso a los jesuitas, los obstáculos y estrecheces del camino y de la navegación, el lamentable estado material de las comunidades y la endeble salud de muchos, las críticas a esos “abogados” viles convertidos en ministros de un rey manejado (“hasta qué abismo de impiedad se han precipitado—escribe— un conde de Aranda, un fiscal Campomanes y otros ministros de Madrid, que son los verdaderos autores de estas maldades”), pues la persona regia siempre se preservaba de acusaciones, y, sobre todo, la firmeza de los jesuitas, perseverantes en su desgracia, empeñados en mantener en medio de las dificultades la propia estructura de provincias y comunidades

(aunque formalmente se les prohibió), los sufrimientos compartidos, que les daban fuerzas, los cauces de formación y la enseñanza, el espíritu de orden, incluso cuando ésta fue suprimida... Todo en aras a reforzar los conceptos de inocencia y santidad. Y la nostalgia, “una especie de tristeza y desconsuelo”, en soledad: “Roma calla y no habla”, diría

uno de ellos. Y es que el tratamiento que recibieron no fue idílico, a pesar de que el secretario de Marina, Julián de Arriaga, había ordenado concederles todo lo necesario, pues “en cada jesuita iba su propia persona”.

Se cuentan también algunos diarios de jesuitas andaluces, mucho más breves —menos literarios, pero por eso más testimoniales, espontáneos, inmediatos—: Alonso Pérez de Valdivia (del colegio de Jaén), Diego de Tienda (de S. Hermenegildo de Sevilla) y el anónimo *Diario breve de la navegación a Italia*, y los más escuetos de Marcos Cano (del citado colegio sevillano) y Rafael de Córdoba (del colegio de Cádiz). Se cargan las tintas en el viaje marítimo: así, el p. Tienda insiste “en la calidad y hora de la comida; en el desaseo indispensable en tan poco sitio para tantos, causa de plaga de animalillos, que a poco se extendió por todos; finalmente en otras mil cosas que se omiten y sólo se dejan a Dios para que las sepa para premiarlas”. Todos estos diarios tienen un claro carácter de memorandum y un tono apologetico.

VARIOS TRASLADOS. Setenta y tres días tardó la expedición andaluza en llegar a las costas de Córcega y ninguno murió durante este trayecto; fue la primera provincia en desembarcar. Demasiados días, si se tiene en cuenta que muchos transcurrieron con los barcos anclados en distintos puertos; pe-

ro, en cualquier caso, la Provincia de Castilla hizo esta travesía en el doble de tiempo. En el provisional exilio corso, los jesuitas andaluces fueron destinados a la localidad de Algaiola. A diferencia de las otras provincias, la comunidad hubo de ser dividida, pasando parte de ella a la ciudad de Calvi; 390 y 202 desembarcados, respectivamente. En esta última ciudad, junto a Ajaccio y San Bonifacio, se ubicaron el resto de los jesuitas españoles.

Los andaluces se acostumbraron mal a aquellas estrecheces. Y, sobre todo, a la guerra que enfrentaba a Génova con el independentista Paoli, mientras Francia esperaba hacerse con la isla, lo que ocurrió finalmente, al precio de un millón de francos (Tratado de Compiègne), no sin antes pactar la salida de los jesuitas españoles. Allí tuvieron noticia de la expulsión de los jesuitas del reino de Nápoles y más tarde del ducado de Parma. Sombras más funestas aún se cernían sobre la Compañía.

Antes, en noviembre de 1767, habían llegado los procuradores de las distintas casas que habían permanecido en España por espacio de siete meses; eran 246. En septiembre de 1768 los jesuitas —españoles y americanos, éstos llegados poco antes— se dirigieron a los Estados Pontificios, atravesando, tras nuevas gestiones diplomáticas, los territorios de Liguria, Parma y Módena. Ya en suelo papal, se establecieron en las legaciones septentrionales: Bolonia (provincias



El 2 de abril del año 1767, en una operación policial sin precedentes por su magnitud y sigilo, los jesuitas españoles fueron detenidos en sus respectivos colegios y residencias

Valiente testimonio a favor de los jesuitas

■ “En cuanto a la instrucción de los jóvenes, no he advertido otra cosa que un zelo tan desinteresado para su conveniencia, como interesante al público en la educación de sujetos que, instruidos primeramente del santo temor de Dios, lo fuesen también en el conocimiento de las buenas letras y artes necesarias, al fin de salir formados sujetos capaces de servir al público en las diferentes líneas y empleos que comprende el Estado”.

Informe de José Franquis, obispo de Málaga, 30 de noviembre de 1769.

*
COLECCION GENERAL
 DE LAS PROVIDENCIAS HASTA AQUI TOMADAS
POR EL GOBIERNO
 sobre el estrañamiento y ocupacion de temporalidades
DE LOS REGULARES DE LA COMPAÑIA,
 que existian en los Dominios de S. M.
DE ESPAÑA . INDIAS . E ISLAS FILIPINAS.
 É consecuencia del Real Decreto de 27 de Febrero,
 y Pragmática-Sancion de 2 de Abril de este año.



DE ORDEN DEL CONEJO, EN EL EXTRAORDINARIO
 En MADRID en la Imprenta Real de la GAZETA.
 Año de 1767.

I REAL DECRETO DE EXECUCION.

Habiéndome conformado con el parecer de los de mi Consejo Real en el Extraordinario, que se celebra con motivo de las ocurrencias pasadas, en consulta de veinte y nueve de Enero próximo; y de lo que sobre ella me han expuesto personas del mas elevado carácter: estimulado de gravísimas causas, relativas á la obligacion en que me hallo constituido de mantener en subordinacion, tranquilidad, y justicia mis Pueblos, y otras urgentes, justas, y necesarias, que reservo en mi Real ánimo: usando de la suprema autoridad económica, que el Todo Poderoso há depositado en mis manos para la proteccion de mis Vasallos, y respeto de mi Corona: Hé venido en mandar se estrañen de todos mis Dominios de España, é Indias, Islas Filipinas, y demás adyacentes, á los Religiosos de la Compañia, y así Sacerdotes, como Coadjutores ó Legos, que hayan hecho la primera Profesion, y á los Novicios, que quisieren seguirles; y que se ocupen todas las temporalidades de la Compañia en mis Dominios; y para su execucion uniforme en todos ellos, os doy plena y privativa autoridad; y para que forméis las instrucciones y órdenes necesarias, segun lo tenéis entendido, y estimáreis para el mas efectivo, pronto, y tranquilo cumplimiento. Y quiero, que no solo las Justicias y Tribunales Superiores,

Decreto de Expulsión de la Compañía de Jesús de los dominios españoles, 1767.

de Castilla y México), Ferrara (Aragón, Perú y parte de México), Ímola (Chile), Faenza (Paraguay), Forli (Toledo) o Rímimi (Andalucía, en 26 casas). No faltaron jesuitas andaluces diseminados por otras localidades (sobre todo, Santarcángelo y Faenza). Se trata de lugares próximos, todos ellos en un radio no superior a 50 km., tomando Faenza como centro. Algo más al sur —en las Marcas— se ubicaron las provincias de Santa Fe, Quito y Filipinas.

Por su parte, los jesuitas secularizados situaron su residencia especialmente en Génova, por cercanía a los comisarios regios, pero también en Milán y en Roma. En esta ciudad murió en 1783, tras haber sufrido cautiverio en el Castel de Santángelo, el asistente de España, Francisco de Montes, natural de Málaga.

ADMINISTRACIÓN DE LAS PENSIONES. El provincial de Andalucía, Fernando Gamero, y también el de Toledo, en una arriesgada decisión habían permitido que cada jesuita administrase personalmente la pensión asignada por el gobierno español, mientras que los de Castilla y Aragón se negaron a este procedimiento, recibiendo, no sin crítica, las pensiones en un fondo común, que les permitía, entre otras cosas, comprar al por mayor.

Cada andaluz debía velar por su propia seguridad. Fue una prueba de fuego, destinada a respetar la libre voluntad y autono-

mía de cada exiliado. Actitud más positiva aún con la llegada voluntaria a Córcega de algunos de los novicios (el extremeño Juan de Aniebas y el coadjutor alpujarreño Luis de Moya), pues sobre ellos no recayó la orden de expulsión y, por consiguiente, carecían de pensión. No hay que olvidar que un crecido número de coadjutores se ordenaron sacerdotes durante el destierro.

FUGAS Y SECULARIZACIONES. La contrapartida la describe con amargura el p. Luengo: las fugas y las secularizaciones afectaron a la provincia de Andalucía más que a otras. Fueron muy frecuentes al comienzo de la estancia en Córcega. Entre el 22 y el 26 de julio de 1767 se fugaron 25 jesuitas andaluces; un auténtico terremoto para sus compañeros, aún más al saberse que en Roma demandaban dimisorias para otros. Casi las 3/4 de las secularizaciones tuvieron lugar en el primer año y medio (84 secularizados durante la estancia en Córcega; B. Medina los eleva a 95), hasta la llegada de los jesuitas a los Estados Pontificios. En ese momento el número de los jesuitas andaluces ya había menguado en una cuarta parte, entre los depositados en España, los fallecidos y los secularizados. Se contaban en la provincia de Andalucía, según relación de 1786, 137 secularizados; eran en su mayoría sacerdotes profesos.

Detrás de las secularizaciones hay, sin duda, graves conflictos personales, el debate entre la fidelidad a la Compañía y la necesi-

dad de buscar nuevos horizontes, al sentir agotada una etapa. Desde la corte de Madrid se favorecían. Se les impedía regresar a España —para Luengo, de nuevo, “justísimo castigo de la flaqueza e inconsistencia de estos miserables”— y, a la vez, contribuían, según el secretario de Estado, Grimaldi, a “destruir el fanatismo y unión en que fiaba tanto el General y el Gobierno de la Compañía”.

Las secularizaciones remitieron en número desde 1769 (año en que los andaluces estrenaron nuevo provincial, el p. Gaspar de Sola) hasta el 21 de julio de 1773, en que pierden sentido: “con maduro acuerdo, de cierta ciencia y con la plenitud de la potestad apostólica, suprimimos y extinguimos la sobredicha Compañía”. Para eso, contaban las cortes borbónicas con un papa dócil, el franciscano Lorenzo Ganganelli, convertido —tras numerosas negociaciones y escrutinios en el cónclave de 1769— en Clemente XIV.

Por cierto, a finales de 1769 el gobierno español había pedido al episcopado que se pronunciase sobre la suerte de la Compañía de Jesús. Respondieron siete obispos andaluces. Lo esperable era una opinión condenatoria, como hicieron los preladados de Córdoba, Ceuta y Sevilla. Los de Granada y Guadix se movían en un medido equilibrio, mientras que el de Cádiz, el anciano fray Tomás del Valle, evitó pronunciarse y el de Málaga, José Franquis, aunque con lenguaje cauteloso, se mostró favorable a los extrañados.

De los poco más de 5.000 expulsos de España y sus colonias, a la altura de 1773 se habían secularizado 885; de los andaluces, insiste T. Egido, el 24%. El resto de jesuitas se convirtieron en abates, en el intento de bo-

La expedición andaluza desembarcó en la isla de Córcega, disputada por genoveses y franceses, con una fuerte corriente independentista, esto es, en medio de una guerra civil

Los jesuitas, desamparados

■ “Cuando creíamos estar de firme ya en el Estado Eclesiástico, y hechos los líos de ropa para desembarcar, tubimos de repente noticia que teníamos que volvernos por haver orden de Su Santidad de que no saltásemos a tierra ningún jesuita... Dijose que Su Santidad no nos admitía por la carestía y falta de víveres de sus Estados y que ésta era la respuesta que había dado al Rey de España, excusándose de ello, con que nos hallamos con el desconsuelo que se puede inferir, de vernos sin hallar un palmo de tierra en que fijar pie”.

Diario del padre Alonso López, Civitavecchia, 31 de mayo de 1767



Jesuitas embarcando en el puerto de Cartagena.

errar cualquier recuerdo de su militancia jesuítica. Algunos de los secularizados fueron más allá: dejaron el estado clerical y se casaron, 27 eran andaluces. Treinta años después del exilio se contaban ya 429 hijos de jesuitas españoles. Sin embargo, es justo decir que la Compañía de Jesús, tras su restablecimiento, fue especialmente generosa admitiendo a los secularizados que así lo pidieron, como ocurrió, entre los andaluces, con los padres Francisco Antonio de Herrera, muerto en Cádiz en 1819, Antonio de Vera (del colegio de Granada), Rafael Gálmez, finado en 1822, o el hermano Francisco Sánchez Murga, fallecido en Lucena en 1824, a la edad de 92 años. Ya había vaticinado el padre Luengo que algunos huían de los trabajos, pero regresarían en tiempos de bonanza.

En todo caso, hay que insistir que muchos volvieron a los brazos de la Compañía de Jesús tras el destierro. Muy pocos acabaron abominándola.

LA DESAMORTIZACIÓN.

Los bienes de temporalidades —primera *desamortización* patronada por el Consejo de Castilla— fueron destinados a otras instituciones, especialmente religiosas (los templos) y académicas y asistenciales (las residencias y colegios). Se pretendía con la salida al mercado de los bienes raíces facilitar “el progreso de la agricultura”, dividiéndolos en lotes pequeños e impi-

diendo su recaída en manos muertas; en la práctica, algunos nobles —con el duque de Alba a la cabeza— accedieron a esas propiedades.

En todo caso, se aseguró el correcto uso y custodia de imágenes, vasos litúrgicos y ornamentos sagrados, lo que redundó, en general, en beneficio de las iglesias parroquiales, entre otras, las surgidas en la colonización de Sierra Morena, cuyos colonos además se habían albergado temporalmente en los colegios exjesuitas de Córdoba y Andújar. Se intentó borrar también la memoria de los jesuitas, erradicando sus congregaciones seculares y sus devociones particulares, así como sus doctrinas teológicas.

ITALIA SALIÓ GANANDO. M. Batllori subrayó magistralmente, hace ya años, la impresionante aportación a la cultura italiana finisecular de los jesuitas españoles. Tarea ardua, por el aislamiento en que solían vivir, la pérdida de sus libros y el esfuerzo en la creación de nuevas bibliotecas, la vigilancia regia a distancia, la correspondencia intervenida —considerados “gentes que intentan turbar la tranquilidad del Estado”—, la precariedad económica y las dificultades de aclimatación, los subidos precios de los alquileres o la indiferencia de algunos jesuitas italianos... “¿Qué jesuitas son estos los de Italia? —clamara Luengo— ¿No deben de

tenernos a nosotros por jesuitas o creerán que solamente lo somos de algún orden inferior al suyo?”

Apenas hace referencia Batllori a la producción de los jesuitas andaluces, con la excepción del periodista Juan de Osuna —con su impulso, desde Cesana, de las *Notizie politiche* y las *Notizie letterarie*—; un diario de su vida se halla desaparecido. Sin embargo, B. Medina aporta otros nombres destacados. Eran una pléyade de intelectuales y publicistas que asumieron con brillantez el obligado *iter italicum*, con las notas distintivas de “señera aristocracia intelectual, italianización lingüística, pero con un enraizado fondo racial”.

Al impresionante archivo lingüístico del p. Hervás contribuyeron algunos jesuitas andaluces, como Ignacio Montero, Juan de Osuna, José de Silva, Cristóbal Tentori, Álvaro Vigil o Manuel de Zúñiga. En doce tomos se extiende la historia de Venecia escrita por el p. Tentori. Vigil y Fernando Morillas, éste secularizado y colaborador del *Diccionario de la Lengua Española*, se cuentan entre los lingüistas. Célebres matemáticos andaluces, los padres Luis de Valdivia, José de Mesa, Juan de Luengos o Gabriel Ruiz, murieron en el destierro. Luengo dejó un extenso magisterio: Félix de Mora, Miguel Hebrero, Francisco Delgado y Antonio de Almansa. Algunos no pudieron publicar sus obras por falta de medios.

Algunos llegaron a conocer tres expulsiones: la de 1767, la de 1801 y la de 1820. Después, hasta la II República, vendrían más destierros para los hijos de San Ignacio: 1835 y 1868



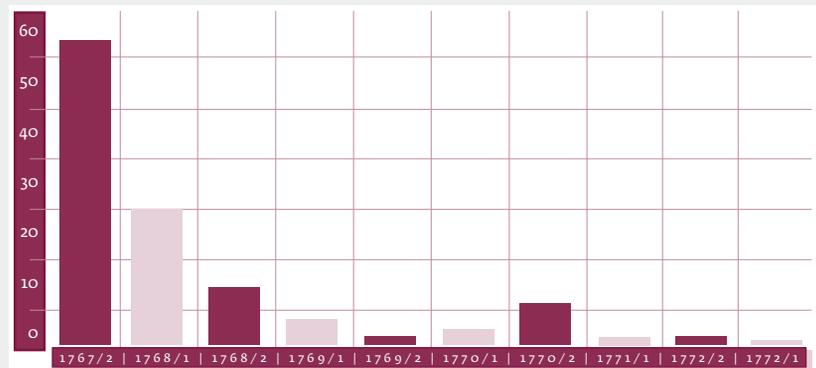
HISTORIA Y MÚSICA. Destacaron asimismo Carlos Nieto en los estudios de la Hispania romana, Alonso Pérez sobre la iglesia de Córdoba bajo la dominación musulmana; sobre la historia de Córdoba también Julián Caballero, jesuita andaluz pero de la provincia de Paraguay. En derecho eclesiástico resalta Adorno de Hinojosa, defensor de los derechos de la Iglesia, así como el citado Delgado. Erudito en sentido extenso hay que considerar a Antonio de Torres (del colegio de Granada), interesado en los cretenses y los nómadas, en la alimentación, en el comercio, en la cultura de la antigua Roma...

En música, en fin, sobresale José Pintado, uno de los huidos que se paseaba por Roma en traje seglar (hubo muchos con nota de escándalo en la ciudad de Tíber) y de los pocos que no se unió a la Compañía restaurada. Tampoco lo haría Manuel Lubelza, convertido en canónigo de Savignano, ni Hipólito de Casafonda, secularizado primero, adscrito en 1803 a los jesuitas de Rusia y fallecido en Roma en 1820.

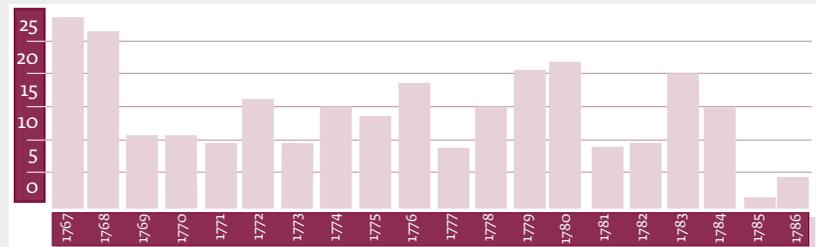
REGRESO Y NUEVAS EXPULSIONES. No faltaron penalidades añadidas. La invasión napoleónica de Italia forzó a Carlos IV a permitir el regreso a España de los exjesuitas (real orden de 29 de octubre de 1797); algunos habían llegado ya clandestinamente. Pudieron quedarse con sus familias, pero otra orden (de 15 de marzo de 1801) decretaba nuevamente la expulsión. Los de la provincia de Andalucía (menos de veinte) debieron embarcar en Cartagena, pero no todos se marcharon, como bien ha indicado J. Pradells. Además, quince exjesuitas habían muerto en Sevilla a causa de la epidemia de 1799. Todavía sufrieron una nueva prueba: jurar fidelidad a José Bonaparte como rey de España. La mayoría de los expulsos en Italia lo hizo en 1809. Los que no lo hicieron perdieron la pensión e incluso fueron detenidos. Así ocurrió con los andaluces Gaspar Carrera (sevillano, jesuita de la provincia de México), Joaquín Sweerts, Cristóbal Tentori o Juan de Osuna.

Ciertamente, no llegaron a veinte los protagonistas andaluces del exilio que vivieron en 1815 la restauración de la Orden. La mayoría volvieron entonces; algunos estaban en España desde ese pasajero decreto de 1797. Eran mayores y fueron desapareciendo en los años posteriores, retirados por lo general a sus lugares de origen en busca de una merecida tranquilidad. El último en morir, en

Secularizaciones y fallecimientos de los jesuitas expulsados de la Provincia de Andalucía en 1767



Jesuitas de la provincia de Andalucía secularizados durante el exilio (1767-1772) (distribuidos por semestres) Fuente: A.H.N., Jesuitas, leg. 777. Elaboración propia.



Jesuitas de la provincia de Andalucía fallecidos durante el exilio (abril de 1767 - agosto de 1786) Fuente: A.H.N., Jesuitas, leg. 777. Elaboración propia.

1830, fue el padre Manuel Medina; con él desaparecía la memoria viva del exilio. Algunos llegaron a conocer tres expulsiones: la de 1767, la de 1801 y la de 1820. Después, hasta la II República, vendrían más destierros para los hijos de San Ignacio: 1835 y 1868.

Esos *supervivientes* tenían en torno a 20-30 años de edad cuando abandonaron España, incluso menos. Apenas pudieron participar activamente en la reactivación de las casas de jesuitas en nuestra región: sólo tres, las de Cádiz, Sevilla (Noviciado de San Luis) y Trigueros, frente a las casi cuarenta que habían llegado a tener antes del *extrañamiento*, sin contar una decena de intentos fallidos. Pronto se les unieron nuevos novicios, algunos de edad más que madura.

Recordando sus vicisitudes, Soto Artuñedo acaba su estudio con el aforismo de Horacio, colofón también para este ensayo: *Non omnis moriar* ("No moriré del todo"). ■

Más información

Egido, T. y Pinedo, I.

Las causas "gravísimas" y secretas de la expulsión de los jesuitas por Carlos III. Fund. Universitaria Española, Madrid. 1994.

Giménez López, E. y

Martínez Gomis, M.

Los diarios del exilio de los jesuitas de la Provincia de Andalucía (1767).

Revista de Historia Moderna, número 13-14. 1995.

López-Guadalupe Muñoz, M. L.

"Los obispos andaluces frente a la expulsión y extinción de la Compañía de Jesús", Estudios sobre Iglesia y Sociedad en Andalucía en la Edad Moderna.

Univ. de Granada, Granada. 1999.

Medina, F de B. de

Ocaso de una provincia de fundación ignaciana: la Provincia de Andalucía en el exilio (1767-1773).

Revista Archivo Teológico Granadino, número 54. 1991.

No llegaron a veinte los protagonistas andaluces del exilio que vivieron en 1815 la restauración de la Orden. La mayoría volvieron entonces; algunos estaban en España desde ese pasajero decreto de 1797

La promoción cultural de los trabajadores

Los jesuitas y el catolicismo social en Málaga

WENCESLAO SOTO ARTUÑEDO
DOCTOR EN HISTORIA

AH
ABRIL
2009
32

Tras la expulsión de 1767, los jesuitas no pudieron regresar a España hasta 1815. No volvían a un paraíso, sino a un campo de batalla muy polarizado, que los convertía en víctimas recurrentes de los vaivenes políticos del siglo XIX, pues tenían el estigma de haber sido restaurados en España por un rey absolutista. Así, cuando empezaban a levantar cabeza volvieron a ser disueltos hasta en cuatro ocasiones: 1820-1823, 1834-1851, 1868-1874 y 1932-1939. Con la Restauración borbónica se abrió un largo periodo en el que la Compañía se sintió más segura e inició un proceso de expansión muy fecundo que permitió, entre otras cosas, su vuelta a Málaga.

Espoleada por la adversidad, la Compañía de Jesús restaurada fue muy dinámica y creativa. La casa tipo no era a esas alturas el colegio gratuito, como en la antigua Compañía, sino una residencia con unas plataformas de trabajo muy diversas. Las residencias pueden ser desde modestos pisos alquilados hasta amplios edificios propios. En este periodo surgieron los colegios de pago, pues al regresar los jesuitas no les fueron devueltos sus bienes, con lo que se perdieron las fundaciones de la antigua Compañía y, al no disponer la Orden de bienes propios suficientes, no quedaba otra solución que los usuarios pagasen el servicio educativo.

Junto a este apostolado tradicional, aparecieron una gran cantidad de iniciativas

DEVOCIÓN Y PODER

Después de ser restaurados por el Papa Pío VII en 1814, los jesuitas sólo pudieron volver a Málaga en 1881.

Comenzaron con una residencia desde donde atendían la iglesia de San Agustín, y al año siguiente inauguraron el colegio de San Estanislao, en El Palo.

Los jesuitas también fueron pioneros en Málaga, como en España, en la promoción de obras enmarcadas dentro de lo que se denominó catolicismo social: escuelas dominicales, círculos católicos obreros, obras educativas, etc. Entre estas instituciones fundadas por los jesuitas sobreviven hoy, transformadas, el Patronato San José y la Casa del Niño Jesús. Del Patronato San José surgió el actual Centro de Educación Secundaria San José.

para responder a las nuevas necesidades sociales. Una de estas necesidades fue formar y evangelizar al mundo del trabajo, en el que los jesuitas fueron auténticos pioneros.

En esta etapa los jesuitas abrieron una primera residencia en Málaga, en 1881, en el antiguo número 41 (actual 35) de la calle Beatas. Desde el principio, el obispo les cedió la iglesia de San Agustín para sus ministerios, hasta que en 1920 se inauguró la actual iglesia del Sagrado Corazón. En esta residencia de la calle Beatas se gestó la creación del Colegio de San Estanislao, inaugurado en 1882, como traslado del colegio de la calle Argote de Molina, en Sevilla.

En 1886 se trasladaron al actual museo Picasso, y todavía habrá otra mudanza en 1904, al número 44 de la calle Álamos (actual 38) hasta que pudieron habitar el edificio definitivo, en la calle Compañía 18, en 1910. Era una residencia con pocos jesuitas, que se dedicaban al culto, predicación y confesión, además de otros trabajos más directamente relacionados con marginados y obreros. Incluso esta residencia llegó a tener un colegio de preparatoria, el colegio del Sagrado Corazón (1913-1920) del que fue alumno el Nobel Severo Ochoa, hasta que ingresó en el Instituto de Málaga.

OBREROS Y MARGINADOS. Las iniciativas de apostolado con obreros forma parte del llamado catolicismo social, que fue la respuesta católica a la cuestión social, situación creada a lo largo del siglo XIX por la revolución industrial, caracterizada por la generación de un gran proletariado urbano que vivía en unas condiciones extremas de penuria y desamparo.





Clase en el Patronato San José de Málaga, en 1947.

Desde el regreso de los jesuitas a Málaga en 1881, el trabajo con los obreros fue considerado un ministerio importante, especialmente lo que respecta a su educación e instrucción religiosa. En Málaga el analfabetismo era muy elevado. Una de las formas utilizadas para paliar esta situación fue la educación de adultos, sobre todo en las escuelas dominicales (básicamente para mujeres jóvenes) y en las nocturnas (principalmente para varones).

EDUCACIÓN PARA LOS POBRES. Las escuelas dominicales tuvieron su origen en las clases gratuitas impartidas por Robert Raikes a los presos de Glocester en el siglo XVIII. En España fueron inauguradas en Madrid en 1857 por el jesuita Mariano Cortés (1812-1889) y la duquesa de Humanes para atender a quienes por su trabajo no podían acudir a una escuela diurna. En Málaga también fueron introducidas por los jesuitas. En un texto que parece referirse a 1888 se lee: “En vista de esta grandísima necesidad se han fundado 7 escuelas dominicales para niñas pobres de 10 a 20 años, más cuatro nocturnas diarias con el mismo objeto, esto es, para niñas y jóvenes pobres; y últimamente tres noc-

turnas y diaria para niños y para adultos, una establecida en nuestra misma Residencia, otra en el círculo de obreros, fundado hace dos años, y otra de adultos, dirigida por los socios del Apostolado; pasando de mil, quizás, de dos mil, las personas que gratuitamente aprenden al mismo tiempo que las primeras letras, los primeros rudimentos de la Religión Cristiana, y confiesan y comulgan muchos de ellos por primera vez”.

En estas escuelas, un grupo de señoras dedicaban varias horas de las tardes de domingo a enseñar la doctrina cristiana y las primeras letras a chicas trabajadoras, sirvientas, niñas y jóvenes de clase proletaria, “con el fin de apartarlas de los grandes peligros (...) e instruir las en las verdades de la fe católica, infundiéndoles buenas costumbres y verdadera piedad”. Les organizaban actos de piedad y las premiaban con rifas, meriendas, regalos, puestos de trabajo y recomendaciones.

El Patronato San José para obreros, en Málaga, fue inaugurado por el padre Juan Ramón Hidalgo el 2 de febrero de 1906 en una antigua fábrica de jabón de la calle Refino

También había escuelas nocturnas. El Apostolado de la Oración tenía dos escuelas dominicales y 5 nocturnas diarias para jóvenes solteras, dirigidas por un jesuita y asistidas por señoras y maestras, algunas de ellas con sueldo. Estas escuelas se clausuraron por el año 1893, en parte por la dificultad que ponían las maestras de las escuelas oficiales, en cuyos locales se impartían las clases; y en parte, también, porque concluyeron que no daban el fruto esperado, pues se creyó que muchas jóvenes iban a las escuelas para encontrarse con los jóvenes, que cuando salían, algo tarde, las estaban aguardando. Las alumnas de las escuelas nocturnas tenían dos comuniones anuales en distintos domingos que las dominicales, y el día de la comunión tomaban chocolate y recibían premios de telas para vestidos, pañuelos, rosarios, cuadritos, etc.

Asimismo, existía una asociación de señoras para catequizar al mundo obrero, co-

La Encíclica Rerum Novarum

■ La jerarquía de la Iglesia también entró en la cuestión social, incluso el mismo Pontífice León XIII (1810-1903) con la encíclica Rerum Novarum (1893), que fue el primer documento del Magisterio que estudia el problema social ocasionado por la industrialización. La Rerum Novarum dinamizó la sensibilidad social de los católicos, que ya había comenzado a producir sus frutos. Esto hace que a finales del XIX exista una red de organizaciones obreras católicas, algunas de ellas anteriores a las socialistas, anarquistas y a la misma Rerum Novarum. Muchas de ellas eran obras benéfico-asociativas y educativas, cuya época dorada fue el último tercio del siglo XIX y el primero del XX. A partir de esta época, la presión de la lucha de clases se agudiza, especialmente desde 1919, y las actividades sindicales fueron monopolizando la atención y los esfuerzos de muchos católicos sociales en detrimento de las iniciativas reformistas y educativas anteriores, que se fueron debilitando y extinguiendo en gran parte.

nocido vulgarmente por “Las Doctrinas” de Dolores Sopena, cuya dirección confió el obispo a los jesuitas en 1900, año que llegaba a unos 1.000 obreros. Además, los jesuitas solían ser visitantes de las escuelas de la ciudad, o daban catequesis en ellas.

INICIATIVAS ASISTENCIALES. El Asilo de Jesús, María y José, llamado vulgarmente “las colilleras”, fue fundado en 1899 por Francisca de Tovilla, con la intervención del jesuita padre Marcelino Barrantes (1848-1920), para recoger, mantener y educar cristianamente a las jóvenes abandonadas por sus padres o huérfanas y que se dedicaban a coger colillas. Cuidaban del asilo las Hermanas de la Caridad españolas y lo protegía una junta de señoras. No cabían más de 38 niñas, y hacían trabajos de costura para ayudar al asilo.

La Casa del Niño Jesús, que aún sigue abierta, comenzó



Imagen del colegio de El Palo, en Málaga.

Archivo SAFA

a trabajar en 1909 de la mano del padre José Manuel Aicardo (1861-1932) para acoger a niños de la calle, asistirlos y darles algún tipo de formación que les permitiera trabajar como aprendices. En 1930 el padre Diego Navarro (1867-1938) dirigió la asociación San Rafael para emigrantes.

El Círculo Católico Obrero era una asociación cultural recreativa, mixta de obreros y patronos, que pretendía conseguir la armonía social y la reforma de las condiciones del proletariado por medio de la moralización, la educación, el recreo y la acción económica, de tipo cooperativo principalmente. Abarcaban muchos tipos de actividades, excepto la beneficencia, de la que huyeron expresamente. Tampoco abrieron ninguna puerta a ninguna suerte de sindicalismo obrero o mixto.

Los Círculos de Obreros Católicos fueron iniciados por el conde Alberto Mun en Italia. El primer Círculo Católico Obrero de España fue el de Alcoy, fundado por Pablo Pastells en 1872, si bien su gran promotor fue el jesuita Antonio Vicent (1837-1912), a quien se puede considerar “pionero, abanderado y padre de la acción social de la Iglesia en España”. Otro gran entusiasta fue el obispo de Córdoba fray Ceferino González (1831-1894).

Los círculos no fueron una respuesta suficiente al problema social, por lo que desde dentro se oían voces que reclamaban su conversión en sindicatos, para adquirir autonomía con respecto a los patronos. De esta tendencia surgió una sindicación tímida en 1897, con sindicatos débiles y tachados de amarillos. Tuvo más consistencia la sindicación agraria, en la que destacó la Confederación Nacional Católica Agraria del jesuita padre Sisinio Nevares (1878-1946).

CÍRCULO DEL PADRE VICENTE ORTEGA.

En 1887 el padre Vicente Ortega (1846-1902) fundó en Málaga un Círculo Obrero en la calle Álvarez. La comisión organizadora del círculo la formaban Tomás Heredia Livermore, Leopoldo Heredia, Manuel Casado y Federico Grund. Todos ellos malagueños pudientes allegados a los jesuitas y al colegio San Estanislao. Ramón Franquelo, abogado, político y escritor integrista fue vicepresidente del círculo en 1889.

El *Reglamento del Círculo de Obreros Católicos* se inspiró en el modelo-tipo redactado por Vicent, y contemplaba cuatro fines: religioso, instructivo, económico y recreativo. Llegó incluso a editar su propio periódico, *El Católico*. El Círculo tuvo

En las escuelas dominicales malagueñas, un grupo de señoras dedicaban varias horas de las tardes de los domingos a enseñar y catequizar a sirvientas, niñas y jóvenes proletarias





Jóvenes y escolares de la Casa del Niño Jesús en una imagen de 1942.

una congregación mariana, cuyos objetivos fueron reunir a hombres mayores de 20 años para promover las virtudes cristianas en los congregantes y promover la instrucción y moralidad en los pobres. En 1890 se hizo cargo de este Círculo el padre Tomás Bergamín (1851-dejó la Compañía en 1905) y pronto empezó a decaer. Hacia 1894 ya había desaparecido. A pesar de distintos esfuerzos para ponerlo en marcha de nuevo, no volvió a reactivarse.

EL CÍRCULO FCO. JAVIER ALCALÁ. En 1903, el padre Francisco Javier Alcalá (1862-1933) estableció un Círculo Católico. Alcalá era un hombre polémico, de fuerte carácter, imprudente y radical en sus críticas a carlistas e integristas, según juzgaban sus compañeros, especialmente el superior, si bien habría que disponer de otros juicios para objetivar el emitido por el superior. Parece que esto espantó a estos sectores políticos del Círculo, por lo que no asistían más de doce o catorce sujetos cada noche. Una de sus veladas era descrita por el superior como una “exhibición de señoritas y exposición de sombreros con sus otros lujosos adyacentes”, pues apenas había caballeros. Antes de

cumplir dos años se daba por fracasado. De hecho, parte del fracaso se debió a problemas internos de la misma comunidad de jesuitas.

EL COLEGIO GRATUITO DE EL PALO. Normalmente, junto a un colegio jesuita de segunda enseñanza y a su amparo, solía iniciarse una escuela gratuita. Al menos desde 1908 había una escuela gratuita en el colegio San Estanislao, de la que se encargó el padre Leopoldo Barba (1870-1936) durante un año. Se abrieron unas escuelas nocturnas de obreros y otras diurnas para un centenar de niños, para las que se contrató a tres maestros seculares. Comenzaron el día de la Virgen del Pilar y se ocupó de esta obra el padre José M^a Campoamor (1872-1946), que venía de una obra semejante en Gijón y había venido a Málaga a reponer su salud. Las clases se impartían durante 6 horas diarias y 10 meses al año y continuaron durante la II República con maestros pagados por el Ayuntamiento.

Vueltos los jesuitas en 1937, al mismo tiempo que reanudaban las clases del colegio, volvieron a instalar las escuelas gratuitas que permitieron la enseñanza de casi 100 niños en clases diurnas y una selección de jóvenes en las nocturnas, todas

ellas a cargo de jesuitas del colegio. A los pocos meses, el padre Ciganda (1907-1994) funda con la Acción Católica, un centro escolar que se consolidará con el nombre del Instituto Católico de Estudios Técnicos. Entonces se hizo innecesaria la escuela de la huerta del colegio, por lo que se cerró en el curso 1939-40.

EL PATRONATO SAN JOSÉ. El Patronato fue la última fórmula ideada para promocionar al mundo obrero en el siglo XIX. En 1883 se creó el primero en Valencia y se generalizaron cuando en 1887 el jesuita Vicent exigió a cada uno de los Círculos de Obreros que albergara un patronato bajo este reglamento: “Entiéndese por Patronato de la Juventud Obrera una reunión de socios protectores y activos que se proponen fomentar las buenas costumbres y la instrucción literaria y cristiana entre los jóvenes patrocinados”. Propone tres fines: el religioso, el instructivo y el recreativo. La diferencia con los círculos es que desaparece el objetivo económico.

El Patronato San José Para Obreros, en Málaga, fue inaugurado en 1906 en una antigua fábrica de jabón de la calle Refino, cedida por Doña Ventura Terrado, viuda de Sandoval, siendo su primer director el padre Juan Ramón Hidalgo (1867-1916). Tras varias mudanzas se trasladó a un moderno y amplio edificio en el barrio de Carranque en 1968.

De aquel catolicismo social de final del siglo XIX y principios del XX han permanecido vivas dos instituciones, ésta de la Escuela San José, muy pujante y con futuro, y otra, asistencial, que es la Casa del Niño Jesús, que aún existe. ■

Más información

Andrés-Gallego, José

“La labor formativa del catolicismo social”, en Bartolomé Martínez, Bernabé (Dir.): *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España II. Edad contemporánea.*

BAC, Madrid 1997, 835-867.

Reuelta González, Manuel

La Compañía de Jesús en la España Contemporánea. Tomo I: Supresión y reinstalación (1868-1883).

Sal Terrae, Mensajero, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 1984.

La Compañía de Jesús en la España Contemporánea. Tomo II: Expansión en tiempos recios (1884-1906).

Sal Terrae / Mensajero / Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 1991.

Al jesuita Antonio Vicent (1837-1912) se le puede considerar pionero, abanderado y padre de la acción social de la Iglesia en España, y el promotor más eficaz de los Círculos Católicos Obreros

Tiempo de cambios

Respuestas de la Compañía a los vaivenes del siglo XX

DIEGO M. MOLINA

FACULTAD DE TEOLOGÍA DE GRANADA

AH
ABRIL
2009

36

La expulsión de 1767 no fue la única que sufrió la Compañía de Jesús. Los jesuitas fueron expulsados de España tres veces más en el siglo XIX: en 1835, 1854 y 1868. A pesar de ello, la Compañía fue creciendo continuamente hasta alcanzar la cifra de 2.738 jesuitas en 1900. Esto hizo que, a comienzos del siglo XX, la Orden estuviera bien pertrechada en cuanto a miembros y también en cuanto a instituciones.

La Provincia Bética nació en 1924 de la división de la antigua provincia de Toledo en dos. El siglo XX ve nacer, pues, la nueva provincia jesuítica en Andalucía, que lleva hasta hoy el nombre de Bética (a la que en 1952 también se le adscribirá el territorio canario), un siglo que a nivel eclesial, tiene un antes y un después del Concilio Vaticano II. La historia de la Compañía también se puede comprender con esta división, si bien la situación española presenta aspectos novedosos, debido a la Guerra Civil y al franquismo.

LA COMPAÑÍA CONSOLIDADA. Cuando comenzó el siglo XX, la Compañía no había sufrido ninguna supresión por parte de los gobiernos españoles durante 25 años. Hasta la proclamación de la II República, la Compañía era vista como una orden de ideología conservadora e integrista, algo que, sin duda, fue cierto a partir de 1915, debido al nuevo general de la Orden —el padre Ledochowski— y por la situación política

DEVOCIÓN Y PODER

Los jesuitas han sufrido en el siglo XX la evolución más profunda de su historia. A comienzos de la centuria eran considerados de ideología integrista; en los años setenta eran vistos como la vanguardia de la Iglesia; hoy se ven abocados a responder al mundo actual en una situación de disminución numérica importante. El monolitismo de la primera mitad de siglo dio paso a las tensiones internas inherentes a cualquier cambio profundo, hasta llegar a la estabilidad y al sosiego que se percibe hoy. En cualquier caso, la historia de los jesuitas en el siglo XX es una historia rica en acontecimientos, aciertos y desaciertos que pusieron las bases para lo que será su futuro en España y en Andalucía.

general (dictadura de Primo de Rivera). Con anterioridad, los jesuitas se habían abierto a novedades con el objetivo de luchar contra el auge del anticlericalismo: así, se amplió la educación para dar cabida a estudiantes de clases populares e, incluso, se llegó a defender la posibilidad de dar el voto a los liberales (eso sí, como mal menor, frente a enemigos de la iglesia).

El apostolado desarrollado por los jesuitas en este primer tercio del siglo XX fue muy variado: cabe destacar la dedicación a las misiones (fundamentalmente en Latinoamérica) que siempre caracterizó a la Compañía española. De hecho se puede decir que la gran obra de los jesuitas españoles de los siglos XIX y XX es la restauración de la Compañía en Latinoamérica. La educación es otro capítulo importante: los jesuitas llegaron a tener veinte colegios en esta época, que seguían las directrices, a nivel pedagógico, de la Ratio Studiorum, mientras que se consolidaron los estudios universitarios de Deusto, Comillas, ICAI y los institutos de Barcelona. Además, los jesuitas se dedicaron a la predicación y a la práctica de los ejercicios espirituales; a las publicaciones, a las asociaciones de seglares y al apostolado social.

LA EXPULSIÓN DE 1932. Cuando se proclamó la II República, la Compañía era un grupo pletórico, con un buen número de jesuitas y con bastantes instituciones. Frente a las supresiones del siglo XIX, que cogieron a una institución incipiente o en progreso, la supresión decretada por el gobierno republicano va a tocar a una institución que se siente en plenitud de fuerzas. No se puede decir





Fotografía: Landis hijo. Archivo ETEA

Alumnos de la Escuela Técnica de Enseñanzas Agrícolas (ETE) de Córdoba en los años 60.

que los jesuitas acogieran la República con alegría, sino más bien con resignación, pero tampoco se puede decir que se opusieran a la misma, o que le fueran hostiles.

La supresión de la Compañía, por decreto ministerial del 23 de enero de 1932, supuso el exilio de los estudiantes jesuitas (los novicios andaluces y los estudiantes de teología se marcharon a Portugal) y condujo, al mismo tiempo, a la dispersión de los miembros formados de la Orden. Se puede decir que los jesuitas dispersos continuaron con su labor pastoral, si bien tuvieron que hacerla de forma disimulada; asimismo los colegios incautados por la República sobrevivieron en forma de academias (el de Sevilla continuó en Pajaritos y el de Málaga en la academia Sadel), o los menos, mediante el traslado a Portugal.

LA ÍNCLITA COMPAÑÍA. La restauración de la Compañía por parte de Franco y la devolución de todas sus pertenencias de 1931 propiciaron que la supresión fuese vivida como un paréntesis más que como una ruptura. Los jesuitas volvieron a donde habían estado y comenzaron a realizar aquello que realizaban antes. Lo que había cambiado en ese tiempo era la situación social, política y económica. Esta segunda etapa está marcada por el apoyo, prácticamente unánime de la Compañía a Franco, por el crecimiento numérico de los jesuitas y por la desbordante actividad que desplegaron.

Breve cronología de la Provincia Bética

- 1924: el 31 de julio se crea la nueva provincia Bética, desgajándose de la antigua provincia de Toledo.
- 1939: se erige como Facultad de Teología en Granada lo que había sido noviciado, juniorado y filosofado desde 1894.
- 1942: el padre Villoslada pone las bases para lo que sería después la Fundación SAFA.
- 1952: adscripción a la provincia Bética de las Islas Canarias.
- 1959: se inaugura la escuela técnica profesional San José, en Málaga.
- 1963: fundación en Córdoba de ETEA (Escuela Técnica de Empresarios Agrícolas).
- 1965: fundación de ECCA, institución que tiene especial acogida en las Islas Canarias.
- 1969: se erige nuevamente el Colegio de El Puerto de Santa María.
- 1970: en mayo el padre Arrupe visita la provincia Bética.
- 1994: en febrero el padre Kolvenbach visita la provincia Bética.
- 1988: el 24 de enero se erige canónicamente la Fundación Loyola Andalucía y Canarias.

Los jesuitas se sintieron agradecidos a Franco por la devolución de todos sus bienes y correspondieron durante las dos décadas siguientes a las muestras de estima que recibían de las autoridades franquistas. Franco, que fue reconocido como un gran bienhechor de la orden por parte del Padre General, dio muestras suficientes del aprecio que tenía a los jesuitas: apoyos generosos cuando se trataba de las misiones (ayuda a los misioneros de Japón) o de obras de carácter social (la SAFA de Úbeda), ejercicios espirituales anuales con jesuitas...

Llama la atención, positivamente, la abundancia de vocaciones en la posguerra, algo que se explica a partir de causas diversas: el clima de exaltación patriótica, en el que la religión tenía un papel destacado; el hecho de que la vocación sacerdotal y religiosa gozara de un reconocimiento social muy alto; la realidad económica en la España de la posguerra, que hacía que una vocación sacerdotal facilitase a la familia el mantenimiento del resto de los hijos... El hecho es que la Compañía ejercía un fuerte atractivo para los jóvenes, que provenían fundamentalmente de las escuelas apostólicas de la Orden, sus colegios de segunda enseñanza y sus congregaciones marianas, hasta el punto de que el número de novicios ingresados en la provincia Bética durante los años 1939 y 1966 fue de 982.

La novedad de este período es la dedicación a la enseñanza profesional que en An-



Alumnos del Colegio SAFA Padre Villoslada de Cádiz, comulgando en 1970.

andalucía contó con un exponente de altura: en 1940 el padre Villoslada funda en Úbeda las Escuelas Profesionales de la Sagrada Familia (SAFA). No fue una obra propiedad de la Compañía, sino una fundación confiada a los jesuitas, que nació con la vocación de educar a las clases sociales más necesitadas. Fue una federación de centros, a la que pertenecen a día de hoy 26 y es un ejemplo de adaptación a las necesidades cambiantes de la población andaluza. En 1963, a raíz del desarrollo económico y social se creó INSA-ETEA, actualmente Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, adscrita a la Universidad de Córdoba, y que nació como una Escuela Técnica de Enseñanzas Agrícolas. Es además la época dorada de las Congregaciones Marianas, existentes en prácticamente todas las ciudades donde había jesuitas; de las misiones populares, que eran llevadas a cabo en Andalucía a partir del centro que se estableció en Montilla en 1944; y de los ejercicios espirituales, que en la década de los cincuenta alcanzaron a todas las clases sociales.

LA COMPAÑÍA DEL POSCONCILIO. La Compañía llega al Concilio Vaticano II con el mayor número de miembros de su historia (36.038) y con una sensación de plenitud y progreso en todos los ámbitos. En España los jesuitas eran algo más de 4.000 y las vocaciones, a comienzo de los años 60, eran abundantes. Sin embargo, se empezaban a notar nuevos aires. La acción social, llevada a cabo por los jesuitas en los años cincuenta, llevó a algunos a valorar la necesidad de un cambio político y social. Además, las nuevas generaciones no sentían por el régimen franquista la admiración que tenían los que habían vivido la expulsión de 1932, y habían sido formados en una clara conciencia social, que en la situación política española difícilmente podía mantenerse al margen de los movimientos sindicales y políticos que iban apareciendo.

Los cambios que esta etapa trajo a la vida y a la acción de los jesuitas fueron intensos: comenzó una nueva autoconciencia de la Compañía caracterizada por su deseo de adaptarse al mundo moderno, con las crisis que todo proceso de este tipo conlleva.

Para la Compañía los años cuarenta se caracterizaron por el apoyo al nuevo régimen, por su crecimiento numérico y por la desbordante actividad apostólica que desplegó

El Padre General Jannsens murió en octubre de 1964, por lo que la Congregación General 31 (CG) se reunió para elegir sucesor cuando el Concilio todavía no ha acabado. La Congregación, amén de elegir a Pedro Arrupe como General de la Compañía, desarrolló una labor ingente para adaptar a la Compañía a las directrices del concilio y a la situación del mundo actual. En sus 54 decretos tocó prácticamente todos los temas importantes: desde la vida religiosa de los jesuitas hasta la orientación que debían tener los apostolados, pasando por la formación de los jóvenes jesuitas, a quienes se les da más presencia organizativa.

La historia de la Compañía posconciliar se puede dividir a partir de los distintos superiores generales que ha habido: Pedro Arrupe (1965-1983) y Peter Hans Kolvenbach (1983-2008). El 19 de enero de 2008 fue elegido Adolfo Nicolás, que se ha convertido en el octavo español al frente de la Compañía.

PEDRO ARRUPE. El generalato de Pedro Arrupe estuvo marcado por la renovación, por su manera de inspirar a los jesuitas y también por la crisis que la Iglesia, y en especial la vida religiosa, vivió tras el Concilio. Su generalato tuvo varios hechos destacados en Andalucía. Por un lado, los jesuitas continuaron, en el campo educativo, con las mismas instituciones que tenían. El cambio se produjo fundamentalmente en el campo de la organización de la vida escolar y en el plano ideológico y religioso. Frente a la teoría, que establecía la formación religiosa como un objetivo prioritario, la realidad es que no se supo del todo sustituir las viejas prácticas por otras acomodadas a los tiempos, y las obras educativas sufrieron los embates de la secularización. Al mismo tiempo, se dieron transformaciones en los colegios tradicionales que buscaban el que la enseñanza jesuita pudiera llegar a familias con ingresos modestos: se admitió la gratuidad de la EGB y se suprimieron los internados, que eran una barrera social debido a las altas pensiones que había que pagar para acceder a ellos.

La Compañía vivió en esta época un tiempo de crisis a diversos niveles: en primer lugar se encuentra el grave intento de división interna, promovido por un grupo de jesuitas, que se oponían al gobierno del padre Arrupe. En Andalucía, dicho grupo se concentró principalmente en Granada, en torno a la Facultad de Teología. Su propues-



Con ilusión pero no ilusa

■ La compañía comenzó en 2008 el nuevo generalato con ilusión, pero no ilusa. La elección de Adolfo Nicolás como nuevo general ha sido recibida por toda la Compañía con alegría. Es europeo por nacimiento y asiático por vocación, por lo que es una persona idónea en este momento, en el que es necesario gestionar la diversidad de culturas. No es esperable un cambio en la dirección de los jesuitas con este nuevo general, sino que seguramente, como así lo ha afirmado, seguirá los pasos de Arrupe y Kolvenbach. En esta nueva tesitura, los jesuitas en España y, en Andalucía, se plantean cómo desarrollar mejor la misión encomendada. La Compañía hoy aparece mucho más frágil que hace 50 años: el escaso número de efectivos y el envejecimiento es una realidad insoslayable; la dificultad para mantener la identidad jesuítica de las obras apostólicas, debido en gran parte a la complejidad del mundo educativo actual, urge a buscar nuevas maneras de presencia efectiva en las mismas... Pero la Compañía hoy también es consciente de sus fortalezas y posibilidades: la formación de un cuerpo apostólico más amplio; la ruptura de los límites de las provincias para poder realizar un mejor trabajo en un mundo que está caracterizado por lo global; el diálogo con la cultura y con las demás religiones, etc. pueden hacer que la Compañía todavía tenga una palabra que decir en el mundo, tan complejo, que le toca ahora vivir.

ta de una provincia jesuítica dependiente directamente del Padre General, y que fue apoyada por el arzobispo Morcillo, no prosperó en Roma. Se vivió, al mismo tiempo, una crisis demográfica sin precedentes en la historia de la Compañía. Las salidas (y la falta de vocaciones) se agudizaron a finales de los años sesenta y década de los setenta. También se produjo una crisis en la manera de entender la vida religiosa en cuanto tal,

Los jesuitas vivieron en los años setenta una crisis, manifestada en el intento de división interna y en la diferente comprensión de la vida religiosa entre los jóvenes de la Orden



Edificio de la Escuela Técnica Superior de Empresarios Agrícolas (ETEA) de Córdoba en 1965.

algo que se puso de manifiesto sobre todo en las casas de formación y entre los miembros más jóvenes de la orden.

La enfermedad del padre Arrupe llevó a la intervención de Juan Pablo II, nombrando a un delegado personal suyo para el gobierno de la Orden. Esta decisión se topó con una Compañía que obedeció y sufrió en silencio esta desautorización de Arrupe y que continuó la senda trazada por éste, y que también seguiría el siguiente general.

LA ETAPA KOLVENBACH. Peter Hans Kolvenbach fue elegido el 13 de septiembre de 1983 y su generalato se ha caracterizado por concluir la labor de refundación de la Compañía, iniciada tras el Concilio Vaticano II y la elección de Arrupe, que evitaba una concepción reduccionista de justicia, incluyendo en la misión de la orden el diálogo con la cultura y el diálogo interreligioso. Durante los últimos 20 años se suavizaron las relaciones con la Santa Sede y se alcanzó un clima de estabilidad.

En España y Andalucía es evidente el descenso del número de jesuitas, lo que ha llevado a tener que optar por algunas obras y presencias (lo que conlleva el

abandono de otras) y la concentración de otras obras por medios diversos. La Provincia Bética cerró sus residencias en Jerez y Almería (lugares en los que se trasladó a barrios periféricos siguiendo las pautas del decreto cuarto sobre fe y justicia) y ha dejado de estar presente en Tenerife y en la ciudad de Cádiz.

Además, en 1988 se erigió la fundación Loyola, que integra los cuatro colegios "tradicionales" de los jesuitas en la provincia (tres de Andalucía y uno de Canarias). Con todo, las obras y las comunidades jesuíticas en Andalucía siguen siendo muy numerosas: cinco centros para el diálogo entre la fe y la cultura, cinco templos no parroquiales, nueve parroquias, una Facultad de Teología, una Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, además de la SAFA y de todas las actividades pastorales tradicionales. ■

Más información

Egido, Teófanos (coord.)

Los jesuitas en España y en el mundo hispánico.

Marcial Pons. Ediciones de Historia, Madrid, 2004.

Lamet, Pedro Miguel

Arrupe, un profeta para el siglo XXI. Temas de hoy, Madrid 2001.

A finales de la Edad Media y en la época Moderna cuando estallaba una epidemia se incrementaba de manera brutal el número de víctimas mortales y los cementerios intramuros se quedaban pequeños. En tales casos, lo que se hacía era abrir en determinados lugares grandes fosas comunes, los populares carneros, donde se depositaban los cuerpos de los fallecidos que se habían ido recogiendo y transportando hasta ellos en andas o, más frecuentemente, en carretas. Sólo en Sevilla, la peste de 1649 se llevó por delante a más de la mitad de su población.

La muerte masiva

Mortandades y enterramientos en épocas de pestilencias

JUAN IGNACIO CARMONA

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

AH
ABRIL
2009
40

Ante el azote de una epidemia de peste dependía de las necesidades del momento el que se formara un mayor o menor número de unas enormes sepulturas colectivas o carneros, teniéndose que abrir varias de ellas si las circunstancias así lo requerían. Especialmente, a raíz de las intensas pestilencias que se dieron desde mediados del siglo XIV en adelante, se hizo imprescindible la apertura de carneros, que se localizaban en distintos lugares de los extrarradios urbanos, aunque en las cercanías, para facilitar así el traslado de los muertos. A modo de primer ejemplo podemos señalar que, con motivo de la peste que diezmó a la población de Sevilla en 1363, inicialmente se tuvieron que abrir varias hoyas anchas y profundas en la zona del Arenal para dar cabida a los montones de cadáveres insepultos que yacían en las plazas y calles del recinto amurallado, siendo necesario poco tiempo después abrir otras más en el Prado de San Sebastián y en las afueras de la puerta del Osario. Esta práctica se repetiría desde entonces cada vez que se propagaba por la ciudad uno de aquellos violentos contagios.

Si la epidemia era grave, en sus inicios los muertos eran abandonados o se enterraban apresuradamente en cualquier lugar más o menos idóneo que se encontrara cerca de donde estaban los cuerpos ya sin vida. Remontándonos a los comienzos de la centuria del Quinientos, el cura Bernáldez describía respecto a la mortandad de la prima-

SI LA EPIDEMIA ERA GRAVE, EN SUS INICIOS LOS MUERTOS ERAN ABANDONADOS O SE ENTERRABAN EN CUALQUIER LUGAR

vera de 1507 en la capital hispalense que “acaecía muchas mañanas en la plaza de San Francisco hallar diez, doce, veinte y treinta pobres muertos de pestilencia y hambre, y los enterraban todos juntos en un hoyo”. En aquellos momentos de infortunio, también las fosas que se abrían en las parroquias acogían a un número impresionante de fallecidos.

Poco tiempo después, la hambruna y pestilencia que se padecieron por tierras andaluzas al comenzar la década de los 20, provocaron que en muchas villas y ciudades se volvieran a repetir situaciones muy dramáticas. En esta ocasión las noticias más expresivas, referidas a Jerez de la Frontera, las ofrecía un tal Juan Daza, del que poco se sabe salvo que observó personalmente la gran calamidad que por entonces se abatía sobre la citada localidad. Según hacía constar en su crónica, los cuerpos de los fallecidos aparecían abandonados por las calles, algunos eran arroja-

dos apresuradamente a las fosas comunes excavadas y a otros se les sepultaban superficialmente en los cementerios parroquiales y en los provisionales que se iban formando en los alrededores. Pero como la recogida de los cadáveres se llevaba a cabo por muy pocos individuos, ya que casi nadie quería ocuparse de tan peligroso trabajo y se hacía con bastante inquietud y de forma rápida, el resultado solía ser unas inhumaciones defectuosas que provocaban un olor nauseabundo y las consabidas escenas macabras, sobre todo cuando los animales escarbaban un poco en los nichos y despedazaban los cuerpos sin vida.

PESTE E INMIGRACIÓN. Si en las bóvedas y camposantos parroquiales que acogían los restos de los numerosos feligreses cristianos que allí recibían sepultura ocurrían estos lamentables hechos, todavía era peor lo que se podía observar y padecer en los inmundos lugares de enterramiento a donde eran llevados los muchos musulmanes que estaban falleciendo a causa del hambre y del contagio. De acuerdo con lo apuntado por Daza, al igual que en las tierras andaluzas, en la zona norteafricana se venía sufriendo desde hacía unos años una fuerte crisis agrícola que estaba generando la llegada al sur peninsular hispano de un amplio contingente de moros que buscaban en territorio cristiano poder subsistir, aun a costa de perder la libertad, ya que, al parecer, incluso se ofre-

EN EL XVI, EL NORTE DE
ÁFRICA PADECIÓ UNA CRISIS
AGRÍCOLA QUE IMPULSÓ A
UN AMPLIO CONTINGENTE
DE MOROS A EMIGRAR A
TERRITORIO CRISTIANO

cían como esclavos para escapar de la miseria, del hambre y de la muerte.

La mayoría terminó por sucumbir: “Venían tan flacos y tan deformes de la gran hambre que allá habían tenido que era maravilla verlos y de estos dichos moros todos los más se murieron, que muy pocos escaparon así de la pestilencia como de otras enfermedades”. Estos desgraciados no serían inhumados en suelo sagrado, sino que acabaron siendo sepultados en sitios sucios y asquerosos, en auténticos estercoleros.

La crisis mixta (de subsistencias y epidémica) de mortalidad extraordinaria que se padeció por Andalucía en 1521-1522 produjo gran número de bajas. Mucha gente murió entonces por inanición y afecciones, surgiendo una vez más el problema de los enterramientos. Al parecer, en tan sólo dos meses, del 23 de febrero al 23 de abril de 1522, en Sevilla fueron sepultadas 1.774 personas necesitadas en dos cementerios extramuros, a las que había que sumar las enterradas en los campos santos parroquiales y en los de los hospitales. Cuando aún no se habían apagado los rescoldos de la hecatombe, estalló el rebrote epidémico de 1524.

CÁRCEL DE APESTADOS. Según apuntaba por aquellas fechas el cronista Gonzalo de Molina, tras detectarse el estallido epidémico y dado que el número de afectados aumentaba rápidamente, las autoridades decidieron que lo más conveniente era aislar a



Detalle de *El triunfo de la muerte* de Pieter Brueghel, El Viejo (1562).



La peste de 1604 en Sevilla.

En el fondo de este cuadro anónimo aparece el Hospital de la Sangre o de las Cinco Llagas, en la actualidad sede del Parlamento Andaluz.

los que caían enfermos. A los damnificados se les obligó a ingresar en la llamada “cárcel de apestados” que se formó por la zona de San Bernardo, en un lugar extramuros y alejado del centro de la urbe para así intentar salvaguardar del contagio al resto de la población que aún no estaba afectada. Los cadáveres de los pacientes que perecían en esta morbería eran sepultados anónimamente en dos fosas colectivas que se habían abierto en las proximidades del prado de San Sebastián, tras ser llevados hasta allí por los operarios correspondientes, guiados a su vez por un único sacerdote y su acólito. De este modo, se procuraba evitar la presencia numerosa de personas en el cortejo funerario, pues se quería que el enterramiento de los apestados se llevase a cabo lo más disimulado y oculto que fuera posible.

Pero el contagio iba a más. La cantidad de infectados crecía y pronto se quedó pequeño el lazareto que provisionalmente se había formado para acogerlos, por lo que se hizo necesario acondicionar una enfermería más amplia. El lugar elegido fue un anexo del Hospital de la Sangre, que por entonces se edificaba (aunque ya funcionaba como tal nosocomio) en el vasto paraje que se hallaba extramuros frente a la iglesia de San Gil. En definitiva, el insuficiente lazareto de San Bernardo terminó siendo sustituido por este otro que se consideraba más adecuado por su localización, superficie y mayor disponibilidad de uso, y porque también contaba con más espacio.

En efecto, a partir de entonces, cada vez

que en la ciudad estallaba un brote epidémico el campo santo del Hospital de la Sangre servía para acoger a los cadáveres de los apestados, al igual que sucedía con el cementerio de la muy próxima leprosería de San Lázaro, situada al lado del camino que partía de la puerta de la Macarena, a escasa distancia de la parte trasera de dicho hospital. Si no bastaban estas necrópolis o si el elevado número de víctimas hacía necesario que se abrieran más anchas zanjas y amplias hoyas donde sepultar a los atacados que fenecían, se utilizaban para tal menester otros terrenos próximos. Así, a raíz de la epidemia que la capital sufrió en 1581, se tuvo que utilizar de forma extraordinaria, como lugar de enterramiento de los fallecidos, un terreno particular extramuros, en la zona de la Macarena, cercano al Hospital de la Sangre. Entonces se expropió parte de la propiedad que por allí tenía un jurado de la ciudad para usarla como carnero.

OTRA EPIDEMIA LETAL. Años después, a causa de la intensa y duradera epidemia de 1599-1601, se recrudecería el problema mortuorio. A pesar de las ampliaciones hechas en la superficie exterior y en las bóvedas subterráneas de los cementerios parroquiales y de los conventuales, las autoridades municipales no tuvieron más remedio que ordenar que se empleasen los cementerios de los principales establecimientos hospitalarios para sepultar a las innumerables víctimas que estaban pereciendo y mandar que se abrieran otra vez varias fosas comu-

Pestilencia en Jerez de la Frontera

■ “Por el mes de marzo eran tantos ya los que se morían de hambre y de otras enfermedades, que comenzó entonces la más bravísima que se vio, que no escapaban sino por maravilla y andaban hombres a enterrar aquellos cuerpos y eran tantos los muertos que no los podían enterrar a todos, y muchos se dejaban y los comían los perros y era tanto el hedor que no había hombre que anduviese por las calles ya que comenzaban a morir de pestilencia, y esto era por el mes de marzo (...) En el mes de abril y al final de él ya andaba la pestilencia y se encendía así como se enciende el fuego, y como entró mayo cada día iba creciendo en gran manera, que un día enterraban diez y otro día treinta y otro día cincuenta y otro día ciento, y así creció en tanta manera que al fin de este dicho mes hubo semana que se enterraron cuatrocientos cuerpos y más, y así iba creciendo cada día más en gran manera hasta la primera semana de junio que allí hizo cabeza, que hubo en esta dicha semana seiscientos cuerpos por cuenta de pestilencia y de modorra y de otras dolencias pestilenciales”.
 Crónica de Juan Daza (1521-1522)

Fresco que representa el triunfo de la muerte, pintado a inicios del siglo XV para el Palazzo Abatellis de Palermo (Italia). Museo Regionale Della Sicilia.



nes en las afueras de la ciudad. Por este motivo algunos enterramientos se realizaron en los cementerios de los hospitales de la Sangre, de San Lázaro, de San Hermenegildo (vulgarmente conocido como del Cardenal o de los Heridos) y de Amor de Dios, estos dos últimos situados en el interior del recinto amurallado, aquél por la plaza de San Leandro y éste en la calle de su mismo nombre. Pero la mayor parte de los fallecidos tuvieron que ser trasladados y sepultados en los carneros extramuros de la Macarena, del Prado de San Sebastián o, en el más alejado de todos, el que se reabrió en el llano del Salitre, donde tiempo atrás estaba el "osario de los moros".

La letalidad de esta epidemia finisecular fue en verdad muy alta. Ya en los inicios del contagio, entrada la primavera de 1599, uno de los facultativos que atendía a los enfermos en el lazareto de la Macarena daba a conocer que cada día morían allí más de cincuenta, lo que suponía la tercera parte de los ingresados. Del recuento de muertos que se hizo por las 29 collaciones de la ciudad se de-

duce que también fueron muy numerosas las bajas entre el vecindario. Tales cifras indican que a lo largo del período abarcado las defunciones en el caserío se habrían elevado a un poco más de 3.300, las cuales unidas a las especificadas en las morberías de la Macarena y de Triana, que sobrepasaban las 6.500, daban un monto que se aproximaba a las 10.000.

Es una cantidad que hay que considerar como límite mínimo, ya que no tenemos datos de la "cárcel de apestados" de la Huerta del Rey (donde también falleció un indeterminado número de enfermos), ni de las bajas que presumiblemente se produjeron en los primeros momentos del ataque, ni tampoco las que se dieron en las postrimerías. Pese a estas limitaciones y aceptando que el contagio de 1599 pudo haber provocado algo más de 10.000 muertos, resulta interesante hacer constar que por entonces la ciudad contaba con una ingente población que superaría ampliamente los 100.000 habitantes, lo que supondría una pérdida por causa de la peste que quedaría por debajo del 10 por ciento.

La contrariedad mayor fue, sin embargo, que en 1600 se produjo un rebrote, del que no podemos aportar cifras de óbitos porque la documentación conocida no lo posibilita, aunque todo apunta a que tuvo que ser algo más benigno que el embate anterior. Por desgracia no sucedió lo mismo en 1601, año en que la peste volvió a rebrotar con una secuencia y letalidad similar a la de 1599, pudiéndose calcular en otras 10.000 las bajas que causaría.

EL AÑO FATÍDICO. Con todo, lo peor estaba por llegar. Sucedió en 1649, año fatídico en la historia de la capital hispalense a causa de la terrible epidemia de peste que se llevó por delante en tan sólo unos meses a más de la mitad de su población. Según una crónica de la época, esto fue lo que sucedió nada más detectarse el contagio: "Muy en breve se armó un hospital, y por la ayuda de muchas obras pías en el de la Sangre armaron muchas sillas que fueron conduciendo enfermos a dicho hospital, y tantos que en poquísimos días recogieron dos mil y más, que ocasionó que con morir tantos cada día, morían otros tantos en aquel campo, sin poder ser admitidos, que no había buque con ser tan grande el hospital, que es de los mayores de España".

La morbería del Hospital de la Sangre quedó pronto pequeña para acoger al elevado número de individuos que resultaban atacados por el mal. Al igual que había ocurrido con el embate pestífero de 1599-1601, se hizo necesario abrir un segundo centro de apestados en Triana, frente al monasterio de la Cartuja. Mientras tanto, el contagio se estaba extendiendo por todo el caserío e inevitablemente la mortandad y la urgencia de las inhumaciones de nuevo se hacían sentir. Anotaba un cronista: "Todos los días en Gradas amanecían doscientos, y muchas veces trescientos cuerpos. Y en la colegial de San Salvador, cientos de ordinario. A las puertas de las demás parroquias se hallaban todas las mañanas amontonados los cuerpos muertos, y con ser veintinueve

1649 FUE UN AÑO FATÍDICO EN SEVILLA A CAUSA DE LA EPIDEMIA DE PESTE QUE SE LLEVÓ POR DELANTE EN UNOS MESES A MÁS DE LA MITAD DE SU POBLACIÓN



Los carros fúnebres trasladaban cuerpos, ropas y enseres contaminados.

las de esta ilustre ciudad ni en cementerio ni iglesia ha quedado un palmo de tierra desocupado”.

Encontrar sitio adecuado donde enterrar a los incontables apestados que fallecían se convirtió realmente en un angustioso problema. Un testigo anónimo relataba así la información que en este sentido le había llegado. La situación llegó a ser muy crítica. Moría un incalculable número de personas y ya no había sitio para sepultarlas en los campos santos de las iglesias, de los conventos, de los hospitales, de las colegiadas y de la catedral. Las criptas y otros lugares de enterramiento de los templos estaban abarrotados de cadáveres. Otra muestra: las puertas de la zona del Sagrario de la Iglesia Mayor se tuvieron que cerrar totalmente en los primeros días de junio para evitar recibir cuerpo alguno, porque no había ningún espacio libre para inhumar, una vez que se hallaban repletas las tres naves funerarias allí existentes. Lo mismo sucedía en los varios carneros que se excavaron en el patio de los Naranjos.

SEIS CEMENTERIOS DE URGENCIA. A la vista de la gravedad que estaba alcanzando el asunto, la Junta de Salud Pública ordenó que se abriesen seis grandes cementerios, cons-

tituidos por amplias y profundas fosas comunes, en diversas partes del extrarradio de la capital, a saber: en las inmediaciones de algunas de las puertas de la muralla y siguiendo el recorrido casi circular de su trazado. Así se constituyeron el del Alto de Colón o de los Humeros, cerca de la puerta Real; el de la Almenilla, en la Barqueta; el del prado de San Sebastián, más allá de la puerta de Jerez; y los tres que se situaban respectivamente en las afueras de las puertas de la Macarena, de Triana y del Osario. Además, ya se encontraban funcionando los 18 carneros que se habían formado en el hospital de la Sangre.

Para trasladar los cuerpos sin vida a los cementerios, “se crearon unas cuadrillas de hombres que estaban en Gradas, y se alquilaban; estaban continuamente de día y de noche llevando los cuerpos muertos a di-

LA CANTIDAD DE FALLECIMIENTOS ERA TAN GRANDE QUE EL SERVICIO DE RECOGIDA QUE SE ORGANIZÓ RESULTÓ DEL TODO INSUFICIENTE

chos carneros, y siendo seis cuadrillas de a cuatro no bastaban”. Entonces hubo necesidad de recurrir a los fúnebres carros, que transportaban, llenos, hasta los depósitos mortuorios a la multitud de cadáveres que cotidianamente se recogía de las callejas, plazas y domicilios de la ciudad. Pero la cantidad de fallecimientos era tan grande que el servicio que se organizó resultaba insuficiente, todavía más desde el momento en que los vehículos no solamente trasladaban cuerpos, sino también ropas y enseres contaminados. Por lo demás, dada esta notable mortandad, ocurría que algunos cuerpos permanecían abandonados en la vía pública durante varios días, sin recibir sepultura, dándose el caso también de quienes enterraban a sus difuntos en su propia casa o en sus proximidades.

Más de 60.000 muertos. ¿Cuántos fueron en total los fallecidos? Vayamos por partes. La mortalidad que se registró en las dos grandes morberías sabemos que fue realmente alta. Según el autor de una de las relaciones, en la de Triana fallecieron más de 12.000 personas. Las cifras que daba para la de la Sangre eran todavía mayores: de 26.700 enfermos que entraron, murieron 22.900, por lo que no llegaron a 4.000 los que convalecieron y se salvaron; de los mi-



In ictu oculi. Óleo de Juan de Valdés Leal, 1672. Iglesia de la Caridad de Sevilla.

Estallido de la peste en Sevilla en 1568

■ “Como el mal iba creciendo, acordó el cabildo de la Ciudad y el asistente Don Francisco Hurtado de Mendoza, conde de Monteagudo, que se buscara una grande casa donde recogiesen y tuviesen todos los heridos, especialmente los pobres, que ya en todas las collaciones había muchos muertos, y la casa que más conveniente hallaron fue un corral que estaba enfrente de San Bernardo, entre la huerta que dicen de Tabladilla y molinillo de Tagarete, y tenían puesta esta orden para traerlos (...) Los que fallecían los llevaban, tres y cuatro juntos, en un cañizo, hombres de la palanca, detrás de San Sebastián, donde estaban hechas dos sepulturas grandes, donde los enterraban, acompañándolos el cura de San Bernardo y el sacristán con la cruz, y no más clérigos”.
 Descripción de Gonzalo de Medina.

nistros y sirvientes, expiraron más de 800; de los seis médicos que hubo, sólo quedó uno; de 19 cirujanos, quedaron vivos 3, y de 56 sangradores, sobrevivieron 22. Pero, como advertía el anónimo informante, “este es el número de los que sólo murieron en el hospital, que en los arrabales, vecinas huertas y campos comarcanos se hallaban infinidad de difuntos y enfermos que venían a curarse al hospital desde los lugares de la jurisdicción de esta ciudad, y murieron tantos como queda dicho en el hospital”.

De las fosas comunes hay constancia de algún que otro testimonio esclarecedor, como el que revela que en los múltiples carneros formados en el que durante mucho tiempo se llamó prado de San Sebastián se enterraron más de 23.000 cuerpos. Pero no sabemos cuántos fueron depositados en las otras zanjas mortuorias que se excavaron con profusión en distintas zonas extramuros, ni tampoco los sepultados en las iglesias, conventos y hospitales. Son muchas, por consiguiente, las dificultades que se presentan cuando se pretende establecer, aunque sólo sea de una forma aproximada, la cuantía global en pérdidas humanas que ocasionó la catástrofe. Con todo, resulta conveniente intentar dilucidar la cuestión. Domínguez Ortiz pensaba que, probablemente, el número total de fallecidos habría llegado a 60.000, la mitad de la población sevillana de aquel tiempo, de acuerdo con su propia estimación. Basaba el cálculo en

el dato de los 23.543 cuerpos que se decía fueron enterrados en los carneros de San Sebastián, y en el comentario que aparecía en una relación acerca de que éstos eran tantos como se habían sepultado en todos los demás abiertos extramuros, lo que supondría en su opinión unos 47.000 inhumados en carneros, a los que se debían añadir los enterrados en las iglesias. Por consiguiente, le parecía que el total resultante habría estado sobre los ya citados 60.000 muertos.

MÁS DE 60.000. Por nuestra parte, el cómputo que nos sale supera dicha cantidad. Partiendo de las cifras aportadas por diversas fuentes, la recapitulación que hacemos es la siguiente. Los fallecidos en la morbería del hospital de la Sangre ascendieron a unos 23.000, y en la de Triana a más de 12.000,

sumando por tanto entre ambas unos 35.000. De la lista de bajas cuantificadas entre los eclesiásticos que suministraba la *Copiosa relación*... se extrae que, realizando una sencilla agregación de las anotadas expresamente, como mínimo perecieron alrededor de 900, aunque en realidad fueron muchos más, ya que no se especificaba el elevado número de víctimas que hubo en algunos conventos, ni el de los curas de las parroquias, que según se indicaba, murieron casi todos (algunas fuentes hablaban nada menos de que pudieron ser más de 5.000). Así pues, no es excesivo considerar que entre los eclesiásticos aludidos se superase la cifra de 1.000 desaparecidos. Además, de los sepultados en los carneros abiertos en la zona de San Sebastián, podemos contabilizar más de 23.000, y en la información que daba Caldera de Heredia aparecía la mención de cerca de 800 víctimas civiles.

En definitiva, con tan sólo sumar las cantidades referidas se alcanza la cifra de 60.000 pérdidas. Pero murieron más, ya que no está contabilizada la elevada cantidad de cadáveres depositados en las fosas comunes de extramuros y en las bóvedas y cementerios anexos de las iglesias, conventos y hospitales. Por todo ello, se nos aparece como corta dicha cifra y estimamos que se superarían con creces las 60.000 bajas. En cualquier caso, ciertamente fue una gran hecatombe la que se produjo. ■

Más información

- **Betrán, José Luis**
Historia de las epidemias.
 La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.
- **Carmona, Juan Ignacio**
La Peste en Sevilla.
 Ayto. de Sevilla, Sevilla, 2005.
- **Defoe, Daniel**
Diario del año de la peste.
 Alba, Barcelona, 2006.

En los últimos años la historiografía del Arte ha aportado nuevos conocimientos en torno a la vida y obra del baezano Gaspar Becerra. Figura eminente del Renacimiento español, trajo la manera de hacer miguelangelesca tanto en pintura como en escultura. De su estancia en Italia se conocen intervenciones suyas en Roma de la mano de seguidores de Miguel Ángel, como Vasari y Volterra. Una reciente exposición homenaje que Baeza, su ciudad natal, le ha dedicado a comienzos de este año ha puesto de actualidad a este artista.

Gaspar Becerra, en la cima del Renacimiento

El baezano introdujo en España los modelos artísticos de Italia

JOSÉ LUIS CHICHARRO CHAMORRO

DOCTOR EN HISTORIA

AH
ABRIL
2009
46

La primera noticia sobre Gaspar Becerra (Baeza, h. 1520-Madrid, 1568) como baezano la proporciona en 1582 el historiador coetáneo Gonzalo Argote de Molina. Desde él, todos los historiadores que se han acercado a su figura y a su obra así lo han destacado y quedó corroborado en 1829 con el conocimiento de su testamento otorgado en Madrid el 22 de enero de 1568. Recientemente, ha habido nuevas aportaciones que dejan claro el origen natal del maestro del Renacimiento.

Becerra nació en el seno de una familia con el oficio de pintor. Su madre se llamaba Leonor Padilla. Su padre fue el pintor Antón Becerra, autor documentado de un retablo de pinturas para la Parroquia de Santa Cruz al que pertenecerían dos tablas dedicadas a San Pedro y San Pablo que se encuentran actualmente en el Museo de la Catedral baezana. Otros familiares también se dedicaron al oficio, como Francisco, Pedro y Juan Becerra lo que nos dice mucho del sistema de trabajo familiar y la posible existencia de un taller. Por lo tanto, el ambiente familiar era propicio para el desarrollo de una personalidad tan rica y tan creativa en lo plástico como la de nuestro autor. Precisamente, se sabe que estuvo en Córdoba con su hermano Juan y muy posiblemente surgiría el apoyo del obispo de la diócesis Fray Juan Álvarez de Toledo, hijo del duque de Alba. Apoyo que recientemente ha documentado el profesor Salort en una carta de presentación fechada

NACIÓ EN EL SENO DE UNA FAMILIA CON EL OFICIO DE PINTOR. SU PADRE REALIZÓ UN RETABLO DE PINTURAS EN LA PARROQUIA DE SANTA CRUZ DE BAEZA

en Roma en 1551 para Becerra del cardenal Álvarez de Toledo ante el duque de Médicis, señor de Florencia.

No es de extrañar que con las facultades que el joven mostraría desde la juventud se planteara ir a Italia, en concreto a Roma ya que en aquellos momentos era el centro del nuevo arte del Renacimiento, polo de atracción de otros jóvenes artistas hispanos.

ESTANCIA Y OBRAS EN ITALIA. Su estancia en Italia se desarrolla entre 1544 y 1557, amplio periodo de tiempo en el que Becerra va a conocer de primera mano la producción artística de grandes prohombres del Quinientos. Además está documentada su participación en notables trabajos pictóricos al fresco de la mano de Giorgio Vasari (1511-1574), pintor, arquitecto y tratadista de la Historia del Arte y de Daniele di Ricciarelli, *Volterra* (1509-1566). En concreto el propio Vasari lo menciona en su obra *Vidas de los mejores arquitectos, pintores y escultores*

italianos. Con él colabora ya en 1546 en el Palacio de la Cancillería de Roma, residencia del cardenal Alejandro Farnesio, en el llamado Salón de los Cien Días. Vasari pinta con diversos colaboradores partiendo de un programa iconográfico dado por Paolo Giovio y consigue la unidad estética del conjunto. Sin embargo, se ha querido ver la mano de Becerra en la alegoría de *La Opulencia*, relacionándola después con las virtudes que pintó para el banco del retablo de la catedral de Astorga y cuyas características formales se dan la mano especialmente en *La Vigilancia*.

Entre 1548 y 1550 intervino con Volterra en los frescos de la capilla de Lucrecia Della Rovere en la iglesia de Santa Trinità dei Monti. En concreto, pinta la escena del nacimiento de la Virgen, tema que con el tiempo habría de servirle en la decoración de El Pardo para el nacimiento de Perseo y para el mismo tema dentro del retablo astorgano.

Otra obra romana documentada en 2002 por el profesor Redin es la decoración pictórica a modo de retablo de la capilla del eclesiástico Constantino del Castillo en San Giacomo degli Spagnuoli. Obra de 1551 a 1556, en ella aparecen los temas de la anunciación, y el descenso de Cristo al limbo. De todo aquel programa decorativo sólo se conserva el fresco *Aparición de Cristo a su Madre después de resucitado*.

Es indudable que Becerra va haciéndose con el lenguaje y las formas romanistas



Foto: Patrimonio Nacional

Perseo recibiendo los dones de Mercurio y Minerva. Torre de la Reina del palacio de El Pardo, Madrid.

que proceden en gran medida de Miguel Ángel a través de sus discípulos Vasari y Volterra. No se ha documentado que tuviera relación con el maestro, ya con más de setenta años. Sin embargo, conoció la Capilla Sixtina en su esplendor, sobre todo el *Juicio final*, antes de que el propio Volterra cubriera los desnudos a partir de 1559. Becerra copia en dibujos, que actualmente se conservan en el Museo del Prado y en la Biblioteca Nacional de Madrid, aquellas rotundas anatomías miguelangelescas. Reflejo de la asimilación conceptual de la manera de hacer tan precisa y rotunda en las formas anatómicas se encuentra en sus dibujos de desnudos posteriores. Así se puede apreciar en el frontispicio que hizo para la obra del doctor Juan Valverde de Hamusco, *Historia de la composición del cuerpo humano*, publicada en Roma en 1556 a instancias del cardenal español Álvarez de Toledo.

VUELTA A ESPAÑA. En 1556, un año antes de volver a España, se casa en Roma con la vallesoleta Paula Velázquez lo que explicaría, aparte de la notable importancia de la propia ciudad que fijara su residencia posteriormente en Valladolid. De vuelta en nuestro país va a tener diversos encargos artísticos. Se va a apreciar mucho su estilo a la *maniera romana*, sus aires clásicos a los que están abiertos en la Corte de manos de Juan Bautista de Toledo, arquitecto real desde 1561.

CONOCIÓ LA CAPILLA SIXTINA EN SU ESPLENDOR, SOBRE TODO EL JUICIO FINAL, ANTES DE QUE VOLTERRA CUBRIERA LOS DESNUDOS A PARTIR DE 1559

Hay referencias de diversas obras realizadas para la Iglesia, algunas de las cuales han desaparecido. Sin duda, la de mayor empaque y trascendencia es el encargo del Retablo mayor de la catedral de Astorga, cuyo contrato firma el 8 de agosto de 1558. El entonces obispo de la diócesis Diego Sarmiento Sotomayor se decidió por el artista baezano que trae nuevos aires y modelos desde Italia. Se estipuló la cantidad de 3.000 ducados como precio y un período de realización de dos años. No obstante, la complejidad de la obra hizo que todavía en 1563 se estuviera trabajando en ella. El retablo es una empresa de empaque que requirió la ayuda de colaboradores, a la manera de taller. Becerra lo planteó como una arquitectura ya manierista con la disposición de tres pisos sobre banco rematados por esculturas en el ático, todo ello dividido en cinco calles. La central más ancha y con tratamiento es-

Foto: Imagen Mas



La Caridad, representada como una generosa matrona romana. Bajorrelieve del banco del retablo. Astorga.

Nombramiento como Pintor Real

■ “Acatando la suficiencia y habilidad de vos Gaspar Becerra, nra. Merced y voluntad es de os recibir como por la presente os recibimos por nro. Pintor para que nos ayais de servir sirvais, y os ocupeis en todas las cosas de vra. profesion que por nos o por nros. Ministros en nro. nombre os fuere mandado y hordenado y que por el trabajo que en ello havelo de tener ayais y tengais de nos a razón de seiscientos ducadosde salario de cada uno año que montan doscientos veinte y cinco mil maravedies, de mas que se os han de dar a nra. costa todas las colores y otros cualesquier materiales que fueren menester para las obras que hizieredes y asimismo los oficiales y ayuda neçessaria, los quales dhos offiçiales haveis vos de recibir de la habilidad que vieredes convenir según la qualidad de la obra que hizieredes y los jornales que huvieren de ganar les han de ser librados y pagados por nros. offiçiales de las obras donde actualmente travajaredes porque vos no haveis de poner en ellas mas de solamente el trabajo, e industria de vra. persona.”

Citado por García-Frías Checa.

pecial en los grandes temas del tabernáculo, la Asunción de la Virgen a la que está dedicado el templo, la Coronación de esta y el Crucificado en el ático. La iconografía del retablo es alusiva a los episodios de la vida de Cristo y de la Virgen. Su lectura se hace de izquierda a derecha y de arriba abajo comenzado por la Anunciación y concluyendo por Pentecostés.

Con esta obra se marca un antes y un después en nuestro país en cuanto a la rotundidad de lo arquitectónico y las dimensiones de las esculturas. Ya en el contrato se habla de la utilización del medio relieve y de bulto frente a otros retablos anteriores más decorativistas y con menos fondo. Se es consciente de la aportación cualitativa en este terreno. Se utiliza en los dos pisos inferiores frontones triangulares y curvos alternados, así como ménsulas y pilastras propias del lenguaje manierista.

Es indudable la belleza, la precisión del dibujo y la rotundidad de las formas de las virtudes en bajorrelieve ubicadas en el banco: la Vigilancia, la Religión, la Fe y la Caridad. Especialmente está repre-

**CON EL RETABLO DE
 ASTORGA BECERRA MARCA
 UN ANTES Y UN DESPUÉS EN
 NUESTRO PAÍS EN CUANTO A
 LA ROTUNDIDAD DE LO
 ARQUITECTÓNICO**

La ornamentación de la Torre de la Reina

■ “...Becerra recurre al tema mitológico, hecho habitual en las decoraciones de los palacios italianos, aunque bastante insólito en la España de aquellos momentos. Conocido es el papel rector de Felipe II en todos los programas decorativos de sus palacios reales, y posiblemente aquí debió tener un papel fundamental junto al artista en la selección de la fábula mitológica, temática que permitía la inclusión de bellos desnudos profanos en la casa del Rey, bajo la simulación del campo de la alegoría, y que conocía a la perfección por contar con varios ejemplares comentados de las *Metamorfosis* de Ovidio desde su época de príncipe en su ‘librería rica’. El mito elegido fue la fábula de Perseo, que a partir del segundo cuarto del Cinquecento había adquirido por su papel de vencedor de monstruos (Medusa) y salvador de Inocentes (Andrómeda) un significado alusivo a la lucha contra la herejía luterana. De esta forma Perseo asumiría el papel del valeroso combatiente y restaurador de la paz y de la concordia, pudiéndose establecer la identificación del mítico héroe con el propietario del palacio, en este caso Felipe II...”

Citado por García-Frías Checa.



Foto: Patrimonio Nacional

Vista general del techo de la Torre de la Reina del palacio de El Pardo, Madrid.

sentada por una generosa matrona romana y los pequeños que la acompañan en donde el desnudo le permite unas formas plenas de volumen y plasticidad.

PINTOR REAL. Gaspar Becerra fue reconocido en la Corte de Felipe II con su nombramiento como Pintor Real en 1562, confirmado en 1563 con una asignación anual de 600 ducados. Con motivo de esta especial vinculación se le van a encargar diversos programas artísticos que él adquiere el compromiso de diseñar y dirigir. Así el retablo de la iglesia de las Descalzas Reales de Madrid en 1563, encargo del que sólo queda un Cristo yacente y las trazas en la Biblioteca Nacional pues un incendio en 1862 lo destruyó.

Igualmente destruido otro encargo en el Alcázar Real de Madrid, muy valorado por la historiografía que lo conoció.

Sin duda, la obra que mayor fuste tiene de las conservadas después de Astorga es la decoración de la Torre de la Reina en El Par-

BECERRA FUE RECONOCIDO EN LA CORTE DE FELIPE II CON SU NOMBRAMIENTO COMO PINTOR REAL, CON UNA ASIGNACIÓN ANUAL DE 600 DUCADOS

do, en concreto el techo con un programa iconográfico mitológico que vendría a reforzar la posición del rey como triunfador en sus disputas con los protestantes, como trasunto de la historia de Perseo que es la temática de los frescos.

El programa mitológico lo desarrolla en una superficie cuadrangular de seis metros de lado que está estructurada por molduras de estuco que dejan nueve ámbitos para el desarrollo de las historias asociadas al mito de Perseo: cuatro rectangulares, cuatro ovalados en los ángulos y el tondo central para la representación del triunfante Perseo. Aparte, hay numerosos grutescos renacentistas e incluso motivos naturalistas en los entre-



Copia en dibujo de un detalle del *Juicio Final* de Miguel Ángel realizada por Becerra.

huecos de los balcones, ya en las paredes verticales.

La historia que se cuenta parte del hecho de que el rey de Argos, Acrisio, teme el oráculo que le vaticina que morirá a manos de su nieto. Para evitarlo encierra a su hija Dánae en una torre y Júpiter seducido por la belleza de la joven la fecunda como lluvia dorada, de ahí el nacimiento de Perseo. Se tratan diversos episodios como el nacimiento de éste, Dánae y Perseo abandonados al mar, la despedida de Perseo, Mercurio y Minerva prestan sus armas a Perseo, Perseo robando el ojo de las Fórcides-Gorgonas, la decapitación de Medusa, el nacimiento de Pegaso y el triunfo de Perseo.

Becerra se inspira en el Libro IV de *Las Metamorfosis de Ovidio* y tiene un claro sentido de glorificación del personaje que puede ser de alguna manera la vinculación con el propio Felipe II. No obstante lo que han mostrado los frescos en la reciente restauración de 2001-2003 es su excelente calidad de elaboración y su unidad de cronología y mano que es la de Becerra. Así se explica la fidelidad a los dibujos preparatorios como se puede observar en *Mercurio y Minerva* del Museo del Louvre, en París.

Gaspar Becerra murió en Madrid con sólo 48 años, en la plenitud de su desarrollo

artístico y profesional. Escultor y pintor formado en sus primeros años en la tradición con su padre pero preparado y conformado en el ambiente de la Roma del Quinientos. Su obra recia lo eleva a la cima de los artistas del Renacimiento. Su ciudad natal, Baeza, lo recuerda dándole su nombre a una calle del centro, también a la Escuela de Arte y a una sala de exposiciones de titularidad municipal. ■

Más información

- **Arias, Manuel y otros**
El Retablo Mayor de la Catedral de Astorga. Historia y Restauración, Fundación del Patrimonio Histórico de Castilla y León, Salamanca, 2001.
- **García-Frías Checa, Carmen**
Gaspar Becerra y las pinturas de la Torre de la Reina del Palacio de El Pardo. Una nueva lectura tras su restauración. Patrimonio Nacional, Madrid, 2005.
- **Tornero, Antonio, Galera Andreu, P. A. y otros**
Exposición homenaje: Gaspar Becerra artista del Renacimiento. Ayto. de Baeza, Club UNESCO, Baeza, 2008.

Patrimonio Mundial y cuna de artistas

■ Baeza en el XVI se configuró como el núcleo cultural por excelencia del antiguo Reino de Jaén. La fundación de la Universidad en 1538 a impulsos del baezano Rodrigo López tiene mucho que ver con ello pues se va creando un foco humanista relevante con la presencia de notables personalidades, la primera la de Juan de Ávila (1500-1569) que es en quien confió su Colegio el fundador. Su presencia en la ciudad a partir de 1540 es indudable que impulsa la espiritualidad. Coinciden en el tiempo una serie de personajes de mucho interés por sus aportaciones en diferentes campos. Así, el Catedrático de Sagrada Escritura, escritor y predicador Diego Pérez de Valdivia (1524-1589); Fray Alonso Chacón (1530-1599), teólogo, arqueólogo y bibliógrafo, verdadero sabio que inicia los estudios arqueológicos de las catacumbas en Roma; Jerónimo del Prado (1546-1595), catedrático de Sagrada Escritura en Baeza y en Córdoba que escribió con Villalpando en 1596 *El Templo de Salomón según la visión de Ezequiel* y cuya publicación en dos tomos con numerosos planos constituyen un verdadera cima de la edición y la imprenta en aquel período; Antonio de Raya y Navarrete (1536-1606), obispo de Cuzco; Fray Tomás de Jesús, carmelita baezano (1564-Roma 1626), fundador de monasterios y escritor místico; Cristóbal de Rojas (1556-1614), ingeniero militar y matemático que escribió *Teoría y práctica de la fortificación en 1598*; El médico y pensador Juan Huarte de San Juan (1529-1588), autor de *Examen de ingenios para las ciencias*, publicado en Baeza en 1575; escritores como el también teólogo Antonio Calderón, o Gil de Cabrera, poeta y caballero del XVI; arquitectos como Andrés de Vandelvira (h.1505-1575); Ginés Martínez el viejo, cuñado de Diego de Aranda, discípulo de Diego de Siloé y Ginés Martínez de Aranda (1556-1620), maestro de Arquitectura y tratadista con su obra *Cerramientos y trazas de Montea*.

Triana, paraíso perdido

de regalo con Andalucía en la Historia

Este documental, dirigido por Dácil Pérez de Guzmán, propone un recorrido por la historia del pueblo gitano, desde su salida de la India en el siglo XI hasta la actualidad. La visión que tienen hoy de sí mismos los hombres y mujeres gitanos se entrecruza en la cinta con los hechos históricos que han dejado huellas imborrables en su memoria. El devenir del barrio sevillano de Triana y sus fraguas, donde se asentaron un número importante de gitanos desde la Edad Moderna hasta que fueron expulsados del mismo como consecuencia de la especulación inmobiliaria, sirve de hilo conductor para mostrar las singularidades de este pueblo.



Hasta los años cincuenta del siglo pasado, los gitanos vivieron en un ambiente social confortable en el barrio sevillano de Triana. Pero con el desarrollismo y la consecuente especulación inmobiliaria, se vieron obligados a abandonar sus casas y, por tanto, parte de su identidad colectiva. Lo que no pudieron siglos de persecuciones y leyes discriminatorias, lo consiguió la presión urbanística. Los gitanos, que vivían de alquiler en los corrales de vecinos, vieron como sus casas se deterioraban a gran velocidad —las riadas y el abandono intencionado de los inmuebles por parte de los propietarios tuvieron la culpa— y, ante la declaración de ruina, fueron desahuciados y expulsados de su hogar. Ahora, muchos de ellos han

prosperado económicamente y, sin embargo, siguen

soñando con volver al paraíso perdido

do de su infancia, en el que la solidaridad, entre vecinos gitanos y no gitanos, era la norma que marcaba el día a día.

La realizadora **Dácil Pérez de Guzmán** recuerda la historia de este pueblo en este documental que regala en exclusiva a sus lectores la revista **Andalucía en la Historia**. “Triana, paraíso perdido es un documental que nace de mi experiencia personal. Recuerdo que en mi infancia mi padre me llevaba a ver a sus amigos gitanos que vivían en el barrio de Triana. Nunca he olvidado la forma de vivir de aquellas personas, compartiéndolo todo en medio de su pobreza, viviendo en comunidad, ayudándose unos a otros y afrontando la vida con una alegría que se reflejaba en la músicas en cualquier momento del día”, explica la directora que posee una destacada experiencia en la realización de documentales.

La cinta, con guión de Pive Amador y las voces de actores como Roberto Quintana, Alfonsa Rosso y Ana Cremades, homenajea a los gitanos recorriendo su historia desde su —posible— salida de la India en el siglo XI, pasando por su peregrinación por Afganistán, Persia, Armenia y Turquía hasta llegar al viejo continente en el

siglo XV y su asentamiento en la Península Ibérica poco tiempo después. Su presencia en la Baja Andalucía, donde siempre hubo una mayor concentración de gitanos que en el resto de España, suscitó curiosidad y aversión a partes iguales. Su ocupación principal, el trabajo en la fragua, les permitió asentarse en Triana a inicios de la Edad Moderna y sobrevivir a las distintas persecuciones ya que su buen hacer como herreros les convirtió en artesanos muy demandados por distintas capas sociales.

Los gitanos asimilaron la tradición musical morisca y castellana y la enlazaron con la suya, dando lugar al flamenco, un arte que se profesionalizó definitivamente con la eclosión de los cafés cantantes. Durante centurias, vivieron en los corrales de vecinos en armonía con sus vecinos cristianos hasta que la especulación los expulsó a otros barrios periféricos de Sevilla.

Los descendientes de quienes vivieron esos años de penuria y esplendor narran de manera desenfadada en *Triana, paraíso perdido* como eran y como son los gitanos, mientras la cinta ofrece decenas de imágenes históricas de aquella vida perdida, quizá, para siempre. ■



Hace cuatrocientos años, el 9 de abril de 1609, Felipe III decretó la expulsión de los moriscos. El proyecto no era nuevo. Anteriormente, Carlos I y Felipe II se habían planteado esa posibilidad sin llegar a materializarla. Si bien a comienzos del siglo XVII hubo voces que alertaron del peligro que suponían para la monarquía los contactos entre moriscos y los otomanos, nadie, ni siquiera la Inquisición ni el Vaticano, exigió de manera masiva y unánime que fuesen expulsados. ¿Por qué se adoptó entonces esta drástica medida? Una vez más, la política esconde la clave.

Motivos para una expulsión

Razones oficiales y oficiosas que causaron la marcha de los moriscos

MANUEL PEÑA DÍAZ

UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

AH
ABRIL
2009
52

El decreto de expulsión de los moriscos, del 9 de abril de 1609, se enmarcó en una coyuntura internacional favorable iniciada con el Tratado de Vervins con Francia (1598) y culminada con la Tregua de los Doce Años, acordada el mismo 9 de abril de 1609. Este contexto de pacificación y quietud ha sido considerado por la historiografía como la causa inmediata de la expulsión, ya que habría permitido a la monarquía orientar su atención hacia el Mediterráneo y concentrar sus fuerzas en una gran empresa interior para liberar a España de una minoría considerada un enemigo interno del poder y de la ortodoxia católica. Sin embargo, no existió un consenso, ni entre los apogetas de la expulsión, ni entre los políticos que defendieron su aplicación, sobre cuáles eran las verdaderas causas de la expulsión. La supuesta legitimidad moral de la medida, su presumible inevitabilidad y el brutal impacto de su aplicación han sido ampliamente debatidos por los historiadores a la busca de una lógica racional que explicase la drástica decisión de resolver el problema morisco.

ARGUMENTOS OFICIALES. El argumento de la presión demográfica de los moriscos a quienes se les atribuía una gran capacidad de reproducción desembocó en el mito del morisco sobreabundante. A comienzos del siglo XVII los moriscos apenas alcanzaban los 320.000, aproximadamente un 4% de la

ENTRE LOS POLÍTICOS QUE DEFENDIERON LA EXPULSIÓN NO EXISTIÓ UN CONSENSO SOBRE CUÁLES ERAN SUS VERDADERAS CAUSAS

población total española. Además su distribución geográfica era muy desigual, el 60% se concentraban en el cuadrante suroriental de la península.

De Zaragoza a Alicante, las comunidades moriscas y cristianas vivían, en general, en espacios diferentes; mientras las ciudades eran cristianas, los suburbios eran moriscos; si en las tierras ricas de las llanuras eran mayoritariamente cristianas, las zonas más montañosas eran moriscas. En Castilla los moriscos—herederos de las antiguas comunidades de mudéjares—eran una pequeña minoría que aumentó con la dispersión de unos 84.000 moriscos granadinos, expulsados de su tierra tras la revuelta de 1568 y la posterior represión. De cualquier modo, la expulsión por criterios demográficos era difícilmente justificable ya que la epidemia de 1597-1602 había ocasionado una gran mortalidad, con la consiguiente necesidad de mano de obra que, en las tierras de la Corona de Aragón, fue cu-

bierta por una considerable inmigración francesa.

El segundo argumento que se esgrimió fue la presión de la opinión pública favorable a la conclusión de la Reconquista, que derivó en un clamor nacional seguido por una oleada de júbilo por la expulsión. Aunque existieron voces en este sentido (el mito de la unanimidad), no se produjo ni desde ninguna institución, ni desde ningún estamento, ni siquiera desde la producción literaria una petición masiva a favor de la expulsión. Si bien, es cierto que abundaron las quejas sobre las relaciones y participación de moriscos en partidas de bandoleros o, incluso, se solicitó que se les impidiese el acceso y ejercicio de determinadas profesiones. Ni siquiera existió dicha unanimidad dentro de la Iglesia.

El hecho de que los motivos religiosos fuesen uno de los justificantes de la medida de expulsión ha significado que se le asigne a la Iglesia cierto grado de co-responsabilidad en el etnocidio. En esta línea se situaron importantes personalidades del estamento eclesiástico como el arzobispo de Valencia, Juan de Ribera, quien demandó en 1602 su expulsión porque “el degollar tanta gente, causaría general horror y lástima”, distinguió entre moriscos castellanos y de la Corona de Aragón y propuso la expulsión de los primeros y no de los segundos, “porque siendo de señorío viven más sujetos y mejor doctrinados”, una singular propuesta que



Colección Bancaja

El embarque de los moriscos en el puerto de Denia (1612-1613), cuadro de Vicent Mestre.

halagaba a la nobleza valenciana. Su reconocimiento del fracaso de la evangelización le reforzó en la creencia que los moriscos eran herejes y traidores, un argumento que justificaba que el rey pudiese disponer de los bienes y de las personas de la comunidad morisca, confiscando sus bienes o esclavizándolos.

La expulsión se realizó como acción de gobierno sin el respaldo pontificio, puesto que Roma nunca la apoyó, siempre fue partidaria de agotar las campañas evangelizadoras, y en 1606 emitió tres breves contrarios a cualquier medida violenta. Tampoco los inquisidores optaron por la drástica medida, conscientes que la expulsión iba a suponer una importante reducción de los ingresos procedentes de la confiscación de bienes de moriscos procesados.

UNA QUINTA COLUMNA INTERIOR. En líneas generales la mayoría de los historiadores han aceptado que la razón última de la marginación y expulsión de los moriscos se encontró en su no asimilación religiosa y cultural. Un hecho que desde el prisma político se veía como un peligro para la Monarquía Católica; al constatar que habían existido contactos entre moriscos y el Gran Turco, toda la comunidad morisca era vista como no españoles, una *quinta columna* interior. La historiografía decimonónica contribuyó a realimentar el mito conspiratorio, y algunos estudiosos del siglo XX (Braudel,

Más de 270.000

■ Las cifras revelan una gran variedad regional en el impacto de la expulsión

Valencia	117.464
Aragón	60.818
Cataluña	3.716
Castilla-Extremadura	44.625
Murcia	13.552
Andalucía Occid.	29.939
Granada	2.026
Total	272.140

Reglá, Hess, ...) reforzaron esta interpretación al analizar la conexión turco-morisca en función de la solidaridad islámica frente a la Monarquía española. Se ha demostrado, no obstante, la interesada sobrevaloración de dichos contactos con los otomanos que, por otra parte, nunca priorizaron dichas relaciones con unos moriscos, despreciados entre otras razones por su conversión. De todos modos, los moriscos nunca fueron considerados como marginados sino como disidentes (*traidores, infieles,...*), y como tales participaron de una resistencia activa, no sólo en las revueltas del siglo XVI, también colaborando con piratas berberis-

cos o con los monfíes —guerreros de la fe para los musulmanes, bandidos para los cristianos—. Desde este punto de vista la conspiración morisca no fue simplemente un mito, se hizo tangible en la medida en que se fue alimentando con indicios reales.

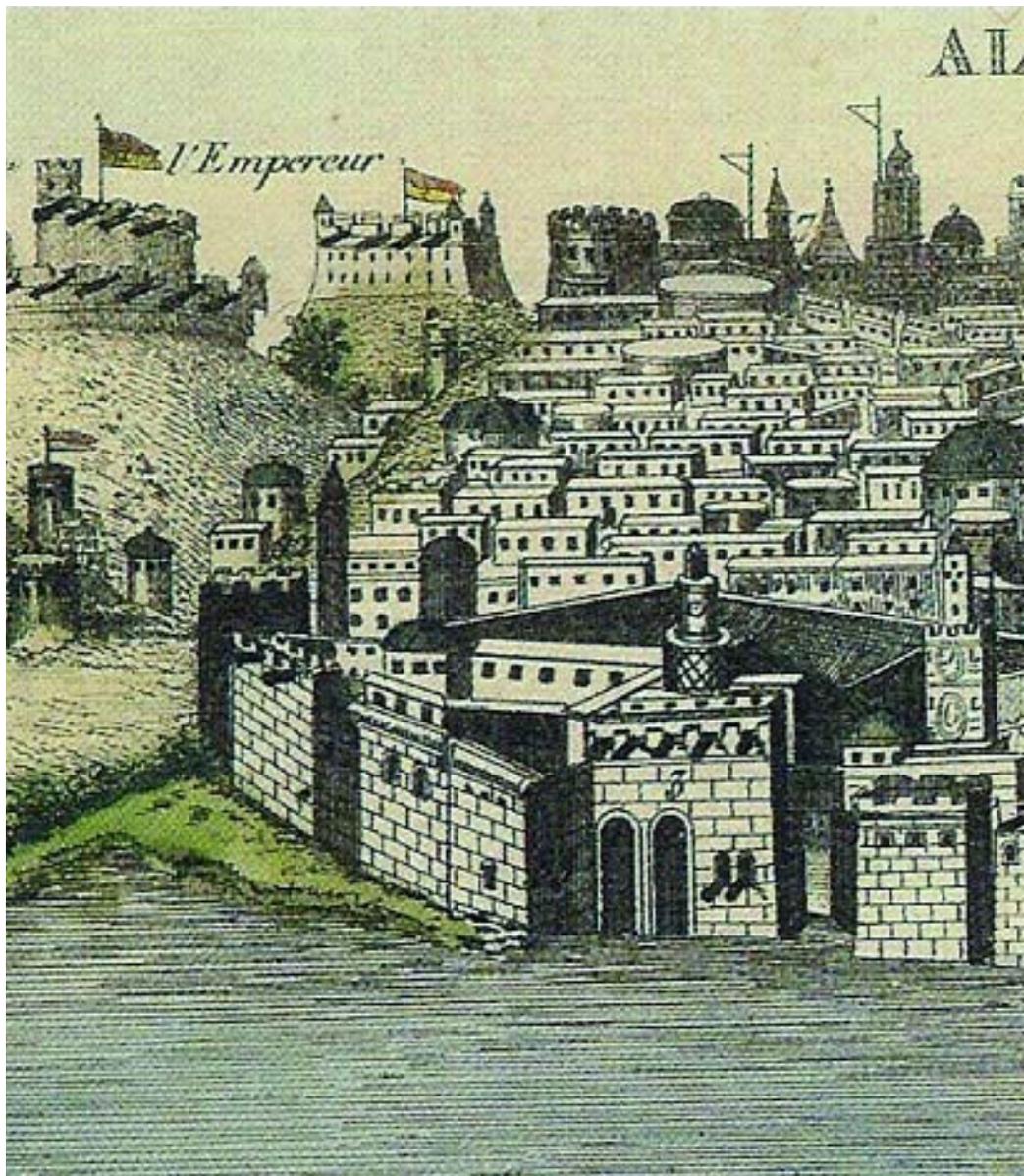
UNA REALIDAD PLURAL. La realidad era muy compleja, no existió un único problema morisco, ni fue ésta una minoría homogénea y unívoca. Son múltiples los argumentos que desmontan el mito de la unidad y, por extensión, de la incapacidad de asimilarse. En primer lugar, la dilatada trayectoria histórica —como mudéjares en contacto con los cristianos— de los moriscos valencianos y aragoneses contrasta con la brevedad de esas relaciones y el sello fronterizo de los granadinos. En líneas generales, en el ámbito económico las diferencias y matices fueron aún mayores, el poder económico de los valencianos contrastaba con la pobreza de los castellanos y el nomadismo de los aragoneses con la dedicación agrícola de los levantinos. En el uso de la lengua árabe, las diferencias eran muy dispares, los valencianos fueron los que mejor la conservaron pero también los que más poseían en sus casas doctrinas y libros de cultura cristiana, mientras que en Castilla y Aragón continuó la literatura aljamiada. En la alimentación, apenas eran perceptibles las diferencias entre moriscos y cristianos valencianos, entre otras razones por la aculturación gastronó-

LOS INQUISIDORES SABÍAN QUE LA EXPULSIÓN MERMARÍA LOS INGRESOS PROCEDENTES DE LA CONFISCACIÓN DE BIENES DE MORISCOS PROCESADOS

mica de estos últimos (guisar con aceite, olla valenciana, gazpachos, buñuelos, ...) que, por otro lado, habían transferido a los primeros sus maneras de vestir. Durante el siglo XVI, la espiritualidad islámica de los moriscos se acercó más al cristianismo, sobre todo en la esperanzada busca de una síntesis. Como muestran los casos del Mancebo de Arévalo (musulmán cristianizado) o de los libros plúmbeos del Sacromonte granadino (cristianos islamizantes), la complejidad y la multiplicidad de las prácticas religiosas era extraordinaria.

La situación en 1609 oscilaba entre un importante número de moriscos asimilados (mayoritariamente urbano y en expansión) y otro entre los que sobrevivían prácticas islamizantes. La expulsión pudo evitarse, ya que los niveles de integración de la mayoría de los moriscos refuerzan la hipótesis de que el problema no fue la resistencia radical de estos, sino el fracaso pastoral de la iglesia española. Entre 1580 y 1610 existieron alternativas a la expulsión. Pedro de Valencia, por ejemplo, dudaba de la eficacia de dicha medida por lo que suponía, entre otras razones, de reagrupamiento de gente hostil a la Monarquía católica, mostrándose más partidario de una efectiva dispersión en el interior de España que, sumada a una catequesis adecuada y a un apoyo a los matrimonios mixtos, favorecería una auténtica conversión.

LA POLÍTICA FUE LA CLAVE. La política estuvo en la raíz de la decisión de 1609. La creciente atención de la Monarquía hacia el Mediterráneo supuso la promoción de una ideología anti-islámica que definiese la representación de la Corona y su proyección exterior. Los debates en el Consejo de Estado sobre el problema morisco fueron frecuentes desde que la Junta especial de Lisboa de 1582 aconsejase su expulsión. En febrero de 1599 se propuso en el seno del mismo Consejo una serie de medidas de represión (galera o presidios para los moriscos entre 15 y 60, expulsión de los mayores de 60, reeducación de los niños). En 1603, coincidiendo con los inicios de la política pacifista europea, aumentaron las recomendaciones a Felipe III de individuos e instituciones de llevar a cabo su expulsión. A finales de 1607, y



Vista del puerto de Argel, destino de centenares de moriscos andaluces.

a pesar del cada vez mayor número de consejeros favorables a la drástica medida, el rey no daba su conformidad, y Lerma continuaba oponiéndose por considerar que los moriscos eran cristianos y la obligación de la Corona era integrarlos. Sin embargo, la situación dio un giro en 1608. Coincidiendo con la recta final de las negociaciones con las Provincias Unidas, el monarca ordenó al Consejo de Estado recopilar todos los memoriales y documentos relacionados con el problema morisco elaborados desde la Junta de 1582. Es posible que la coincidencia de día (9 de abril de 1609) entre la firma de la Tregua de los Doce Años y el decreto de expulsión de los moriscos fuese algo más que casual. Así lo reconoció el mismo Lerma en una reunión del Consejo de Estado en 1617 con ocasión del conflicto con Saboya y la ridícula Paz de Asti firmada en 1615. Para evitar críticas a la paz —expuso el valido— era necesari

rio atacar a los venecianos, así se creaba un ambiente de exaltación, tal y como se hizo en 1609 con ocasión de la polémica tregua con los protestantes holandeses que podía poner en entredicho la catolicidad de Felipe III, de ese modo y para reducir los posibles “humores” de oposición y descontento se decidió que lo mejor era expulsar a los moriscos. En síntesis, la expulsión respondió a razones ideológicas, que pretendieron presentar a Felipe III y a su valido como campeones del catolicismo, instrumentos de una acción divina.

La expulsión comenzó el 22 de septiembre con los moriscos valencianos y se completó, desde el 12 enero de 1610, con el éxodo de los andaluces (embarques en Sevilla, Gibraltar y Málaga) y murcianos (Cartagena), meses más tarde con la de los castellanos y la de los aragoneses y catalanes (salida por los Pirineos o por el puerto de Los Alfaques



LA EXPULSIÓN RESPONDIÓ A RAZONES IDEOLÓGICAS QUE PRETENDIERON PRESENTAR A FELIPE III Y SU VALIDO COMO CAMPEONES DEL CATOLICISMO

cia que fueron reprimidas por los tercios de Lombardía), las cifras se aproximan a los 300.000 expulsados. En Granada y en Murcia las repercusiones fueron bastante duras, siendo el sector de la sedería y de los transportes los más afectados. En el reino de Aragón las consecuencias fueron mayores en la cuenca del Ebro, produciendo en algunas zonas una rápida sustitución de cultivos intensivos por extensivos. Pero donde la incidencia de la expulsión alcanzó una magnitud considerable fue en el reino de Valencia.

LOS QUE NO SE FUERON. ¿Cuántos se quedaron? Entre 1610 y 1620 la Inquisición de Valencia procesó a 387 moriscos y la de Zaragoza a 226; en su mayoría fueron confesiones espontáneas que les permitieron quedarse en España gracias al celo inquisitorial. Pero hubo otros modos de eludir el extrañamiento, que aceptados por la propia Corona posibilitaron a miembros conocidos de las elites moriscas o descendientes de la aristocracia nazarí —integrados en la maquinaria estatal— ser reconocidos como cristianos viejos puros y ortodoxos, gracias al constante falseamiento de testimonios y a la aprobación de falsas escrituras. Hubo retornos, un número difícil de precisar; pero tanto los que se quedaron —muchos se unieron a grupos nómadas de gitanos— como los que volvieron no supusieron problema alguno para la mayoría cristiana que los absorbió. Ello no fue óbice para la permanencia de comunidades musulmanas constituidas sobre todo por esclavos y libertos, en ciudades como Sevilla, Granada, Málaga, Almería, Murcia, Mula, Cartagena, Puerto de Santa María, Sanlúcar de Barrameda, Cádiz, etc. Los sucesivos intentos de expulsión (1621, 1629, 1686, 1693, ...) fracasaron por oposición de los municipios y de los propietarios de esclavos o por no poner en peligro a las comunidades de cristianos que habitaban en el Norte de África. Los musulmanes fueron tolerados por ser “útiles en el plano económico, inofensivos en el político, fueron dejados en paz. El tiempo de la disidencia se terminó”, en palabras de Bernard Vincent. ■

en Tarragona). Las consecuencias socioeconómicas de la expulsión se han discutido con profusión. Los arbitristas contemporáneos restaron importancia al hecho. Sin embargo, los historiadores del siglo XVIII y liberales del XIX consideraron que el decreto de expulsión supuso la ruina de España. La historiografía conservadora del XIX y comienzos del XX (Menéndez Pelayo, Boronat, Dánvila) valoraron como un éxito la consecuencia directa de la expulsión: la unidad religiosa. Las tesis minimalistas que atribuyeron una importancia económica irrelevante a la expulsión fueron rebatidas con los estudios de Lapeyre que cuantificaron el número de expulsados. A pesar de las lagunas en la documentación, de las salidas clandestinas y de los muertos por las fatigas del camino y de las durísimas represiones ante cualquier conato de revuelta (entre 10 y 12.000 muertos en las rebeliones de Valen-

Para saber más

- **Domínguez Ortiz, Antonio y Vincent, Bernard**
Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría.
Madrid, Revista de Occidente, 1978.
- **Barrios Aguilera, Manuel**
La convivencia negada: historia de los moriscos del reino de Granada.
Granada, Comares, 2007.
- **Perceval, José María**
Todos son uno. Arquetipos, xenofobia y racismo. La imagen del morisco en la Monarquía española durante los siglos XVI y XVII.
Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 1997.
- http://www.materialesdehistoria.org/1609_2009/index.htm

Más información en las págs. 76 a 79

Nacido en Sevilla y criado en Málaga, la vida de este escritor, representante de la bohemia heroica de entresiglos, fue literaturizada gracias a su buen amigo Valle-Inclán, que lo convirtió en el protagonista de *Luces de bohemia*, con el nombre interpuesto de Max Estrella. Sus cientos de artículos y sus novelas, de un naturalismo radical, nos hablan de otra época en la historia de nuestras letras. Sawa fue, por encima de todo, un “andaluz hiperbólico” que se bebió la vida a sorbos en las tertulias de los cafés de Madrid y París persiguiendo iluminaciones en la sombra.

El centenario Sawa

Luces de bohemia, la persona y el personaje

AMELINA CORREA RAMÓN

UNIVERSIDAD DE GRANADA

AH
ABRIL
2009
56

Sevilla, calle de San Pedro Mártir, dos placas recuerdan el nacimiento de Manuel Machado y Rafael de León. Allí va a nacer también, en 1862, Alejandro Sawa, el “andaluz hiperbólico” que acabaría sus días convertido en el *dramatis personae* de Max Estrella, protagonista del inmortal drama *Luces de bohemia* gracias a su buen amigo Valle-Inclán.

En la calle del sevillano barrio de la Magdalena donde ve la luz nuestro autor predominan en aquel tiempo las profesiones liberales. Abogados, procuradores, militares y prósperos comerciantes —como los Sawa— conviven en una ciudad de algo más de diez mil casas que se debate entre el tradicionalismo y la innovación y que lucha por incorporarse a la modernidad sin renunciar a sus raíces. Una ciudad con una activa vida periodística y en la que, sin embargo, los índices de analfabetismo son elevadísimos. Una Sevilla que se presenta, tal y como hoy la conocemos, dual y de contrastes.

El niño Sawa, descendiente directo de los Sabba que emigraron desde la Esmirna pre-turca y se asentaron en los primeros años del siglo XIX en la señorial Carmona, para desde ahí trasladarse a Sevilla, será cristianado en Santa María Magdalena, imponiéndosele, entre sus muchos nombres, el del Cristo del Gran Poder, probablemente por decisión de su madre, que había sido bautizada en San Lorenzo.

CON APENAS 15 AÑOS, SAWA MOSTRÓ UNA PRECOCIDAD SORPRENDENTE AL FUNDAR JUNTO A OTROS AMIGOS UN EFÍMERO PERIÓDICO AL QUE SEGUIRÁN DOS MÁS

TRASLADO A MÁLAGA. Hoy sabemos, gracias a la consulta detallada de Censos y Padrones, la fecha exacta de dicho traslado, así como el posterior de toda la familia a Málaga, donde figuran como residentes desde 1870. Allí vivirán en una casa de la conocida Plaza de la Merced, en cuyo extremo opuesto habría de nacer, años después, Pablo Ruiz Picasso.

Málaga es, en ese tercio final del siglo XIX, una ciudad de cerca de ciento veinte mil habitantes sacudida por frecuentes crisis sociales y políticas, con una población mayoritariamente demócrata y republicana y con un amplio porcentaje de federalistas que acogieron con entusiasmo la revolución de 1868 y la posterior proclamación de la Primera República. Numerosos disturbios, que se prolongarían durante todo el año, en especial cuando en el mes de julio se autodetermine el Cantón de Málaga, fueron vividos de primera mano y quedaron grabados en la memoria de un Alejandro Sawa

que contaba entonces once años de edad.

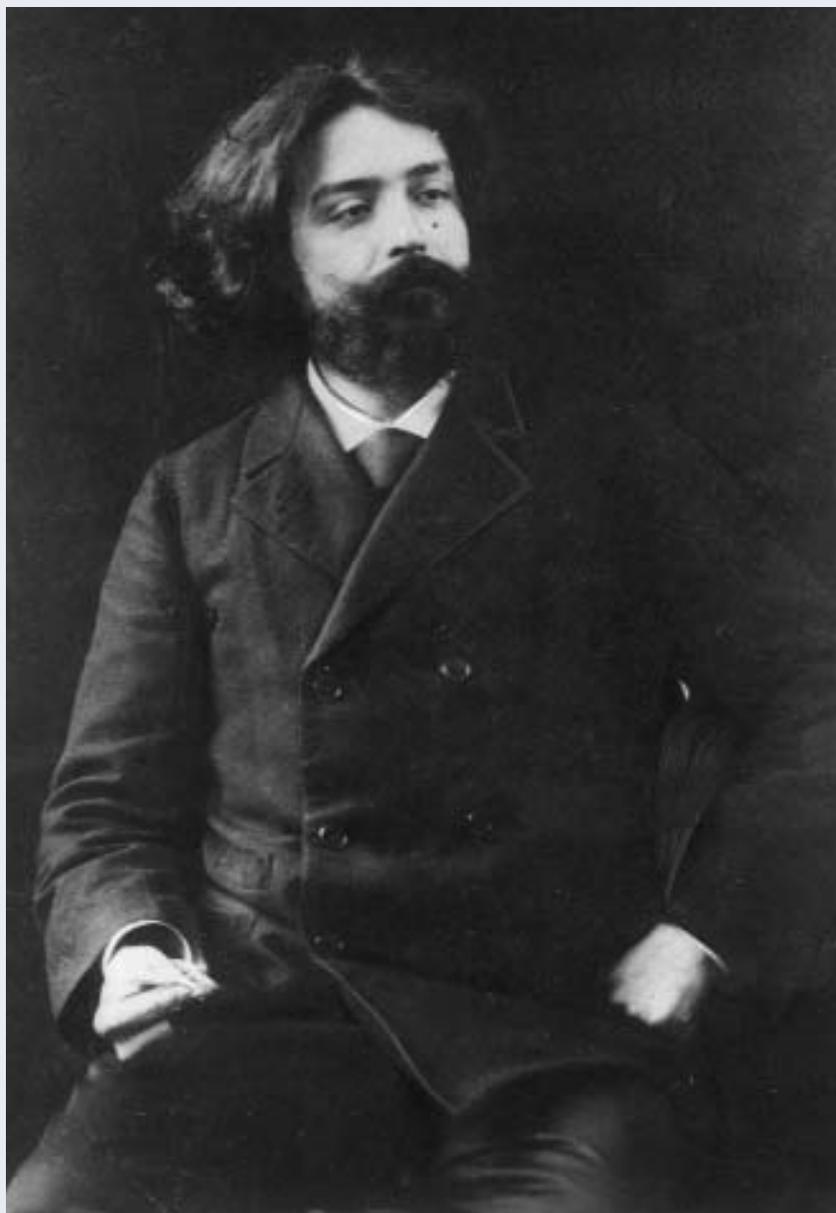
En esa ciudad portuaria y emergente que se aproxima al fin de siglo pasan los cinco hermanos (Alejandro era el tercero en edad) unos años decisivos coincidentes con su formación, adolescencia y primera juventud. Todos ellos disfrutarían de una infancia privilegiada, al crecer en una familia que valoraba la educación y la cultura. Así, en 1873 Alejandro se matriculará en el Instituto de Segunda Enseñanza de la capital malagueña, pero su paso posterior por la Universidad de Granada resultará breve y superficial, ya que los intereses del joven Alejandro van ahora por un camino muy distinto que acabará determinando finalmente su trayectoria vital y profesional. Y es que cuando apenas ha cumplido los quince años de edad, mostrará una precocidad verdaderamente sorprendente al fundar junto con otros amigos un efímero periódico, al que seguirán otros dos en el transcurso de poco más de un año.

1878 será también un año significativo para el aún bisoño escritor por la publicación de su primera obra literaria, *El Pontificado y Pío IX*, un vehemente e inmaduro libro en las antípodas ideológicas de lo que serán sus posturas intelectuales poco tiempo después.

Sevilla y Málaga ocupan pues la distinción de haber sido cuna solar y balcón frente al mar en sus años de formación, pero al todavía adolescente Alejandro comienza a volvérselo estrecho y limitado el panorama de

“Una cabeza sorprendente”

■ El escritor, crítico literario, periodista y diplomático guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, en la obra *Esquisses. Siluetas de escritores y artistas* (1892), dedica un capítulo de la última sección de su libro, titulada *Camafeos*, donde se recogen una serie de pequeñas piezas prosopográficas, a realizar la descripción física más completa que se haya conservado de Alejandro Sawa, cuya redacción fecha en agosto de 1891: “Una cabeza sorprendente cuya fuerza de expresión hace pensar en aquellos moros españoles de la Reconquista, y cuya firmeza de rasgos y de facciones habría inspirado a Teodoro de Banville —el miniaturista admirable— un camafeo delicioso. Los ojos negros, grandes, soñadores y con algo en las pupilas de esa crueldad somnolente y de ese abandono triste de las razas africanas; la nariz delgada, enérgica y regular; la boca fresca, de labios sensuales e insinuantes; la piel, de un moreno cobrizo, pálido y ardiente, y la barba, negra y rizada, como la espléndida melena. Una figura, en fin, tan singularmente hermosa, que habría dado, al autor ilustre [...] el derecho de no tener otros méritos, para merecer ya la admiración.”



Alejandro Sawa, en la época de su primer viaje a París.

Archivo General de la Administración

su vida en provincias y aspira a ampliar sus horizontes viajando a la capital de España, que a él se le antoja como la meca de la vida política, cultural y literaria. Cuenta tan sólo diecisiete años de edad y ha conseguido un empleo allí gracias —probablemente— a la recomendación de los también escritores Pedro Antonio de Alarcón y Ramón de Cam-pomamor.

La “gran” ciudad que tendrá ocasión de conocer el joven Alejandro es la que retrata extraordinariamente en sus novelas Benito Pérez Galdós, que refleja de manera insuperable el ambiente de mediocridad y de ausencia de ideales que dominan en el Madrid de la Restauración, representativo de un país que saludaba el advenimiento de los Borbones y que se hallaba gobernado por una clase política incompetente.

GENTE NUEVA Y GENTE VIEJA. En estos primeros años de su iniciación literaria Sawa encontrará amparo sobre todo en autores consagrados, como José Zorrilla, incluidos en la nómina de la conocida como “Gente vieja”. Redactor en los primeros meses de 1880 de varios medios de prensa, en esta nueva etapa de su vida nuestro joven autor se halla inmerso en una frenética actividad con los más variados proyectos.

Es una época en que las tabernas y cafés del foro (hacia mediados del siglo XIX se contabilizan en Madrid nada menos que seiscientos diez tabernas, sesenta cafés *formales*, además de diversos cafetines, billares y otros lugares donde se podían consumir bebidas), y sobre todo los establecidos en torno a la Puerta del Sol, como el *Café Lisboa*, constituían un acogedor punto de

encuentro y de reunión para las tertulias de carácter literario, artístico, cultural, político, etc., ofreciendo a los jóvenes llegados por cientos a la capital un lugar donde cobraban vida los debates de toda índole. Allí Alejandro Sawa entrará en contacto con otros jóvenes desencantados e imbuidos de ideales sociales críticos y progresivamente revolucionarios. Sus inquietudes de renovación y las tempranas edades de sus componentes pronto harán surgir la denominación en ellos de “Gente nueva”.

Llegados a este punto es inevitable mencionar la inmensa admiración que Sawa sintió hacia la monumental figura del escritor francés Victor Hugo, sujeto de una equívoca leyenda cuyo predicado no es otro que nuestro propio autor, y que había suscitado numerosas dudas y confusiones,



Sawa con su mujer e hija, en un retrato de Ramón Marín, s.a. [1908].

despejadas ahora gracias a testimonios como los de Dicenta y el propio Sawa, que fijan un primer viaje del joven Alejandro a París anterior a mayo de 1885 (fecha del fallecimiento de Hugo) y a su posterior estancia iniciada en 1899, y que, en esta primera ocasión, habría durado un mes y medio aproximadamente. Sólo así se puede entender, siguiendo el hilo de la mencionada leyenda, que —en palabras de Sawa— el “Emperador de la barba florida” le hubiese podido besar y que —siempre según esta fabulación intencionada, desmentida luego por el propio escritor andaluz— éste no se hubiese vuelto a lavar la cara desde entonces.

Sea como fuere, Alejandro Sawa va paulatinamente introduciéndose en los círculos literarios y en los ámbitos intelectuales más cercanos a la renovación y su nombre comienza a hacerse conocido en 1885. Entre ese año y 1888 escribirá seis novelas adscritas a la órbita del naturalismo, pero influidas por un aire de romanticismo social que nunca acabaría de abandonar y que mantienen el contrapunto de la belleza que tan-

to admiraría nuestro autor durante toda su vida. Y es que Sawa profesaría siempre un apasionado culto por lo bello, que asociará básicamente unido con dos realidades que estima en buena medida complementarias: el Arte y la Naturaleza, y que se acentuará aún más a partir de su estancia de varios años en París.

El año de 1888 traerá consigo un momento de enorme fecundidad literaria. *La Sima de Igúzquiza*, *Criadero de curas* y *Noche* parecen anticipar la oscuridad que invadirá las páginas del último Sawa determinista. Tras ello, abandonará España y vivirá en París una venturosa etapa de varios años en que la policromía literaria y artística será la tónica dominante.

LA BOHEMIA DE PARÍS. Así, a comienzos de 1889, el acontecimiento que ocupa la atención en todos los periódicos y revistas es el de la próxima inauguración de la Exposición Universal de París. No se conoce con exactitud la fecha de inicio del segundo viaje de Alejandro Sawa a la capital francesa, pero fue anterior en todo caso a la celebra-

Gente Nueva

■ Luis París, en su libro *Gente nueva* (h. 1888), en el que describe al grupo de escritores e intelectuales inconformistas que, nacidos en torno a los años cincuenta y sesenta del siglo XIX, aspiran a reformar la anquilosada literatura decimonónica, define así a Alejandro Sawa:

“Andaluz de nacimiento y con antecedentes griegos en su familia, como lo prueba su apellido, posee todas las condiciones peculiares de los individuos que pertenecen a las actuales razas orientales: ampulosidad en la expresión, exuberancia en la hipóbole, ductilidad de carácter, fantasía inagotable, amor entrañable a la oratoria y fe inmensa en el poderío de la forma. Con todos estos caracteres heredados, aumentados por la permanencia en Andalucía durante los primeros años de su vida [...], herido más que impresionado por toda la literatura romántica que constituye la lectura habitual de los adolescentes, [...] necesariamente tuvo que resultar un lírico poderoso, más próximo a la rima que a la prosa, más hueco que macizo, más lleno de color que correcto en la línea, aljamiado y multiforme.”

ción de la fiesta nacional del 14 de julio de ese mismo año. A partir de ese momento, las calles de París van a convertirse en su hogar y experimentará una profunda metamorfosis literaria. Atrás quedará su programa naturalista, al que nunca más volverá. Ahora, siguiendo la religión de la Belleza, que siempre había alentado en el fondo de su alma, se convertirá al credo simbolista-modernista.

Durante esta etapa parisina, Sawa se encontrará indisolublemente vinculado al animado y siempre efervescente Barrio Latino. En las últimas décadas del siglo XIX se localizaban en él la mayor parte de los cafés que acogían las tertulias literarias. Allí se daban cita los principales renovadores de las letras y las artes finiseculares: parnasianos, simbolistas, modernistas, una nueva literatura que cambiará la visión estética del deslumbrado Alejandro, que vivirá una parte de sus años de París en el modesto Hotel Médicis, en el que se alojaría también durante una temporada el indiscutible rey de la bohemia parisina, el torturado poeta y máximo pontífice de aquella religión del

En el centro, sentados en sillas, Sawa, Darío y Valle (que finge dormir) en la cena de homenaje al escritor Enrique Gómez Carrillo, el 15 de abril de 1899.



Residencia de Estudiantes

arte, Paul Verlaine, con quien Sawa mantendría una relación muy estrecha. Era, además, un hotel dotado de una intensa historia, por el cual pasaron Vicente Blasco Ibáñez o los hermanos Machado.

Sawa colaborará en París en las principales publicaciones y será corresponsal para varios medios de prensa españoles. También ejercerá como anfitrión, entre otros muchos, de los escritores iberoamericanos Enrique Gómez Carrillo y Rubén Darío, para quienes hará de introductor ante el mítico Verlaine y el resto de escritores renovadores del momento. Rubén Darío y Alejandro Sawa mantendrán desde entonces una relación de franca amistad, truncada en los posteriores momentos de vida del español por una sombra que vendría a empañar tan fraternales lazos.

Su estancia parisina fue, por lo tanto, una época de auge, plenitud, belleza y placer, pero en enero de 1896, ante el fallecimiento de Verlaine en la más absoluta de las miserias y los cada vez más acuciantes problemas de salud que padece nuestro autor, comenzará a madurar en su cabeza la idea de retornar a España.

COMPAÑERA DE POR VIDA. Pero antes de abandonar definitivamente Francia, hay algo más en la historia de Alejandro Sawa para que consideremos su estancia parisina como un periodo tocado por la gracia. Allí iba a conocer a la joven Jeanne Poirier, con la que compartiría el resto de sus días. Se desconoce con exactitud cuándo se inicia la relación amorosa entre ambos y cuándo deciden vivir juntos, pero, desde luego, en 1892 el vínculo resulta ya completamente sólido, lo sufi-

ciente como para que, en noviembre, Jeanne dé a luz a la única hija que tuvo la pareja: Helena Rosa. El profundo amor que ambos se profesaron nos devuelve una imagen mucho más completa y polifacética de nuestro escritor, que no es sólo el bohemio impenitente sino también el padre tierno y cariñosísimo, el amante apasionado y el hombre en muchas ocasiones frágil que muestra sus debilidades a su compañera.

Durante ese intenso periodo de siete años en que el escritor se encuentra domiciliado en la capital francesa tendrá también ocasión de viajar y conocer otras ciudades europeas, entre ellas, y según sus propias palabras, Londres, Roma y Ginebra, que le harán constatar la enorme diferencia que existe entre la situación española y la de otros países mucho más avanzados. También viajará, al menos en dos ocasiones, a la antigua localidad belga de Spa. Allí le aguarda La Redoutte, la sala de juegos más antigua del mundo. Durante una temporada de su vida Alejandro se dejó seducir por la tentación subyugante de los juegos de azar. De tan negativa experiencia obtendrá a cambio la firme resolución de abandonar dicha adicción y encauzar su vida por derroteros más positivos.

En Spa harán huella también en nuestro autor sus serios problemas de salud, a lo que no ayudarán las deudas cada vez más acuciantes, situación que empeorará con el paso de los años conforme su resistencia física vaya mermando y disminuyendo, por tanto, sus posibilidades de salir adelante con solvencia. Ya en esa etapa parisina se había visto obligado con demasiada frecuencia a solicitar ayuda económica

de terceras personas. Decidido pues a cambiar de vida, resuelve trasladarse a España, instalándose la familia en Madrid en el otoño de 1896.

Este regreso definitivo de Alejandro Sawa, que conserva su prestigio anterior, acrecentado por el hecho de su estancia parisina, supone un reencuentro con los viejos amigos, a muchos de los cuales ha tenido ocasión de ver en sus estancias ocasionales en España e incluso en París. Sus colaboraciones periodísticas van a aumentar a partir de ese momento. Además, durante 1898 se va a dedicar con especial empeño a adaptar teatralmente la novela de Alphonse Daudet *Les rois en exil*, que el autor francés había publicado en 1879 y que representa un gran triunfo editorial con gran número de lectores. *Los reyes en el destierro* se estrena el 21 de enero de 1899 en el Teatro de la Comedia y supone un éxito rotundo para Sawa, que obtiene el aplauso unánime de un público caluroso y entregado que le obliga a salir a saludar a escena varias veces. Al día siguiente, la mayor parte de los periódicos se hacen eco de la afortunada presentación de la pieza teatral, que fue vista como el símbolo del regreso al mundo de las letras del recuperado escritor, acogido en ese momento con grandes expectativas.

DE TERTULIA CON VALLE. Hace algún tiempo que Alejandro viene frecuentando la compañía de Valle-Inclán, que tan decisivo iba a resultar al fin para la perpetuación de su memoria. A su regreso de París ambos tendrán ocasión de conocerse, congeniarán y Sawa se hará asiduo de la tertulia que el gallego mantiene a partir del año 1897 en el Café de



Sawa, ciego, un año antes de morir, retrato de Ramón Marín, s.a. [1908].

Madrid, posteriormente trasladada al Nuevo Café de Levante, y a la que asisten, entre otros, Jacinto Benavente y Ramiro de Maeztu. Por otro lado, a partir del regreso de Manuel Machado desde París a finales de 1900, en la casa que éste va a compartir con su hermano Antonio se establecerán también unas animadas tertulias informales en las que Valle-Inclán participará junto con Sawa y algunos jóvenes incorporados al mundillo literario. A lo largo de esos años, el prestigio literario de Alejandro no ha hecho sino consolidarse, su firma aparece, además, en multitud de periódicos y revistas, es un autor que tiene la puerta abierta en las más destacadas redacciones y trabaja incesantemente pues tiene ahora una familia que mantener y no se puede permitir la placentera ociosidad. Su pluma seguirá luchando infatigable en la denuncia de los males de España, en una actitud desolada y amarga, como su admirado Larra. Insobornable, señala en alta voz la corrupción de los políticos, la ineptitud de la clase gobernante, la miseria que mata lentamente al país, el oscurantismo y la incultura.

Pero su estado de salud empeora cada día y en 1906 comienza a sufrir los síntomas de un proceso incurable que le conducirán a la ceguera. Además del necesario auxilio de los perros como guías lazarillo, desde el momento en que Alejandro Sawa pierde definitivamente la vista, su abnegada compañera se va a ver obligada a servirle de amanuense. Ella escribirá al dictado, por ejemplo, todas sus últimas cartas.

Carta a Rubén Darío escrita en 1908

■ “Tú no sabes de esta postrera estación de mi vida mortal, sino que me he quedado ciego. Parece que esto ya es bastante, pero no lo es, porque además de ciego estoy, va ya para dos años, tan enfermo, que la frase trapense [...] ‘mi cuerpo está ya maduro para la tumba’, es una de las más frecuentes letanías en que se diluye mi alma. Pues bien: tal como estoy, tal como soy, vivo en pleno Madrid, más desamparado aún, menos socorrido, que si yo hubiera plantado mi tienda en mitad de los matorrales sin flor y sin fruto, a gran distancia de toda carretera. Creyendo en mi prestigio literario he llamado a las puertas de los periódicos y de las cavernas editoriales y no me han respondido; crédulo de mis condiciones sociales —yo no soy un ogro ni una fiera de los bosques— he llamado a la amistad, insistentemente, y ésta no me ha respondido tampoco. ¿Es que un hombre como yo puede morir así, sombríamente, un poco asesinado por todo el mundo y sin que su muerte como su vida hayan tenido mayor trascendencia que la de una mera anécdota de soledad y rebeldía en la sociedad de su tiempo?”

SU ESCRITURA ES UN EJEMPLO DE DENUNCIA DE LOS MALES DE ESPAÑA CON LA MISMA ACTITUD AMARGA Y DESOLADA QUE TUVO SU ADMIRADO LARRA

ÚLTIMOS AÑOS. No obstante, aún le quedarían a Alejandro Sawa por vivir algunos momentos gozosos. Y uno de los principales vendrá dado por la escritura de una muy interesante novela breve titulada *Historia de una reina*, que se publicará el 3 de mayo de 1907. La obra fue incluida en la exitosa colección *El Cuento Semanal* y llevaba como ilustración de cubierta una caricatura del propio Sawa. Al escritor debió de agradarle de manera especial dicho dibujo, pues se tiene constancia de que lo tuvo enmarcado en su propia casa.

Esos últimos años, hasta su fallecimiento el 3 de marzo de 1909, son casi literalmente un calvario. Por un lado, el doloroso sacrificio —doblemente costoso en quien se había caracterizado por su continua insobornabilidad— que lo lleva a “vender” su pluma para poder obtener algún ingreso con el que mantener siquiera precariamente a su familia, escribiendo una serie de artículos para que se publiquen con la firma de Rubén Darío en el prestigioso periódico *La Nación* de Buenos Aires entre la primavera y el otoño de 1905; por otro, su correspondencia con el nicaragüense —que casi nunca encontrará respuesta— en busca de afecto, comprensión, ayuda económica y, al final, como reclamación de una deuda impagada; pero también sus continuos traslados de vivienda, cada vez a una más humilde, del mismo modo que sus visitas constantes al Monte de Piedad, donde llega a empeñar muebles, libros y toda la ropa que lleva puesta.

NO ES POSIBLE DEPOSITAR OFRENDAS EN NINGUNA LÁPIDA PUES SUS RESTOS SE PERDIERON AVENTADOS EN EL OSARIO COMÚN DE LA ALMUDENA



Residencia de Estudiantes

Retrato a lápiz de Sawa muerto realizado el día de su óbito por un autor desconocido.

OBRA CUMBRE. En mayo de 1908, y a menos de un año de su fallecimiento, contraerá matrimonio civil “in articulo mortis” en su propio domicilio, con su compañera y ante el Juez, quedando legitimada la hija habida entre ambos. En esos largos días Jeanne permanecerá junto a su marido, cuidándolo con dedicación extrema. De este modo se va a ganar el apelativo de “Santa Juana”, por el que la conocerán y llamarán sus amigos españoles. Y es que, a los problemas reumáticos y a las neuralgias que padecía desde joven, más la actual ceguera, pronto vendrían a sumarse dificultades respiratorias y afecciones renales que lo irán incapacitando progresivamente. Enfermo y en la miseria, Alejandro sueña con dejar publicado su libro más personal, *Iluminaciones en la sombra*, un “diario de esperanzas y tribulaciones” que representa, sin duda, su obra cumbre, y del que pasarán a formar parte los artículos escritos a lo largo de esos años.

Consciente de que el final se acerca, el día 18 de febrero hace enviar, como un recurso “a la desesperada”, la última carta que dicta y firma. Se trata de un estremecedor documento de petición de auxilio al célebre dramaturgo Jacinto Benavente, que será, sin embargo, desatendido por el eminente literato. En la misma madrugada de ese día, Alejandro, abandonado por casi todos, pierde definitivamente la razón.

Su querida Jeanne y su hija adolescente de dieciséis años se convierten —aún más— en las solícitas enfermeras de su

agonía, pues el proceso iniciado de encefalitis sigue su curso inevitable: primero el hambre, luego el insomnio, la locura y, finalmente, la muerte.

La luctuosa noticia llega a tiempo a las redacciones de los principales periódicos de la capital madrileña, que se apresuran a dedicarle, en ese mismo día, sentidas necrológicas. Al velatorio acuden, entre otros muchos amigos, Valle-Inclán y Dicenta. No así el “deudor” Rubén Darío, que falta nuevamente a esta última cita a pesar de que vive en Madrid en esas fechas. Su devota Juana cortaría entonces un mechón del cabello de su difunto esposo, que, por cierto, se ha conservado hasta el presente. Además, una mano desconocida llevaría a

cabo un último retrato a lápiz del autor de cuerpo presente. Los meses siguientes, Valle-Inclán y algunos de sus amigos se esforzarán por ver cumplido su último deseo, la edición de *Iluminaciones en la sombra*, que verá la luz durante el verano de 1910. Posiblemente empujado por un cierto sentimiento de culpabilidad, además de por el indudable recuerdo de los buenos momentos pasados juntos, Rubén Darío accederá a la petición de escribir el prólogo para esta obra póstuma sawiana.

En este 2009 celebramos el centenario de ese momento irrepetible de nuestra historia literaria, pero no será posible depositar ofrendas en ninguna lápida, pues sus restos se perdieron aventados en el osario común de la gran necrópolis madrileña de la Almudena, al carecer su esposa del dinero suficiente para conservar su sepultura.

Alejandro Sawa tiene hoy una calle en Sevilla, la ciudad que lo vio nacer. Se halla en el distrito de Macarena Norte, próxima al Parque de Miraflores y a la calle de Don Latino de Hispalis, su *partenaire* en *Luces de bohemia*. Max Estrella tiene también su propia vía en Málaga, en el barrio del Cortijo Alto del distrito de Cruz del Humilladero. Son el recuerdo que le brindan sus dos ciudades andaluzas. ■

A handwritten signature in dark ink, reading 'Alejandro Sawa'. The signature is fluid and cursive, with a prominent 'A' and 'S'.

Firma autógrafa de Alejandro Sawa.

Más información

- **Correa Ramón, Amelina**
Alejandro Sawa, luces de bohemia. Fund. José Manuel Lara, Sevilla, 2ª ed., 2009.
- **Sawa, Alejandro**
Declaración de un vencido. Ed. de Francisco Cutiérrez Carabajo. Cátedra, Madrid, 2009.
- **Sawa, Alejandro**
Iluminaciones en la sombra. Prólogo de Rubén Darío, presentación de Andrés Trapiello. Nórdica, Madrid, 2009.

Tras la ocupación de la provincia de Huelva por las fuerzas franquistas en septiembre de 1936, muchos hombres y mujeres se refugiaron en las sierras. Estos huidos formaron más adelante partidas guerrilleras con las que intentaron combatir a la dictadura. Fue una lucha desigual y desesperada, que implicó además a las familias, muchas de las cuales sufrieron crueles represalias. La guerrilla acabó derrotada y sus integrantes muertos, presos o exiliados, pero su recuerdo se mantuvo intacto en la memoria popular, a caballo entre la historia y la leyenda.

Rompiendo el silencio

Memoria de la guerrilla antifranquista de Huelva (1936-1949)

PEDRO FERIA VÁZQUEZ

UNIVERSIDAD DE HUELVA

AH
ABRIL
2009
62

La imagen romántica del hombre que se rebela contra el poder establecido y se echa al monte es tan antigua como la propia humanidad. Durante siglos, la literatura primero y el cine después han cantado las hazañas de héroes valerosos que huían de la opresión y se refugiaban en zonas salvajes, en páramos, montañas y bosques. Este mundo ha fascinado y seguirá fascinando, ya que en él se unen el gusto por el riesgo y la aventura, el canto a las virtudes de la camaradería y la vida al aire libre, pero, sobre todo, el amor por la libertad. En Andalucía, el personaje del rebelde montaraz ha tenido larga vida. Desde la Antigüedad y la Edad Media, donde ya contamos con los ejemplos de Viriato u Omar Ben Hafsun, hasta los tiempos modernos, donde José María *El Tempranillo* y Luis Candelas inflamaron la imaginación popular, la estampa del guerrillero ha ocupado un lugar fundamental en la cultura andaluza. Las páginas de nuestra literatura están plagadas de contrabandistas, bandoleros serenos y guerrilleros.

Sin embargo, a pesar de toda esta épica y lírica, uno de los aspectos más desconocidos de la guerra civil española y de la posguerra ha sido precisamente el de la guerrilla antifranquista. Durante largas décadas, la vida y la muerte de los guerrilleros han permanecido inmersas en una gruesa capa de olvido, de la que están empezando a emerger trabajosamente. Difamados du-

TODAVÍA HOY MUCHOS ONUBENSES CONTINÚAN CALIFICANDO A LOS GUERRILLEROS ANTIFRANQUISTAS COMO SIMPLES DELINCUENTES

rante los años de la dictadura, que los consideraba simplemente delincuentes, fueron olvidados después de la transición por una sociedad que demasiadas veces ha confundido reconciliación con amnesia.

Un caso paradigmático de este lamentable olvido lo constituye la provincia de Huelva. Generaciones enteras de onubenses han crecido sin ningún conocimiento de lo que había supuesto para su provincia la dictadura franquista, y no eran pocos los ciudadanos que pensaban que en Huelva durante la guerra “no había pasado nada”.

Hoy, gracias a esfuerzos realizados por investigadores como Francisco Espinosa Maestre, y por parte de la sociedad civil, encuadrada en diversos colectivos como el Foro por la Memoria, ha comenzado a salir a la luz nuestra historia, y ya podemos trazar un cuadro bastante fiel de la importancia que tuvo en esta provincia la guerrilla antifranquista.

DE HUIDOS A GUERRILLEROS. La provincia de Huelva presenta una gran variedad paisajística y orográfica. Dentro de ella se pueden distinguir cuatro grandes áreas: una litoral al sur, llena de largas playas arenosas, donde la principal ocupación de sus habitantes ha sido la pesca; al oeste, el Andévalo, una zona seca y pedregosa donde la ganadería era la actividad más importante; al este, el Condado, una comarca fértil famosa sobre todo por sus viñedos, y la zona montañosa del norte, dominada por las estribaciones más occidentales de Sierra Morena, donde estaban situadas importantes explotaciones mineras de España, como las de Riotinto.

A lo largo del siglo XIX, en esta última zona se establecieron diversas compañías mineras británicas, que trajeron consigo tecnología moderna y costumbres sociales nuevas, mientras que el resto de la provincia permanecía anclada en sistemas económicos tradicionales. Sería la Sierra la única comarca de Huelva donde aparecería un proletariado industrial. Ya desde principios del siglo XX, esta zona se convertiría en uno de los núcleos más importantes del anarquismo, del republicanismo y del socialismo andaluz, con una gran actividad sindical y unos círculos obreros muy combativos. Sería también la zona de la provincia que mostró una mayor oposición al avance del ejército franquista, donde las luchas fueron más



Paisaje de la Sierra de Huelva. Fue ésta la zona de mayor actividad guerrillera.

cruentas y prolongadas, y donde la actividad guerrillera era mayor.

La provincia de Huelva fue rápidamente ocupada por las tropas sublevadas, quedando totalmente bajo su control el 19 de septiembre de 1936. Al quedar muy pronto aislada de la zona leal, quedaron atrapados en sus sierras un buen número de republicanos. El número de personas que se encontraban fugadas y ocultas en los campos de la provincia llegó a ser muy alto, debido sobre todo al miedo producido por la crueldad de la represión, que se saldó con miles de muertos y encarcelados sólo en los primeros meses de guerra.

En un principio, estos fugitivos sólo pensarán en sobrevivir. Desorganizados y carentes de armamento y víveres, trataban de evitar cualquier enfrentamiento con las fuerzas nacionales. Su situación era muy precaria: sobrevivían gracias a la ayuda de familiares y amigos, quienes, con gran secreto, les enviaban víveres a sus escondites o, cuando carecían de éstos, vivían simplemente de lo que el medio natural les proporcionaba.

En esos primeros días, su obsesión será huir a la zona republicana, pero más tarde, tras la conquista de Badajoz, la huida se hizo prácticamente inaccesible, y la represión, que continuaba con toda su furia (entregarse a las autoridades equivalía a la muerte) les hizo imposible volver a sus pueblos. Así, al eternizarse su situación, no les quedó otra salida que formar partidas de

guerrilleros para continuar la lucha, con la esperanza de que la guerra diera un vuelco. Huelva se convirtió así una de las primeras zonas de España donde se organizó la guerrilla.

MILICIANOS Y VECINOS. La guerrilla estaba compuesta en un primer momento por milicianos supervivientes de la lucha contra el avance de las tropas nacionales, que se habían refugiado en bosques y montes tras la derrota; más tarde se unirán a ellos vecinos de los pueblos cercanos que escapaban de la represión o del reclutamiento forzoso, y también muchas mujeres que huían de la bien ganada fama de violadores y asesinos de las tropas moras y regulares. El elevado número de huidos, la inicial desorganización de las fuerzas represivas y el apoyo masivo de los habitantes de la zona, donde tuvieron lugar incluso bodas entre guerrilleros y muchachas de los pueblos, tuvo mucho que ver en la proliferación de las guerrillas.

LA REPRESIÓN FRANQUISTA SE SALDÓ EN HUELVA CON MILES DE MUERTOS Y ENCARCELADOS SÓLO EN LOS PRIMEROS MESES DE LA GUERRA

Estos hombres no eran militares profesionales; eran mineros, jornaleros, obreros, tenderos o maestros, y sin embargo su valentía compensó con creces la falta de preparación. Supieron mantener a raya durante meses a tropas bien entrenadas y pertrechadas. Poco a poco llegaron a contactar con otros grupos guerrilleros, sobre todo los que actuaban en la sierra de Córdoba, y con la zona republicana, lo que les permitió acceder a material bélico más sofisticado, como prismáticos, ametralladoras y aparatos de radio. Se dice que los guerrilleros llegaron incluso a construir en la sierra una pista de aterrizaje siguiendo instrucciones del gobierno republicano. Fue a través de Sierra Morena como llegaron a Huelva en junio de 1937 los componentes del XIV cuerpo de ejército, también conocido como Cuerpo Guerrillero o *Niños de la Noche*, que lograron vertebrar a los huidos y convertirlos en guerrilleros.

Las actividades de la guerrilla onubense variaron en intensidad según cada zona. Ésta fue casi inexistente en las comarcas costeras, debido a su paisaje llano (sólo llegó a formarse en esta zona una partida guerrillera, la de El Cartagenero), pero en el norte la actividad llegó a ser muy grande, aprovechando el relieve abrupto de Sierra Morena. Partidas que se hicieron famosas en esos primeros años fueron las de el Cerreño, creada en el verano de 1936, al igual que la de Flores; la de el Zorro, constituida en 1937 y destruida en 1938; la de Saca Húnto, tam-

Francisco Romero Marín (1915-1998)



■ Dentro del capítulo de la lucha contra el franquismo, el onubense Francisco Romero Marín ocupa un lugar destacado. Nacido en Nerva y minero de profesión, desde muy joven se involucró en la lucha obrera, primero en la UGT y el PSOE y más tarde en el PCE, en el que militaría hasta su muerte. Tras la caída de la cuenca minera de Huelva a manos de los nacionales, Francisco huyó a Madrid, participando en la defensa de la capital. Al terminar la guerra se exiliaría en la URSS, ingresando en la academia militar Frunze, de la que llegaría a ser profesor. Luchó contra los nazis encuadrado en un regimiento de tanques del Ejército Rojo, alcanzando el grado de coronel. Al producirse la derrota del Eje, Romero Marín se instaló en Francia, donde

comenzó a trabajar en la organización del PCE en el exilio. En 1948 entró clandestinamente en España y se unió a la Agrupación Guerrillera Levante-Aragón. Sin embargo, la diferencia de número y armamento entre el maquis y sus oponentes hizo que la lucha guerrillera fracasase completamente. Francisco se dio cuenta de la inutilidad de esta lucha y, tras evacuar a sus hombres, volvió a París. A finales de los 50 regresó a España portando documentación falsa. Tras la detención y asesinato de Julián Grimau Francisco pasó a dirigir el PCE en la clandestinidad hasta que fue detenido en 1974. Liberado en 1976, se reincorporaría a la dirección del partido, ocupando diversos cargos hasta su fallecimiento.

Francisco Gómez Moreno, el Cerreño (1911-1983)



■ Natural de El Almendro, Manuel Gómez Moreno, *el Cerreño*, fue uno de los guerrilleros que más dolores de cabeza causó a las autoridades franquistas. A finales de 1936 se había refugiado en Portugal, donde contactó con otros exiliados onubenses. En 1939 fue denunciado por un fascista portugués y extraditado a España. Condenado a muerte en consejo de guerra, le fue conmutada la pena por la de 30 años de reclusión en un campo de trabajo. A los tres meses de encierro, el Cerreño logró escapar y regresó a El Almendro, donde se ocultó con nombre falso y

contactó con la guerrilla que aún operaba en la zona. Más tarde, junto con algunos miembros de su familia, se dedicó durante años al contrabando con Portugal, hasta que el acoso de la guardia civil se hizo tan insoportable que en 1948 volvió a huir al país vecino. Detenido en Lisboa en la primavera de 1949, se autoinculpa de delitos que no ha cometido para ser encarcelado en Portugal y evitar así ser devuelto a España. Una vez cumplida una condena de seis años, se estableció en Bruselas donde residió hasta su muerte en 1983.

bién creada en 1937 y que se mantuvo activa hasta bien entrados los 40, y la de los Malpuro, formada en su mayor parte por guerrilleros de Valverde y Zalamea la Real, y mandada por los hermanos Ignacio y Juan Manuel Silgado Castilla.

Poco a poco, sus ataques fueron haciéndose cada vez más audaces. Ya desde finales del verano de 1936 la carretera Huelva-Badajoz, a la altura de Zalamea la Real, era una pesadilla para las tropas nacionales, que sufrían constantes emboscadas, y algunas vías importantes, como la carretera Huelva-Sevilla, se volvieron muy peligrosas. A partir de la primavera de 1937 la guerrilla comenzó a preocupar seriamente a las autoridades. En esos meses tuvieron lugar sus primeras acciones importantes: el asalto a Nerva en febrero y el ataque, en

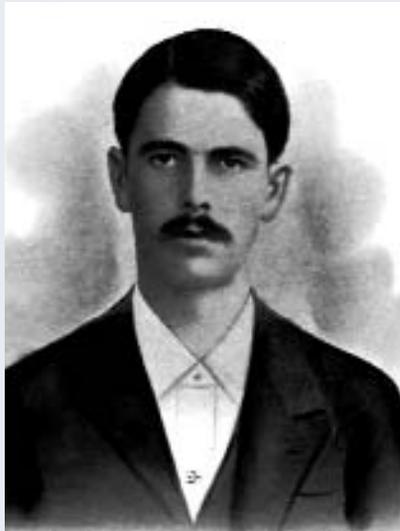
abril, a la estación de ferrocarril del Cerro del Andévalo, cuando la guerrilla logró cortar el tráfico ferroviario con Extremadura.

La actividad guerrillera alcanzó su máximo apogeo en el verano de 1937. En esos momentos se calcula que en las sierras de Huelva había más de un millar de guerrilleros y 5.000 antifascistas huidos, y su dinamismo

PARA ACABAR CON LA GUERRILLA, LOS NACIONALES VOLVIERON A INSTAURAR EL CLIMA DE TERROR DE LOS PRIMEROS DÍAS DE LA GUERRA

era tal que para los derechistas los campos y caminos de la provincia se volvieron extremadamente inseguros, y los enfrentamientos entre guerrilleros y fuerzas nacionales llegaron a ser más que frecuentes. Las acciones favoritas de los guerrilleros, el asalto y saqueo de cortijos, tiendas de comestibles, camiones y autobuses de línea, la ocupación de aldeas (como la de Fuente de la Corcha, dirigida por el guerrillero valverdeño Antonio Carmona Correa) y el secuestro y asesinato de propietarios y falangistas que se habían destacado en la represión estaban a la orden del día. El 6 de agosto unos guerrilleros asaltaron la aldea de Santelmo de Cortegana, ocasionando nueve víctimas entre los guardias civiles apostados en la localidad, y el 13 atacaron un autobús en Aracena, causando seis muertos. Esto hizo que los nacionales se decidie-

Juan Ramón Maestre Bobero (1886-1939)



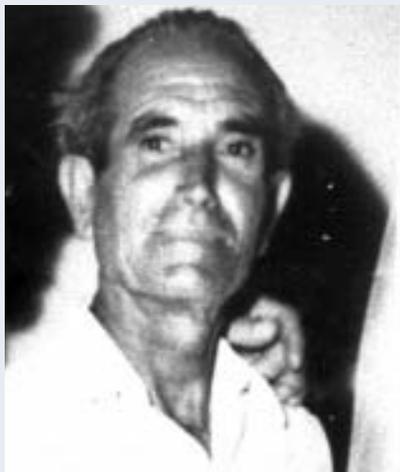
■ Este antiguo minero natural de Valverde del Camino se hizo popular recientemente después de que el Foro por la Memoria de Huelva recuperara su cadáver, que yacía semiolvidado desde su asesinato en una fosa situada en medio del campo, convirtiéndose ésta en la primera exhumación realizada a un guerrillero en España.

Tras la toma de Valverde por los nacionales en agosto de 1936, huyó al monte junto con su yerno. Un año después fue detenido y encarcelado y, en agosto de 1937, llevado en una “saca” para ser fusilado. Juan Ramón y otro compañero lograron salvarse ya que consiguieron saltar del camión en marcha antes de llegar a su destino.

Poco después, ambos pudieron unirse a la partida de los Malpuro, que a su vez aunó sus fuerzas con otros grupos que actuaban en la zona. Más tarde, lograron alcanzar la zona republicana, donde se integraron en el ejército regular.

A principios de 1939, una vez consumada la derrota, los supervivientes del grupo decidieron regresar a Huelva. El 18 de febrero de 1939, mientras se dirigía a rogar un poco de comida a un cortijo situado en el término de Niebla, Juan Ramón cayó en una emboscada tendida por una contrapartida. El resto de sus compañeros no tardaron en ser atrapados y encarcelados.

Manuel Salas, el Canillo (1914-2005)



■ Uno de los más famosos guerrilleros fue Manuel Salas, *el Canillo*, natural de Bollullos del Condado. Comisario político del PCE en el frente de Madrid, tras la derrota republicana fue internado en un campo de concentración en Alicante, del que escapó. Decidió volver a Huelva para integrarse en la guerrilla y, gracias a su experiencia militar, se convirtió en uno de sus elementos más activos. Pronto las autoridades tuvieron noticias de El Canillo y sus hazañas, llegando a estar considerado como “peligrosísimo”. Durante dos años tuvo en jaque a las fuerzas represoras, que fracasaron en capturarlo. Al no poder atraparlo por la fuerza, lo intentaron a

través de su familia; algunos de sus parientes fueron detenidos y torturados para que revelaran su paradero, cosa que nunca hicieron. Sin embargo, la diferencia de número y medios entre los guerrilleros y sus perseguidores era muy grande y al final fue detenido en 1941. Trasladado a la prisión de Huelva, fue condenado a muerte, pero le conmutaron la pena por treinta años de cárcel. Comenzó un largo peregrinar por cárceles y campos de trabajo, que no terminó hasta que fue amnistiado en 1949. Manuel siguió trabajando para el PCE en la clandestinidad y tras la consecución de la democracia, hasta su fallecimiento con 91 años.

sen a tomar medidas drásticas. El 6 de agosto Queipo de Llano volvió a declarar “zona de guerra” a buena parte de la provincia. En octubre de 1937 fue nombrado gobernador militar de Huelva el coronel de carabineros Joaquín Ibáñez Alarcón, que impulsó definitivamente la lucha contra guerrillera.

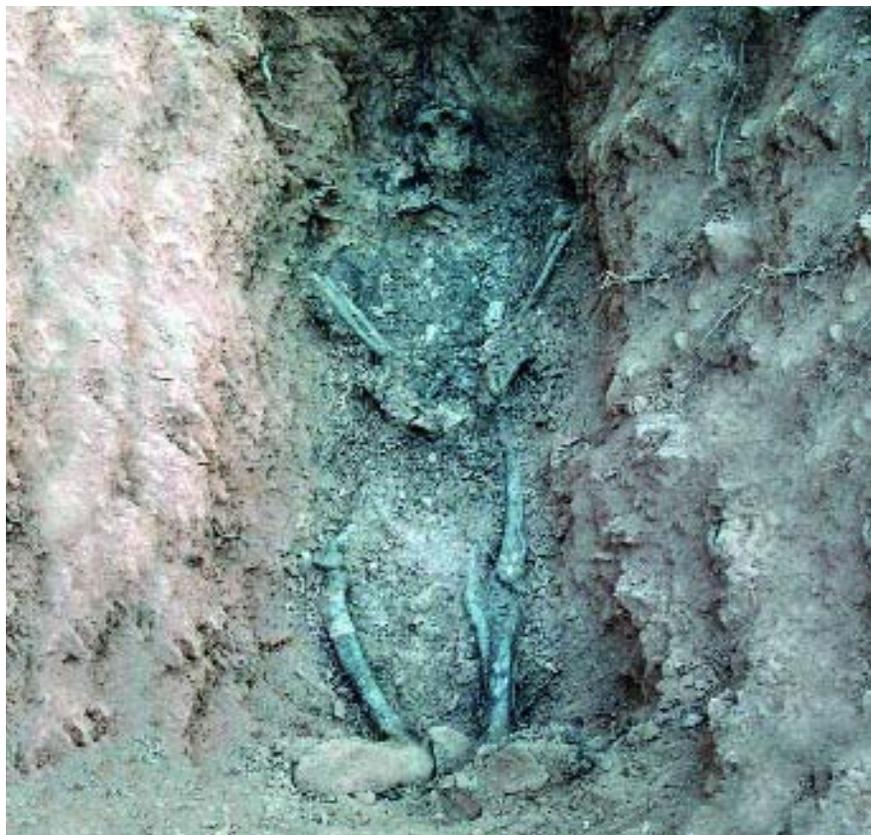
LA REPRESIÓN. Para combatir los grupos guerrilleros, los nacionales habían organizado en un principio partidas compuestas sobre todo por guardias cívicos (cuerpo de civiles voluntarios) y falangistas, que fracasaron ya que los guerrilleros eran mejores conocedores del terreno y además, contaban con la ayuda de familiares y amigos. Así que el gobernador Ibáñez decidió llamar en su ayuda a un buen número de tropas de refuerzo, que incluían un millar de efectivos de

tropas Regulares de África, habituadas a la lucha en terrenos agrestes. También se constituyeron las brigadas móviles de la guardia civil y las contrapartidas o harcas, como por ejemplo la tristemente famosa del capitán de la guardia civil Robles Alés, formada en su mayoría por antiguos presos y huidos obligados a combatir a sus antiguos camara-

A MEDIADOS DE 1938 LA GUERRILLA HABÍA DEJADO DE CONSTITUIR UN PROBLEMA PARA LAS AUTORIDADES PERO ESTO NO SUAVIZÓ LA REPRESIÓN

das a cambio del perdón. Según cuenta el guerrillero Manuel Salas, era común que éstas hiciesen llegar a los fugitivos panfletos donde se les pedía que se entregaran a cambio de recibir un trato justo, pero quienes lo creyeron y se entregaron fueron asesinados sin piedad por las contrapartidas.

Entre las diversas medidas tomadas por los nacionales para erradicar la guerrilla destacaba por su impopularidad la que obligaba a la población a entregar todas las armas de fuego en el cuartel de la guardia civil. Esta medida encontró fuertes reticencias, ya que la caza era un aporte importante en la alimentación diaria de la población. Para no quedarse sin las tan necesarias escopetas de caza, muchas personas utilizaban la picaresca, adquiriendo un arma nueva y entregando la vieja. Los registros de vivien-



Restos óseos del guerrillero Juan Ramón Maestre Bobero.

das y cortijos buscando armas escondidas eran constantes, aplicándose a los infractores consejos de guerra y penas de cárcel.

Pero el bando nacional acabó comprendiendo que no terminaría con las guerrillas sin eliminar antes a los *enlaces*, a todos aquellos familiares y amigos que ayudaban a los huidos, ya que éstos dependían en buena medida de las provisiones, dinero, medicinas e informaciones que les proporcionaban. Acabando con los enlaces, la guerrilla caería por su propio peso. Para conseguir este objetivo, los nacionales volverán al clima de terror de un año atrás. Se decidió practicar una táctica de tierra quemada y encerrar o exterminar a todas las personas susceptibles de ayudar a los guerrilleros. Así, miles de personas fueron encarceladas e incluso fusiladas, acusadas de “auxilio a la rebelión”. Se calcula que en la segunda mitad de 1937 fueron ejecutadas por este delito al menos setecientas personas.

Esta segunda oleada represiva tuvo varias cabezas visibles en la provincia, como el comandante Federico Alcázar, destinado a la localidad de Valverde del Camino a mediados de 1937 y más partidario de la rápida eliminación física de los opositores que de los lentos consejos de guerra. Alcázar llegó al extremo de dirigir personalmente los fusilamientos, y su brutalidad le llevó a ser apodado por propios y extraños como “La Guadaña de Valverde”. Sus desmanes termi-

naron cuando el antiguo diputado conservador José Limón, molesto por el poder omnímodo que estaba alcanzando el comandante consiguió, gracias a sus contactos con el general Cabanellas, destituir a Alcázar en octubre. A partir de este momento la represión continuó, si bien no con el salvajismo que alcanzó bajo el mandato de *la Guadaña*.

ENTREGARSE O MORIR. Debido a estas feroces medidas represivas, que privaron al maquis de sus enlaces, a los guerrilleros no les quedó otro camino que entregarse o morir. La actividad guerrillera fue debilitándose durante el otoño de 1937 y el invierno de 1938 hasta casi desaparecer en la primavera

de ese año, cuando entre marzo y abril fueron asesinados, capturados o se entregaron la mayor parte de los guerrilleros que aún quedaban, mientras que algunos supervivientes optaron por huir a la zona republicana en pequeños grupos para no levantar sospechas. Terminó así la época de las grandes acciones guerrilleras en Huelva.

Hay autores que achacan la desaparición de la guerrilla en Huelva no sólo a la represión, sino también a la dejadez del propio gobierno republicano, que no la apoyó todo lo que hubiera podido. Los guerrilleros de Huelva pretendían formar lo que llamaban el “Primer Frente Serrano”, que comprendía el norte de las provincias de Huelva y Sevilla y el sur de la de Badajoz. Para ello pidieron ayuda al gobierno, principalmente material bélico e instructores de combate, pero la República desperdició esta oportunidad, dedicando la mayor parte del esfuerzo de guerra al ejército regular. Muchos guerrilleros, cansados del olvido en el que los dejó su gobierno, optaron por abandonar la lucha y alcanzar las líneas republicanas, pereciendo muchos en el intento.

A mediados de 1938, se puede decir que la guerrilla había dejado de constituir un problema serio para las autoridades franquistas de Huelva. Sin embargo, hasta el 15 de noviembre de 1939 no se levantaría el estado de guerra en la provincia, y la represión no se suavizaría ni con la llegada de la paz. Las detenciones y consejos de guerra continuarían en algunos casos hasta principios de los 50.

A pesar de todo, aún continuaría hasta bien entrados los 40 una actividad guerrillera residual, que trataba de evitar enfrentamientos directos con las fuerzas del orden, y que en algunas ocasiones llegó a degenerar en simple bandolerismo común. Después de la guerra, se crearon partidas como la de los Alacranes, formada en 1941 y mandada por el Chato de Huelva (Lorenzo García Romero), y que actuó hasta 1945, cuando cayó el Chato junto con su compañera en el término de Valdelamusa.

Desde la perspectiva actual, la lucha de estos hombres nos puede parecer desesperada e incluso suicida, pero debemos considerarla según su punto de vista. Mientras duró la guerra, pensaban que ésta podría dar un vuelco a favor de los republicanos y, tras el fin de ésta, pusieron sus esperanzas en un posible levantamiento armado de la población, o en una virtual intervención de los aliados. Cuando a principios de los 50 los aliados occidentales pactaron con el franquismo, los maquis comprendieron que su lucha ya no tenía sentido, y optaron por abandonar la táctica guerrillera. Comenzó entonces una nueva etapa en la lucha contra la dictadura, pero ésa es ya otra historia, que merecería un trabajo aparte. ■

Más información

- **Espinosa Maestre, Francisco**
La Guerra Civil en Huelva.
 Diputación de Huelva, Huelva, 1996.
- **Foro por la Memoria de Huelva**
Esperanza en la niebla. Memoria de la guerrilla antifascista de Huelva.
 En prensa.
- **Serrano, Secundino**
Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista.
 Temas de Hoy, Madrid, 2001.

El esturión ha poblado las aguas del Guadalquivir desde la era de los dinosaurios hasta hace unas décadas. Testigo de ello fue la floreciente industria de caviar que funcionó durante más de cuarenta años en la localidad sevillana de Coria del Río. Pero con la finalización de la presa de Alcalá del Río en 1931 se cortó el flujo de esturiones que remontaban el río. Este hecho, unido a la contaminación agrícola e industrial de su tramo final y su pesca indiscriminada condujo a su práctica extinción y, como consecuencia, al final de la producción de caviar andaluz.

Esturiones en el Guadalquivir, una muerte anunciada

La producción de caviar andaluz prosperó hasta 1970

MANUEL HUERTAS GONZÁLEZ

HISTORIADOR Y REDACTOR DE PRENSA

AH
ABRIL
2009
68

El esturión es un pez de color gris ace-
rado y morro tubiforme y prolonga-
do. Su piel es grasienta y carente de
escamas, conservando aún una cubierta de
placas óseas a modo de escudetes, como he-
rencia genética de sus primitivos antecesores,
los peces acorazados. Ello le confiere
cierto aspecto antediluviano. Pero su rela-
ción con la prehistoria va más allá de su apa-
riencia. El *sturio* es un fósil viviente. Convi-
vió incluso con los dinosaurios durante el
Jurásico, y logró superar todos los cataclis-
mos del planeta al quedarse aislado en el
Mar Negro durante el descenso de los mares
con las primeras glaciaciones. Desde allí, se
volvió a extender por todos los ríos conti-
nentes para desovar en los equinoccios de
otoño y primavera, y de nuevo salvó nume-
rosos obstáculos hasta que finalmente topó
con un peligro mayor: el género humano.

Para los primeros pescadores el esturión
debió suponer una importante fuente de
nutrientes. Arponeados con azagayas de
hueso o pescados con algún anzuelo hecho a
partir de espinas, los esturiones irían cayen-
do en manos de hábiles cazadores muste-
rienses que aprovechaban todos sus recur-
sos. De su carne extraían las proteínas nece-
sarias para afrontar el día a día. Con sus es-
pinas tallaban agujas y anzuelos para volver
a capturar peces. Y de su vientre extraían el
exquisito caviar que hoy tanto se paga, pero
que antiguamente, por su gran abundancia,
quizá no fuera tan valorado.

LA IMPORTANCIA DE LAS PESQUERÍAS DEL ESTURIÓN EN ÉPOCA ROMANA QUEDÓ PATENTE EN LA IMPRONTA DE LAS MONEDAS CON CECA EN CORIA DEL RÍO

CENTURIONES DEL BETIS. En el mundo
antiguo, el esturión era uno de los pescados
cuya carne se apreciaba tanto o más que la
de cualquier atún o salmón. Era el plato más
lujoso y exquisito, del que ninguna civiliza-
ción se quería ver privado. Con la llegada de
los colonizadores de Oriente hace 3.000
años, los *sturios* pasaron a ser atrapados por
las redes de los fenicios, pueblo semita que
comenzó a apreciar sus huevas como un ex-
celente manjar para los paladares más ex-
quisitos. Pero sin duda, los que más fastos
le hacían a esta especie, popularmente co-
nocida en la Bética como sollo, fueron los cé-
sares de Roma. Las fuentes clásicas dejan
clara evidencia de la importancia de este
pez. El autor romano Marcial (64 d.C.-104
d.C.) comentaba que la llegada del caviar a
la mesa era anunciada en los banquetes con
trompetas y aplausos de los comensales. In-
cluso hacían honores a su pesca acuñando
monedas con representaciones en su rever-
so de sábalos y esturiones. Y es que muchas

de estas pecunias tenían su ceca en Coria del
Río, lugar donde tradicionalmente se prac-
ticaba su pesca intensiva.

Los acipenséridos, género al que perte-
necen los esturiones, eran capturados por
los pescadores romanos con artes de anzuelo.
Palangres de líneas de lino y anzuelos de
bronce cebados con vísceras de animales
fueron los aparejos más utilizados en su
pesca. Y buenas batallas tuvieron que librar
aquellos ribereños con estos *centuriones de
río*, cuando fácilmente podían llegar a al-
canzar la talla de dos metros de longitud y
los 200 kilos de peso. Su lucha solo podía ser
comparable a las que despachaban los alma-
draberos gaditanos con aquellos monstrosos
atunes que todos los años pasaban cerca
de las columnas de Hércules.

MANJAR DE REYES. Con el nombre de ca-
viale se hacía alusión al caviar en los privile-
gios expedidos por los Reyes Católicos sobre
el monopolio de su explotación. En estos do-
cumentos se otorgaba la dispensa de la pre-
paración del caviale a los monjes de la Car-
tuja de Sevilla, y el derecho de ahumar la
carne del esturión a una cofradía sevillana
que tenía su sede en el barrio de los ahuma-
dores, de ahí su nombre. Tras la reconquista
cristiana esta empresa comenzó a florecer
en Córdoba y Sevilla, después de haber su-
frido un grave retroceso durante el periodo
de ocupación musulmana. Como es sabido,
los preceptos religiosos de Alá prohibían y

LOS COMENSALES ROMANOS DE LA BÉTICA CELEBRABAN CON APLAUSOS Y TROMPETAS LA LLEGADA DEL CAVIAR A LA MESA

El caviar en cifras

■ En 38 años de actividad la factoría de caviar de Coria tuvo una producción 16.200 kg. y una biomasa de ahumados de unos 158.000 kg. Se encuentra documentada la captura de 4.014 individuos (2.987 hembras; 1.027 machos), todos adultos y en plena fase reproductora. Los pesos medios de las hembras capturadas se encontraban entre los 41 kg. de 1950 y los 55 kg. alcanzados en 1960. El peso de los machos era un poco inferior, debido al dimorfismo sexual de la especie. Comprendían los 38 kg. de 1938 y los 29 kg. de 1955. Este aumento de talla no se debió a un peculiar desarrollo de la especie con el paso del tiempo, sino más bien atendía a una mayor especialización en la pesca del esturión, con aparejos importados desde la antigua Unión Soviética. En realidad, a partir de mitad de siglo el número de ejemplares fue mermando hasta su práctica desaparición. Se piensa que se capturó prácticamente todo el stock reproductor de la población, pues las especies de ciclo largo, como ésta, capaces de reproducirse más de una decena de veces a lo largo de su vida, no suelen tener muchos más individuos de los que aquí se pescaron. Los últimos ejemplares de los que se tienen constancia son una hembra de 45 kg. pescada en 1974 y un macho de 32 kg. capturado en 1975. Desde entonces hasta 1992 el esturión no ha vuelto a dar más coletazos en el Guadalquivir, fecha en la que se atraparon otros tres ejemplares que se encuentran conservados en etanol en la Estación Biológica de Doñana.



A veces, las presas superaban con creces el metro de longitud.



Para el tratamiento del caviar se trajo mano de obra especializada de Rusia, que ya contaba con una larga experiencia.

prohíben el consumo de pescado sin esca-
 mas, al considerarlas especies impuras por
 tener su piel cierto parecido con la de las ser-
 pientes, consideradas la encarnación terrenal
 del demonio.

De modo que retomada la senda del
 aprovechamiento del esturión, a partir del
 siglo XVII el caviar, como aperitivo sólido
 en nuestro país, gozó de renombre entre la
 sociedad más destacada de la época. Cer-
 vantes lo cita en el capítulo LIV de *El Quijote*
 como manjar en una merienda en la que
 Sancho es invitado a degustar: “Pusieron,
 asimismo, un manjar negro que dicen que
 se llama cabial y es hecho de huevas de pes-
 cado, gran despertador de la corambre”, es-
 cribió.

Otra referencia al esturión data de 1639.
 En ella se comenta que el Conde-Duque de
 Olivares, valido de Felipe IV, tuvo un gesto
 de gratitud con su rey al regalarle un “sollo”
 de cuatro arrobas, que se escabechó y sirvió
 entre los presentes.

LA FACTORÍA DE CAVIAR DE CORIA. Sin
 duda, aquella época era bien distinta de la
 actual. Años para la nostalgia en la que cada
 primavera el esturión subía por el Guadal-
 quivir para desovar, proporcionando buenos
 ejemplares del que se elaboraba el mejor
 caviar de Europa. Tanto era así que este deli-
 cado producto fue presentado en 1929, bajo
 el reinado de Alfonso XII, en la I Feria de

Preparación y tipos de caviar

■ La preparación del caviar era
 tarea sencilla aunque en extremo
 delicada, lo que no estaba exenta de
 mano de obra especializada. En
 primer término las huevas eran
 filtradas a través de un cedazo, para
 separarlas de la película gelatinosa
 que las protege. Posteriormente,
 eran lavadas con agua natural y se
 preparaban para el consumo
 añadiéndole una cantidad mínima
 de ácido bórico y algo de sal. Por
 último, se envasaban en envases de
 cristal para su comercialización.
 Por aquellos tiempos ya se podían
 distinguir varias clases de caviar,
 cuya calidad estaba en función de la
 subespecie de esturión de la que
 procedía, del tamaño de los mismos
 y del periodo del año en el que
 habían sido capturados.
 Básicamente se distinguían tres: la
 beluga gris, de gruesas y sabrosas
 huevas; la beluga negra, de tono
 negruzco y algo peor calidad; y la
 ose trova, de tamaño bastante más
 reducido y color que oscilaba del
 amarillo pálido al negro.

Muestras Iberoamericana celebrada en Sevi-
 lla. Fue aquella una conserva elaborada por
 la firma aceitera Ybarra, que por esas fechas
 iba a abrir su popular industria de ahuma-
 dos y caviar en Coria del Río.

En Andalucía, entre los pescadores loca-
 les se conocía al esturión con el nombre de
 “sollo”, de ahí que, por el inmenso tamaño
 del pez, se haya popularizado la expresión
 “estás gordo como un sollo”.

El caviar era poco valorado entre los pes-
 cadores del Guadalquivir, quienes sólo apro-
 vechaban su carne que incluso menospre-
 ciaban con respecto a las de las sabogas y los
 albuces, pesquería tradicional de Coria. In-
 cluso desperdiciaban sus huevas dándoselas
 a comer al ganado porcino. No obstante, la
 compañía Ybarra consciente de la fructífera
 empresa que podía resultar, acometió las
 necesarias inversiones y acondicionó ade-
 cuadamente ciertos tramos del río para po-
 der desarrollar la pesquería y desembarque
 de esturiones. De modo que en 1932 comen-
 zó a operar la fábrica de caviar de Coria del
 Río, ubicada en un caserío a orillas del Gua-
 dalquivir conocido como Villa Pepita, hoy
 día convertido en restaurante y museo.

En los primeros años de la producción,
 las artes empleadas para pescar esturiones
 eran los denominados sollares, trasmallos
 de unos 60 m. de longitud y tres de altura,
 con relingas corchadas y trallas aplomadas.
 Con el tiempo las artes se perfeccionaron al



Colección privada.

Tras años de trabajo, su cría en piscifactorías se ha hecho posible.

importarse aparejos de los que se utilizaban en el Danubio.

Consistían en palangres de fondo provistos de enormes anzuelos de acero de unos 25 cm., semejantes a los que se utilizan en la pesca del tiburón. Los ganchos se cebaban con vísceras y otros despojos de animales con los que se intentaba persuadir a estos grandes peces, y la línea se extendía de lado a lado del río, un río que por aquellos años ya comenzaba a sufrir las consecuencias de su explotación.

MALOS TIEMPOS PARA LA PESCA. Quizás el mayor error para la factoría de Coria fue que, paradójicamente, la pesca intensiva del esturión comenzó con la construcción, entre 1928 y 1931, de la presa de Alcalá del Río.

El nuevo embalse supuso para esta especie anádroma, que como el salmón nace y muere en agua dulce pero pasa la mayor parte de su vida en el mar, darse de bruces con una gigantesca pantalla de hormigón que frenaba todo intento de remontar el río. Los esturiones interrumpieron así su ciclo reproductor que se daba en aguas cercanas a Córdoba, y se arremolinaban entorno a la presa incapaces de remontar por estrecha escala que se había construido para no interrumpir el flujo migratorio de otras especies menores, sin tener en cuenta el tamaño del esturión.

Algunos incluso fueron guillotinado por las turbinas de los generadores eléctricos de la central. Otros fueron presa de redes, ganchos y otras argucias de ávidos pescadores. Entre tanto, aguas abajo, en marzo de 1932 comenzó a operar la fábrica de preparación de caviar y ahumados, quizás ya siendo consciente de que la pesquería de esturión no iba a ser una explotación para largo plazo.

La escasa sensibilidad por el medioambiente y la mala política de gestión de agua y obras públicas de anteriores y posteriores gobiernos autárquicos, consistente en generar empleo mediante la construcción de monumentales presas, trajo como consecuencia la creación de “desiertos acuáticos”, donde la carencia de vida sólo podía ser solventada con la introducción de nuevas especies que pudiesen adaptarse a este nuevo hábitat, tales como la carpa o el lucio. Otro hecho perjudicial fue el comienzo de la utilización de fertilizantes y plaguicidas químicos en el campo, allá por los años 60 y de manera más intensa en las últimas décadas, lo que generó el arrastre de componentes químicos a través de las lluvias y las filtraciones en aguas subterráneas, provocando una acusada contaminación del río. Todo ello llevó a una merma de capturas y a la crisis de la factoría de Coria. Ya en 1970 no le quedó otra que cerrar sus puertas aduciendo como motivo la irónica frase de: “Falta de entrada de pescado en el río”. ■

¿Dos especies de esturión?

■ En la creación de la fábrica de caviar de Coria se contó con el asesoramiento del científico ruso Dr. Theodoro E. A. Classen. Theodoro fue un visionario conservacionista que aportó su experiencia sobre el esturión a través de numerosos trabajos publicados hasta su muerte en Sevilla, en 1948. En sus textos, Classen atestiguaba que la única especie de esturión que habitaba el Guadalquivir era la del *Acipenser sturio* o esturión del Atlántico. Pero esta idea se tambaleó tras las investigaciones de la Universidad de Granada y de Cádiz, en colaboración con la Piscifactoría de Sierra Nevada S.L., en Granada. Este grupo de investigación apunta como especie autóctona del Guadalquivir al esturión del Adriático (*Acipenser naccarii*), pues el análisis genético de ejemplares de esturión conservados en diferentes instituciones, dieron como resultado la pertenencia a esta especie. Hoy día se mantiene esta hipótesis y la de que ambas especies cohabitaron en el Guadalquivir, por lo que se abre las puertas a su recuperación. De hecho, en la Piscifactoría de Sierra Nevada llevan años criándolos en cautividad para obtener un caviar de gran calidad, y dedicando el 40% de sus beneficios a investigación y la posibilidad de repoblar con especies autóctonas.

Más información

■ **Algarín Vélez, S.**

“El Esturión del Guadalquivir” Azotea. Revista cultural del Ayto de Coria. Coria del Río, 2002.

■ **Florido del Corral, D.**

Un siglo de política e instituciones pesqueras en Andalucía. Consejería de Agricultura y Pesca, Sevilla, 2002.

■ **Florido del Corral, D.**

La pesca en Andalucía. Fund. José Manuel Lara, Sevilla, 2004.

■ **VV.AA.**

Catálogo de artes, aparejos y utensilios de pesca del litoral andaluz. Consejería de Agricultura y Pesca, Sevilla, 2003.

Tras perder la II Guerra Mundial, Alemania vio cerrada su red de consulados y de colegios de enseñanza en España. Entre ellos, se encontraba el centro docente germano de Sevilla. Hubo que esperar más de una década para que el colegio reabriera sus puertas gracias a la labor del cónsul Emil Plate. En él se educaron numerosos sevillanos, en un esfuerzo por mantener las tradiciones culturales entre el país germano y Andalucía. Entre sus novedosas propuestas se encontraba la educación mixta, la optatividad y la escolarización entre los 3 y los 5 años.

Coeducación y laicismo

El Colegio Alemán de Sevilla se puso a la vanguardia educativa

GUADALUPE TRIGUEROS GORDILLO

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

AH
ABRIL
2009
72

Actualmente, nadie pone en duda la gran importancia que tiene la educación infantil en el desarrollo integral de la persona. Prácticamente, el cien por cien de la población comprendida entre 3 y 6 años se encuentra escolarizada. Pero este hecho no era tan común a mediados del siglo pasado. El número de escuelas de párvulos era reducido y, en la mayoría de los casos, estaban deficientemente dotadas de medios. La instrucción pública había sido objeto de una gran atención en el período comprendido entre 1932 y 1936, en el que Sevilla pudo asistir a un aumento considerable del número de escuelas y la puesta en marcha de programas de alfabetización, derivados de la política que el Gobierno republicano acometió. Fue el momento más fructífero para el desarrollo de la educación en Andalucía, que quedó truncado con el estallido de la Guerra Civil. Al finalizar el conflicto la vida escolar se readaptó a las nuevas directrices políticas orientadas, en un primer momento, hacia el control de los contenidos y de la ideología de los docentes, y olvidándose en buena medida del impulso cultural.

Entre 1940 y 1962 Sevilla se inscribía en la lista de provincias con mayor índice de analfabetismo causado, entre otros factores, por la carencia de puestos escolares. En 1960 había un 19'22% de población analfabeta mayor de 10 años, frente al 12'7% que se presentaba a nivel nacional. En 1966 mantenía una tasa de escolaridad de sólo el

ENTRE LOS AÑOS 1940 Y 1962, SEVILLA SE ENCONTRABA ENTRE LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS CON MAYOR ÍNDICE DE ANALFABETISMO

69,1%, colocándose a la cola de las provincias españolas en este tema. Hay que tener en cuenta que, a partir de 1965, Sevilla experimentó un proceso de rejuvenecimiento de la pirámide poblacional, con una amplia base de menores de 14 años, la proporción más elevada desde 1930, debido principalmente a la alta tasa de natalidad y a la regresión de la mortalidad infantil.

LA LABOR DE EMIL PLATE. En este contexto situamos el recuerdo de dos docentes, vinculadas hasta hace poco a la vida educativa de Sevilla. Son mujeres que no sólo tienen en su memoria el quehacer escolar, sino también la labor familiar de volver a poner en marcha un colegio, expropiado y cerrado en los años cuarenta. Vamos a dar cuenta de los avatares del Colegio Alemán de Sevilla, a través de la labor educativa de dos maestras: Bárbara y Úrsula. Ambas eran hijas de Emil Plate, cónsul alemán en Sevilla desde el año 1956.

Él fue el encargado de crear en 1955 el actual Centro Cultural Alemán, organismo del que dependía el centro escolar. La ciudad vivía por esos años un proceso de crecimiento de población en el que se situaba la colonia alemana. Ésta, aumentó sensiblemente entre 1950 y 1965, en poco más de 194 miembros. En total, vivían en España unas 12.000 personas de origen alemán. Tras perder la II Guerra Mundial, Alemania vio cerrada su red de consulados y de colegios de enseñanza en España, pero a partir de 1952 se reabrió la Embajada en Madrid, y se creó el primer consulado en la ciudad de Barcelona, que curiosamente es el lugar donde inicia su historia el colegio alemán más antiguo de España, allá por el año 1894.

El consulado de Sevilla fue creado en el año 1956. Para dirigirlo se buscaba una persona de origen germánico, con solvencia económica y con disponibilidad de tiempo, sin vinculaciones nazis, de edad media, y miembro activo y considerado positivamente dentro de la colonia alemana. En Sevilla, la persona idónea era Emil Plate, quien unos meses antes, había puesto ya en marcha el Centro Cultural Alemán y desde su seno había impulsado la reapertura del colegio. La implicación del centro en la vida de la ciudad fue tal que consiguió montar una caseta en la Feria de Abril, con claras referencias alemanas, bajo la denominación de Otto y Fritz.

Efectivamente, el 14 de enero de 1955 se abrió el centro con una subvención de la re-



Excursión del Kindergarten a la Pz. de España. Aparecen la profesora española Asunción Morejón y las alemanas Tante Lilly y Tante Else.

cientemente fundada República Federal Alemana, hecho que introducía nuevas orientaciones y contenidos pedagógicos, estrechando las relaciones biculturales. Sus primeros pasos los dio en el Barrio del Porvenir, en la Calle Brasil, número uno, en la que fue la antigua sede del consulado alemán hasta 1945. En noviembre comenzaron las clases de primaria con un total de 32 alumnos, aunque no fue hasta enero del siguiente año cuando fue inaugurado oficialmente por el agregado cultural de la embajada en Madrid. A este acto, recuerdan las hijas del cónsul, asistió también el Cardenal Bueno Monreal.

LOS INICIOS. Sin embargo, su historia no comienza aquí. Sus inicios se remontan a 1921, año en el que la colonia alemana afincada en Sevilla solicitó al Ministerio de Asuntos Exteriores autorización para crear un centro escolar. Además del objetivo educativo de enseñar en la lengua materna, se quería mejorar la imagen del país, tras la derrota en la I Guerra Mundial. La gestión del centro la llevó una Junta directiva, presidida por el Cónsul General. El 1 de octubre de 1921, comenzaron las clases encabezadas por dos profesoras alemanas residentes en la ciudad, con un total de 14 niños: 12 alemanes, uno español y uno suizo. Poco a poco, el colegio fue creciendo en número de alumnos y profesores. Hubo que esperar a 1925 para tener noticias de la etapa infantil, bajo la denominación de Kindergarten.

Mixto, optativo y sin uniforme

■ El centro germano impartía sus enseñanzas en lengua germana y tenía unas características que le identificaban y distinguían en la ciudad: la existencia de la coeducación desde sus años fundamentales, en un régimen político donde niños y niñas eran educados de manera separada; la optatividad de la enseñanza de la religión en un momento donde era obligatoria; la jornada educativa intensiva en un entorno en el que existían clases mañana y tarde; la no imposición de uniforme escolar siendo un colegio privado, cuyo objetivo era no hacer una distinción social; y por último los métodos pedagógicos innovadores. El seguimiento del sistema educativo alemán era el soporte de todo ello.

LA IMPLICACIÓN DEL CENTRO ALEMÁN EN LA VIDA DE LA CIUDAD FUE TAL QUE MONTÓ UNA CASETA EN LA FERIA DE ABRIL LLAMADA OTTO Y FRITZ

Durante la II República, el colegio mantuvo la enseñanza de la religión, con toda certeza como fruto del concordato que Alemania había firmado en 1933 con la Santa Sede y por el cual se comprometía a mantener este tipo de enseñanza de manera obligatoria en las escuelas. Durante la Guerra Civil, el centro vio aumentado su número de alumnos de una manera considerable, debido principalmente a la afluencia de familias alemanas procedentes de otras provincias andaluzas. Así pasó de 113 niños en 1937 a 140 en 1940.

CIERRE TRAS LA II GUERRA MUNDIAL.

Al finalizar la II Guerra Mundial, Alemania vio su sistema educativo reestructurado en dos modelos: uno occidental y el otro soviético. La comisión aliada cerró todos los colegios alemanes existentes en el país y confiscó los archivos. Ello, ayudó al gobierno español a expropiar el terreno y parar la definitiva instalación del colegio. Efectivamente, el 2 de febrero de 1950, aparecía en el Boletín Oficial del Estado el concurso para adjudicar la finca perteneciente a la Asociación del Colegio Alemán, que se hallaba en la calle Exposición número 2. Se trataba de un nuevo intento de adjudicación, pues la primera vez había quedado desierto. Casi dos años más tarde, la finca era adjudicada a las dos únicas persona que habían presentado una oferta: los señores don Florentino Briones Blanco y don Joaquín Gonzalo Garrido, por la cantidad de 301.000 pesetas.

Emil Plate, nuevo impulsor del colegio, era de Dusseldorf y estaba afincado en Sevi-



lla desde el año 1927. De sus 4 hijos, 3 habían nacido en España. Amante del trabajo agrícola, era administrador de fincas y supo dar a su familia una formación amplia, abierta y europea. Sus dos hijas, Bárbara y Úrsula, vivieron la nueva puesta en marcha del colegio de manera muy directa. Tenían por entonces 15 y 13 años respectivamente y sus recuerdos son muy vivos. Las niñas poseían

AL TÉRMINO DE LA II GUERRA MUNDIAL, LA COMISIÓN ALIADA CERRÓ EL COLEGIO ALEMÁN DE SEVILLA Y CONFISCÓ TODO SU ARCHIVO

Cronología básica:

- 1921: Creación del colegio en la calle Manuel de Mañara
- 1924: Traslado al Porvenir
- 1925: Inauguración del Kindergarten
- 1945: La Comisión Aliada cierra el colegio y confisca el archivo
- 1955: El Cónsul funda el Centro Cultural Alemán
- 1956: Reapertura del Colegio
- 1969: Reconocimiento por el Gobierno español
- 1971: El centro sigue el sistema educativo español con enseñanza reforzada del alemán
- 1983: Traslado a Sevilla Este, su actual ubicación

Sede del Colegio Alemán en la calle Montevideo, 26. El edificio se alquiló en el año 1924, tras haber funcionado en un piso de la calle Miguel de Mañara desde 1921

una variedad de juegos de origen alemán, difíciles de conseguir en España, y recuerdan que los donaron al centro para que pudiera iniciar su nueva etapa. No había material alguno, pues tanto el edificio, como las pertenencias estaban expropiados por cuestiones de seguridad nacional. Por lo tanto, la colaboración personal del cónsul y su familia fueron muy importantes para su puesta en funcionamiento, que con el cambio de orientación política quedó desvinculado de su anterior orientación ideológica, desapareciendo como tema central el de Patriotismo y Germanismo.

Entre tanto, primero Bárbara y después Úrsula estuvieron en un internado alemán, en una escuela especializada en artes domésticas y maternas y perfeccionando el idioma. A la vuelta, Bárbara trabajó como profesora en prácticas durante dos años, al cabo de los cuales, las dos hermanas abrieron un Kindergarten, independiente del Colegio Alemán, en el que educaban a niños de tres años, de los cuales muchos de ellos pasaban después al Kindergarten del colegio.

ALTO NIVEL CULTURAL. Era el año 1965 y Sevilla, en el contexto del I Plan de Desarrollo, apenas alcanzaba la proporción de una cuarta parte de niños escolarizados entre 2 y 5 años. Por lo tanto el centro dio respuesta a esta situación, porque a pesar de su relación con la colonia alemana, los niños eran en su gran mayoría de Sevilla, procedentes generalmente del Porvenir, Bami, el Cano, la Palmera o el Centro. Eran hijos de familias acomodadas, pertenecientes principalmente a profesiones liberales. Sólo uno o dos alumnos eran hijos del profesorado que mandaba el gobierno alemán al colegio. Recuerdan las hermanas Plate el alto nivel cultural de los padres de los alumnos; por lo general eran médicos, abogados, catedráticos, etc.

Este jardín de infancia, al igual que el Kindergarten del Colegio Alemán, tenía como nota distintiva en la ciudad los métodos pedagógicos y el material didáctico que se utilizaba, hasta ese momento poco conocido en otros centros. Situado en el mismo entorno del colegio germano, comienza su andadura en una casa que el señor Plate había adquirido en la calle Montevideo, esquina con la actual avenida de la Borbolla, y allí

Edificio alquilado para uso del Colegio Alemán en la calle Brasil número 1. El inmueble había sido la sede del consulado alemán hasta su cierre en 1945.

permaneció hasta su clausura, producida porque las dos maestras pasaron a formar parte de la plantilla de profesores del Colegio Alemán. Ocupaba la planta baja y el jardín, utilizado en gran medida como medio natural de aprendizaje, donde las actuales piscinas de arena eran ya un instrumento diario de enseñanza, así como la imagen de los cubitos y palas para que los niños pudieran jugar en ellas, siguiendo las corrientes pedagógicas alemanas. Era común ver material didáctico de Froebel, juguetes educativos de madera maciza, tacos de aprendizaje, muñecas de pasta, encajes de madera, puzzles, figuras de animales en madera, etc.

LATERNEY NIKOLAUS. Principalmente, se les preparaba para su inicio en el Kindergarten del Colegio Alemán, que comenzaban a la edad de 4 años. Aprender mediante el juego, un vocabulario mínimo alemán, normas básicas de comportamiento, el buen uso del material escolar, los valores de convivencia y el aprendizaje de conceptos básicos, eran sus tareas principales. Y, siguiendo las mismas orientaciones del colegio, intentaban establecer los lazos entre la cultura alemana y andaluza, celebrando ambas tradiciones. De esta manera, todos los años los pequeños preparaban la fiesta de San Martín, conocida de la *Laterne*. Las calles del barrio del Porvenir, se veían alteradas con el paseo de los niños del Kindergarten con su farol encendido recordando la vida del santo y entonando las habituales canciones en español y alemán. De igual modo, el 6 de diciembre se veía alterada la rutina escolar con la llegada de San Nikolaus, en la que se reparte a los niños dulces y golosinas. Actualmente, ambas tradiciones siguen respetándose en el colegio alemán.

Esta experiencia previa fue un gran medio de consolidación en una profesión de las que se harían valer cuando pasaron a trabajar al colegio, que seguía el sistema educativo germánico: coeducación, religión como asignatura optativa y jornada intensiva, entre otras características. Tras la aprobación de la Ley General de 1970 de Villar Palasí, se convirtió en un colegio con sistema educativo español y enseñanza reforzada del alemán, lo que no le hizo perder su particular fisonomía. Recuerdan cómo llegaba el material educativo al colegio des-



Más información

■ **de la Hera Martínez, Jesús**

La política cultural de Alemania en España en el periodo de entreguerras. CSIC. Madrid, 2002.

■ **Trigueros Gordillo, G. y Yanes Cabrera, C.**

La escuela contada. Historia oral y relatos escolares. En Juan, V. (ed.) (2008). *Museos pedagógicos. La memoria recuperada.* Huesca: Gobierno de Aragón. Departamento de Educación, Cultura y Deporte, Museo Pedagógico de Aragón, pp. 117-134. (2008)

de Alemania, gracias a la labor de la embajada. El centro se fue implantando paulatinamente, ocupando conforme se iba necesitando nuevos edificios en la calle Montevideo. La primera en pasar al colegio fue Bárbara Plate, en el año 1973. Posteriormente, lo haría su hermana. ■

EL COLEGIO MANTENÍA LA COEDUCACIÓN EN UN MOMENTO EN QUE NIÑOS Y NIÑAS SE EDUCABAN SEPARADAMENTE EN EL RESTO DE CENTROS

Bernard Vincent

“La monarquía expulsó a los moriscos por razones de prestigio”

ALICIA ALMÁRCEGUI ELDUAYEN
CENTRO DE ESTUDIOS ANDALUCES



Cuando se van a cumplir cuatrocientos años de la firma del decreto de expulsión de los moriscos por Felipe III —el 9 de abril de 1609— hablar con el hispanista francés Bernard Vincent (París, 1941), nos permite acercarnos a la realidad de esta *inmensa minoría* cuyo pasado ha sido rastreado por este historiador en archivos de dentro y fuera de Andalucía. “Si no voy a los archivos siento que me falta combustible”, asegura. Fruto de su tesón son sus libros *Historia de los moriscos, vida y tragedia de una minoría* (en colaboración con Antonio Domínguez Ortiz en 1978); *Minorías y marginados en la España del siglo XVI* (1987); *Andalucía en la Edad Moderna: economía y sociedad* (1985); *1492. El año admirable* (1991); *España, los siglos de oro* (con Bartolomé Benassar, en 1999); *El río morisco* (2006) y *Los siglos XVI y XVII, política y sociedad* (2007). Doctor Honoris Causa por las universidades de Almería y de Granada, en la actualidad Bernard Vincent es director de estudios de Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales de París.

“La reputación de España estaba en horas bajas. La expulsión fue una manera de mostrar al mundo que la monarquía no titubeaba”

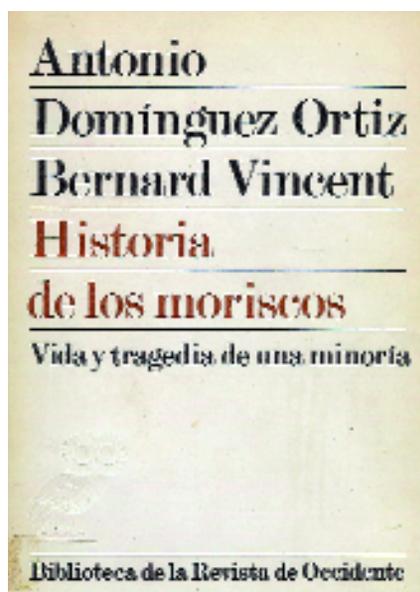
Qué animó a un joven estudiante francés a inclinarse por el estudio de la historia de España, en concreto por la de los moriscos y el Reino de Granada en los siglos XV, XVI y XVII?

El motivo primero es que siempre me ha atraído la disciplina de la historia en general. Mi interés por la historia de España en particular se produjo por dos causas. Por un lado, durante mi infancia pasé muchas vacaciones en casa de mi abuela que residía en una ciudad a cien kilómetros al norte de Toulouse. Ella —que no era de origen español— recibía a muchos emigrantes, así que desde niño me acostumbré a escuchar hablar español.

De modo que cuando estaba en el colegio elegí esta lengua como segundo idioma extranjero (el primero siempre era el inglés). Por aquel entonces, los hijos de la burguesía siempre escogían el alemán como segunda lengua y era la gente más modesta la que se decantaba por el español. Así que cuando tuve que elegir el tema de investigación para mi tesina lo tuve claro, quise que fuese un tema de la historia de España.

Y eligió investigar los moriscos en Andalucía.

En realidad no. En un primer momento pensé en trabajar en el anarquismo, quizá porque durante mi juventud fui militante sindical. De hecho, hice mi tesina sobre el pensamiento de Pi y Margall. Pero quería pasarme a la historia social. Pierre Vilar me dijo que era muy difícil trabajar en ese tema porque los archivos estaban cerrados y me preguntó entonces si no querría pasarme a la época Moderna. Cuando le contesté que sí, me preguntó acerca del siglo que más me interesaba investigar y le dije que el XVI. Después, indagó acerca de la región en la que podía centrar mi trabajo y ahí lo tuve claro. Le dije que Andalucía, a pesar de que por aquel entonces —1967— yo sólo había estado en Cataluña. Andalucía sólo la conocía literariamente porque había leído a los viajeros románticos.



¿Y por qué decidió concretamente estudiar la expulsión de los moriscos?

Fui becario de la Casa de Velázquez en Madrid. Allí, en 1968, conocí a Ramón Carrande y fue él quien me dijo que en el Archivo de la Chancillería de Granada se encontraba la colección de libros de apeo y de repartimiento en los que aparecía un catálogo de los bienes de los moriscos expulsados. Un año después fui a Granada a investigar.

¿Cómo veía un joven francés la Andalucía de aquellos años?

La Andalucía de entonces no tenía nada que ver con la Andalucía de hoy. Era una región donde la pobreza era muy palpable. Una región falta de infraestructuras, así por ejemplo, en hacer el recorrido que separa Algeciras y Tarifa por una carretera llena de baches tardabas más de una hora. En Almería difícilmente podrías encontrar carne de verdad en el mercado y El Ejido era de verdad un ejido. Cada cien metros había un Guardia Civil. Un día que salimos de viaje nos cruzamos con la comitiva del caudillo que volvía de cazar en Sierra Morena. En la universidad granadina, a principios de los años setenta, se respiraba mucha tensión...

¿Cómo se encontró el Archivo de la Chancillería?

En el archivo, los famosos libros de apeos y repartimientos no estaban catalogados. No había apenas investigadores. Sólo estaba Manuel Garzón Pareja. Pero tuve mucha suerte porque había dos archiveras, Pilar Núñez y Carmen Loscos, que me acogieron muy bien. De hecho, se pusieron a catalogar los libros para mí.

Hace cuatrocientos años, el 9 de abril de 1609, Felipe III decretó la expulsión de los moriscos. Y todavía hoy no hay un acuerdo historiográfico en torno a las causas de esta decisión ¿Qué factor, o factores, pesaron más, en su opinión, en la adopción de una resolución tan drástica?

No es fácil entender las razones de una medida tan drástica. En mi opinión, éstas se pueden resumir de la siguiente manera: en primer lugar, hay que tomar en serio los motivos oficiales que aparecen reflejados en los textos de la época. Estos señalan que los moriscos eran herejes que, a pesar de estar convertidos desde inicios del siglo XVI, seguían siendo musulmanes en el fondo. Los textos también insisten en que los moriscos representaban un peligro por sus contactos con el mundo musulmán: con los otomanos de Estambul y/o con los berberiscos del Norte de África. Creo que tanto las esferas del poder como gran parte de la sociedad española de la época estaban convencidas de ello.

Está claro que había factores en contra de esta decisión: los moriscos eran útiles para la economía y existían buenas relaciones a nivel local. Esto explica por qué no se tomó antes la decisión de expulsarlos y también por qué hubo dudas hasta el último momento.

Sin embargo, creo que el motivo principal de la expulsión, el mantenimiento de la reputación de la monarquía, ha sido poco subrayado. La tregua de 1609 en los Países Bajos dejó clara la escisión del imperio. Por otra parte, la paz con Inglaterra sólo llegó como consecuencia de unas empresas frustradas como la Armada Invencible y el fin de la guerra con Francia puso fin a las aspiraciones

“Hay casos de familias de notables moriscos que se quedaron y, a finales del siglo XVII, todavía les seguían recordando su origen”



que tenía Felipe II de hacerse con el trono gallo para su hija Isabel Clara Eugenia. En definitiva, la reputación de España estaba en horas bajas. La expulsión de los moriscos fue una manera de mostrar al mundo que la monarquía española era una campeona del mundo cristiano, que no reparaba ni titubeaba al expulsar a los moriscos. Y creo además que las investigaciones recientes apuntan en esta dirección para justificar la expulsión.

A pesar de las órdenes de expulsión, algunos moriscos se quedaron. ¿Hay investigaciones de cuántos permanecieron en Andalucía? ¿Qué fue de ellos?

El historiador Trevor J. Dadson, que ha estudiado la expulsión en La Mancha, insiste en que muchos se quedaron o volvieron después. Yo creo que sólo unos pocos se quedaron o regresaron. La cifra admitida de los

moriscos expulsados es de 275.000 personas, aunque quizá habría que incrementar la un poco. Yo creo que apenas quedaron unas decenas de miles en todos los territorios de España. En Andalucía quizá se quedaron, muy dispersos, unos 10.000. Se escondieron, ayudados por vecinos, e incluso hubo algunos que se convirtieron en esclavos para poder quedarse. Hay algunos manuscritos que ofrecen datos al respecto.

El choque cultural que sufrieron los moriscos debió ser enorme cuando llegaron a su nuevo destino en el exilio.

Claro. Algunos de ellos eran descendientes de la gente instalada en la Península en el siglo VIII y de personas que se habían convertido al Islam en la misma centuria. Salieron con la conciencia de ser españoles, identidad que, por otra, parte nadie les negaba.

¿Todavía queda mucho por investigar sobre la expulsión y el éxodo de los moriscos?

Sí, por ejemplo hay que investigar las excepciones de la expulsión, qué pasó con los que se quedaron. Del éxodo sabemos muchas cosas: muchos andaluces salieron de los puertos de Sevilla y Málaga, una parte al norte de África, principalmente a Marruecos, y otra parte a Francia, por ejemplo a Marsella. De estos algunos se quedaron en Francia pero otros volvieron a embarcar rumbo a Túnez. Falta investigar los casos particulares, la historia de familias concretas.

Los moriscos andaluces, ¿tenían singularidades culturales con respecto a los de otros territorios?

Creo que no. Con una excepción: los moriscos andaluces eran en su mayoría moriscos granadinos expulsados en 1569-70 y asenta-

“El único reproche que puedo hacer a la historiografía española es que es una historia demasiado limitada en sí misma”

dos, en gran parte, en la Andalucía del Guadalquivir. Sevilla era, con 7.000, la población española con mayor número de moriscos. Ellos todavía conservaban el uso de la lengua pero iban perdiendo, poco a poco, el uso de su singularidad cultural.

La convivencia de las tres culturas en al-Andalus y en la Granada bajomedieval, pregonada por varios historiadores ¿es un mito o fue real?

En términos generales es un mito. Naturalmente, se dieron casos concretos de convivencia entre vecinos y también situaciones de disputa. Difícilmente se puede hablar de un único modelo. Pero lo cierto es que siempre podía haber un incidente entre unos y otros. La diferencia no se olvidó nunca y el temor al morisco, que puede tener contactos con berberiscos u otomanos, era algo generalizado. Se encontraban en el trabajo, en la calle y se compartían los oficios, pero a pesar de ello siempre había recelos. Hay casos de familias de notables moriscos que se quedaron y, a finales del siglo XVII, todavía les seguían recordando su origen.

Y ese miedo al otro, ese racismo ¿es similar al de hoy?

Fundamentalmente no. Ha cambiado. El racismo es el mal principal de nuestra sociedad. Es un combate de todos los momentos y de todos los días. Es un problema grave que hoy, como ayer, puede explotar. Tenemos que ser conscientes de ello y luchar con todas nuestras fuerzas para extirparlo.

John Elliott ha comentado en las páginas de esta revista que el hispanismo británico no tiene futuro, porque los historiadores españoles presentan un estupendo nivel de preparación y, por eso, la contribución de los hispanistas, cuya función primordial fue fomentar el conocimiento de la historia de España, ya no es necesaria. ¿Cree que ocurre lo mismo en el caso del hispanismo francés?

Estoy de acuerdo con Elliott en que la historia de España, tal y como se escribe



hoy día por los historiadores españoles, no tiene nada que ver con la de los años sesenta. Sin embargo, creo que la contribución de los hispanistas será siempre importante y necesaria porque tienen una visión distinta a la de los historiadores del país. Mantienen una distancia que puede ser útil para medir unos hechos que los historiadores del país ven de forma diferente, lo que fomenta el debate entre uno y otro lado.

Entonces ¿el hispanismo francés está muy vivo?

Sí, a diferencia del inglés, el hispanismo francés es muy numeroso. Hoy en día, en Francia el español como segunda lengua extranjera ha desbancado totalmente al alemán en los liceos y además se mira a España de otro modo: como un país desarrollado y democrático, lo que ha alentado, junto a las aportaciones de los exiliados, que la historia de España esté hoy muy presente en el país. Asimismo, la existencia de una institución como la Casa de Velázquez en Madrid y la tradición del hispanismo son dos acicates más para que siga muy vivo.

Si un joven estudiante fuese a su despacho para que le orientase para iniciar una tesis doctoral del mismo modo que usted fue al de Pierre Vilar ¿qué tema de estudio le propondría?

Hoy está de moda la historia política y la cultural. Pero yo insistiría en trabajar en historia social para que ésta se mantenga a buen nivel y también en volver a la historia económica, que está quedando en segundo plano en la actualidad. En el terreno más concreto, le recomendaría que estudiase la historia de la nobleza andaluza haciendo uso de los archivos nobiliarios; que estudiase el clero en el Antiguo Régimen o que se centrase en investigaciones relativas al campesinado, porque no se puede obviar que la mayoría de los españoles eran campesinos.

¿Nunca ha tenido la tentación de fijar su residencia permanente en España y fichar por una universidad o centro de investigación españoles?

No se me ha ofrecido nunca. Creo que esto se puede explicar de distintas maneras. La investigación histórica española se limita al ámbito hispánico. Lamento la no existencia de españoles que investiguen otros temas que no sean la historia de España. Un hecho que tiene como consecuencia que en las universidades y centros de investigación españoles no haya profesores no nacionales. Por ejemplo, en el caso de la Historia Moderna la presencia de historiadores no españoles en departamentos universitarios se puede contar con los dedos de una mano. En Francia no ocurre nada de esto. Pero, por otra parte, no puedo olvidar que ocupé durante cinco años el puesto de secretario general de la Casa de Velázquez en Madrid. Era, en cierto sentido, estar en medio de las universidades españolas. Y desde hace muchos años me invitan continuamente a participar en actividades —cursos de doctorado, conferencias, congresos, tribunales de tesis, etc— con lo cual mi presencia en España es constante. Y mi situación en París me permite acoger a muchos historiadores españoles. ■

Un gran congreso revisa en Granada la expulsión de los moriscos

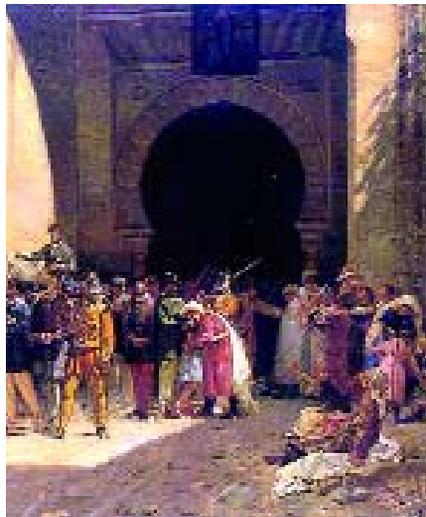
El 9 de abril de 1609 se firmaba el primer decreto de expulsión de los moriscos de las tierras de la Monarquía Hispánica.

Fue “una medida de consecuencias trágicas, cuya radicalidad e inhumanidad siguen sobrecogiéndolo. Este año se cumple el cuarto centenario de un hecho que duraría hasta 1614, y que en sucesivos destierros masivos vaciaría las tierras de España de más de 275.000 de sus habitantes, herederos de aquel Islam hispano instalado en suelo peninsular a partir del año 711 —escribe el profesor Manuel Barrios Aguilera—. Es, pues, tiempo de conmemoración. Y Granada, la capital del reino de su nombre, suce-

sora directísima del mundo nazarí, último reducto peninsular del fabuloso al-Andalus, centro más caracterizado de la geografía morisca hispana (junto a Aragón y Valencia), toma una vez más la iniciativa”.

Y lo hace de la mano de la Fundación El Legado Andalusi y de la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, entidades organizadoras del congreso *Los moriscos en el IV centenario de la Expulsión* que se celebrará en la sede de El Legado Andalusi en el Parque de las Ciencias de Granada, entre los días 13 y 16 de mayo de este año, y que cuenta con la colaboración de la Universidad de Granada.

Ochenta investigadores, entre los que hay que citar nombres tan destacados como Rafael Benítez Sánchez-Blanco, Bartolomé Bennassar, Louis Cardailiac, Raphaël Carrasco, James Casey, Trevor J. Dadson, Abdehakim Gafsi-Slama, Ángel Galán, Mercedes García-Arenal, Ricardo García Cárcel, Miguel Ángel Ladero, Luce López-Baralt, Francisco Márquez Villanueva, Mary Elizabeth Perry, María Jesús Viguera y Bernard Vincent, debatirán acerca de la expulsión, en un encuentro que quiere erigirse “en referente de cuantos se celebren en 2009 y años sucesivos, y servir de modelo futuro”, según indica el profesor Barrios Aguilera, responsable de la coordinación del evento junto a Rafael G. Peinado Santaella.



Expulsión de los moriscos de Granada.

Picasso, Matisse y Julio González

La escultura *Cabeza de mujer. Perfil* (1961) forma parte de la extensa serie de esculturas en chapa recortada que Pablo Picasso realizó a comienzos de los años sesenta en colaboración con Lionel Prejger y su maestro de obras, Tiola. Perteneciente a los fondos del Museo Picasso de Málaga, la obra protagoniza la nueva exposición organizada bajo el título *La Colección en contexto*, que reunirá esculturas creadas por Picasso en estos años y que muestran, con una considerable variedad formal y conceptual, rasgos similares. La muestra, que podrá visitarse entre el 11 de mayo y el 30 de agosto, contrapone la obra picassiana a la de otros dos grandes artistas contemporáneos: Julio González y Henri Matisse. De técnicas diversas, el conjunto permitirá investigar y sugerir paralelismos con estos dos artistas, con los que Picasso mantuvo una estrecha relación artística.



Más información:
www.museopicassomalaga.org/

Reapertura del Museo J. Peinado

El Museo Joaquín Peinado, de la Fundación Unicaja de Ronda, ha reabierto sus puertas tras haber llevado a cabo una recuperación integral de los dos artesonados múdejares del siglo XVI. La rehabilitación del inmueble ha corrido pareja a la mejora integral de las instalaciones y la ampliación del espacio expositivo. El Museo, ubicado en el antiguo Palacio de los Marqueses de Moctezuma, abrió sus puertas en Ronda en 2001 como una iniciativa para honrar la memoria de este pintor rondeño (1898-1975), seguidor de Cézanne, vinculado a Picasso, y que fue una de las principales figuras de la española Escuela de París.

Más información:
www.museojoaquinpeinado.com/



Inge Morath. *Gitanes à Granade*. 1950

Prohibido el cante

Entre el 2 de abril y el 30 de agosto el Centro Andaluz de Arte Contemporáneo (CAAC) de Sevilla acoge la muestra *Prohibido el Cante* (un mensaje que podía leerse en muchas tabernas populares durante el franquismo). Comisariada por el propio director del CAAC, José Lebrero Stals, la muestra reúne 200 fotografías de autores como Ortiz Echagüe, Pierre Verger, Giller Larrain, Catalá-Roca, D’Ora, Duzert, Robert Capa, Colita, Harcourt, Carlos Saura, Isabel Muñoz, Martin Parr o Paco Sánchez. A través de su mirada la exposición propone un recorrido en paralelo por la historia del flamenco y la de la fotografía a lo largo del siglo XX.

Más información:
www.juntadeandalucia.es/cultura/caac

EXTRAOFICIAL: ENVÍANOS TU HISTORIA

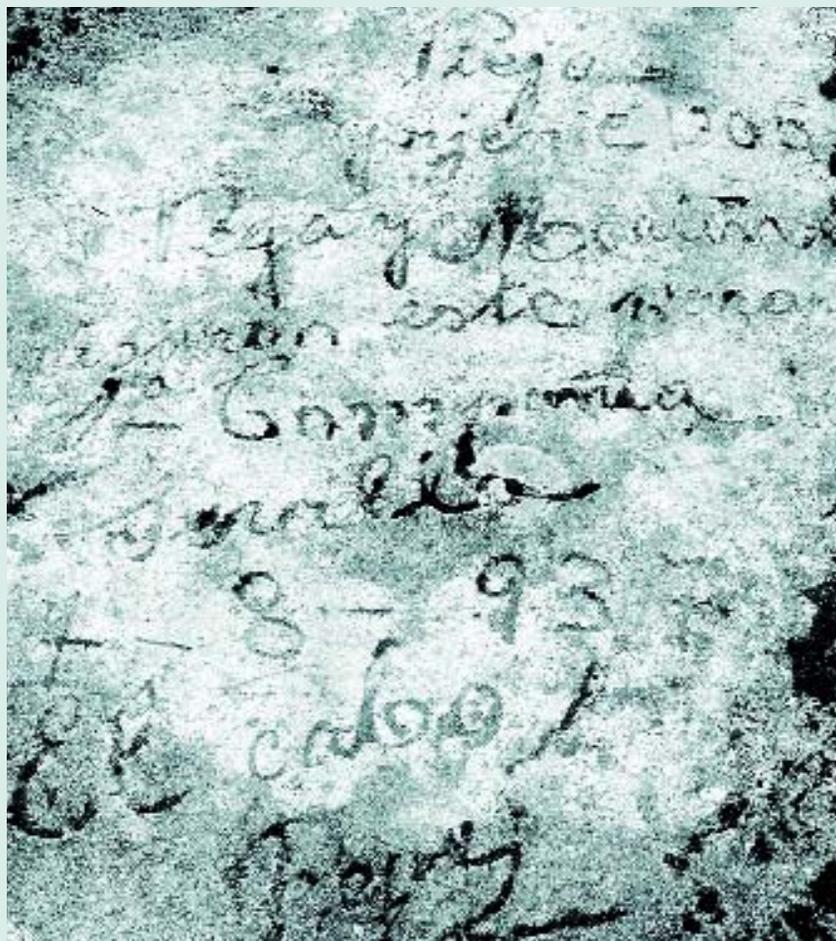


Imagen enviada por el Colectivo Guadarrama, asociación sin adscripción política, cuyo objetivo principal es fomentar la catalogación y preservación del legado arqueológico-arquitectónico de la Guerra Civil. www.colectivoguarrrama.org

El Cabo Pepe

"En los alrededores del Palacio de la Granja de San Ildefonso existe un cerro llamado del Puerco que no sería más que un topónimo sino fuera por que fue protagonista, junto con Cabeza Grande y Matabueyes, de una de las batallas más desconocidas de la Guerra Civil Española: La batalla de la Granja. Esta ofensiva lanzada por los republicanos para tratar de tomar Segovia y paralizar el frente Norte tuvo lugar entre los días 30 de mayo y 2 de junio de 1937. Los republicanos no lograron el objetivo de tomar Segovia pero después de la batalla las fuerzas franquistas fortificaron las posiciones más importantes de la zona. El cerro del Puerco fue una de ellas. Era la posición número 36 del despliegue de la 72 División Nacional. En uno de los parapetos de hormigón encontramos la siguiente inscripción hecha a mano antes de que el cemento fraguase:

*"...ingenieros Vega y Marino isieron este parapeto
1 Compañía Sevilla 7-9-37. El Cabo Pepe" SIC.*

No sabemos más del Cabo Pepe que su pertenencia a la 1ª Compañía de Zapadores de Sevilla. Pero es indudable que este andaluz estuvo destinado en la zona durante la Guerra Civil y dejó testimonio de su paso.

Colabora con nosotros.

Si tienes imágenes, documentos, tarjetas, fotografías, historias o algún otro material que quieras compartir con los lectores de la revista Andalucía en la Historia, mándalo, bajo el asunto **EXTRAOFICIAL-ENVÍANOS TU HISTORIA**, al correo electrónico andaluciaenlahistoria@centrodeestudiosandaluces.es o a la dirección calle Bailén 50, 41001 Sevilla.

Erasmus a un click

Cerca de un millar de ejemplares escritos, comentados o estudiados por el Erasmo de Róterdam pueden ser consultados en la red con sólo entrar en la dirección www.uco.es/humcor. Y es que la Universidad de Córdoba, gracias al proyecto de investigación del grupo Humanística Cordvbensia dirigido por el profesor Julián Solana Pujalte, ha recuperado las obras de Erasmo editadas en España desde el siglo XVI. De este modo, la Universidad de Córdoba ha rescatado y puesto a disposición de los interesados todos los datos disponibles sobre la presencia de las obras de este humanista, tanto en las bibliotecas es-

pañolas como en las colecciones particulares e institucionales en las que se tiene noticia documental de algún volumen.

Hasta el momento, se han catalogado 515 ejemplares actuales, es decir volúmenes conservados en bibliotecas en uso, y 410 históricos, ejemplares de colecciones desaparecidas o sólo parcialmente conservadas. El proyecto sigue vivo, por lo que la base de datos seguirá ampliándose.

Cada ejemplar documentado ofrece una detallada catalogación bibliográfica de la edición, un estudio de las notas escritas en ellos, de sus propietarios, su tasación y de si ha sufrido algún expurgo. Algunos de ellos pueden ser consultados al completo gracias a la digitalización realizada por algunas bibliotecas.



Más de una veintena de cuadernos con la historia de Andalucía

En poco más de un año de vida, la colección de monografías históricas Cuadernos del Museo, editada por Cajagranada, ha publicado ya 21 volúmenes. La serie nació con el objetivo de dar a conocer a todas las personas interesadas en la historia, los acontecimientos y personajes más relevantes del pasado andaluz.

Cada monografía está firmada por un investigador o especialista en la materia. La colección se estructura de manera cronológica, de tal manera que se articula en cinco secciones: Prehistoria, Edad Antigua, Media, Moderna y Contemporánea. Además de esas secciones, la colección ofrece un conjunto de temáticas transversales que ofrece el análisis de un aspecto específico en su evolución a través del tiempo.

Entre los autores que firman algunos de los volúmenes que ya han sido publicados se encuentran Ian Gibson, Jesús Maesso de la Torre, Antonio López Ontiveros, Antonina Rodrigo, Miguel Gómez Oliver, Manuel Barrios Olivera, Marion Reder Gadow, Manuel Cuenca Toribio, Enriqueta Vila Villar, Antonio Ramos Espejo, José Luis Corral, etc.

Los Cuadernos del Museo se pueden adquirir al precio de diez euros en el Centro Cultural de CajaGranada en Puerta Real (Granada); El Corte Inglés; la Casa del Libro de Sevilla; la cadena de librerías Beta (Córdoba y Huelva); en Granada en las librerías Atlántida, Dauro, Continental, Babel, Picasso (esta última también en Almería); en la jiennense Don Libro y en la gaditana Quorum.



Álbum de libertad viaja a Bruselas

La exposición *Álbum de Libertad, Andalucía, de la dictadura a la autonomía* producida por el Centro de Estudios Andaluces, viajará en junio al Instituto Cervantes de Bruselas donde podrá verse con motivo de la celebración de la Semana de Andalucía en la UE. La muestra está formada por un total de 92 fotografías en blanco y negro, distribuidas en cuatro grandes bloques, en función de cada periodo histórico:



Dictadura, Transición, Democracia y Autonomía. Las imágenes han sido seleccionadas de entre las principales fotografías publicadas en prensa por Pablo Juliá, Ricardo Ladis, entre otras reconocidas firmas, desde comienzos de la década de los 70 hasta principios de los 80.

Memoria al alcance de todos

Los municipios cordobeses de Cabra, Lucena, Montoro, Palma del Río, Peñarroya-Pueblonuevo, Pozoblanco y Córdoba participan en el proyecto Munired, con el que se pretende recuperar la memoria del siglo XX a través de Internet. Mediante este proyecto piloto, las personas mayores, con ayuda de los jóvenes y mujeres de la localidad, podrán aportar a la web fotografías, vídeos, juegos perdidos, recetas de cocina, canciones tradicionales, recuerdos... que de otro modo se perderían.

Esta experiencia, coordinada por la Universidad Politécnica de Madrid en colaboración con la Diputación de Córdoba y la Fundación Red Especial España, quiere por tanto ayudar a recuperar nuestra historia al tiempo que lucha por romper la brecha digital.



Fotografía de 1950 incluida en la web www.iptvmunired.es

Publicaciones del Centro de Estudios Andaluces

'Andalucía en la Historia' es una más de las publicaciones que edita el Centro de Estudios Andaluces, en su compromiso con la investigación y la divulgación de conocimientos de carácter histórico y andaluz. Por eso queremos ofrecer a nuestros lectores en este espacio una breve muestra de nuestro catálogo, seleccionando aquellos títulos que más puedan interesales. Para la adquisición de cualquiera de nuestras publicaciones puede ponerse en contacto con el departamento de Publicaciones, bien vía teléfono en el 955 055 210, o mediante correo electrónico a publicaciones@centrodeestudiosandaluces.es.



CONCHA LANGA NUÑO
De cómo se improvisó el franquismo durante la Guerra Civil: La aportación del ABC de Sevilla

La profesora de la Universidad de Sevilla, Concha Langa Nuño, analiza la íntima relación existente entre prensa y franquismo a partir de esta conocida cabecera. Langa disecciona al detalle la totalidad de los números de ABC entre el 20 de julio hasta el 31 de marzo de 1939.

860 págs. 17 x 23 cm.
Rústica con solapas.
PVP: 20 euros.



VV.AA.
La identidad cultural de Andalucía

Presenta este volumen las más importantes aportaciones sobre la identidad cultural de Andalucía a lo largo de más de un siglo, incluyendo textos muy conocidos (aunque no siempre leídos) junto con otros no tan revisados, pero que ejercieron su influencia en determinados sectores en el momento de su publicación.

261 págs. 17 x 22,5 cm.
Rústica con solapas.
PVP: 18 euros.



JOSÉ GONZÁLEZ ARTEAGA
El Rincón de los Lirios. Las islas del Guadalquivir 1927-1930

El Centro de Estudios Andaluces recoge una colección privada de más de 600 fotografías del enclave donde comenzó el proyecto de transformación agrícola que afectó a Isla Mayor, en las Marismas del Guadalquivir.

92 págs. 24,5 x 25 cm.
Cartoné forrado con sobrecubierta.
PVP: 30 euros (incluye CD con imágenes).



VV.AA.
Viajeras románticas en Andalucía. Una antología

Una recopilación de las mejores páginas que las viajeras románticas británicas y norteamericanas escribieron a su paso por Andalucía. Su visión muestra una nueva hipótesis sobre la cultura y la sociedad andaluza en el siglo XIX, que en muchos casos reformula tópicos perpetuados por sus coetáneos.

287 págs. 23 x 25 cm.
Rústica con solapas.
PVP: 25 euros.



ALBERTO CARRILLO-LINARES
Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla (1965-1977)

Un relato cronológico de los movimientos estudiantiles en la Universidad de Sevilla en los últimos años de la Dictadura, recuperando una información hasta ahora inédita, junto con los testimonios de muchos de los protagonistas de aquellos años convulsos.

678 págs. 17 x 23 cm.
Encuadernación en rústica.
PVP: 25 euros.



VV.AA.
Andalucía 2020. Escenarios previsibles

Resultado de un proyecto de investigación, *Andalucía 2020* pretende desentrañar el escenario futuro a medio plazo, recogiendo, a través de los estudios de los principales expertos de cada área, las tendencias que configurarán la realidad andaluza en los ámbitos social, económico, cultural y político.

344 págs. 23 x 29 cm.
Encuadernación en rústica.
PVP: 30 euros.



LUIS MÉNDEZ RODRÍGUEZ
La imagen de Andalucía en el arte del siglo XIX

Una obra que estudia la imagen que Andalucía proyectó en los europeos del siglo XIX, a través de su representación artística en pinturas y fotografías, y cómo esos iconos culturales se tomaron como representación de lo español y provocaron la afluencia de visitantes que desembocaría en el germen del turismo.

176 págs. 14,5 x 21 cm.
Rústica con solapas.
PVP: 10 euros.



ENRIQUE OTTE SANDER
Sevilla, siglo XVI: Materiales para su historia económica

Esta obra es un homenaje a Enrique Otte, historiador singular y alumno destacado de Ramón Carande, que dedicó toda su labor investigadora a la Sevilla del siglo XVI. Por ello, esta obra reúne su última investigación, junto con el inventario de su fondo documental, y una breve biografía y bibliografía.

376 págs. 23 x 25 cm.
Rústica con solapas (incluye CD-ROM).
PVP: 30 euros.

Primero defendió los derechos de los jornaleros, lo que le llevó a enfrentarse con las fuerzas vivas de su Aroche natal. Después, hizo suya la causa de los mineros: creó asociaciones, fundó sindicatos y promovió huelgas. Su militancia le condujo a la cárcel en numerosas ocasiones y al final de su vida, denostado por unos y otros, no tuvo otro remedio que coger el camino de la emigración. Félix Lunar López ha sido una figura maldita durante muchos años. Sin embargo, el éxito cosechado por la edición de su obra autobiográfica ha permitido recuperar su figura.

A cielo abierto, la lucha obrera de Félix Lunar López

Un pionero defensor de los derechos de los trabajadores

FÉLIX SANCHA SORIA

HISTORIADOR Y ARCHIVERO DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE HUELVA

AH
ABRIL
2009

84

Su incansable pelea por los obreros no fue suficiente para evitar que, a principios de los años noventa del siglo pasado, Félix Lunar López fuera una figura maldita en Aroche, su pueblo de nacimiento; es más, cada vez que preguntábamos por él a los viejos del lugar surgían de sus bocas calificativos como “liante” o “incendiario”. La Asociación Cultural Senabra decidió reinsertar su figura a través de la reedición de su obra autobiográfica, *A Cielo Abierto. De Riotinto a Norteamérica*, iniciativa que fue todo un éxito y sirvió de comprobación de que en la Cuenca Minera, a diferencia del municipio serrano, Lunar era todo un símbolo de la lucha obrera. Hace pocos días, bajo la coordinación de uno de los miembros de esa asociación, la UGT de Huelva ha reeditado la obra. Actualmente, la reinsertación de Félix Lunar en Aroche es manifiesta, y como prueba de ello una de sus plazas principales y el salón cultural de la localidad llevan su nombre.

UNA DIFÍCIL NIÑEZ EN AROCHE. Aunque Félix vio la luz un 20 de septiembre de 1878 en una humilde casa de la calle de Santa Clara de Aroche, escribió que nació en la calle Tropezos, en un conocido recurso literario que compara su existencia con sus muchos batacazos. El comportamiento revolucionario de Félix tuvo justificación en la realidad agropecuaria que le tocó vivir en Aroche a finales del siglo XIX. Aunque la pobla-

AUNQUE VIO LA LUZ EN SEPTIEMBRE DE 1878 EN UNA HUMILDE CASA DE LA CALLE SANTA CLARA DE AROCHE, ESCRIBIÓ QUE NACIÓ EN LA CALLE TROPEZOS

ción subsistía en gran medida de la cría del cerdo, el término estaba salpicado de numerosas sembraduras de cereal de secano que se complementaban con las huertas del ruedo urbano y los aprovechamientos forestales.

En estos momentos la semilla de la lucha social había anidado en el término arucitano, girando el conflicto en torno al desigual reparto de la riqueza, y muy especialmente en la pésima distribución de la propiedad. La sociedad arochena era tremendamente jerárquica, siendo la tierra la que dibujaba la pirámide social. El trabajo era un bien escaso y su falta lanzaba a muchos jornaleros a jugarse la vida en el peligroso contrabando de la frontera portuguesa.

La mayor parte de las tierras eran propiedad de descendientes de la pequeña aristocracia, asentada en Aroche entre los siglos XVI al XVIII. Sus grandes fincas estaban en muchas ocasiones mal explotadas, con dueños absentistas, que vivían en ciudades ale-

jadas desde donde dictaban conductas, disciplinaban hombres y organizaban economías.

En la base de la pirámide estaban los braceros que se desplazaban a las fincas cuando eran contratados temporalmente por los dueños de las tierras. Precisamente, el padre y los abuelos maternos de Félix eran jornaleros y pastores que vivían en míseras chozas.

La infancia de Lunar, a finales del siglo XIX, transcurrió a caballo entre el pueblo y el campo. Conforme se hizo mayor tomó conciencia de la mísera vida de cientos de jornaleros, y de la proliferación de enfermedades infectocontagiosas. Él mismo padeció paludismo. A ello se añadía el alto índice de analfabetismo, pues los niños no podían asistir a la escuela obligados a ayudar a sus padres en la dura faena. Su trabajo como pastor en La Contienda imposibilitó a Félix asistir regularmente a clase, por lo que no aprendió a leer y escribir hasta la madurez.

Con trece años se incorporó al mundo laboral, es decir, al trabajo duro en los campos. En el Aroche de finales del XIX los dueños de las fincas contrataban por semanas a los jornaleros en la plaza. Se trabajaba en cuadrillas y con herramientas propias. Así, recorrió Félix Lunar numerosas fincas del término realizando gañanía y recolección de cereales, las labores eran como nos dice "rudadas, fatigosas, mal consideradas y peor



Comité de Huelga. Félix Lunar es el segundo por la izquierda.

retribuidas". Se trabajaba de lunes a sábado, sin conocer la cuantía del jornal.

LA SOCIEDAD EL ALBA. Con veinte años, en 1898, tras su milicia en San Roque (Cádiz), comienza a frecuentar el Casino Republicano donde accede a la prensa de la época, en concreto a *El Correo de Andalucía*, *El Liberal de Sevilla*, *El País*, *España Nueva* y *El Liberal de Madrid*, y conoce de primera mano el movimiento obrero. En 1902 crea junto con 18 arochenos sensibilizados por las condiciones del jornalero la Sociedad de Obreros El Alba. La suspensión de un mitin en La Corredera, donde tenían la sede, provocó que se disparasen las afiliaciones.

Esta experiencia motivó su dedicación en cuerpo y alma a la lucha obrera en Aroche. Comenzó por transmitir su particular sistema de organización a los jornaleros. Su aparato ecléctico de ideas no tenía la pretensión de hacer en las grandes fincas una reforma agraria, sino mejorar las condiciones de trabajo y, sobre todo, crear una tarifa de salarios para cada faena. Esta conducta provocó el enfrenamiento con el Ayuntamiento conservador y con los propietarios de tierras.

Los propietarios habían visto claramente el peligro que se cernía sobre ellos con el mo-

vimiento jornalero que estaba en marcha y centraron sus ataques sobre la directiva de la Sociedad de Obreros El Alba, comenzando una encarnizada lucha por aniquilarlos. La primera represalia fue no contratar a ninguno para la siega, precisamente cuando era más rentable el trabajo. La Sociedad respondió organizando una huelga que hace que Lunar diese por primera vez con sus huesos en la cárcel. Sin embargo, la presión popular obligó a los propietarios a aceptar la no discriminación en la contratación.

A estas alturas, Lunar sabe muy bien que para conseguir reformas y la dignificación de las condiciones del jornalero necesita el poder, es decir el Ayuntamiento. Para ello entabla negociaciones con el propietario Antonio Pérez Macías que, finalmen-

NO PRETENDÍA UNA REFORMA AGRARIA, SINO MEJORAR LAS CONDICIONES LABORALES Y, SOBRE TODO, CREAR UNA TARIFA DE SALARIOS PARA CADA FAENA

te, consigue acceder a la alcaldía en 1906. Sus primeras medidas favorecen a la Sociedad El Alba, concediéndole sede social en el antiguo hospital de la calle El Santo, hoy Puerta de Sevilla, además de recolocar a los trabajadores sin empleo. Paralelamente, se logra la subida de salarios y la fijación de los sueldos, es decir que el trabajador sepa por la mañana lo que va a cobrar por su peonada. En estos momentos Lunar es un proscrito, enfrentado a las fuerzas vivas de la población: el Ayuntamiento, los propietarios de tierras y la Iglesia. Su contratación a regañadientes en las fincas arochenas, los enfrentamientos con los miembros de la Sociedad El Alba y sus deseos de ampliar los horizontes le encaminan hacia la Riotinto.

EN LA CUENCA MINERA DE RIOTINTO. Cuando se acercaba a la treintena, sin equipaje, se marchó a Calañas a casa de unos primos hermanos contratándose como segador y empleando su tiempo libre en el centro republicano. Su objetivo era trabajar en la minas de Riotinto donde se estaba produciendo la llegada de un aluvión de trabajadores procedentes de toda España, circunstancia que provocaba escasez de viviendas y los alojamientos en chozas en los ex-



Foto: Malagueño

Jornaleros arochenos.

tarradios de las poblaciones. Tras su paso por diversas faenas agrícolas consiguió finalmente entrar como empleado en la compañía minera de Riotinto, es decir, en la Riotinto Company Limited.

Inmediatamente, se percató de las difíciles condiciones sociales y laborales de miles de mineros que fueron explotados por una de las compañías colonialistas más importantes del mundo. El sistema establecido descansaba sobre los ingleses que eran el vértice de la pirámide; en segunda posición estaban los encargados y capataces españoles que servían de intermediarios del tercer y último escalafón: la inmensa masa de mineros. Lunar pensó rápidamente que los más de 50.000 trabajadores bien organizados podían dar lugar a mejoras sociales y laborales.

No iba a ser fácil la empresa, porque tenemos que tener en cuenta que la Cuenca Minera estaba controlada por la compañía inglesa, bajo la atenta mirada del cuerpo de *guardiñas*. El control del suelo era casi

absoluto, pero también la sanidad, el abastecimiento, la enseñanza e incluso la prensa. A ello se sumaba la fidelidad de los políticos municipales, provinciales y nacionales, y los favores de la corrupta justicia.

Pronto arrienda Lunar una vivienda en Nerva, que era una población no controlada por la Riotinto Company Limited, donde había casas suficientes en sus barrios que como apéndices se unían al centro. Sus más de 16.000 habitantes (1910) hacían que fuera una población idónea para llevar a cabo sus planes; es decir, la creación de un sindicato obrero.

El trabajo de la mina era duro y peligroso, el arochero va a tener varias faenas, comenzando por partir piedras con una marra de once libras en los bancos de las cortas a cielo abierto, para continuar paleando escombros o sanear. Claro que su inquietud le llevó a establecer, de nuevo, contactos con el centro republicano de Zalamea la Real y a emplear la pluma en periódicos madrileños como *Las Dominicales* y *Demófilo*.

LUNAR PENSÓ QUE LOS MÁS DE 50.000 TRABAJADORES DE LAS MINAS DE RIOTINTO BIEN ORGANIZADOS PODÍAN DAR LUGAR A MEJORAS SOCIALES Y LABORALES

EL SUEÑO: EL SINDICATO MINERO. Como decimos, sobre la cabeza de Félix Lunar se había dibujado ya la organización de un Sindicato Minero. Conocedor de la marcha de los acontecimientos, sabía que desde principios de siglo en la Cuenca Minera había habido algunos elementos socialistas y anarquistas que, sin estructura clara, organizaron huelgas de corto alcance. Lunar tomó como centro de operaciones Nerva y como cuartel general el casino de Manuel Navarro, hombre expulsado y estigmatizado por la Riotinto Company Limited.

La política agresiva contra los obreros que aplica el Gobierno presidido por Maura y la llegada en 1908 del director Mr. Walter J. Browning hacen ver a Lunar que hay que moverse con rapidez. Las ideas que se propugnan deben de llegar a la gran masa social. Para ello edita un periódico llamado *La Frontera* que tiene un gran éxito como instrumento de concienciación social, y escribe en el periódico de Calañas *El Obrero*, lo que le lleva a la cárcel.

Finalmente, en enero de 1913, se organiza el Sindicato Ferroviario-Minero de Riotinto, bajo control de la Unión Ferroviaria Española con secciones en los pueblos mineros. Esto había sido posible gracias a la instalación en Huelva del socialista Francisco Bascañana que quería mezclar a todos los obreros en un solo sindicato. Sin embargo, Lunar siempre apostará por la creación de un sindicato minero bajo el pa-

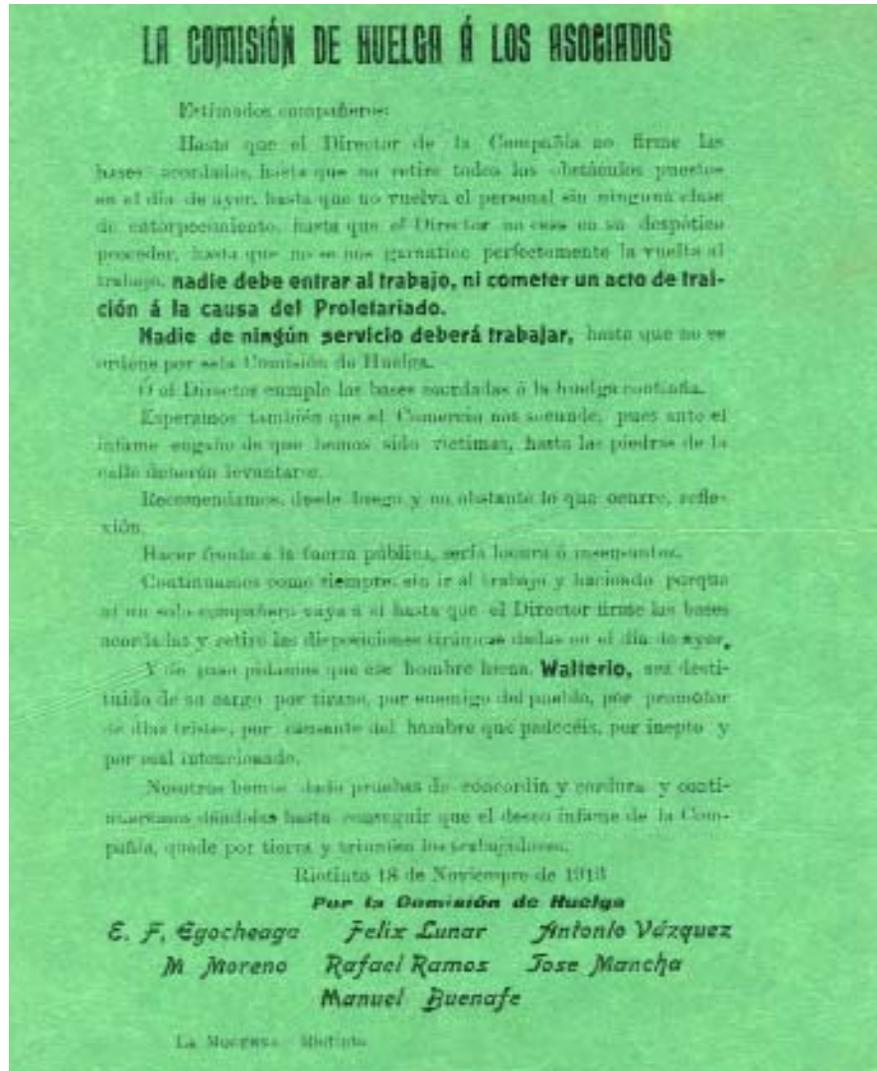
LA RIOTINTO COMPANY LIMITED INTENTÓ EXPULSAR A LOS DIRIGENTES DEL COMITÉ DE HUELGA DE LA CUENCA MINERA, SOBRE TODO A FÉLIX LUNAR

raguas de la UGT, pues la gran masa de trabajadores eran mineros. No obstante, el arochero decide colaborar con el recién nacido sindicato para darle una organización, instalando su sede en la taberna de Manuel Navarro y eligiendo presidente a Antonio Serrano. El resultado es esperanzador, pues en pocos días la afiliación llega a 6.000 miembros.

Mientras tanto, el gobierno reprime cada vez con más dureza los movimientos obreros y tanto la UGT como los anarquistas pugnan por el control de la Cuenca Minera. A la vez que se constituye el Partido Socialista (1913), el joven sindicato es víctima de ataques por parte de las organizaciones nacionales, multiplicándose también los enfrentamientos internos. Esto provoca la entrada de una nueva Junta Directiva, el traslado de la sede social y la aprobación de un nuevo reglamento.

Mientras el Sindicato sustituye el periódico *La Frontera* por *Vía Libre*, donde Lunar vierte sus artículos explosivos, llega a la Cuenca Minera el socialista ovetense Eladio Fernández Egocheaga, cuyas dotes como organizador y dinamizador serán claves. La actitud de Lunar al principio es de colaboración, sin embargo, poco después el enfrentamiento será manifiesto, pues sus conceptos de organización eran muy opuestos.

Como no podía ser de otra forma, Lunar y Egocheaga van a mantener posturas contrarias en la huelga general que comenzó el 15



Diario de la Huelga. 16 de octubre de 1913.

de octubre de 1913. Para el primero, faltaba experiencia, recursos para atender a los huelguistas y el aislamiento con respecto a las organizaciones políticas y sindicales nacionales era manifiesto. Sin embargo, Lunar no quiere ser relegado, por lo que acepta figurar en el comité de huelga, que establece demandas como la jornada de ocho horas, un incremento salarial del 25 por ciento o el retiro a los 55 años o 25 años de servicio.

HUELGA GENERAL. La Cuenca Minera se agitaba con miles de mineros dispuestos a todo: primero pararon los trenes, luego las labores exteriores y finalmente contramina y fundiciones. En paralelo, se produjeron grandes concentraciones de fuerzas de orden público que eran alojadas en los círculos mineros. Conforme transcurre el tiempo la necesidad aumentaba, sobre todo porque las organizaciones nacionales no mandaban ayuda y la compañía contrataba mineros portugueses. Se nombró a una comisión para atender a los más necesitados y se mul-

tiplican los actos de sabotaje, coacción y violencia, como el incendio del Pozo Alicia donde murieron 7 personas. Un duro manifiesto del comité provocó que los huelguistas perdieran el apoyo del Partido Socialista y de la UGT.

La huelga duró 34 días y finalizó después de que Egocheaga firmara un laudo con la compañía inglesa. El comité de huelga pensó que aquello era un gran triunfo, claro que inmediatamente comenzaron los despidos en la mina; se radicalizaron los enfrentamientos dentro del sindicato; se encarcelaron a los cabecillas y se clausuraron los locales de Nerva y Zalamea. Félix Lunar fue despedido, por lo que el sindicato lo tuvo que emplear, según sus palabras, como "chupacuotas".

Egocheaga, viendo la situación, se dedicó en cuerpo y alma a la organización sindical, creando una red de servicios dependientes del sindicato, los cuales deberían romper el monopolio de la compañía. Así, comenzó por crear una mutualidad médica. Es entonces cuando Egocheaga y Lunar



Fundación Río Tinto.

El ingeniero Gordón Brown vigila el trabajo de los mineros.

fueron a Madrid donde se entrevistaron con Largo Caballero, Besteiro, Barriobero y Eduardo Dato para dar a conocer la situación en la Cuenca Minera de Huelva.

La compañía en su enfrentamiento con el sindicato da una vuelta de tuerca más, centraliza las contrataciones y crea la Agencia, una especie de central de inteligencia que informa sobre la vida privada y pública de cada obrero. Llegados a este punto, las relaciones entre Egocheaga y Lunar se hacen cada vez más difíciles, porque los proyectos del primero como la mutualidad médica o el periódico *Acción Minera* no funcionaban.

La Riotinto Company Limited inicia en estos momentos una gran campaña contra los dirigentes del comité para expulsarlos de la Cuenca Minera, especialmente contra Félix Lunar. En su expediente personal, la Agencia en perfecto inglés aconseja que "no se le contrate jamás". Estos sucesos recrudescen la lucha, la Cuenca se tiñe de mítines, reactivados por la llegada de Luis Fernández Mula, Agustín Marcos Escudero y

del republicano federal Eduardo Barriobero. Las pugnas y la mezcla de ideas entre republicanos, socialistas, anarquistas y sindicalistas son una constante.

En estos momentos vemos, de nuevo, a Lunar empleado por el Sindicato, y granjeándose problemas que le conducen a la cárcel de Valverde del Camino. En paralelo, cada vez es mayor el desbarajuste sindical, máxime porque no se cobran bien las cuotas, el periódico, al no venderse, se suspende y las aperturas económicas hacen que se deba de cambiar de sede social. La tempera-

SU OBRA AUTOBIOGRÁFICA ES UNA JOYA PARA ENTENDER EL MOVIMIENTO OBRERO EN LAS DOS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO EN HUELVA

Mítines en Nerva

■ "Desde 1912 hasta 1920 que salí yo de España, utilizamos la plaza de toros de Nerva centenares de veces. La plaza tiene capacidad para catorce mil personas, en los tendidos. Con nosotros se llenaba a reventar, hasta el ruedo. Naturalmente, la entrada era siempre gratis.

Allí hablaron Vicente Barrios, presidente de la Unión Ferroviaria Española; Eladio Fernández Egocheaga, nuestro futuro jefe; Agustín Marcos Escudero, Luis Fernández Mula; Pablo Iglesias, el Abuelo; Teodomiro Menéndez, Facundo Perezagua, Manuel Llana, Mariano García Cortés, Francisco Bascuñana, Eusebio Carbó, Manolo Barrios, Eduardo Barriobero... Además, algunos espontáneos de menos cuantía. ¡Casi todos muertos! Sólo de Egocheaga tengo noticias que vive. En aquella plaza capoteamos de lo lindo, por gaoneras, a todos los ingleses de Riotinto y a las autoridades de la zona minera, sus lacayos".

Extracto de la autobiografía de Félix Lunar: *A cielo abierto, de Riotinto a Norteamérica*.

tura sube en Nerva, pues a pesar de las dificultades Egocheaga saca el periódico *La Chinche*, que provoca una serie de destierros, entre los que se cuenta el mismo Egocheaga, a Huelva capital. Ante la suspensión de *La Chinche*, Lunar crea *La Picota*.

Desde hacía algunos años el Sindicato trabajaba en un doble plano: el sindical y el político. De este modo, se comenzó por ganar una cuota de poder, con minorías en los Ayuntamientos para, en 1915, lograr la alcaldía de Nerva. De los 18 concejales del pleno, 12 eran socialistas y uno de ellos era Félix Lunar. En estos momentos hay que fechar su relación con la novelista Concha Espina la cual escribió la novela *El Metal de los Muertos*, donde representa al arochero como Félix Garcés.

MÁS HUELVAS. En 1917 la Cuenca Minera secundó la huelga general planteada en toda España y posibilitada por UGT y CNT. Se luchaba por la igualdad social, la mejora laboral y la horizontalidad. Parece ser que

Los ojos de la Compañía

■ “Al empezar a trabajar en la mina, renté en Nerva un casucho y allí me radiqué con mi familia. Nerva era una población importante. Pero la vida allí, como en los demás pueblos de la zona, estaba completamente mediatizada por la Compañía. Los ojos de los “guardiñas”, policía de la Compañía, autorizada por el Gobierno español, lo escudriñaban todo. Y una denuncia de un guardiña equivalía a una expulsión de toda la zona minera.

Allí no se vendían públicamente más que dos periódicos, *El Liberal* de Sevilla y *El Correo de Andalucía*. La prensa de Madrid estaba proscribida. La única puerta de entrada en la mina, era el ferrocarril propiedad de la Compañía, la cual disfrutaba de la facultad de prohibir en sus propiedades el tránsito a cosas y a personas. En los pueblos de la zona minera, la mayoría de las casas era propiedad de la Compañía. Y aunque las rentas eran moderadas, ningún minero podía alojar en su casa una noche a nadie ajeno a la mina, sin permiso de la Dirección. No importaba que fuese su hermano, su padre o su hijo”.

Extracto de la autobiografía de Félix Lunar: *A cielo abierto, de Riotinto a Norteamérica*.



Lunar cazando en California. Se exilió a EEUU en 1920 y no regresó jamás a España.

la ausencia de primeras figuras confió a Lunar el control de la mina y de los 15.000 mineros en huelga.

Todo comenzó de forma pacífica pero fue degenerando en algaradas, coacciones y algún que otro tiroteo entre los mineros y las fuerzas de orden público. Finalmente, la sede del sindicato y la vivienda de Lunar fueron tiroteadas, pudiendo salvar la vida de milagro. El balance fue de 10 muertos, 30 personas heridas y 150 detenidas.

Un año después, Félix envía un informe de los sucesos al diputado por el Distrito de Valverde Eduardo Barriobero, que lo lee en el Congreso de los Diputados, lo que desencadena una fuerte represión, la clausura de la Casa del Pueblo Socialista de Nerva y la suspensión y encarcelamiento de los seis concejales socialistas, uno de los cuales era Félix Lunar.

Una vez pasada la huelga general el Sindicato casi desaparece tanto por las persecuciones como por las luchas intestinas entre sus miembros. En enero de 1920

comienza la gran huelga, que constituirá un fracaso y una derrota para el Sindicato Minero Nuevo Riotinto y la CNT. En estos sucesos, parece ser que Félix Lunar tuvo una escasa participación habida cuenta de la devaluación de su figura a causa de los enfrentamientos.

Más información

■ **Ferrero Blanco, M. D.**

Capitalismo minero y resistencia rural en el Suroeste andaluz, 1873-1900.

Dip. Prov. de Huelva, Huelva, 1994.

■ **Lunar, F.**

A cielo abierto: de Riotinto a Norteamérica.

Ed. U.G.T.-FUDEPA, Córdoba, 2007.

■ **Sancha Soria, F.**

Félix Lunar, entre la Sierra de Aroche y la

Cuenca Minera de Río Tinto, Revista

Aestuarina Nº 8 Dip. Prov. de Huelva, Huelva, 2002.

EL EXILIO: EL SUEÑO AMERICANO. El ambiente en la Cuenca para Lunar era ya irrespirable, sin trabajo, sin amigos y profundamente desengañado de la política y el sindicalismo sólo le quedaba una salida: la emigración. El 11 de mayo de 1920 se marchó a Estados Unidos, donde permaneció el resto de su vida. Allí ejercerá diversos empleos entre los que podemos citar albañil, minero, fundidor y jornalero. Con 79 años murió en Brea —California— solo, amargado y desilusionado.

Poco antes de morir, en 1956, escribió su gran obra autobiográfica *A Cielo Abierto, De Riotinto a Norteamérica*, donde nos relata sus luchas tanto en Aroche como en la Cuenca Minera. Su libro constituye una auténtica joya para entender el movimiento obrero en las dos primeras décadas del siglo en la provincia de Huelva y es manual de cabecera de cualquier investigador que se quiera sumergir en el tema. ■

Tras la estela dejada por los viajeros ingleses durante los siglos XVIII y XIX, con sus publicaciones sobre exóticas rutas e inolvidables vivencias, existía ya en Inglaterra suficiente demanda como para que el periodismo británico enviara a sus corresponsales a España. En 1879, una vez aniquilados los sueños republicanos y en plena restauración monárquica, el corresponsal en España del diario londinense *The Times* viajó a Andalucía en el mes de abril para redactar una crónica sobre su situación política, social y económica.

Las carencias del “perfecto Edén”

Una visión de Andalucía en 1879, según *The Times*

SALVADOR DAZA PALACIOS

DOCTOR EN HISTORIA

AH
ABRIL
2009
90

El sur de España estaba lleno de atractivos para el lector anglosajón, como se pudo comprobar por la extraordinaria acogida que tuvieron las obras de Washington Irving, Richard Ford y George Borrow, entre otros. A finales del siglo XIX, debido a la gran cantidad de diarios publicados en Inglaterra, resulta imposible saber hasta qué punto influyeron estas crónicas periodísticas en la ya deformada imagen que tenían de Andalucía los ciudadanos ingleses. Pues los redactores de estas noticias no podían —o no querían— sustraerse a los tópicos que habían creado los escritores británicos, esos primeros hispanistas que recorrieron la región andaluza. Obviando muchos de los lugares comunes, el corresponsal de *The Times* que viajó a Andalucía en la primavera de 1879 —los artículos vienen firmados con un lacónico “our correspondent”—, realizó una curiosa radiografía de la situación de Andalucía en una época en la que el desarrollo del ferrocarril había hecho posible la comunicación entre zonas históricamente separadas, fomentando el tráfico de personas y mercancías que antes sólo podían viajar por vía marítima, fluvial o con vehículos de tracción animal.

El corresponsal partió de un tópico de la literatura de viajes inglesa: la alabanza de la belleza de las ciudades y rincones andaluces incólumes al paso

“**TODOS LOS TRABAJOS PÚBLICOS DEL TREN, TERMINADOS O PROYECTADOS, SE HAN REALIZADO CON CAPITAL E INGENIEROS EXTRANJEROS**”

del tiempo, conservados en todo su esplendor, frente a la crítica ante la impasibilidad de los ciudadanos y de los administradores, insensibles al progreso y atrapados por costumbres arcaicas.

Córdoba embujó al corresponsal británico, designándola como su favorita, convencido de que la tierra que circundaba a esta antigua capital del reino moro era de la mayor riqueza y prosperidad que podía encontrarse. Tras pintar las más agrestes zonas de Sierra Morena, la frontera natural, describe extensamente el Guadalquivir, “carne y corazón de la perla andaluza”, cuyo generoso caudal es la causa de la fertilidad de esta tierra andaluza. Una frondosidad que llega hasta las costas, “con jardines tro-

picales esparcidos entre los estériles pasos montañosos y la arena”.

ECONOMÍA Y PRODUCTIVIDAD. Andalucía, según *The Times*, tenía riqueza suficiente para alimentar cuatro veces a su población, por aquel entonces dos millones de habitantes. Pero, para ello, los andaluces deberían crear regadíos, pues los agricultores no aprovechaban las aguas de su río grande, en una región de lluvias poco abundantes. Los andaluces, según el corresponsal, habían permitido que una tierra tan rica se convirtiese en un lugar pobre. La única zona húmeda, la Vega de Granada, tenía un valor entre 300 y 400 libras el acre, mientras que el campesino de Córdoba o de Sevilla sólo podría vender sus áridas tierras por un precio de entre 12 a 30 libras el acre. Los campesinos veían fluir las aguas del Guadalquivir sin retener la cantidad suficiente para fertilizar sus tierras, algo que podría hacerse con unas sencillas obras de irrigación. A pesar de ello, Andalucía era una gran productora de frutos, y sus vinos habían alcanzado fama internacional: “Donde no crecen castaños y nogales, producen alcornocques, algarrobos, palme-

ras, álces, chumberas, algodón y caña de azúcar. La tierra que no produce viñas produce olivos. Toda la vegetación de los trópicos cubre las tierras”.

THE  TIMES



Bodega familiar de los Romero, en Sanlúcar de Barrameda, a finales del siglo XIX.

Nuestro periodista aseguraba que poner en regadío toda la cuenca del Guadalquivir no sería una empresa muy costosa, ni laboral ni económicamente. Especula con la posibilidad de que la falta de canalización en tiempos de los romanos y los árabes podría deberse a que en Andalucía entonces no había largas sequías. Adelantándose en más de cien años a las actuales teorías sobre el cambio climático, explica así esta falta de lluvias: “Los bosques que cubrían antes las montañas, y que ahora apenas quedan, proveían a la llanura de una frescura que hoy día sólo se puede conseguir de forma artificial. Con la Guerra demencial, los andaluces arremetieron y siguieron ensañándose contra los bosques, de forma que han alterado el clima, el desagüe y hasta el cielo”. Críticas vertidas ya muchos años antes por otro viajero inglés, Sir John Talbot Dillon, que se lamentaba de que los agricultores arrancaban los árboles “alegando que atraían a los pájaros y los pájaros se comían las cosechas”, ignorando los parabienes que éstos proporcionaban a los secos suelos dedicados al cultivo.

La naranja es el producto más exportado de Sevilla. Se cría de manera natural y necesitaba pocos cuidados. El negocio llega a tal extre-

EL REPORTAJE DEL DIARIO CONCLUYE QUE ANDALUCÍA GOZABA DE VENTAJAS PARA SER RICA, PERO ERA “EXTREMADAMENTE POBRE”

mo que el duque de Montpensier, al que todos conocen como El Naranjero, obtiene 500 libras anuales gracias a la venta de los frutos de la arboleda que rodeaba su palacio de San Telmo. Estas naranjas, de sabor exquisito, no tenían comparación con las que se exportaban “en millones de cajas a los países del norte”, maduras artificialmente. Aunque, insiste el periodista, estas frutas se producen con más calidad en Valencia y otras regiones del este español debido a sus mejores regadíos. La falta de riego y humedad hacía que en Andalucía se quemaran “dos de cada tres cosechas”.

Tras varios años de sequía, en 1879 volvió a llover en Andalucía. Gracias a ello el corresponsal se encontró una región que rezumaba verdor y frescor. Flores de todo tipo,

silvestres, brotaban por doquier, haciendo que el paisaje tuviese a fines de abril el mismo aspecto que el de Inglaterra a mediados de junio: “Es ahora cuando la afamada belleza de Andalucía se muestra en todo su esplendor”, exclama el corresponsal, que no ahorra halagos para las “jovencitas y majas” andaluzas, que hechizan al mundo con sus contoneos y “con sus ojos negros mirando a través de los encajes de la mantilla, con una solemne expresión soñadora y sensual”. La fascinación por la belleza de la mujer del Sur la comparte nuestro cronista con los más enamoradizos viajeros ingleses que circularon por estas tierras durante dos siglos.

LOS VINOS ANDALUCES. El periodista considera el mayor acierto de la agricultura andaluza la plantación de viñas, al no necesitar mucha humedad y dar sus mejores cosechas en años de mucha sequía. Andalucía “monopoliza casi toda la exportación directa de vino español y Jerez absorbe casi la total producción de las provincias andaluzas”, aunque el reportero asegura que “en las lomas de Sierra Morena sale un vino tan bueno como el sherry”. Cuenta que en las provincias de Huelva y Sevilla se producen anualmente 40.000 ó 50.000 toneles de ex-

El Pato de los Naranjos en 1880. Archivo Municipal de Córdoba FO020102-C80-8



Córdoba, reina de Andalucía

■ “Antes de cruzar Sierra Morena y despedirme de la región sureña donde los moros crearon El Jardín de España, pasaré uno o dos días donde una vez floreció y todavía sonrío en decadencia silenciosa y muerte prolongada, una de las más nobles y antiguas ciudades medievales. En cuanto a grandeza y encantos, Córdoba sigue siendo la reina de Andalucía. Allí, el Guadalquivir, aunque no navegable como lo es desde Sevilla, es un río señorial donde los

haya. Labra el valle más fértil, las tierras más frescas, exuberantes y verdes de Córdoba. En sus calles desiertas, el único sonido vivo es el chapoteo del agua de las fuentes, vislumbrado entre arbustos y flores, a través de las verjas de los patios escondidos, patios de sus viejas casas moriscas, en un ambiente rebosante de vida. Los arrabales que salpican el pie de la Sierra son de tal belleza que al viajero le recuerda las de Pistoia o Florencia”.

celentes caldos que son adquiridos casi todos por los bodegueros de Jerez para la exportación al extranjero. Recuerda que ya los árabes eligieron el Aljarafe para la plantación de viñedos, que proporcionaron vino durante siglos a las colonias americanas, pero cuando éstas se independizaron se acabó el tráfico de licores y se cambiaron los viñedos por olivares.

La política comercial desarrollada por los vinateros andaluces no es del agrado del corresponsal, asegurando que estos hacen pasar por sherry unos vinos que se producen en una extensión geográfica sin determinar. Se paga más del doble tan sólo por el nombre o la marca. Un tonel de sherry vale de 70 a 100 libras, “pero si fuera vino del Aljarafe, sólo costaría 20 ó 35 libras”. No obstante, algunas bodegas como la de Silva o Liendo se salvan, al ofrecer al mercado in-

glés una excelente variedad de sherry a la mitad de precio. Aplaude el que en la provincia de Córdoba se implante la denominación de origen para “las ambrosías y néctares” de los viñedos de Montilla, Moriles y Aguilar.

La crónica se hace eco de que en el Parlamento se creó una comisión para investigar este asunto, para intentar acabar con el monopolio que mantenían los bodegueros de Jerez. Una solución, apunta el corresponsal, podría ser un impuesto uniforme para todos sobre el alcohol, evitándose así que los comerciantes de oporto y sherry añadieran brandy al vino para acomodarlos al paladar inglés, al considerar los productores andaluces que era un fraude “añadir más alcohol a los vinos del que es absolutamente necesario para su conservación y transporte”.

“LO ÚNICO QUE HICIERON LOS ANDALUCES CON EL VINO FUE BEBERLO HASTA QUE LLEGÓ UN EXTRANJERO A ENSEÑARLES CÓMO VENDERLO”

Muy a tono con la flema británica, el corresponsal considera que lo único que supieron hacer los andaluces con el vino fue bebérselo, hasta que “un extranjero de cara larga llegó para enseñar a los nativos cómo venderlo. Sin las familias Gordon, Domecq, Garvey y otras inglesas y alemanas, además de los navegantes extranjeros, lo que conocemos hoy como sherry probablemente no existiría”, afirma sin rubor, añadiendo a la relación la familia alemana Scholtz y la escocesa Mackenzie, que hicieron lo propio en Málaga, Cádiz, Puerto de Santa María y Montilla. Apunta también otras familias españolas del norte, como Pedro López, Larios, Heredia y Loring. El redactor llega a la conclusión de que la industria y el comercio que hay en el país están en manos de los extranjeros, pues “los andaluces sólo sirven para rasgar la guitarra y ver corridas de toros”, tópico éste último de un gran arraigo entre todos los viajeros que visitaron Andalucía desde la Ilustración a nuestros días.

LA INDUSTRIA Y EL FERROCARRIL. El corresponsal se detiene también en el futuro de la economía regional, asociada al desarrollo del ferrocarril y al capital extranjero, que invirtió, por ejemplo en Sevilla, en la cerámica Pickman, en las minas de plomo y cobre de Linares y Bélmez, Río Tinto, Tarsis, las de mercurio de Almadén, que fueron vendidas por el gobierno a un banquero francés, que fue el

“EN EL CAMPO O EN LA CIUDAD LAS GARRAS DEL TERRATENIENTE O CABECILLA, IGNORANTE Y DERROCHADOR, SIEMPRE ESTÁN PRESENTES”



mismo que invirtió para conectar a Sevilla con Huelva a través del ferrocarril: “Todos los trabajos públicos propuestos y terminados se han llevado a cabo con capital, ingenieros y directores extranjeros” recalca *The Times*. Sobre las expectativas creadas en torno al ferrocarril no se habían cumplido, pues el Puerto de Sevilla no se había beneficiado de su comunicación con Huelva como en un principio se pensó. El Guadalquivir seguía siendo una vía más económica y rápida que el viaje en tren desde el río Tinto hasta el Puente del Guadalquivir.

El comercio de vinos de Jerez seguía usando El Trocadero, cerca de Cádiz, como puerto para exportar sus caldos, mientras que el vino de otras zonas se embarcaba en El Puerto y en Sanlúcar de Barrameda. Las mercancías de Córdoba, Granada y Jaén utilizaban el puerto de Málaga. Las minas de Río Tinto y Tarsis tenían ferrocarril propio y muelle privado, así como el puerto de Huelva, que también estaba destinado al tráfico de personas. Indudablemente, la hegemonía de Sevilla como puerto comercial de entrada y salida de productos del valle del Guadalquivir seguía siendo estratégica para el interior de Andalucía y de Castilla.

El reportaje concluye con que Andalucía gozaba de grandes ventajas para ser rica, pero era “extremadamente pobre”. Mantenía unas pésimas comunicaciones, a pesar de los esfuerzos que habían hecho empresarios como Gándara, gran impulsor del ferrocarril,

y que, en pocos años, haría posible el desarrollo de todos los recursos no explotados. Mientras tanto, Andalucía sólo podría sobrevivir. Las cosechas se perdían y el precio del pan subía sin cesar, provocando tensiones en muchos lugares, como Granada y Málaga.

Ante esta situación, el periodista denuncia los “chantajes y abusos” de muchos sectores de la administración política y comercial. “El ayuntamiento, siempre falto de capital, (los impuestos que pagan los españoles parecen desaparecer y nadie sabe ni cómo ni a dónde van) no duda en imponer nuevos impuestos a las empresas constructoras, que darían comida a la ya sufrida clase trabajadora e incrementarían los ingresos que, junto con los impuestos de la vivienda, son los que más dinero aportan a las arcas locales”. La denuncia de la corrup-

ción y la incapacidad del pueblo para superar estas situaciones viciadas se conforman, en cualquier caso, como otro más de los inconvenientes para que Andalucía sea de verdad “el Perfecto Edén”: “En el campo o en la ciudad las garras del terrateniente o cabecilla administrativo, ignorante, derrochador y egoísta siempre está presente. Los españoles se tienen que conformar con un gobierno que parece inclinado a la autodestrucción. El pueblo está acostumbrado a la opresión y la sobrelleva; e incluso los forasteros, que aportan la energía de climas más duros y una disciplina más estricta, ante el hastío general y la falta de iniciativas, difícilmente pueden resistir la suave influencia del ambiente sureño y la fuerza de la costumbre, y después de dos o tres generaciones se vuelven de la misma condición”. ■

Hace veinte años casi nadie había oído hablar de Giribaile; hoy se ha convertido en una referencia esencial para entender la historia de los iberos en Jaén. La fortificación de tipo barrera, el monumento funerario, la urna con inscripción, el muro ciclópeo, el tesoro, las cuevas o el castillo de Giribaile son cada vez más conocidos por los especialistas y el público interesado por la arqueología. La inauguración esta primavera del Centro de Interpretación Arqueológica de Giribaile en Vilches puede constituir el revulsivo definitivo para dar a conocer este yacimiento.

Giribaile, nuestra pequeña Pompeya

Una ciudad ibérica en el corazón de la Oretania

LUIS MARÍA GUTIÉRREZ SOLER

UNIVERSIDAD DE JAÉN. CENTRO ANDALUZ DE ARQUEOLOGÍA IBÉRICA.

AH
ABRIL
2009

94

Giribaile permaneció en la ignorancia durante décadas. Hace veinte años sólo la conocían las personas interesadas en la arqueología de la cultura ibérica o los clandestinos y expoliadores, que sabían de su riqueza y continuaban, impunemente, destrozando las necrópolis y saqueando tumbas. Sirva esta pequeña anécdota para dar fe de esta realidad: a principios de los noventa me encontraba con unos compañeros cerca de Beas de Segura intentando localizar un puente romano sobre el valle del Guadalimar y cómo no lo encontrábamos nos detuvimos a preguntar a unos señores parados en un coche en la carretera; al decirles que éramos arqueólogos y después de hablar con ellos un buen rato nos comentaron: “lo que tienen que hacer es ir a visitar Giribaile, eso sí merece la pena, de ahí sí se sacan buenas piezas”.

Aparentemente, era poco el interés que este yacimiento había despertado entre los arqueólogos, al menos, eso parece deducirse del hecho de que sólo se hubiera escrito, hasta entonces, un artículo específico centrado en el estudio de Giribaile. Merece la pena detenerse para comentar este artículo, publicado en el año 1986 en el *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*. Venía firmado en primer lugar por el Dr. Frédéric Servajean, hijo de un geólogo, el Sr. Georges Servajean, que ha sido el único por el momento en llevar a cabo campañas de excavación en Giribaile, allá por los

DESDE HACE ALGUNOS AÑOS LA HISTORIA DE LOS IBEROS, AL MENOS LA DE LOS IBEROS DE JAÉN, HA COMENZADO A ESCRIBIRSE DESDE GIRIBAILE

años 1968 y 1969. Frédéric Servajean, hoy convertido en eminente egiptólogo y profesor de arqueología en la Universidad Paul Valéry-Montpellier III, entiendo que, al cabo de los años, escribió aquel artículo como homenaje a su padre, con los recuerdos de la infancia cuando lo vio excavar por las lejanas tierras de Jaén y a él le vino la afición por la arqueología al recorrer la meseta de Giribaile cuando contaba tan sólo once años.

UN GIRO DE CIENTO OCHENTA GRADOS. Actualmente, la situación parece haber dado un giro de ciento ochenta grados. El libro recientemente publicado por los profesores de la Universidad de Jaén Arturo Ruiz y Manuel Molinos, titulado *Iberos en Jaén*, es buena muestra de ello.

La primera etapa del viaje al tiempo de los iberos comienza en el *oppidum* de Giribaile. Esta historia, contada hacia atrás, convierte a Giribaile en la referencia esencial para tratar los momentos finales de la

Cultura Ibérica en Jaén y la participación de los iberos en la segunda guerra púnica, en los conflictos entre cartagineses y romanos.

Antes de la publicación de esta monografía, Giribaile ya había comenzado a ocupar un sitio en la historia de la mano del escritor Juan Eslava, que en su juventud recorrió estos parajes. En su libro *Los iberos, los españoles como fuimos*, el novelista de Arjona ofrece una visión particular, narrada a través de los ojos de un viajero que visita Giribaile. El relato comienza de la mano de un joven guerrero, de 15 años, encargado de vigilar la puerta de la ciudad, que no consigue evitar la matanza en Orisia y da paso a una narración trepidante, en la que este yacimiento sirve de excusa para acercarse al conocimiento de la cultura ibérica.

La pregunta que nos viene a la cabeza es, ¿qué ha sucedido a lo largo de estos años para que se produzca este cambio? A mi manera de ver, son un conjunto de causas las que explican este nuevo interés por Giribaile. La mayor parte de ellas tienen que ver con la mejora de las condiciones sociales e institucionales y con el surgimiento de una nueva sensibilidad hacia el patrimonio arqueológico. Las campañas de excavación iniciadas a finales de los sesenta contaban con la financiación de la Sociedad Minera y Metalúrgica de Peñarroya, pero no consiguieron los apoyos necesarios para obtener la pertinente autorización de la intervención arqueológica, frustrando un proyecto pionero



Foto: J.L. Chicharro

Foto de los restos de la fortaleza de Giribaile, ubicada en lo alto de un cerro en la confluencia de los ríos Guadalimar y Guadalén.

en la investigación de la cultura ibérica. Después, en 1973, vendría el fallido intento del profesor J. Maluquer de reiniciar los trabajos en nombre del Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona

Recientemente, la construcción de la presa de Giribaile ha marcado un importante punto de inflexión. En esta ocasión los arqueólogos llegamos tarde, entre 1992 y 1993 pudimos localizar en torno a un centenar de asentamientos en el valle asociados a la ciudad ibérica, pero la obra ya estaba avanzada y la destrucción de la mayor parte de estos yacimientos no pudo evitarse. Actualmente, el contexto académico ha cambiado de la mano de la Universidad de Jaén y del Centro Andaluz de Arqueología Ibérica. En realidad, el potencial histórico de Giribaile siempre había estado allí; eran las instituciones las que habían fallado.

LEYENDA E HISTORIA. “Una leyenda popular, cuyo origen deberíamos situar en la Edad Media, cuenta como dio la coincidencia de que, en tiempos del rey D. Juan I, fue señor de las cuevas de Espellunca el caballero de Baeza Gil Bayle o Baylio de Cabrera, que hizo conocer aquellos lugares con el nombre de Giri Bayle, manteniéndose desde el siglo XIII la tradición del nombre de Giri, pese a que algunos escritores escribieran Gil Bayle, confundiendo el nombre del pueblo con el del Señor”. En Giribaile habría que situar, por tanto, la leyenda popular recogida

LA MESETA DE GIRIBAILE CONSTITUYE UN LUGAR PRIVILEGIADO, PROVISTO DE AGUA Y PROTEGIDO POR IMPONENTES DEFENSAS NATURALES

por Gonzalo Argote de Molina en su obra *La rica hembra y la Giri* de Plutarco.

“¿Dónde localizaremos a Giri, la ciudad bárbara que inmortalizó Plutarco en la vida de Sertorio?”... En la meseta de sitio tan excelente, se alzó, a mi parecer, sin duda alguna, la Giri de Plutarco”. A Manuel de Góngora, en su *Viaje literario por las provincias de Granada y Jaén*, se debe la identificación de la ciudad que relata el pasaje de la vida de Sertorio con Giribaile. Más tarde, las excavaciones llevadas a cabo parecían confirmar que la ciudad ibérica fue destruida por un incendio generalizado.

En 2004 tuvimos la oportunidad de trabajar en la meseta de Giribaile. La idea era realizar una topografía de detalle y prospectar dentro de los límites de la ciudad ibérica, revisando minuciosamente las cerámicas, metales, molinos de piedra, etc., presentes en la superficie del terreno. Después de 45 días de intenso trabajo de campo, concluimos que no era posible reconocer materiales

posteriores al siglo III a.C. y dado el tamaño de la ciudad ibérica, 14,56 hectáreas, y su localización, cercana a ricas minas de plata, podría tratarse de Orongis, la ciudad destruida por Lucio Escipión en el año 207 a.C.

UN LUGAR PRIVILEGIADO. Fuera como fuese, la meseta de Giribaile, que sirvió de solar al *oppidum* de época ibérica, se alza, magnífica, en la confluencia de los ríos Guadalimar y Guadalén y constituye un lugar privilegiado, provisto de fuentes de agua y protegido por imponentes defensas naturales. Además, desde la meseta de Giribaile se ejerce un amplio dominio visual y un control de importantes recursos naturales, incluyendo minas de plomo y plata, en la sierra, y las fértiles y ricas tierras del valle. Así, más allá de los límites estrictos de la ciudad, el territorio de explotación agraria de Giribaile estaba formado por modestas casas de campesinos. Cerca de un centenar de estos sitios fueron localizados en las terrazas próximas al río, pero la mayoría de ellos fueron destruidos o han quedado cubiertos por las aguas de la presa de Giribaile.

Sobre los orígenes de la presencia ibérica en la meseta de Giribaile tenemos dudas razonables sobre la posibilidad de que la primitiva ocupación de un poblado de cabañas de la Edad del Bronce pudiera alcanzar el periodo orientalizante. De ser así, a este momento podrían pertenecer tanto el tesoro de Giribaile como un gran *pithos* de cerámica



Urna de cerámica con inscripción.

decorado depositado en el Museo Arqueológico de Córdoba. De todos modos, hoy sabemos que el *oppidum* de Giribaile formó parte del pago de Cástulo, un territorio político que en el siglo IV a. C. alcanzaba las fronteras naturales de las cabeceras de los ríos

Siete nuevos museos en red

■ A lo largo de 2009, la comarca de El Condado de Jaén va a poner en valor su presente y su pasado con la apertura de siete museos centrados en la difusión de su patrimonio cultural. A la inauguración esta primavera del Centro de Interpretación Arqueológica de Giribaile en Vilches se sumarán, en los próximos meses, el Centro de Interpretación de la Colonización de Carlos III (Arquillos); Centro de Interpretación del Condado de Santisteban (Santisteban del Puerto); Centro de Interpretación de la Historia de las cuatro Villas (Soriñuela del Gudalimar); Cueva de la Lobera y Muestra del Arte Íbero de Castellar (Castellar); Centro de Interpretación de los Ecosistemas del Condado (Montizón) y el Museo del Aceite (Navas de San Juan).

Guarrizas y Montizón, allí donde se localizan los famosos santuarios de Collado de los Jardines y Castellar de Santisteban.

Sobre la ciudad ibérica, a pesar de que tan sólo se han excavado 286 m², gracias a la documentación aportada por las antiguas campañas de excavación y a las nuevas estrategias de prospección arqueológica, hoy es posible presentar algunos resultados preliminares, comenzando por la descripción del elemento más monumental de la ciudad ibérica, la fortificación de tipo barrera. Este dispositivo, con una longitud de 246 metros y más de 10 metros de altura conservados en algunos puntos, impide el acceso al interior de la ciudad a través de su flanco más vulnerable.

Desde aquí, hasta alcanzar el castillo, que ocupa el extremo de la meseta, se extiende el *oppidum* a lo largo de casi un kilómetro, distancia, a través de la cual iremos encontrando los antiguos cortes y descubriendo dentro de ellos restos, parciales y muy deteriorados, de las casas de época ibérica. En uno es posible observar la presencia de un mosaico, realizado con cantos de río, que forman motivos de rombos. En Giribaile, la presencia de patios con mosaicos en las casas, junto con canalizaciones de agua y calles pavimentadas con grandes losas de piedras planas, nos dan una clara idea del nivel de sofisticación en el modo de vida urbano alcanzado en estas ciudades en los momentos finales de la cultura ibérica.

LOS PATIOS CON MOSAICOS, PAVIMENTACIÓN DE CALLES Y CANALIZACIONES SON BUENA MUESTRA DE LA SOFISTICACIÓN DE ESTA CIUDAD IBÉRICA

LA ACRÓPOLIS O CIUDADELA. En cuanto a la investigación más reciente, como parte del estudio realizado en Giribaile, hemos planteado la existencia de una posible acrópolis para la ciudad ibérica. Esta se localizaría en la *plaza de armas* que sirve de emplazamiento al castillo medieval, un lugar protegido por acantilados de roca que le sirven de defensas naturales y por una vaguada que le permite establecer una distancia física respecto al resto de la meseta, un espacio que proporciona una posición de control y de dominio visual sobre el entorno. Todas estas consideraciones, que jugaron un papel determinante en la elección de este lugar para la construcción de un castillo, primero califal y luego almohade, también pudieron ser aprovechadas en época ibérica para erigir una acrópolis o ciudadela, es decir, un recinto fortificado dentro de la propia ciudad, que pudo acoger la residencia del régulo local o príncipe íbero de Giribaile. Este espacio tiene un fuerte valor simbólico, ya que en sus inmediaciones se localiza una posible cueva-santuario y los espacios funerarios, de forma intencional, parecen rodearlo.

Por el momento, son tres los espacios conocidos destinados a usos funerarios en época ibérica. Todos ellos se localizan al pie de la meseta de Giribaile y se conocen como las necrópolis del cortijo de las Casas Altas, del Castillo y de la Plataforma Inferior. Esta última es la más conocida por la presencia de los cimientos de un edificio y de varios elementos de su arquitectura, entre ellos, varios sillares, unidos algunos de ellos con grapas de plomo, y fragmentos de la cornisa con gola que remataba, posiblemente, una escultura. Este edificio, interpretado inicialmente como un templo, hoy ha sido revisado y caracterizado como un monumento funerario del tipo de los conocidos como pilar-estela. Los fragmentos de cerámicas griegas recogidos junto al enterramiento son los materiales más antiguos pertenecientes al *oppidum* que hoy conocemos, por lo que, podríamos sugerir que nos encontra-

LOS ESTUDIOS RECIENTES SOBRE LAS CUEVAS DE GIRIBAILE HAN PERMITIDO DIFERENCIAR HASTA CUATRO CONJUNTOS RUPESTRES

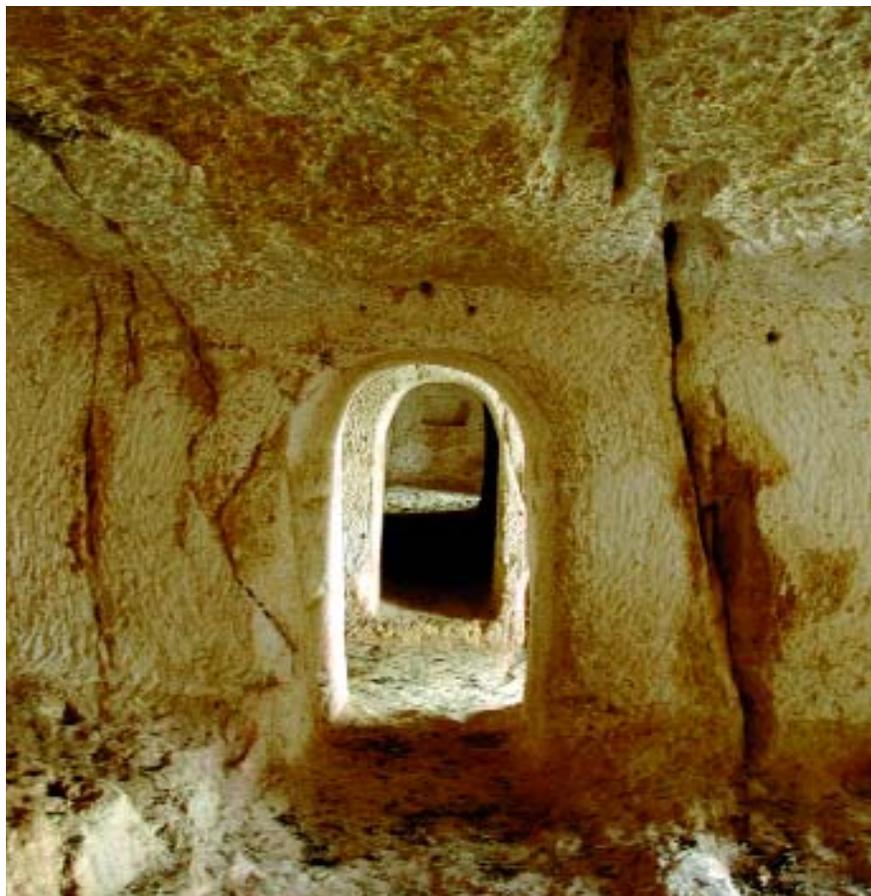
mos ante el enterramiento del primer príncipe de Giribaile.

ALGO MÁS QUE UNA CIUDAD IBÉRICA.

En los últimos años Giribaile ha cobrado un nuevo interés, a la ciudad ibérica se ha unido ahora el redescubrimiento de un poblamiento troglodítico, cuyo estudio está cada día más en auge. Se trataría de “la soñada ciudad de Spellunca o Espellunca”, citada por Manuel de Góngora, recogiendo una localización proporcionada por los anticuarios de Jaén. El análisis del topónimo resulta interesante porque parece hacer referencia a un poblamiento en cuevas, las Cuevas de Mari-Algar (Ma-Al-garb; esto es, Fuente del Ocaso), y efectivamente, lo primero que contempla el visitante que se acerca a Giribaile es un conjunto de cuevas excavadas en la base del majestuoso farallón de roca sobre el que se levanta la meseta.

Estas cuevas, habitadas hasta hace pocos años, guardan una larga historia que creemos se puede hacer arrancar desde un periodo difícil de concretar, pero a caballo entre la tardo-Antigüedad y la alta Edad Media. Los estudios recientes sobre las Cuevas de Giribaile han permitido diferenciar hasta cuatro conjuntos rupestres, identificados con un hábitat, una iglesia, un oratorio y otros espacios destinados a reunión, almacenes, etc.

Tal y como continúa el relato de Manuel de Góngora “el curioso viajero observa, —sorprendido— las escaleras interiores y troneras abiertas a pico”, que le dan un carácter imponente al conjunto, aunque más sorprendente resulta analizar, con detenimiento, las plantas de algunos edificios que obtuvimos en una campaña de limpieza y documentación en el año 2001. Se observa, por ejemplo, la simetría de las estancias del Complejo Rupestre 1, que se expresa no sólo en las proporciones de las naves, sino también en pequeños detalles como la disposición y el tamaño de vanos u hornacinas, demostrando la unidad del diseño, hecho nada frecuente en un edificio rupestre, o la semejanza en la orienta-



Interior del espacio troglodita.

ción y las proporciones de la planta del Complejo Rupestre 2, que recuerda a las utilizadas en el diseño de la nave central del Complejo Rupestre 1, lo que, sin duda, indica una relación clara entre ambos edificios.

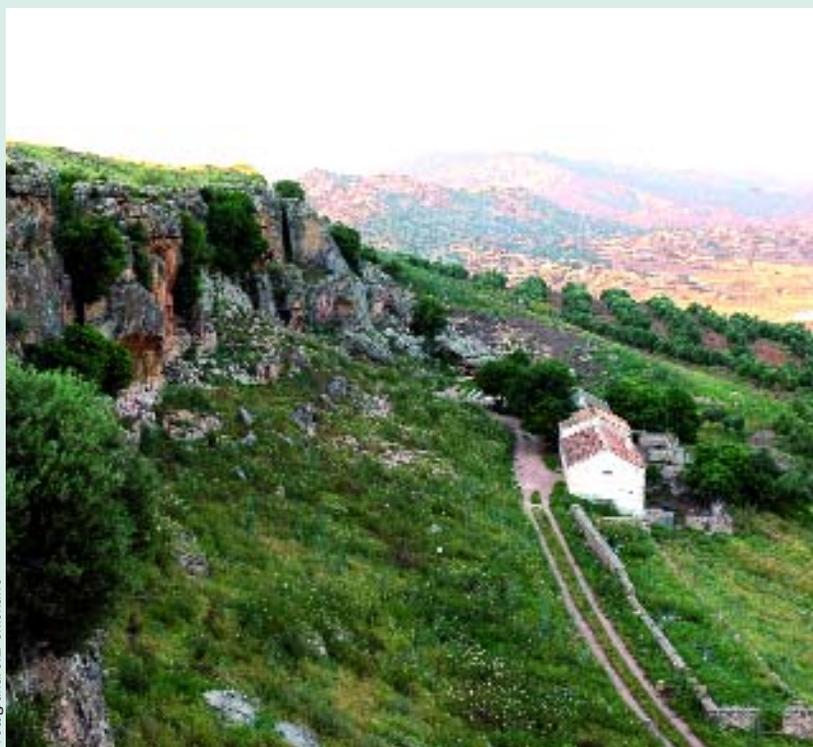
A diferencia de estos conjuntos, a los que se accede desde el nivel actual de suelo, el Complejo Rupestre 3 presenta un acceso complicado, en altura, debiendo utilizarse, originalmente, cuerdas o escalas para alcanzar una escalera interior excavada en la roca, empinada y estrecha, que se cerraba con una trampilla de madera. El reciente desprendimiento de un enorme bloque de piedra de la fachada de este conjunto condiciona actualmente su imagen, al igual que sucedió en el pasado con el Complejo Rupestre 4, que recuerda a una colmena, formada por un conjunto de pequeñas habitaciones excavadas en la roca, cubiertas con bóvedas de cascarón o de cúpula y construidas en tres niveles, comunicados entre sí interiormente y con ventanas que miran al valle. Este hábitat rupestre, organizado en varios pisos, sigue el modelo más común de eremitorio, formado por un número variable de celdas apiñadas. Se trata de construcciones sencillas, de perfil curvo, horadadas en la roca a diferentes alturas, que constituirían viviendas individuales.

Matanza en Orisia

■ “Al centinela le duelen los ojos. Faltan dos horas para que amanezca y lleva toda la noche escudriñando la oscuridad, con la bocina en la mano, por si hay que despertar a la guardia. Es un muchacho de quince años al que no le han permitido acompañar a los guerreros en la expedición contra los romanos. ‘Tendrás tiempo de sobra para combatirlos —le ha dicho su tío—. Además, te tienes que quedar para proteger el poblado’.

El muchacho, una vez más, mira el espacio despejado ante la muralla e intenta penetrar la oscuridad. No hay luna y sólo se distinguen las confusas formas de los matorrales más cercanos agitados por el viento. Si alguien se acercara sería más fácil oírlo que verlo. Cierra los ojos, contiene la respiración y aguza el oído. No se percibe nada. Sólo el viento silbando entre los arbustos y las rocas de la meseta pelada”.

Juan Eslava Galán: *Los iberos: los españoles como fuimos.*



Fotografía: J.L. Chicharro

Claves del lugar

■ Ubicación

Cómo llegar a Vilches: quizá la forma más sencilla de acceder al municipio jiennense de Vilches sea llegar hasta La Carolina (A4) para después tomar la carretera A-301 dirección Vilches-Úbeda, y después desviarse por la JA-6104 hasta Vilches. Si se llega desde Linares, hay que tomar la comarcal Ja-3210 de Linares a Orcera.

Cómo llegar a Giribaile. El castillo y yacimiento de Giribaile se encuentran situados en las inmediaciones de la pequeña aldea de Guadalén (término municipal de Vilches). Para llegar hay que coger la A-312 desde Linares hasta la aldea de Guadalén. En lo alto de un cerro, formado en la encrucijada de los ríos Guadalimar y Guadalén, se encuentra el yacimiento de Giribaile.

■ Para visitar:

El enclave de Giribaile, además de contener el poblado ibérico, posee un conjunto de cuevas con elementos rupestres de gran interés y los restos de una fortaleza almohade. En el casco urbano de Vilches se conservan los restos del castillo árabe, conquistado después de la batalla de las Navas de Tolosa y conservado como avanzadilla sobre al-Andalus tras la posterior retirada

cristiana. También es interesante la Iglesia Parroquial, originaria del siglo XV, convertida en parroquia en 1753. Es un edificio de sillería, de exterior sobrio, casi sin elementos decorativos. En el interior destaca su retablo del barroco tardío, de madera revestida con panes de oro y columnas salomónicas. En él se conservan los conocidos por tradición oral como los "Trofeos de la Batalla de las Navas de Tolosa": la Cruz de Arzobispo de Toledo D. Rodrigo Ximénez de Rada, una bandera, una lanza de los soldados que custodiaban al "Miramolín" y la casulla con que el arzobispo ofició la misa el mismo día de la batalla.

■ Alojamientos:

Hotel La Zarzuela. C/Molera s/n. Vilches. Hotel Casa Marchena. Pl. La Habana s/n. Vilches.

■ Qué comer:

Los platos típicos son Jarapos con liebre (guiso de liebre, cebolla, tomate y tortas de harina); migas con chicharrones y tocino frito y parpajotes (dulce típico ideal para tomar en el desayuno o a la hora del café).

■ Información:

www.vilches.com

Aunque resulta difícil para los arqueólogos interpretar quiénes fueron las personas que excavaron las cuevas y para qué, la presencia de varias sepulturas recortadas en la roca junto al cortijo cercano y el descubrimiento de una abundante presencia de cerámicas del siglo IX en la meseta de Giribaile, nos permiten avanzar en la caracterización arqueológica de los eremitas que ocuparon estas cuevas naturales, las acondicionaron y les dieron la forma que observamos. Recientemente a estas cuevas se ha venido a sumar la localización de una posible cueva-santuario de época ibérica, "al pie del acantilado sobre la vertiente meridional de la acrópolis" allí donde el profesor Claude Dommegue señalaba el hallazgo de pequeños bronce figurados.

Hace un par de años cuando visitamos Giribaile, con motivo de la celebración del VIII Curso de Arte y Arqueología Ibérica en Segura de la Sierra, recuerdo como unos colegas catalanes procedentes de la Universitat Rovira i Virgili de Tarragona, al recorrer el yacimiento, me comentaban que aquel lugar les había impresionado, que les había merecido la pena quedarse un día más para verlo, porque se trataba, sin duda, de un auténtico parque arqueológico. Al igual que estos compañeros, especialistas en arqueología, a lo largo de estos últimos años muchos ciudadanos han tenido la oportunidad de recorrer, con visitas guiadas, este yacimiento, comenzando por los propios vilcheños y quedando sorprendidos muchos de ellos.

Hoy, con la próxima inauguración del CIAG (Centro de Interpretación Arqueológica de Giribaile), se abre una nueva oportunidad para dar a conocer Giribaile y el modo en que estamos trabajando. Este centro tiene una vocación de motor cultural y está abierto a todos ustedes. Les esperamos, próximamente, en el CIAG para descubrirles los secretos más interesantes de nuestra *pequeña Pompeya*. ■

Más información

■ Eslava Galán, J.

Los iberos: los españoles como fuimos. Ed. Martínez Roca, Madrid, 2004

■ Gutiérrez, LM

El oppidum de Giribaile. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Jaén, Jaén, 2004

■ Ruiz, A.; Molinos, M

Iberos en Jaén, CAAlbérica textos, 2, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Jaén, Jaén, 2007

Los castillos son hoy los verdaderos señores de paisaje arqueológico. Su importante presencia en el territorio granadino los convierte en puntos de atención difíciles de soslayar. Creados para resistir y perdurar, dejan una huella muy fuerte en nuestra cultura y en nuestras vivencias. Se nos aparecen como protagonistas, aparentemente mudos, y escenarios de miles de historias, en las que la exacerbación romántica ha colocado leyendas de todo tipo. Muchos están situados en tierras de frontera, por eso los actores principales suelen ser moros y cristianos.

Los protagonistas del paisaje

Un recorrido por Granada a través de sus castillos

ATONIO MALPICA CUELLO
UNIVERSIDAD DE GRANADA

La historia y la geografía granadinas están llenas de estos, muchas veces imponentes, restos arqueológicos. La larga perduración de la presencia árabe ha llenado de castillos de todas las épocas estas tierras. Se observa, sin embargo, que los más visibles en número y en presencia son los de época nazarí. Se explica por las necesidades defensivas ante la acuciante presencia castellana y el empuje de la creciente capacidad militar de la sociedad feudal. La guerra era para los castellanos un motor económico de primera magnitud. Pero la guerra no puede explicarlo todo, ni siquiera la existencia de castillos. Hay otras cuestiones que se juntan con ella. El poder tiene una presencia real y efectiva en el espacio. Lo demuestra marcando los territorios con grandes estructuras defensivas. Como cada poder se expresa de manera diferente, el resultado es que no son iguales los castillos feudales que los andalusíes.

No existe un único tipo de castillo, ni en el espacio ni mucho menos en el tiempo. Han ido evolucionando a lo largo de la historia andalusí, por lo que el territorio granadino es el escenario perfecto para medir los ritmos de cambio y acumularlos en muchos de sus edificios y en la gran mayoría de sus territorios.

Granada es un territorio variado en lo geográfico, con climas muy distintos y recursos abundantes en pocos kilómetros de distancia. Esa diversidad queda, no obstante,

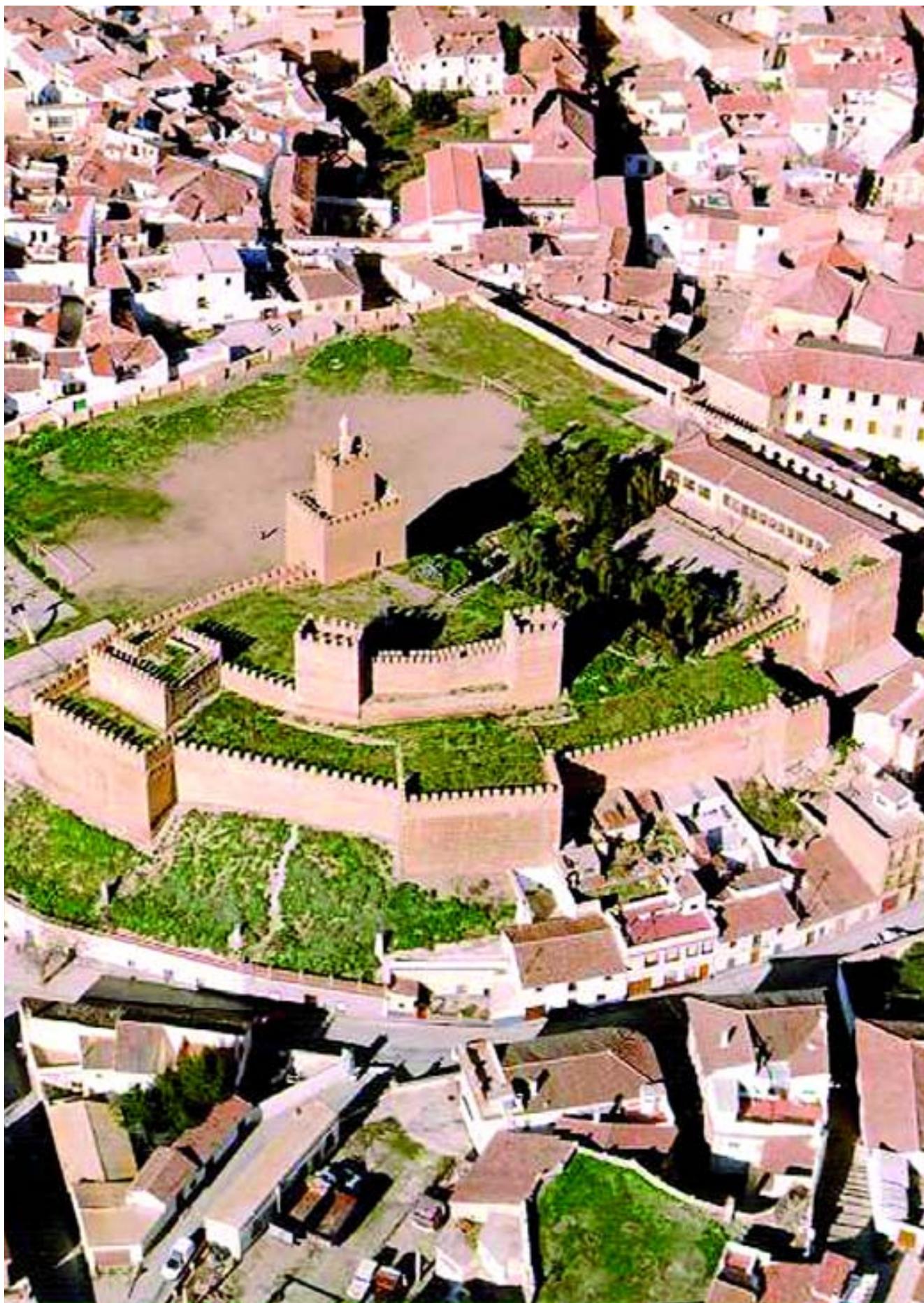
NO EXISTE UN ÚNICO TIPO DE CASTILLO, NI EN EL ESPACIO NI EN EL TIEMPO. FUERON EVOLUCIONANDO A LO LARGO DE LA HISTORIA ANDALUSÍ

homogeneizada en una evolución histórica común, de la que son buen ejemplo los incontables castillos que la jalonan. Es posible pues hacer un breve recorrido histórico por Granada teniendo en cuenta las fortalezas, torres y estructuras defensivas que encontramos en su territorio.

El final del Mundo Antiguo supuso una seria e importante transformación del poblamiento. La vida urbana, de una gran importancia en la sociedad romana, decayó hasta extremos que hicieron irreconocibles las ciudades. La organización del territorio se basó en los asentamientos rurales, si bien las *villae*, expresión de la cultura refinada de la aristocracia romana que se basaba en la *civitas*, fueron asimismo decayendo hasta desaparecer. Se constata arqueológicamente en todo el espacio mediterráneo y en el granadino, como no podía ser menos. La quiebra de los poderes públicos supuso una inseguridad que se expresa en la aparición de asentamientos de altura, que abundan

en nuestra tierra. No deben confundirse con los castillos propiamente dichos, porque no son tales. Un castillo es una estructura eminentemente defensiva (da igual con qué fines), que está amurallada y tiene con frecuencia cisternas o aljibes en su interior. Un asentamiento de altura se organiza a partir de los mecanismos naturales de protección y, a veces, ni eso; por tanto, no tiene murallas ni reservas hidráulicas que permitan estar en su interior para resistir ataques.

EL PERIODO ANDALUSÍ. Con la llegada de los árabes se aprecian diferentes asentamientos en los que se detecta la acción de los que acaban de llegar, pero también se aprecia el peso de los que ya estaban en otros. En el área granadina encontramos unas pequeñas estructuras castrales que indican la reorganización del territorio. Castillos como los que hay en la Alpujarra, que tienen una perduración con frecuencia hasta el siglo XI, muestran los inicios y el primer desarrollo del mundo andalusí. Hablamos de los del Barranco de Poqueira, de Mecina Alfahar, de Juviles, de Juliana, entre otros. En su mayor parte, no se han transformado más allá de la citada fecha, porque este espacio territorial quedó consolidado en fechas relativamente recientes y no fue transformador por el poder estatal ni por las comunidades. En la misma línea evolutiva se hallan algunas estructuras defensivas de la costa granadina (Moscaril, Cuerda del Jaral, Olías, Ram-



Ciudad de Guadix, que se construyó sobre un castillo precedente construido en el siglo IX.

Tres geografías diferenciadas

■ Granada es una tierra en la que la montaña tiene una presencia casi aplastante. Como en todo el conjunto penibético se aprecian tres componentes esenciales determinados por las cadenas béticas. Al norte se encuentra el sistema subbético, que siempre ha servido de barrera entre el Guadalquivir y las tierras llanas, pero elevadas, del interior. Por eso, en los angostos pasos que permiten la circulación de norte a sur, se encuentran imponentes fortalezas que son magníficos ejemplos de cómo controlar esos territorios, que los granadinos conocen por los Montes occidentales (Montefrío, Íllora, Moclín, Colomera) y orientales (Iznalloz, Montejicar, Piñar), separados entre sí por el río Cubillas, a poco kilómetros de la ciudad de Granada. Los castillos que hoy vemos, en realidad núcleos próximos a la vida urbana, son de época nazarí, pero han de entenderse como el resultado de una acumulación de edificios anteriores. Son buena muestra de que el peso de la geografía condiciona la ocupación y usos del territorio. La defensa de esos pasos ha sido siempre una preocupación de las sociedades que los han ocupado.

■ Las tierras llanas y elevadas, rozando algunas poblaciones los 1.000 metros, forman una orla que va del suroeste al noroeste. Se integran en el denominado surco intrabético, llamado así por estar entre las montañas septentrionales y las meridionales. En estos espacios interiores se han encontrado asentamientos de notable importancia y configurados como ciudades muchas veces. Dada su extensión, la riqueza de sus tierras y disponibilidad de recursos han sido, y en buena medida siguen siendo, los de mayor densidad poblacional. Estas ciudades, bien defendidas por sus circuitos de murallas, rigen amplios distritos, en los que hay un gran número de alquerías de una gran riqueza agrícola. Algunas de ellas están incluso defendidas por pequeñas estructuras defensivas, de las que apenas quedan ejemplos en la actualidad, seguramente por el uso continuado de las tierras para la agricultura y a la expansión de la misma. Las ciudades organizan anillos defensivos que van más allá de lo que alcanza la vista desde ellas. La finalidad era evitar la penetración hacia el interior de las cabalgadas castellanas.

■ La costa, separada del interior por una cadena montañosa abrupta e impenetrable, en donde están las cumbres más importantes de la Península, se abre en determinados puntos al mar. No hay sino algunas llanuras litorales que sirven para concentrar los núcleos de ocupación, favorecidos por un clima muy benigno y la abundancia de agua de las alturas próximas y de las reservas calizas de sus montañas. Esos puntos permiten una navegación de cabotaje que hace posible un tráfico marítimo que en espacios fragmentados y difíciles de comunicar por tierra. Por eso se ha abierto al mar y por eso mismo tiene que protegerse de posible amenazas externas y se han de controlar los territorios. Las defensas son más que necesarias. Esmaltan todo el conjunto costero y lo han hecho siempre, porque el Mediterráneo es una frontera líquida. La cercanía de África y el tránsito continuo de barcos y, en ellos, de gente, obligaban a tal control. Los castillos y torres costeros impregnan aún el paisaje de la costa granadina, quedando ejemplo que han ido superponiendo técnicas y arquitecturas de toda la época andalusí.

bla del Valenciano) y de la zona accitana (Guadix el Viejo o Luchena, Jolopos). Hay que hacer constar que muchos de estos podrían confundirse con poblados con ciertos mecanismos de defensa, como en Jolopos. En realidad, estas estructuras son diversas y no se pueden comparar sin más. Se complica más aún la cosa desde el momento en que el Estado omeya de al-Andalus impone su ley, con acuerdos más o menos expresos con los grupos autóctonos y los nuevos. La acción militar recorre todo el solar granadino, siendo importantes las campañas de los emires y del califa 'Abd al-Rahman III.

La participación de los segmentos de población instalados en su territorio se ve claramente en los momentos álgidos de este proceso, especialmente en el siglo IX y principios del siglo X. Un caudillo árabe como Sawwar, buscando un control del territorio, levanta castillos contra la principal ciudad del distrito o kura de Ilbira. Uno de ellos es el de Guadix, en donde sitúa a un grupo de su confianza. La propia ciudad de Ilbira se amuralla por esas fechas. Surge también el castillo de Loja. En estos dos casos es por influencia del poder omeya, con la colaboración de los Banu Jalib, una familia árabe de

gran importancia y cliente de los omeyas que se había establecido en al-Andalus en el siglo VIII, con la llegada de las tropas sirias a la Península.

Este juego de intereses contrapuesto es fundamental para entender la organización posterior del poblamiento y el papel de los castillos. A partir de la proclamación del Estado califal a comienzos del siglo X, las fortalezas se van a colocar bajo el control directo del poder político, capaz de cobrar impuestos y organizar la fiscalidad a partir de la acuñación de la moneda. Quizás por su alejamiento de las principales áreas de influencia directa de los omeyas, que son la ciudad de Córdoba, la línea costera más accesible y las vías hacia el norte, los casti-

llos de época califal (siglos X y XI) no se detectan. Por el contrario, se aprecia un claro florecimiento de las ciudades, como la citada Ilbira, Loja, Guadix y la evolución de algunos castillos hacia estructuras más complejas que llegarían a ser ciudades, como sucede con Granada. De todas formas, es un tema que está poco estudiado. Sin embargo, se puede decir que el peso del Estado es explicable no sólo por el mismo, sino por las alianzas que establece con diferentes grupos humanos que controlaban territorios más o menos amplios.

LA DESCOMPOSICIÓN DEL CALIFATO.

Esta cuestión sale a la luz cuando tuvo lugar el estallido final del califato y su descomposición, dando paso a los llamados reinos de taifas. Muchas fuerzas se liberaron y tuvo que haber una reorganización que pone de relieve las debilidades estructurales del Estado en al-Andalus. Tres elementos entran claramente en juego: el poder estatal, que va a adquirir una nueva dimensión territorial, las ciudades y el mundo campesino.

La dimensión territorial es menor, pues estos reinos adquieren una extensión que podemos considerar pequeña. Hasta tal

UN CASTILLO ES UNA ESTRUCTURA DEFENSIVA, DA IGUAL CON QUÉ FINES, QUE ESTÁ AMURALLADA Y, CON FRECUENCIA, TIENE ALJIBES EN SU INTERIOR



Castillejo de Los Guájares, poblado fortificado del siglo XII.

punto es así que las ciudades juegan el principal papel. Se advierte en el caso de Granada, en donde se establece un reino con la capital en una nueva *madina*, fundada *ex novo*. Antiguas estructuras castrales, tipo *hisn* o castillo, van a desarrollar sus potencialidades y se convierten en ciudades. Es el caso de la misma Granada, pero también el de Loja y el de Guadix. Se explica por la necesidad del nuevo poder, la dinastía de los ziríes, beréberes *sinhaya*, que llegaron a al-Andalus para luchar en los ejércitos de Almanzor, de dotarse de elementos propios de tal. Pero la misma fundación de Granada a partir de un castillo pone de manifiesto la necesidad de llegar a pactos con grupos humanos precedentes.

Uno de ellos es urbano, el que estaba ya conformado en *Madinat Ilbira*. No sólo se limita al mundo urbano, sino que ha de expresarse a partir de las relaciones con los asentamientos rurales. Por eso, al lado mismo de las grandes obras de defensa que se emprenden en las ciudades, con una inversión importante que, en el caso de Granada, supone la construcción de murallas y de edificios de gran importancia para la vida urba-

na, como la mezquita mayor, aparecen pequeñas estructuras defensivas que merece la pena analizar.

Estos castillos tienen unas dimensiones reducidas, se sitúan en puntos alejados de las zonas pobladas y en elevaciones, a los que, por tanto, es difícil acceder. No parecen concebidos para albergar un número importante de personas, ni siquiera son refugios. Más bien hay que definirlos como edificios para el control de un área territorial y sobre todo para los pasos principales. Es lo que se aprecia en castillos como el de Peñas Cabrera, situado en el camino entre Granada y Guadix, citado como *Qabrira* en las célebres *Memorias del rey 'Abd Allah*, es-

MÁS IMPACTO QUE LOS ALMORÁVIDES TUVIERON LOS ALMOHADES QUIENES DEJARON HUELLAS DE SUS INNOVACIONES DEFENSIVAS EN TODO EL TERRITORIO

critas en el siglo XI por el último gobernante zirí de Granada. Fue levantado según él para proteger a la capital del ataque de los eslavos de Almería.

En este siglo XI es también cuando asistimos a una serie de obras importantes en los centros urbanos. Algunos de ellos podemos considerar que en esas fechas ya plenamente ciudades, como Guadix y Loja, antiguos castillos. Por supuesto en Granada, la capital del reino y corte de los ziríes, será donde se construya más. Dejando a un lado obras urbanas de otro tipo (mezquita mayor, puentes, infraestructuras hidráulicas), las defensivas tienen una considerable importancia. La muralla se desarrolla para ofrecer más seguridades al núcleo urbano, rico y productivo. Era un tiempo turbulento en el que las disensiones entre los taifas fueron atizadas por Alfonso VI. La presión del rey sevillano y del cristiano fue importante. Llegaron a construir el castillo de Velillos en una elevación sobre el río de ese nombre, en cuyo curso superior se ubicó otra fortaleza de mayor pervivencia, la de Moclín. Las construcciones feudales parece que sirvieron de ejemplo y, desde luego, acicate para



Castillo de la frontera o villa de Castril de tiempos nazaríes, construido a partir de restos anteriores.

las granadinas, al decir de las mencionadas *Memorias*. Granada se desarrolló a partir de un hisn precedente y se amuralló en tapial, abandonando la sillería propia del califato, más costosa en su realización.

Heridos de muerte por sus contradicciones internas y el empuje feudal, los taifas fueron desapareciendo a manos de los poderes norteafricanos.

ALMORÁVIDES Y ALMOHADES. Conocemos mal la acción almorávide por lo que respecta a su cultura material y a las obras emprendidas. Indudablemente, hubo aportaciones, como la construcción de una alhóndiga en el solar de lo que sería la alcaicería. Asimismo se reforzaron las murallas de Granada.

Más impacto tuvieron los almohades que dejaron huellas en todo el territorio andalusí. Sus innovaciones defensivas se centrarán en las ciudades. Sin embargo, a poco que se

atendiera a los espléndidos edificios que hay en el mundo rural, muchos de ellos en un estado lamentable de conservación, tendríamos una imagen más ajustada a la realidad de su actuación. Poblados fortificados como el de Los Guájares, castillos como el de Restábal (Valle de Lecrín), torres poligonales como la de Brácana, son algunas de estas construcciones. En algunos edificios se observan ahora transformaciones importantes, como en el castillo de Aldeire, en el Zenete.

LOS NAZARÍES CREARON VERDADEROS ANILLOS QUE EMPEZABAN EN LA MISMA LÍNEA DE FRONTERA Y ACABABAN EN LAS CIUDADES INTERIORES

La arquitectura militar sufrió una verdadera modificación para mejorar las defensas e impedir la cada vez más fuerte presión feudal. Las puertas se hicieron en codo o doble codo, dentro de torres puertas. Las mismas torres se elevaron gracias al empleo de un nuevo tapial, el calicastro, muy extendido con los nazaríes; las plantas de estas torres se diversificaron apareciendo las poligonales, que hacían posible un mayor control al existir menos ángulos muertos; se destacaron de la línea de muralla, avanzando, caso de las albarranas y las corchas para proteger puntos de agua, se generalizaron, aunque fueran anteriores. Al largo etcétera de las innovaciones defensivas hay que añadir la aparición de barbancas para quebrar los ataques antes de que se llegara a las murallas. Pero no se puede olvidar los mensajes que expresan los almohades en sus obras. Son imponentes a veces de forma ficticia, como indica el falso aparejo que si-

Defensivos y habitables

■ El esquema que en su día trazó Pierre Guichard sobre los husun o castillos andalusíes sin duda ha servido para que la investigación progrese de manera decisiva. Aunque hoy en día su teoría se puede corregir, se basaba en una realidad que se puede comprobar fácilmente, la existencia de diferencias entre las dos sociedades, la feudal y la tributaria-mercantil de al-Andalus. Y esto ya no admite dudas en la historiografía actual. Siguiendo a Guichard, diremos que el castillo andalusí contaba con dos partes diferenciadas. La superior, último bastión defensivo, que es conocida como donjon, o también como celloquia, haciendo referencia al puesto de mando de una nave, es el espacio del poder político que se organiza en un Estado externo en muchos aspectos al territorio en que se instala. En

él están los soldados y su jefe, el alcaide (al-qaid, en árabe). Su mantenimiento y los bienes necesarios para ser proveídos son a cuenta de ese Estado. La otra parte, más extensa, es la que ha sido denominada albacar, en clara referencia a la capacidad de albergar ganado, pero también personas. Corresponde su uso y su cuidado a la comunidad campesina que se halla esparcida en las alquerías de su distrito, que se puede denominar en tal sentido castral.

Dos zonas diferenciadas, marcadas claramente en la arquitectura militar, que se corresponden, si bien no de manera mecánica, con los dos polos que conforman la sociedad de al-Andalus: el Estado, que es esencialmente urbano, y el mundo campesino, agrupado en comunidades territoriales, fuertemente cohesionadas,

que conviven en un mismo distrito. Al primero corresponde la celloquia; al segundo, el albacar. Eso exige acuerdos entre ambos que no sólo se expresan, aunque sí de forma principal, fiscalmente.

Sin embargo, este tipo de castillo no es fácil de reconocer en la mayor parte de los ejemplos que se concentran en espacio granadino. Más que hablar de estas estructuras bipartitas y aceptarlas acríticamente, hay que tener en cuenta que, efectivamente, la sociedad de al-Andalus giraba en torno a los ya citados dos elementos, sin que olvidemos la presencia de las ciudades, punto de encuentro de ambos componentes, de forma desigual, por supuesto. Tienen asimismo una insoslayable importancia para entender la organización defensiva.

mula despiece de sillares en el tapial (Los Guájares, por ejemplo). Los programas decorativos, que recogen los mismos nazaríes, con el empleo general de la epigrafía se expresan en las entradas (alcazaba de Loja).

NAZARÍES. Herederos directos de los almohades son los nazaríes. Como con ellos, la fortificación tuvo un papel relevante en su acción de gobierno, siendo el sultán quien se encargó, aunque con la participación de las poblaciones de las defensas. Sin duda tomaron ejemplos de los castellanos del otro lado de la frontera, pero su arquitectura está más próxima al mundo andalusí.

Construyeron en tapial calicastro, como se ve en la muralla exterior de Granada, levantada en tiempos de Yusuf I, a mediados del siglo XIV, pero asimismo generalizaron la mampostería encintada. Gran parte de los castillos de la frontera, en realidad, casi ciudades o ciudades sin más, se hicieron así. Alternaron las torres cuadradas con las redondas, con sillares en las esquinas las primeras. Crearon espacios defendidos en los que se apreciaban dos áreas claramente diferenciadas, siendo la superior la mejor protegida, en donde se solía ubicar una torre del homenaje, a imitación de los castellanos, pero sin esa denominación, en tanto que la baja era el área poblada por la gente que allí vivía de forma permanente.

En realidad estos edificios no son exclusivos de la zona de frontera (Loja, Montefrío,

Íllora, Moclín, Colomera, Iznalloz, Montejicar, Píñar), sino que su técnica constructiva y sus novedades arquitectónicas (mampostería encintada, torres cuadradas y circulares, torre del homenaje, etc.) se aprecian en otras construcciones, ya sean ciudades, como Almuñécar y Salobreña, castillos y torres atalayas que jalonan la geografía granadina más allá de la raya fronteriza.

Se pueden ver asimismo otras estructuras defensivas de considerable impacto visual, como el castillo de Castell de Ferro, al borde del mar, o en una elevación, como el vecino de La Rijana. Son construcciones muy compactas, con aljibes dentro del mismo edificio, sin apenas vanos al exterior, que muestran las necesidades defensivas de un territorio más allá de la propia población que en él vivía.

Más información

- **López Guzmán, Rafael (coord.)**
La arquitectura del Islam occidental.
Lunwerg, Barcelona, 1995.
- **Malpica Cuello, Antonio**
Poblamiento y castillos en Granada.
Lunwerg, Barcelona, 1996.
- **Martín García, Mariano; Bleda Portero, Jesús y Martín Civantos, José M^a**
Inventario de arquitectura militar de la provincia de Granada (siglos VIII al XVIII).
Dip. Prov. Granada, Granada, 1999.

Los nazaríes llevaron a extremos importantes los mecanismos defensivos, no sólo en los edificios, sino en la organización del conjunto territorial. Fue así como crearon verdaderos anillos defensivos que empezaban en la misma línea fronteriza y acababan en las ciudades interiores. Toda la costa quedó protegida.

Fue inútil. La capacidad militar castellana, con el desarrollo de un ejército bien organizado y capaz de vivir en el terreno, con diversidad de cuerpos, con un abastecimiento asegurado y con un arma que tuvo una importancia creciente, la artillería, hizo imposible el mantenimiento del reino. Los castillos y murallas nazaríes no fueron capaces de resistir su empuje. Llegó el final del reino nazarí y empezó el control del espacio territorial de los castellanos que ocuparon unas fortalezas, abandonando otras, y crearon hermosos ejemplares de lo que quería la sociedad castellana. Uno de ellos es el bien conocido castillo palacio de La Calahorra, en el Zenete; otro, de menor porte, pero de indudable interés, es el de Vélez Benaudalla.

Los castillos son testigos de un pasado histórico de los territorios granadinos que quieren hablar, pero que a veces se hallan al borde de la desaparición. Es uno de los más importantes patrimonios arqueológico y arquitectónico que hay en Andalucía, en donde es posible escuchar la voz de tiempos pasados. ■

El nombre de Juan de Mata Carriazo y Arroquia está asociado de manera indisoluble al del Tesoro de El Carambolo. Pero pocos saben que a mediados de los años 30, décadas antes de que el célebre conjunto de oro saliera a la luz, Carriazo se dedicaba a otros menesteres, muy diferentes, pero igualmente interesantes. Por aquel entonces era ya Catedrático de la Universidad de Sevilla y su investigación se centraba en Itálica. Pero, además, como Patrono Regional del Museo del Pueblo Español, recorría la provincia recogiendo prendas y objetos etnográficos.

Antes de El Carambolo

La aportación Juan de Mata Carriazo al Museo del Pueblo Español

IRENE SECO SERRA

CUERPO FACULTATIVO DE CONSERVADORES DE MUSEOS

AH
ABRIL
2009
106

Corría el año de 1925 cuando se celebró en Madrid una magna Exposición del Traje Regional e Histórico en el Palacio de Bibliotecas y Museos, hoy sede de la Biblioteca Nacional y del Museo Arqueológico Nacional. Cuando aún faltaban meses para que los Reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia la inaugurasen, los periódicos ya hablaban sobre la muestra de forma habitual y aguardaban impacientes su apertura. La expectación generada fue, así pues, enorme, hasta el punto de que hubo incluso que reeditar la guía de la visita, porque se agotó con rapidez en cuanto se abrieron las puertas al público.

La exposición, en la que colaboró un nutrido grupo de intelectuales, políticos y artistas, y en la que se exhibieron unos trescientos cincuenta trajes completos, casi cuatro mil prendas sueltas, más de seiscientos fotografías y dos centenares largos de acuarelas, fue promovida por una andaluza de pro, la malagueña Trinidad von Scholtz Hermendorff, Duquesa de Parcent.

En seguida hubo conciencia de la importancia de la colección reunida y la exposición se convirtió en un Museo del Traje permanente, que en el año 1930 se instaló en el Palacio de Godoy. Cuatro años más tarde, la institución pasó a formar parte de un museo etnológico concebido desde un punto de vista más amplio: el Museo del Pueblo Español.

A PESAR DE LA ENTUSIASTA LABOR DE SUS PATRONOS, DEBIDO A LA GUERRA CIVIL, EL NUEVO MUSEO DEL PUEBLO ESPAÑOL NUNCA PUDO INAUGURARSE

Bajo la dirección de Luis de Hoyos, 41 Patronos Regionales y casi 70 Correspondientes empezaron a adquirir para el Museo piezas de todas las zonas de España. De Andalucía se ocuparon siete Patronos, todos nombres conocidísimos en la vida cultural del momento, que los documentos fundacionales del Museo mencionan como sigue: Antonio Relaño, profesor de la Escuela Normal y abogado (Almería); Pelayo Quintero Atauri, director del Museo (Cádiz); Rafael Castejón, de la Comisión de Monumentos (Córdoba); Antonio Gallego y Burín, catedrático de la Universidad (Granada); Cecilio Barberán, delegado de Bellas Artes (Jaén); Juan Temboury, correspondiente de la Academia de Bellas Artes de San Fernando (Málaga) y Juan de Mata Carriazo, catedrático de la Universidad (Sevilla). Falta Huelva, para la que no se nombró Patrono aunque sí un Correspondiente, José Marchena Colombo, Delegado de Bellas Artes.

UN PARÉNTESIS DE SESENTA AÑOS. La Guerra Civil vino a interrumpir de forma dramática la marcha del Museo del Pueblo Español, que no pudo llegar a inaugurarse, y estuvo durante muchos años embalado y almacenado. En el año 1987, las colecciones se trasladaron al actual edificio en Ciudad Universitaria, aunque el Museo siguió cerrado hasta el año 2004. En esta fecha se abrió por fin, aunque no como Museo del Pueblo Español sino solamente como Museo del Traje.

Pero éste no es el final de la larga y accidentada historia del Museo. Ante el fin del contrato de arrendamiento del terreno, propiedad de la Universidad Complutense, el Ministerio de Cultura ha hecho pública hace poco tiempo la decisión de separar las colecciones etnográficas, para crear con ellas el nuevo Museo Nacional de Etnografía, que tendrá su sede en la ciudad de Teruel. La indumentaria (salvo la tradicional) se integrará, por su parte, en un Centro de la Moda y el Diseño que se piensa ubicar en el Matadero de Madrid.

Pero volvamos a la labor del personaje que hoy nos ocupa. Juan de Mata Carriazo no aparece mencionado en la Guía de 1925 de la Exposición del Traje Regional e Histórico. Su primera vinculación conocida con la institución corresponde al año 1934, fecha en que, como hemos visto, es nombrado Patrono Regional de Sevilla del nuevo Museo del Pueblo Español. Carriazo desempeñará el



Imágenes: Museo del Traje - CIPE

Vestido de verano de hacia 1875, de algodón labrado, con polisón.

cargo desde esa fecha hasta 1940. Según consta en nota manuscrita en los archivos del Museo, en la sesión del día 20 de mayo de 1940 se admitió su dimisión, que resultó oficialmente aceptada el 22 de julio de ese mismo año, como refleja el acta del día, conservada también en el archivo documental.

Carriazo estuvo nueve meses en prisión tras la guerra, y de hecho su nombre no aparece en los listados de patronos y correspondientes de mayo de 1939 que nos han llegado

(para la zona sevillana se menciona únicamente al Correspondiente Alejandro Guichot), por lo que es de suponer que por esas fechas el arqueólogo no realizaba ya actividades para el Museo. Así pues, en la práctica, probablemente Juan de Mata Carriazo trabajó como Patrono poco más de cuatro años y además tres de ellos corresponden a la Guerra Civil, durante la que la recogida de objetos estuvo paralizada. También estuvo fuera de España durante el verano de 1935,

Los Patronos Regionales andaluces

■ Todos los Patronos andaluces de 1934 eran destacadas figuras de cada región. Antonio Relaño Jiménez (1883-1967) fue catedrático de Historia en la Escuela de Magisterio de Almería, institución que dirigió además en dos ocasiones. El cordobés Rafael Castejón y Martínez de Arizala (1893-1986), veterinario de formación y profesión, fue además arabista e historiador, y se interesó por el arte y la arqueología, llegando a dirigir la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Antonio Gallego y Burín era Catedrático de Historia del Arte en la Universidad de Granada y había creado en 1929 del Museo Arqueológico en la Casa de los Tiros. Se convertiría en alcalde de la ciudad cuatro años después de su nombramiento como Patrono. No hay que olvidar tampoco la obra de Cecilio Barberán (1899-1982), escritor, crítico de arte, Delegado de Bellas Artes en Jaén y comisario de Excavaciones Arqueológicas. Casi no hace falta presentar a Pelayo Quintero Atauri (1867-1946), uno de los grandes pioneros de la Arqueología española, cuya actividad se extendió a lo largo de más de medio siglo. Y que decir de Juan Temboury (1899-1965), defensor a ultranza del legado de Picasso, patrono del Museo de Bellas Artes de Málaga e impulsor del Museo Arqueológico, pero, sobre todo, responsable de la excavación y rehabilitación de la emblemática Alcazaba malagueña, una labor a veces cuestionada, pero que sin duda redescubrió para la ciudad uno de sus símbolos más apreciados.

que pasó viajando por diferentes museos de Europa.

Por todo ello, resulta muy notable el número de piezas que ingresaron por su mediación. Juan de Mata Carriazo adquirió para el Museo un total de 52 piezas (15 objetos etnográficos; 2 de joyería y complementos; 16 de indumentaria popular y 19 de indumentaria histórica). La mayoría de Patronos andaluces compraron un número parecido de piezas a lo largo de su colaboración con el

Abanico japonés de finales del siglo XIX o principios del siglo XX.

A la derecha, se aprecia la marca de producción en ideogramas japoneses.



Museo, con la salvedad de Relación, cuyo trabajo se extendió algo más en el tiempo, y que llegó a ingresar nada menos que 169, y de Castejón, que solamente envió ocho. La cifra de Carriazo corresponde también a la media del conjunto de todos los patronos regionales. De los 41 patronos, 14 no llegaron a aportar ninguna pieza. El que hizo ingresar un número más elevado de objetos fue Rafael Navarro, patrono de Palencia, que compró 201, aunque hay que especificar que estuvo en activo hasta el año 1947. El que menos consiguió, exceptuando, claro, a los que no llevaron ninguna, fue Jesús Larrea, de Vizcaya, con tres.

La breve pero fructífera labor de Carriazo se enmarca, básicamente, en el primer año del nuevo Museo, cuando bajo la entusiasta dirección de Luis de Hoyos se preparaba la inminente apertura que nunca llegó a producirse. Según glosa en el número 3 de los Anales del Museo Nacional de Antropología Pedro Manuel Berges Soriano, director del museo entre 1984 y 2002, “por fin un sueño se había hecho realidad, y D. Luis de Hoyos Sainz estaba al frente del Museo del Pueblo español, rodeado de un buen equipo de amigos y fieles colaboradores y arropado por un poderoso Patronato. Disponía además de dinero para adquisiciones y de una red, creada por él, de Patronos Regionales y Correspondientes en todas las provincias españolas

COMO PATRONO REGIONAL DE SEVILLA, CARRIAZO ADQUIRIÓ MÁS DE 50 PIEZAS DE ETNOGRAFÍA E INDUMENTARIA EN UN SOLO AÑO

La urgente labor de los Patronos

■ “No puede constituirse plenamente el Museo del Pueblo Español con la sola protección oficial [...] Por ello, este Patronato [...] pide cooperación y ayuda directa a los que en él se estimen representados, para que por los Patronos Regionales [...] recojan y envíen al mismo cuantos objetos y datos figuren en el cuestionario [...]. Dos aclaraciones hace el Patronato a todos los que atiendan su ruego. Es la primera, la de la ilimitación de lo que puede y debe recogerse y enviarse, y, la segunda, la de la urgencia del trabajo. [...] Con los últimos viejos de cada pueblo caen las costumbres, el conocimiento de los mitos, de las leyendas, de las fábulas, de las técnicas antiguas, de todo lo que constituye el saber y la originalidad de una civilización. Con ellos se desvanecen los elementos de la vida social misma, de la que su actividad constituye la única salvaguarda. ‘Ahora o nunca’, hay que recoger los objetos y los datos”.

Decreto fundacional de 1934 del MPE. Recogido en Anales del Museo del Pueblo Español, tomo 1, 1935. Sección oficial: apartado “Circulares y cuestionario para la recogida de objetos”, pp. 34-35.

[...]

¿Quiénes eran estos patronos? [...] Hubo de todo, y los resultados, a veces nulos, y a veces sorprendentes”. Según hemos visto, está claro que los de Juan de Mata Carriazo se inscriben más en la segunda categoría que en la primera.

PRENDAS DE VESTIR. Una gran parte de los fondos recogidos por Carriazo fueron prendas de indumentaria, tanto histórica como tradicional. Podemos destacar, por ejemplo, varios elegantes vestidos decimonónicos. Uno de ellos es un traje de verano de algodón labrado de color marfil, adornado con lazos y volantes de tul. Lleva polisón, y está compuesto por tres elementos: cuerpo, falda y sobrefalda. También de tres piezas es otro traje, en esta ocasión con miriñaque, confeccionado en un tejido mixto de seda y algodón y decorado con flecos de seda. Como tercer ejemplo se puede mencionar un vaporoso vestido de seda morada de una sola pieza, con escote barco, que se abrocha en la espalda con corchetes.

Algunas de las prendas históricas cuentan con etiquetas, que nos permiten identificar a su fabricante. Es el caso de un cuerpo negro de seda, entallado con ballenas y enriquecido con abalorios, pasamanería y volantes de encaje. Una etiqueta en la cintura nos informa de su origen concreto: “Marta Villar / Modista / Vizcaínos, 31 / Sevilla”.

LA MAYORÍA DE LAS PIEZAS DE CARRIAZO, HOY EN EL MUSEO DEL TRAJE, FORMARÁN PARTE DEL FUTURO MUSEO NACIONAL DE ETNOGRAFÍA DE TERUEL



Vestido de seda morada, hacia 1824.

También muy interesantes tanto por su tipología como por su variedad resultan las prendas populares adquiridas por el arqueólogo. Se puede destacar, para empezar, un sombrero masculino de terciopelo negro, de copa cónica y ala redonda y vuelta. El interior se refuerza con cuero calado y teñido de rojo, y se adorna con cintas de colores. En el forro está estampada la marca de producción, casi borrada por el tiempo y el uso, en la que sólo acierta a leerse la palabra Sevilla.

Otras prendas populares acopiadas por Juan de Mata Carriazo son, por ejemplo, un vistoso pañuelo de talle de seda negra estampada con flores, unas humildes medias caladas tejidas a mano con hilo crudo de algodón y zurcidas en el talón y la puntera, un jubón emballado o un vestido "a la moda" para uso cotidiano. El vestido, comprado en Coria del Río, sigue las modas urbanas vigentes en torno al cambio de siglo, aunque está realizado en un simple tejido de lino estampado con listas en azul y blanco. Su único adorno son unas tiras de puntilla cruda en la zona de la pechera. El jubón, por su parte, sí se enmarca en los patrones habituales de la indumentaria tradicional, aunque, como ya se ha dicho, está emballado, lo cual es infrecuente en este ámbito. Presenta una docena de haldetas en el bajo y cierra con una veintena de botones rojos decorados con laminillas de metal en forma de mariposa embutidas en la pasta de cada botón.

JOYAS Y ARTESANÍA POPULAR. Carriazo envió también al museo algunas joyas antiguas, como un delicado broche de plata, adquirido en Sevilla, pero de fabricación cordobesa. En el anverso pueden verse algunas de las letras del nombre de su artífice, Antonio Rafael González Vega, activo en la segunda mitad del siglo XIX. Otras de las pie-

zas adquiridas por el arqueólogo se enmarcaban de forma más clara en la artesanía "popular", como el soplillo procedente de La Campana, una pieza redonda tejida con fibra de palma que se utilizaba para reavivar la lumbre.

Para concluir esta breve aproximación, nos fijaremos en un objeto excepcional. Se trata de un gran abanico, con el varillaje de madera lacada y dorada y las caveras incrustadas con vidrios de colores. El país, de papel rojo, se adorna con pájaros pintados y flores de tela ingeniosamente incrustadas en el propio papel. En uno de los extremos, se puede apreciar la marca de producción en ideogramas japoneses: NAKAJIMA 中島. Nakajima es un distrito de Kyoto, ciudad famosa por sus abanicos; de hecho, Kyoto sigue siendo hoy en día un importante centro de producción, con más de cien talleres especializados en la fabricación de estos delicados objetos. El segundo ideograma está escrito a la manera arcaica que todavía se empleaba antes de la II Guerra Mundial.

Pero además de la marca del taller, este abanico presenta una segunda inscripción realizada a tinta, probablemente por la propia dueña del abanico. Se trata de una pequeña poesía, que reza: "Cuando yo esté muriendo / ponte delante de mi. / Me preguntas si te quiero / por señas diré que sí. / Ángeles Muñoz".

Este extraordinario abanico fue adquirido para el Museo por Juan de Mata Carriazo en la localidad de Constantina, y constituye un ejemplo perfecto de las características de las piezas recogidas por el gran arqueólogo: prendas y objetos de cierta antigüedad, con mérito artístico y cultural, y a menudo con el valor añadido que les proporcionaba su historia de uso en el mundo tradicional. ■

Más información

Berges Soriano, Pedro Manuel

"Museo del Pueblo Español", Anales del Museo Nacional de Antropología 3, 65-88. Madrid, 1996.

Carriazo Rubio, Juan Luis (ed.)

Juan de Mata Carriazo y Arroquia: perfiles de un centenario (1899-1999). Universidad de Sevilla, Sevilla, 2001.

VV.AA.

Anales del Museo del Pueblo Español, tomo 1, cuadernos 1 y 2. Madrid, 1935.

La inversión más rentable del franquismo: la represión

MIGUEL A. DEL ARCO BLANCO

Allá por el año 2001, la historiadora Conxita Mir advertía que la represión franquista era una “cuestión sin agotar”. El libro de Javier Rodrigo, años después, sigue haciendo valer la afirmación de la historiadora catalana; pero también obedece a un deber: el del historiador de acudir a aquellos temas y periodos históricos demandados por la sociedad en la que vive. Y la cuestión de la represión franquista es, hoy día, un tema capital que necesita ser abordado de forma seria y profunda. Un tema, además, que debe ser tomado con distancia, pero también con cierto compromiso: el que tienen los historiadores para desvestirse al pasado de sus sombras más oscuras.

Todo esto es el libro de Rodrigo. El novelista andaluz Isaac Rosa, autor del prólogo, lo considera un “libro radical”. Si no es radical, sin duda es una síntesis necesaria y cierta sobre las dimensiones, naturaleza y consecuencias de la represión franquista durante la guerra civil y la larga dictadura que le siguió.

El autor comienza la obra reflexionando sobre los mitos de la represión en el bando sublevado y republicano durante la Guerra Civil. Y queda claro que la primera fue extrema frente a la segunda: pueden calcularse en más de 100.000 las personas llevadas a la muerte por los sublevados, frente a las 50.000 que perecieron a manos de los republicanos. Fue así una violencia asimétrica cuantitativamente, pero también cualitativamente: mientras que la republicana fue en su mayoría espontánea, en la retaguardia nacional, tras las sacas y paseos, se institucionalizaría el terror de una violencia fría e implacable.

El golpe de Estado y los días que lo siguieron fueron de una brutalidad sin igual. Rodrigo penetra en las causas y motivos de la cruenta represión, dejando claro los factores sociales, políticos y económicos que la historiografía revisionista y

conservadora gusta dejar de lado a la hora de explicar el origen de la Guerra Civil. Fue una violencia al margen de la ley, con el asesinato empleado como medio de descabezar y terrorizar a los opositores al golpe. Y una violencia que no se limitó a la toma del poder de los sublevados en localidades y provincias: la inmensa mayoría de las muertes violentas tendrían lugar en los meses siguientes (30-35.000 de los asesinados en la retaguardia franquista lo fueron asesinados en el verano de 1936). Pero después llegó la justicia militar. Mes a mes, los consejos de guerra funcionaron como una maquinaria implacable de la *justicia de Franco*, siempre bendecida por la Iglesia y por un *Nuevo Estado* que no tuvo inconveniente en publicitarla para dar ejemplo y crear el terror.

Los campos de concentración y los batallones de trabajadores fueron otra sombra que, por sus di-



Javier Rodrigo. *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista* Madrid, Alianza, 2008, 256 págs.

mensiones, merece ser rescatada. Rodrigo, sin duda el mejor especialista en este tema, evidencia las espeluznantes cifras y condiciones en las que se hacían los vencidos. Eran espacios donde la Ley no estaba presente, eran la encarnación de la “ilegalidad y la anomia”. Los presos fueron además mano de obra encubierta al servicio del Estado franquista durante la guerra y la larga posguerra que, con su sangre y sudor, debían “reconstruir lo que habían destruido”.

Pero la violencia no quedó ahí. Como pone de manifiesto el título de la obra, la voluntad de los vencedores fue segar “hasta la raíz” el mal que amenazaba a España: los partidarios de la República, los vencidos. La paz no llegó en abril de 1939: prosiguieron las cárceles y los Tribunales Militares, comenzaron los Tribunales de Responsabilidades Políticas, de Malos y Vagueantes, de Represión de la Masonería y el Comunismo... Todo eso hace valorar en 50.000 personas las víctimas directas de la represión franquista sólo durante los años cuarenta.

La violencia del franquismo fue longeva. Se desarrolló hasta el final. No sólo mediante las ejecuciones de garrote vil o los encarcelamientos, sino también con la represión más allá de los muros de las prisiones: la represión del silencio, de una memoria manejada al antojo del régimen establecido (“memoricidio” llama Rodrigo a las políticas de la memoria del franquismo). Al final, el régimen de Franco vivió de los réditos del terror y del miedo con el que cubrió España. La violencia se había convertido en una inversión necesaria para la supervivencia del régimen. Por tanto, esa imagen “amable” y “dulcificada” del último franquismo tiene que ser deconstruida. Y es a ello a lo que contribuye de forma decisiva el libro de Javier Rodrigo.



Una batalla contada al detalle

CHARLES ESDAILE

Para muchos españoles la batalla de Bailén, que se desarrolló en 1808, es una gran desconocida o, como mucho, un mero nombre carente de relevancia.

En una época bastante hostil a la historia militar y además, por desgracia, en una época en que casi los últimos restos del campo de esta batalla han quedado sepultados bajo un nuevo ensanche del municipio de Bailén, este olvido no acaba de resultar del todo extraño.

A pesar de ello, a mí no deja de sorprenderme. Y es que hasta la Guerra Civil de 1936 pocos episodios de la historia de España han tenido tanto impacto en la mentalidad europea. Todo un ejército francés se vio obligado a rendirse a una fuerza compuesta —al menos según las versiones más difundidas— únicamente por los representantes de un pueblo “numeroso y armado”.

Por este motivo contar ahora con una historia nueva de la batalla, fruto de la pluma de Manuel Moreno Alonso, uno de los mejores especialistas en el campo de los estudios napoleónicos dentro de su marco español, es sin duda una gran noticia.

Con todo lujo de detalles —aunque con ausencia lamentable de índice y bibliografía—, el autor cuenta en *La batalla de Bailén, el surgimiento de una nación*, la historia de la batalla de una manera bastante accesible al lector general.

Sin embargo, precisamente de esta profusión de detalles surgen toda una serie de problemas. Un patriota español, Manuel Moreno Alonso, quiere contarnos un canto épico, pero su minuciosidad le traiciona. Encontramos, una y otra vez, afirmaciones del tipo: “las fuerzas francesas derrotadas en Bailén consistieron en tropas de baja calidad”; “la gestión de los



Manuel Moreno Alonso, *batalla de Bailén: el surgimiento de una nación*. Sílex, Madrid, 2008, 476 págs.

generales franceses fue pésima”; “muchos de los invasores nunca llegaron a tirar ni una sola bala”; “la mayoría de los soldados españoles presentes en la batalla fueron tropa veterana”; “la artillería española fue muy superior a la de los franceses”... De este modo, parece que, quizás, la batalla de Bailén no fue el triunfo militar que tantas veces se ha repetido. De hecho, el propio profesor Moreno Alonso reconoce que ha habido mucha exageración e imprecisión en su relato como acontecimiento militar.

Sin embargo, su impacto, tanto en Europa en general como en España en particular, fue innegable, por lo cual es fácil justificar la publicación de este volumen.

En cualquier caso, habría sido preferible que el autor hubiese limitado su entusiasmo sevillano, ya que, en particular, la Junta de Sevilla —un cuerpo soberbio e intrigante— no merece los elogios que se le dedica.

AH
ABRIL
2009

111

Católicos frente a protestantes

STEFANIA PASTORE

Trento fue el Concilio más largo y tormentoso de la historia de Occidente. Pero también fue el más esperado. Fue aclamado a grandes voces para allanar la fractura doctrinal que supuso la Reforma de Martín Lutero. Llegó tarde, pero acabó por establecer los rígidos dictámenes doctrinales que dividieron Europa en dos partes durante largos siglos en conflicto: católicos de un lado, protestantes del otro.

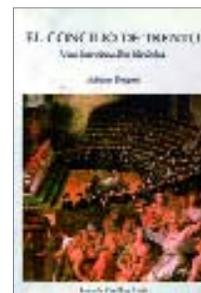
Fue también el instrumento a través del cual la Iglesia entró prepotentemente en la vida cotidiana de los hombres, con su presencia masiva y capilar. Así, por ejemplo, el matrimonio fue llevado al interior de la Iglesia, se impuso la obligación de celebrarlo ante el párroco y tras un público. Además, los otros sacramentos se convirtieron en etapas obligadas en la vida de cualquier cristiano y se establecieron rí-

gidadas normas para la vida del clero y la de las mujeres. En definitiva, se impuso (o así se pretendió) un estrecho control sobre la vida moral del pueblo.

¿Que pasó entonces? ¿Cómo un Concilio tan esperado llegó a cambiar la historia de Occidente e incluso pudo moldear para siglos las creencias y las actitudes de buena parte los europeos?

El lector encontrará aquí sus respuestas. El trabajo, *El Concilio de Trento, una introducción histórica*, de Adriano Prosperi, que acaba de ser traducido del italiano por Jesús Villanueva, ofrece un ancho panorama de todo lo que ha significado el Concilio de Trento, con sus pesadas consecuencias sobre la historia política, social y cultural de la Europa católica.

Pero el libro, con una escritura clara y sugestiva, nos lleva más allá, describiendo la batalla de poderes que hubo alrededor de Trento,



Adriano Prosperi, *El Concilio de Trento. Una introducción histórica*, trad. Jesús Villanueva. Junta de Castilla y León 2008, 166 págs.

la guerra desencadenada por parte de la Iglesia para el control —cuanto más capilar y extensivo— de los fieles: de sus actos exteriores a sus más ocultos pensamientos internos.

En este sentido la historia del Concilio de Trento se entrecruza con la historia de los poderes políticos y con la historia de la Inquisición, dejándonos entrever la innovativa perspectiva historiográfica de Adriano Prosperi, quizá hoy en día el más prestigioso historiador italiano.

Logrará además acercar el lector, independientemente de que sea especialista o no, a un tema complejo y central, dándole las coordenadas para enfrentarse a un maremagnum de propuestas historiográficas y metodológicas, desenredando las complejas teorías de la historiografía alemana e italiana y transformándolas en claros y candentes puntos de debate.

Un exvoto mariner del siglo XVI en Utrera

CLARA MACÍAS SÁNCHEZ

En el año 2007 se celebró el V Centenario de la llegada de la Virgen Consolación a Utrera y en esta conmemoración se enmarca esta obra referida al legado de la advocación mariana más importante de Andalucía occidental desde el siglo XVI hasta el siglo XIX.

La investigación realizada por los historiadores Salvador Hernández y Julio Mayo es una de las iniciativas de un amplio programa de actividades que tuvieron lugar en el Año Jubilar de la patrona. Tras una intensa búsqueda se produjo el hallazgo del documento de donación del atributo principal de la imagen:

la nao de oro que porta en sus manos.

Los autores ofrecen la explicación de esta devoción marinera en la campiña y datos novedosos acerca del desconocido donante de la joya, además de información historiográfica sobre la Carrera de Indias y el papel de la ciudad de Utrera en ella como zona de paso y aprovisionamiento previo al embarque en Sanlúcar. Más allá de las contribuciones a la historia local este texto, a través del barquito de oro, entraña una síntesis de la Sevilla del siglo XVI como cabeza del primer gran Imperio colonial de la Edad Moderna. Es un trabajo bien cons-



Salvador Hernández González y Julio Mayo Rodríguez
Una nao para Consolación de Utrera (1579)
Excmo. Ayuntamiento de Utrera / Siarum Editores Utrera, Sevilla, 2007, 100 págs.

truido, ameno y accesible, en el que se describe un paisaje que contiene actividades económicas, cambios políticos y sociales. Pero también elementos de la religiosidad popular, la cosmovisión del momento o intereses de distintos sectores sociales: órdenes religiosas, mercaderes y marineros, nobleza, gobierno civil, desvalidos y peregrinos...

Es seña de este libro su constante referencia a las fuentes documentales que inspiran cada argumento y que es muestra, parafraseando al profesor Antonio Miguel Bernal, prologuista de la obra, la "pulcritud investigadora" que dota al trabajo de fiabilidad y rigor.

La Córdoba de Góngora

VERÓNICA SERRANO SERRANO

Siguiendo la línea amena y divulgativa de la colección Ciudad Escrita, que viene editando el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, sale a la luz esta nueva obra que recrea, a través de la producción impresa de la época, el ambiente religioso, social y cultural de la Córdoba del siglo XVII.

Los investigadores Francisco J. Álvarez Amo e Ignacio García Abril nos descubren las peculiaridades de la sociedad barroca creadora de un modelo urbano artificial y teatral.

La imagen pública cobrará una

desorbitada importancia que se verá reflejada en la magnitud de festejos celebrados, así como en la obsesión por las apariencias y en una marcada diferenciación de las clases sociales.

El propio gobierno decadente fomentará los aspectos más escenográficos y teatrales de la vida cotidiana en el mejor espacio público de la ciudad, la plaza de la Corredera.

La adversa coyuntura a base de epidemias, riadas y presión fiscal, alentaría la imaginación del pueblo que, falto de soluciones eficaces por parte de las autoridades,



Francisco J. Álvarez Amo e Ignacio García Abril
La Córdoba de Góngora
Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba, 2008, 148 págs.

buscó consuelo en la invención y creencias de todo tipo de sucesos sobrenaturales, reales o imaginarios; la mayoría de ellos de fuerte componente religioso que fueron plasmados en papel a través de las relaciones de sucesos.

Legendas como la del caimán del Santuario de la Fuensanta o la de San Rafael son analizadas en este volumen desde interesantes puntos de vista.

Los autores concluyen el estudio con una acertada síntesis que describe la producción artística e impresa de los intelectuales cordobeses.

Alcalá Galiano revisitado

JUAN LÓPEZ TABAR

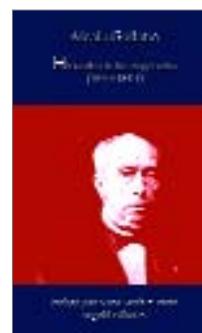
Hace unos años, el escritor y filósofo Julián Marías calificaba estas páginas como "lo más penetrante que se ha escrito sobre la historia española desde que se inicia la crisis del Antiguo Régimen hasta el final de la época romántica".

Y es que el gaditano Antonio Alcalá Galiano (1789-1865) unió a su conocida faceta de hombre político la más oculta de historiador.

Urgoiti Editores ha rescatado del olvido esta *Historia de las regencias (1833-1843)* para su conoci-

da colección *Historiadores*, en edición crítica y con un extensísimo estudio preliminar —de casi trescientas páginas— a cargo de Juan María Sánchez-Prieto, sobre la vida, obra, hechos y andanzas del liberal gaditano.

Este estudio introductorio está lleno de erudición. En él, su autor propone una revisión del recurrente reduccionismo en que había caído la figura de Alcalá Galiano, explicando la evolución ideológica del personaje, desde su radicalismo juvenil al conservadurismo de su madurez, todo ello siempre desde la coherencia.



Antonio Alcalá Galiano
Historia de las regencias (1833-1843)
Urgoiti Editores, Pamplona, 2008, 406 págs.

Por las páginas de *Historia de las regencias (1833-1843)* desfila toda la generación liberal y romántica.

Además, tienen un interés añadido tanto por la especial densidad histórica de unos años en los que el propio Alcalá Galiano fue un protagonista destacado, como por el hecho de que esta etapa está casi ausente en sus escritos autobiográficos.

En definitiva, no cabe sino felicitar al autor del estudio crítico previo, Juan María Sánchez-Prieto, y a la editorial navarra Urgoiti por tan feliz rescate.

Guadalquivir, cauce de historia y vida

MANUEL HUERTAS

En el año 1936, James Agee y Walker Evans, escritor y fotógrafo respectivamente, fueron enviados por una revista de Nueva York a los campos de algodón del bajo Mississippi. Su misión era hacer un informe detallado sobre los arrendatarios de tierras y la repercusión de la crisis en su forma de vida.

Finalmente el reportaje no llegó a ver la luz en la revista de Nueva York. Pero, años después, en 1940, una editorial lo publicó extensamente bajo el título *Elogiemos ahora a hombres buenos*.

Se trataba de un libro modélico en cuanto a su concepción: sesenta retratos de familias, tomados por Walker Evans, y las descripciones y relatos de James Agee.

El volumen *Guadalquivir, un valle legendario* recuerda a primera vista a este género, en cuanto a que la obra conjuga perfectamente fotografía y literatura.

Sólo que en este caso la mirada de sus dos autores, Fernando Penco y José Luis Cumplido, se centra en otro río, también mítico, el Río Grande, Tarsis, Betis o al-wadi al-Kabir.

Diversos nombres para un mismo hilo que entreteje las diferen-



Fernando Penco y José Luis Cumplido. *Guadalquivir, un valle legendario*. Editorial Almuzara. Córdoba. 2008. 256 págs.

tes culturas que pasaron por su historia. La obra, *Guadalquivir, un valle legendario*, publicada por la editorial Almuzara, recoge las vicisitudes de aquellos viajeros llegados de Samos, de Tiro, de Roma o de Oriente, y de aquellos otros que aun se bañan en sus aguas.

Historia, entrevista y descripción al más puro estilo de James Agee, recogidas a lo largo de un periplo que emprenden como pastores de río, desde su nacimiento en la Sierra de Cazorla hasta su muerte en Sanlúcar de Barrameda. Sin duda, una obra que es un fiel retrato de nuestra identidad andaluza.

Una visión global de la diócesis gaditana

SOLEDAD GÓMEZ NAVARRO

La historia de la Iglesia en la España Moderna continúa estando de enhorabuena al seguir sumando trabajos de tan extraordinaria calidad como *La Diócesis de Cádiz, de Trento a la desamortización*; cuyo autor, Arturo Morgado García, es sobradamente conocido y reconocido en aquella historiografía.

Aunque este libro, editado por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, es la síntesis de toda una trayectoria investigadora dedicada al estudio de la diócesis gaditana durante años, como el

mismo Arturo Morgado reconoce, a mi juicio, a ese principal aval, hay que sumar otros dos, a saber: que llega hasta el primer gran proceso desamortizador decimonónico y que ofrecer una visión global de la diócesis gaditana.

Llegar hasta el primer gran proceso desamortizador decimonónico, linde cada vez más frecuentada por los modernistas, es fundamental porque sin ella, en efecto, es muy difícil explicar los cambios acaecidos durante el Antiguo Régimen, un mundo que empieza a girar desde fines del Setecientos, lo cual es especialmente importante y



Arturo Morgado García. *La Diócesis de Cádiz: de Trento a la Desamortización*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2008, 535 págs.

decisivo en el caso de la Iglesia por razones obvias.

Por otra parte, ofrecer una visión global de la diócesis gaditana, clero regular y secular y todas las posibles facetas de estos —patrimonio, organización, formación, vida cotidiana o religiosidad, entre otras—, supone tener todo un modelo historiográfico. Este modelo sería perfecto con los índices, sobre todo temáticos, y quizás llenando los huecos que inevitablemente toda indagación conlleva, como el mismo Arturo Morgado García confiesa, por muy dilatada y rica que aquella sea.

El nacimiento de una nueva frontera

ALBERTO MORIÑA MACIAS

La rebelión portuguesa de 1640 estableció una nueva frontera política y militar sin romper las relaciones sociales a ambos lados de la Raya al ser un territorio pobre.

La Raya luso-andaluza fue testigo del trasiego de población y del intercambio comercial y cultural, aunque alterados por la propaganda bélica que buscaba consolidar la ruptura.

El estudio de Félix Sancha Soria viene a llenar un vacío historiográfico al ser olvidado con frecuencia este espacio fronterizo en los estu-

dios sobre la Guerra de Sucesión portuguesa. Si bien este análisis sería completo si hubiese profundizado la investigación sobre la frontera de Ayamonte.

El libro *La Guerra de Restauración Portuguesa en la Sierra de Aroche (1640-1645)*, publicado por la Fundación Juan Ramón Jiménez de Huelva, analiza el sistema militar de ambos Estados, las causas del levantamiento en la Sierra de Aroche y las consecuencias del mismo.

El enfrentamiento generó pobreza, un descenso demográfico por la emigración, una desorganización administrativa de los conce-



Félix Sancha. *La Guerra de Restauración Portuguesa en la Sierra de Aroche*. Fundación Juan Ramón Jiménez, Huelva, 2008. 156 págs.

jos que aumentaron la presión fiscal para los gastos bélicos y unas complejas relaciones entre el ejército y la sociedad civil por los abusos militares y los alojamientos obligatorios de la tropa.

Al centrarse el núcleo de la Guerra en Extremadura, la frontera sevillana fue considerada un lugar periférico por los estadistas madrileños, de ahí la escasez de recursos destinados a la organización defensiva y que los enfrentamientos se redujeran a asedios, robos y arrasamientos, con el consecuente desgaste para la población de la zona, tal y como se destaca en esta obra.

Mujeres en la Guerra Civil y el Primer Franquismo



En los años treinta, para los estados fascistas, combatir a las mujeres negándoles sus derechos era un modo de luchar contra la libertad. De ese modo, los presupuestos patriarcales se vieron fortalecidos y las mujeres volvieron a ser invisibles. Más tarde, desde ciertos planteamientos historiográficos, se ha mantenido dicha invisibilidad en la medida en que se ha considerado a las mujeres objetos de estudio y no sujetos históricos. Coordinado por Pura Sánchez, el dossier repasa el papel de las mujeres en el primer franquismo evidenciando cómo sufrieron la represión y resistieron a ella con estrategias formales e informales, a la vez que sitúa su heroicidad bajo el foco de la historia.



Luces y sombras de la Iglesia en Andalucía

En la sección de opinión que abre la revista dos expertos, los profesores Manuel Cuenca Toribio y Carlos Arenas Posadas, debaten acerca del papel -positivo o negativo- que ha jugado la Iglesia Católica en el desarrollo de la historia y la sociedad andaluzas.

La Mano Negra. Crímenes y represión

Hace 125 años, el 14 de junio de 1884, fueron ejecutados a garrote vil, en una plaza de Jerez de la Frontera, siete trabajadores de la comarca acusados de haber cometido unos crímenes en nombre de una sociedad secreta anarquista llamada La Mano Negra. Culminaba así una estrategia de intimidación, miedo y represión

por parte del Gobierno monárquico que, aprovechando una serie de asesinatos y unos procesos plagados de irregularidades, buscaba desarticular un pujante movimiento obrero andaluz, que había iniciado un vigoroso proceso de reorganización desde finales del año 1881.



La Hermandad General de Andalucía

La Hermandad General de Andalucía fue una asociación, política y fronteriza de carácter básicamente municipal para la defensa de los privilegios forales ante las arbitrariedades de los tutores del rey, los infantes y los nobles poderosos del reino de Castilla. Con ella se quiso hacer frente de

manera unificada a la guarda de la frontera andaluza con el reino Nazarí de Granada, ante la falta de autoridad e inhibición de la corona castellana. En sus acuerdos políticos, económicos y militares, de obligado cumplimiento para todos, se vislumbra la existencia de cierta "conciencia regional".

El Movimiento Moderno en la arquitectura andaluza

La actual configuración de las ciudades andaluzas se debe en gran medida al nuevo impulso que la arquitectura del movimiento moderno supo potenciar durante las décadas centrales del siglo XX. Lo visionario de sus formas y la certeza de su funcionalidad se convertirían en los referentes de la mejor

arquitectura andaluza contemporánea. El artículo repasa algunos de sus mejores ejemplos: la estación de autobuses de Almería; el mercado de Algeciras; la Cámara de Comercio de Córdoba; el Salto del Jándula, en Andújar; la Ciudad sindical de vacaciones de Marbella y el poblado de Esquivel en Alcalá del Río de Sevilla, entre otros.



Tras los pasos de Capa

Capa y Serrano, dos fotógrafos y un mismo frente: la batalla de Cerro Muriano, Córdoba, septiembre de 1936. Ambos intercambian disparos con sus cámaras desde un lado y otro de la trinchera, aunque sus fotos no matan, humanizan. Capa capta la fotografía de guerra más famosa de la

Historia: *Muerte de un Miliciano*. Y Serrano retrata a sus posibles homicidas. Pero ¿qué ocurrió realmente? Esta visita al lugar de los hechos pretende desentrañar algunas de sus incógnitas. Un itinerario que sin duda dejará un rastro de emociones y hechos que lo hacen indispensable.